

Genaro Guaithero Díaz



**Yo,
el Bandolero**



Fondo Editorial Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Elías Jaua Milano

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



COLECCIÓN



Genaro Guaithero Díaz

Yo, el Bandolero



Fondo Editorial Ipasme

Yo, El Bandolero
Genaro Pérez Guaithero
3a. Edición

1a. Edición 1992
2a. Edición 2006

Depósito Legal: If65120128002006
ISBN: 978-980-401-140-5

Impreso por: Game Vial C.A.
5 000 ejemplares

Diagramación y montaje: **Mauricio Gaitán**
Producción: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria
(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias
Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.
Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela
Apartado Postal: 1040
Teléfonos: 0058 (212) 633 53 30
Fax: 0058 (212) 632 97 65

DEDICATORIA

*A la memoria de Doña Chana,
la que me guardó la Thompson en su baúl destartalado,
allá en la costa de Orichuna.*

*A la memoria de Doña Julia,
la que me endulzó el café con el estolón de caña,
en el vecindario La Piedra del Municipio Palmarito.*

*A Virginia Palma Perelli,
mi compañera, que se caló mis crisis
cuando lo estaba escribiendo.*

AGRADECIMIENTO

*A Rodolfo Reimann Heitzer
por sus valiosos aportes y sugerencias
en la estructura y técnicas de redacción.*

*A Edgar Colmenares Del Valle,
sin cuya mirada relancina de ave predadora,
no me hubiera sido fácil eliminar las alimañas
léxicas que abundaban a lo largo del texto original.*

RECUERDOS DE LAS GUERRILLERAS...

A guiza de Presentación

Diógenes Carrillo

A finales del año 61 alcanzaba su climax la lucha política que librábamos los jóvenes en las calles, enfrentando a las sanguinarias policías cuartorepublicanas y a las bandas armadas gubernamentales, cada vez que protestábamos por los cotidianos atropellos del régimen puntofijista encabezado por Rómulo Betancourt.

La presión alcanzó tal extremo que apenas unos meses después, a principios del 62, comenzaría la lucha armada o la guerra de guerrillas en varios puntos montañosos del país.

Por supuesto, cada quien tiene su óptica particular para enfocar las situaciones; como por ejemplo, para quien esto escribe hubo tres factores desencadenantes (o mejor dicho tres asesinatos) verdaderamente determinantes en que de la noche a la mañana, niño todavía física y mentalmente, militara en el Frente José Leonardo Chirinos de la Fuerza Armada de Liberación Nacional, en el sector Iracara de la falconiana Sierra de San Luis, empuñando un fusil o, para ser más exacto, arrastrándolo, porque aquel Savage-300 de vaina si no era más grande que yo.

Las medidas tremendamente represivas tomadas por el presidente Betancourt, así como su clara identificación y sumisión ante el gobierno imperial estadounidense, hicieron que hasta del seno del principal partido de gobierno, Acción Democrática, surgiera un tremendo descontento que provocaría la división de dicho partido dando pie a la creación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, fundado el 9 de abril de 1960.

Podría decirse que aquella separación de un importante ramal del cuerpo de AD, fundamentalmente su juventud revolucionaria, era

ni más ni menos que la consecuencia de la traición de ese partido y de su líder máximo, Betancourt, a los compromisos hechos con el pueblo venezolano cuando prefirió plegarse y ser fiel a los dictámenes que entrañaba el Pacto de Punto Fijo, acuerdo hecho por 3 de los líderes mediaticamente más visibles de la lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez (aunque no los más importantes): Betancourt, Jóvito Villalba y Rafael Caldera, quienes se comprometieron a servir al imperio estadounidense en acuerdo fraguado en Nueva York pero firmado en Caracas, en la quinta en la que vivía Caldera en Sabana Grande, llamada “Punto Fijo”, de donde deviene el nombre de tan nefasto pacto.

Atrás habían quedado promesas como la de acabar con el latifundio y otorgarle a los campesinos el derecho a la tierra y a las facilidades para trabajarla; reconocerle al pueblo sus derechos democráticos, los cuales serían más burlados que nunca; o poner en marcha un gobierno al servicio de todos los venezolanos, pues aquellos demagogos instauraron un sistema absolutamente entregado a la oligarquía criolla que siempre actuó en función de los intereses imperialistas.

Rudas, Livia y Andrés

El 18 de abril de 1961 estábamos en el centro de la ciudad en una manifestación de solidaridad con Cuba, país hermano que era constantemente atacado por el imperialismo, como precio del “pecado” de haber decidido un destino independiente, sin ataduras imperiales, y cuyos atropellos eran avalados por el gobierno de Betancourt.

¡Aquello era... piedras de nosotros, contra tiros de policías y civiles del régimen! Recordamos que por aquellos días uno de los altos voceros gubernamentales (quizá Betancourt, o tal vez el brazo ejecutor de sus matanzas, Carlos Andrés Pérez, a la sazón Ministro de Relaciones Interiores) había declarado que sus esbirros “dispa-

raban al aire para disuadir a los manifestantes”, a lo que los estudiantes rápidamente repusimos que “será al aire de los pulmones”, debido a que nunca había una manifestación o protesta pública sin que hubiesen uno o más muertos y numerosos heridos, casi todos víctimas de las balas asesinas del régimen puntofijista, y el casi es porque a veces los heridos no eran de bala sino de las peinillas adecas o por el impacto de alguna bomba lacrimógena.

Aquel día una de las víctimas fue un muchacho a quien conocimos en esa manifestación, donde nos cruzamos miradas y nos dijimos algunas cosas sobre la situación que vivíamos: cuidado con tal o cual peligro, alertarnos sobre desde dónde disparaban los esbirros, hacia dónde debíamos avanzar, etcétera, pero sin saber nada el uno del otro, ni siquiera nuestros nombres.

No fue sino hasta el día siguiente, al comprar el posteriormente allanado y cerrado **Diario Clarín**, fundado y dirigido por José Vicente Rangel, cuando nos enteramos que él había sido uno de los muertos de aquella manifestación y que su nombre era Alberto Rudas Mezones, nacido en Río Chico el 14 de enero de 1945 (nueve meses más joven que yo) y también militante de la Juventud Comunista, como yo lo era.

Ahora Livia

El otro hecho que me impactó tremendamente fue el asesinato de Livia Margarita Gouverneur Camero, por parte de los esbirros cubanos batisteros que Betancourt tenía aquí como “huéspedes de honor”, cuando los estudiantes protestaron la presencia de dichos sujetos frente a una de las residencias de lujo donde los tenían alojados, desde la que les dispararon a los manifestantes, hecho ocurrido el 1° de noviembre del mismo año 61.

El sepelio de Livia fue un episodio conmovedor; estuvo encabezado por su inconsolable madre, doña Lola, quien iba flanqueada por el máximo líder del Partido Comunista de Venezuela, Gustavo

Machado y por el entonces presidente encargado de la Federación de Centros Universitarios de la UCV, Julio Escalona, ya que el presidente titular, Américo Martín, estaba preso.

¿Cómo olvidar aquel episodio que me marcaría para siempre? Allí canté por primera vez el “O Bella Ciao” y lloré desconsoladamente como si se tratase de algún familiar, aunque nunca ni siquiera vi personalmente a Livia; pero nada, era una dolorosísima pérdida para la lucha que llevábamos adelante aunque, claro está, paralelamente constituía un motivo adicional para continuar esa lucha y ahora con mayor ímpetu.

Cuando agoniza 1961, ya aquel entonces jovencito de 17 años vivía un alto grado de tensión no sólo por el impacto tremendo que le han producido las muertes de Rudas Mezones y de Livia, entre muchos otros héroes y heroínas de aquella resistencia, sino además porque su actividad en las guerrillas urbanas estudiantiles le ha ido generando un estrechamiento de su círculo de acción, ante el acoso de las bandas armadas del partido de gobierno.

Ahora le tocó a Andrés

El impulso final para dar el salto de guerrillero urbano a combatiente rural, fue el asesinato de Andrés Avelino Carrillo Anzola, mi primo, cruelmente ultimado por los esbirros de la Digepol, macabra policía política del régimen betancourista, la madrugada del 26 de noviembre de 1961.

Aunque no se sabe dónde murió Andrés Avelino, su cuerpo apareció arrollado por un vehículo en La Vuelta de Las Morochas, cerca de Los Teques, pero la autopsia determinó que había sido arrollado por su propio vehículo y que la causa real del deceso fueron los balazos que recibió.

Ocurre que Andrés Avelino, estudiante de bachillerato poco ocupado del tema político, más bien enamorado y bonchón, fue a

buscar a su compañero de estudios Freddy Cova, para irse a una fiestecita en la camioneta Ford ranchera que le prestara su hermano mayor León Tomás Carrillo Anzola, quien sí era político y cargaba a cuestas “el terrible delito” de ser el presidente del Centro de Estudiantes del entonces muy combativo Liceo Fermín Toro.

Aparentemente, al ser avistada la camioneta, dicen que por los lados de Monte Piedad, los esbirros betancouristas pensaron que se trataba del dirigente estudiantil de la Juventud Comunista que ellos buscaban, lo mataron y luego lo llevaron a las inmediaciones de Los Teques donde le trituraron las piernas con su propio vehículo para simular un arrollamiento.

Aquello fue un impacto tremendo para mí, compañero natural de quien me era contemporáneo, Andrés Avelino; además, golpeado como ya estaba por los casos de Rudas Mezones y de Livia Gouverner y ahora, además del dolor de la muerte del primo, teniendo que vivir horas interminables de angustias y tensiones ante el acoso de los esbirros gubernamentales a la humilde residencia de la familia Carrillo Anzola, en el sector Puerta de Caracas, parroquia La Pastora.

Fue así como a principios del año 62 las gestiones por ante el buró político del PCV, por parte de mi compañero de estudios Antonio Leal, fructificaron y un buen día me dijeron “salimos mañana: te recogemos a tal hora, en tal parte”.

Aquel imborrable día, ya en el vehículo que nos trasladaría hacia rumbos para ese entonces desconocidos, vi por primera vez a quienes serían mis compañeros de “promoción guerrillera”: Oneil Almao, Eduardo Lapp, Stalin Esqueda y Enrique Querales; los tres primeros habrían de regresar pocos días después por inadaptabilidad a las muy duras condiciones que entrañaba aquella lucha en una inhóspita montaña llena de carencias, entre las que sobresalía la escasez de alimentos, siendo capturados cuando emprendían el

retorno a Caracas; el otro, Querales, se entregó en medio de una acción militar cuando fue presa de un ataque de risa, producto de los nervios, y así mismo, “muerto’ e la risa” y todo, fue capturado por el Ejército y remitido a “La Isla del Burro”, en Tacarigua, donde se reencontró con Almao, Lapp y Esqueda.

Nunca olvidaré aquella lúgubre madrugada, corolario de un interminable día, cuando entramos a Coro y el conductor del vehículo nos advirtió que si alguien nos veía, nos mataban a todos. “Escóndanse porque si nos ven, nos acribillan aquí mismo”, recuerdo que advirtió con preocupación.

Traspusimos la capital falconiana, rumbo a la Sierra de San Luis y un rato después, nos detuvimos en sus faldas y desembarcamos. Al momento salieron del monte varios hombres armados, quienes nos saludaron y dieron la bienvenida al Frente José Leonardo Chirinos de la Fuerza Armada de Liberación Nacional, a cuyo campamento arribaríamos luego de una larga caminata montaña arriba.

El “comité de recepción” estuvo encabezado por los comandantes líderes del destacamento, Douglas Bravo y Teodoro Petkoff, pero además recordamos haber visto a “Mariñito”, Alejandro Mariño Suzzarini, Juan Arenas, Elpidio Padovani,

Rómulo Valero, Gonzalo González “Gonzalito”, Hilarión Larralde y muchos otros, entre ellos Genaro Guaithero Díaz, quien habría de convertirse para mi en una especie de padre circunstancial, durante mi permanencia en la montaña.

Guaithero o más bien Genarino, como siempre le hemos dicho cariñosamente, fue y sigue siendo un gran compañero, solidario, siempre pendiente del más mínimo detalle del otro... ¿cómo te sientes?, ¿qué has sabido de la familia?, ¿tienes hambre?, ¿qué tal andas de ánimo?, etcétera.

Por su culpa, justo es decirlo, fui descubierto por amigos y colegas periodistas, quienes ni sospechaban siquiera que yo había

vivido semejante experiencia. Cuando salió la primera edición de “Yo, el bandolero”, hace unos 20 años, en 1992, hacía más de dos décadas que ejercía el periodismo en el área deportiva y recibí numerosas llamadas telefónicas, una de ellas del profesor Eleazar Díaz Rangel, hoy director del diario Últimas Noticias; otra del economista y también periodista Leonardo Rodríguez, por aquellos días figura estelar de las transmisiones de la Liga Especial de Baloncesto, por citar sólo un par de ejemplos y ambos me dijeron más o menos lo mismo...

-Diógenes, estoy leyendo el libro de Genaro Guaithero Díaz, “Yo, el bandolero” y aparece un Diógenes Carrillo... ¿quién es ese, tu papá?

Cuando les confirmé que era yo, ambos expresaron su extrañeza sobre cómo en tantos años de relación estrecha ellos no conocieran ese capítulo de mi vida y creo haberles contestado lo mismo que hoy continúo diciendo: “si me hubiera puesto a hablar pendejadas, estaría preso o quizá muerto”.

Hoy, cuando tengo el honor de hacer la presentación de esta 3ª edición de “Yo, el bandolero”, crece mi aprecio y valoración a Genarino, además de como gran amigo, como uno de los hombres más valiosos y consecuentes de la lucha armada de los años 60 y 70, conocedor a profundidad del tema, por lo que este libro es un verdadero tesoro capaz de enriquecer el conocimiento acerca de todo lo acontecido en esa soslayada área de nuestra historia contemporánea; y aunque resulte una perogrullada, no está demás asegurarles que esta edición es superior a las anteriores, porque se han corregido inexactitudes, se han agregado nuevos detalles que mejoran algunos relatos y se han incluido nuevos episodios que el autor ha logrado redondear investigando y atando cabos.

Para quien esto escribe constituye una enorme satisfacción hacer esta presentación, no sólo como titular de esta institución sino también como una especie de hijo guerrillero de Genaro, a quien

quiero y aprecio muchísimo y a quien por supuesto, le he respetado algunos criterios que no comparto, los cuales él ha vertido en estas páginas.

Seguramente, esta 3ª edición de “Yo, el bandolero” contribuirá notablemente con el objeto de esta nueva serie “Contra el Olvido”, del Fondo Editorial del IPASME, dedicada a rescatar la memoria histórica de aquellos años tenebrosos cuando los gobiernos de la IV República, además de asesinar, torturar y desaparecer venezolanas y venezolanos a su antojo, se las ingeniaban para ocultar esas noticias y asestarle una grave puñalada a la verdad a esa parte de nuestra historia que hoy pretendemos rescatar.

PALABRAS DEL AUTOR

Genaro Guaithero Díaz

Presento al lector, la tercera versión ampliada y corregida de mi libro *YO EL BANDOLERO*. Confieso que al hacerlo no me anima otra intención que dejar para las nuevas generaciones y la historia el testimonio de unas vivencias que seguramente contribuirán a enriquecer la memoria histórica sobre la década de los años sesenta, período en que se desarrollaron estos sucesos violentos y durante el cual nosotros los actores no visualizamos otra alternativa, para salir de la situación política planteada en aquel momento, que la de retirarnos a las montañas y sabanas en lo profundo de nuestra geografía, o sumergirnos en la vida subterránea en las ciudades, donde teníamos más probabilidades de sobrevivir y adelantar las luchas, en otras condiciones y con otros métodos.

Veintidós años ha que rasguñé estas notas por primera vez, robándole tiempo a hurtadillas a mis obligaciones y compromisos de esos días, que no eran precisamente ni la de escritor ni la de activista político, con el agravante adicional, que mucha de las cosas que quería y necesitaba decir no lo podía hacer ni en bien ni en mal, y todo porque dentro del marco institucional vigente para esos días, muchos de los personajes que desfilan por estas páginas, conservaban cuotas de poder económico, político o militar y me podían joder...; por elemental medida de preservación a mi pellejo, tenía que ocultarlas y en el mejor de los casos, velarlas de manera muy sutil.

Así pues, que las circunstancias objetivas, me obligaron a cambiar u omitir nombres, discursos y pasajes; pongamos por ejemplo, que hubo muchos militares, religiosos, personas adineradas y aún funcionarios del mismo gobierno, que tuvieron un comportamiento insigne para con nosotros haciéndonos préstamos en dinero,

proveyéndonos de caballos, carros y hasta avionetas; trasladando combatientes o sacando heridos a sitios más seguros e incluso suministrándonos información de primera mano sobre los movimientos del enemigo y la parafernalia con que se desplazaban; pero yo no debía hacerles un reconocimiento público porque los rayaba, o sencillamente les estaba “echando paja”. Los tiempos cambiaron, y con ellos se minimizaron los riesgos para mí. Hoy todos o casi todos, desaparecieron de la escena.

Así pues, que si algo sirvió de acicate para revisar este libro e intentar esta segunda edición, fue la de hacer justicia, aclarar cosas y sincerar de una vez y para siempre, circunstancias, vicisitudes, en ínter-actuación con combatientes, colaboradores, amigos y enemigos con quienes, muy a pesar mío, me relacioné de alguna manera en esa etapa de mi existencia. Así que en lo que a mi toca, de aquí para atrás “clavo pasado...”, los que tengan algo que sentir de mí, que desembuchen... Y es que tengo la certeza de que:

*Ninguno podrá decir
que yo soy faramallero
porque ninguno me ha visto
haciendo lo que no puedo.*

Pero como “la vida es un eterno recomenzar...”, antes de cerrar estas notas, quiero decir algo sobre el presente político y formular algunos atisbos hacia el porvenir, porque lo ideal y deseable para el luchador de vuelo largo, es que “se chupe la caña del cogollo hasta la pata...”. Que comience y termine con la obra que emprendió.

Necesario es avanzar profundizando la democracia en el seno del pueblo, hacer realidad la consigna de “darle poder al pueblo” y no procede alegar como excusa que podemos ser infiltrados, colocándonos en la peregrina posición de aquel que “no cría gallinas, por el hecho de que existen zorros”. Ese riesgo siempre existirá

y, ¿para qué está entonces la vigilancia revolucionaria? Los chinos dicen que sería un absurdo no abrir las ventanas de nuestra habitación y correr el riesgo de morir asfixiados, por el hecho o la posibilidad que se nos metan las moscas.

Finalmente queda por explicar el por qué el título del libro *YO, EL BANDOLERO*, que llama la atención de muchos. La explicación es sencilla, en el juicio que se me sigue en el Frente Guerrillero “José Leonardo Chirinos”, el Camarada Félix Farías Salcedo que ejerció la vindicta pública en nombre de la guerrilla, termina calificándome y alertando al resto de los camaradas sobre, según él, mi condición de bandolero. Tiempo después en la ciudad de Mérida, me acerqué a un pariente de sangre en procura de auxilio y después de mirarme como “la garza al pescao”, y de ratificarle yo mi condición de revolucionario, me espetó a boca de jarro: “...qué revolucionario ni qué nada vas a ser tu bolsa... tú lo que eres es un bandolero...”.

Años más tarde, cuando fui llevado al TO3 en el pueblo de El Tocuayo para ser interrogado, el oficial de guardia, Teniente Danilo López Vásquez, cuando inquirió el por qué iba yo, le respondí que por guerrillero a lo que el oficial se me quedó mirando fijamente y después de una larga pausa, me respondió de manera indubitable y así lo asentó en el libro de vida “...no... por bandolero”. Hablando con propiedad era el único que debía tratarme como tal por razones obvias y de conformidad con los patrones de orientación en la guerra psicológica. Así que al terminar de escribir el libro, mis tutores y guías en este trabajo, Profesor Edgar Colmenares Del Valle y Dr. Rodolfo Reimann Heitzer nos debatíamos en la búsqueda de un nombre que le cuadrara para titularlo, me hicieron la siguiente recomendación:

- Camarada hemos observado que a lo largo del libro te dan el calificativo de bandolero tus propios camaradas, tu familia y el enemigo... ¿para qué entonces vamos a

reventarnos los sesos buscándole nombre?, titulémoslo “YO, EL BANDOLERO”, que fue el consenso de todos los que se relacionaron e interactuaron contigo en ese período, así fue y así se quedó.

PALABRAS PARA UN LIBRO

José León Tapia

Escribir un libro es un real compromiso sobre todo, cuando se trata de un testimonio reciente y personal, como lo es esta guerra en el llano de Genaro Guaithero Díaz, llanero apureño, lanzado a la guerrilla de los sesenta por su intuición revolucionaria y el valor de los hombres de la sabana desde los más remotos tiempos.

Rebeldía del gaucho argentino, liquidado en su propia pampa por las tropas de los poderosos, la ambición por adueñarse de sus predios y las doctrinas positivistas que lo consideraban un ente inferior al blanque europeo que ejercía el mando.

Rebeldía del llanero venezolano y granadino que fue y continúa siendo una sola en su vida errante, en su permanente defensa ante quienes quieren expropiarlo de lo que consideran siempre suyo. Hombres de sabana abierta, de travesías infinitas, guiados por el azul de los montes lejanos o las estrellas del firmamento. Hombres a quienes se debe la Independencia de América a punta de lanza en caballerías sudorosas.

Los mismos seres desposeídos de sus bonos de tierra que como haberes militares les hizo entregar el General Bolívar, comprados a precio vil por sus antiguos jefes en connivencia con los realistas y oligarcas que retornaron en busca de lo suyo, expropiado en la contienda.

Aquellos que derrotaron a su antiguo jefe José Antonio Páez en Los Araguatos de Arauca, disgustados por el incumplimiento de sus promesas: los soldados de Juan Pablo Farfán el muerto de San Juan de Payara. Soldados de Boves quien les había ofrecido los bienes de los mantuanos, sus antiguos dueños. Soldados de Bolí-

var hasta las alturas de Perú, en busca de una patria frustrada, más grande y poderosa, para hacerla respetar en el mundo. Soldados del coronel guariqueño Gregorio López Matute y sus mil doscientos llaneros que fueron a morir en la pampa argentina al lado de los montoneros del sur que también esperaban la redención.

Seguidores de Ezequiel Zamora al grito de “Tierra y hombres libres” en la guerra de los cinco años, cuando en Santa Inés de Barinas le hicieron sentir el hierro de la derrota a la oligarquía de Venezuela.

Desarrapados bajo el sol, mesnadas de mestizos abandonados durante años al libre arbitrio de sus instintos, pero con la rebeldía intacta a espera de la oportunidad de hacerla sentir intensamente. tal como sucedió durante la dictadura de Juan Vicente Gómez, cuando centenares de llaneros siguieron y protegieron a Pedro Pérez Delgado, Maisanta, en sus correrías desbocadas por el Apure y por el Arauca. A Emilio Arévalo Cedeño en sus siete incursiones fracasadas. Al tuerto Vargas, a Cuello ‘e Pana y Quijá ‘e Plata, nombres que se han hecho leyenda con el transcurso del tiempo.

Y como a mí me ha tocado recoger muchas de estas historias con la fantasía del recuento, al llegar a la época actual me encuentro de pronto con este relato testimonial, de lenguaje popular y directo, a veces extraño y desconcertante, con el cual Genaro Guaitero Díaz relata su aventura, tal como contó la suya Emilio Arévalo Cedeño en Mis luchas, en situaciones muy diferentes.

Por eso, por considerar que la pequeña historia forma la historia grande, acepté escribir este prólogo para un libro que creo enriquecerá la bibliografía del movimiento guerrillero que con razón o sin ella, oportuno o inoportuno, conmovió a la nación venezolana en la década del sesenta cuando el imperialismo nos hacía sentir profundamente el filo de sus garras después que la Revolución Cubana sacudió al mundo.

Libro donde se muestran los ideales de liberación de muchos jóvenes universitarios, exalumnos de la Escuela Militar, algunos marxistas, otros sin compromiso político y hasta llaneros cimarrones, aventados a la subversión armada solamente por su espíritu levantisco, su concepción de ser dueños sin trabas de esas sabanas legendarias donde todo les es permitido.

Y en el autor, ansias frustradas de gloria inspiradas en los héroes como lo demuestra con ingenuidad, al montar sólo caballos de gran alzada como si fuera un comandante lancero de las Queseras del Medio. Al tiempo que mantenía estrictas normas militares y en su relato menciona con respecto a sus compañeros de la Escuela Militar, después sus contendores, demostrando así su espíritu castrense que no abandona nunca.

Es también importante señalar en estas líneas, el conocimiento que tiene Genaro Guaithero Díaz de la inmensa geografía llanera, su lenguaje sin pretensiones lleno de venezolanismos donde nos narra sus correrías por los cauces de los caños para que no lo descubrieran desde lejos, escudándose con la sombra de los montes lejanos para no sobresalir en el horizonte, llegando a las casas siempre por la retaguardia para aprovechar la sorpresa si había enemigos esperándolo, recordando parajes y describiendo los métodos de vida de los seres que subsisten en aquellos medios acorralados por la soledad, cercados por el latifundio, marginados por todos, hasta que desesperados forman parte de los sin ley, los mismos que protegieron sin entender de ideologías a los jóvenes enguerrillados en las sabanas apureñas.

Eso es, a mi criterio, lo más importante de este libro que vale la pena leer sin comprometerse con sus aseveraciones o juicios personales a favor o en contra de sus personajes, algunos de ellos en la política actual, pues son opiniones propias del autor quien como todo narrador llanero, cuenta su historia con emoción, sin poder evitar que la dureza lo avasalle como si fuera el paisaje mismo donde actuó por largo tiempo.

Para mí, contador de estas vivencias, es un nuevo encuentro con estos hombres de tiempos idos de quienes siempre me he ocupado de reivindicar. Es como si reaparecieran en el relato Pedro Pérez Delgado, Maisanta, y sus compañeros de lucha por causas que consideraron justas y dignas de sacrificio. Sin que debamos enjuiciar las acciones de Guaithero Díaz y sus compañeros, pues en ellos, como en los de antes, imperaba una pasión de patria, un ansia de liberación para lograr un país diferente, dueño de un destino soberano y digno.

Así deben haberlo pensado el chino Ostos y Pachanga González, aragüeño el primero, barinés el segundo, segados por las balas bajo el límpido cielo llanero.

Así continúan pensando miles de jóvenes en un camino de cambio en esta América Latina, conturbada, ahogada de acreedores y cada vez más dependiente del imperio del norte hasta no lograr su real autonomía por los métodos democráticos o violentos según se presenten las circunstancias a lo largo del tiempo.

CAPÍTULO I

AÑO 1961

En Venezuela con los sucesos del 23 de enero de 1958, se cierra un ciclo de las luchas de nuestro pueblo, para comenzar otro. Una generación de líderes, idealistas en su tiempo, ven colmadas sus aspiraciones de luchadores sociales con el advenimiento de la nueva época, objeto de sus preocupaciones y desvelos durante toda una vida, cumpliéndose así el ciclo biológico-mental de que habla Ingenieros: *Cada generación abre las alas donde las ha cerrado la anterior, para volar más lejos, siempre más...*

Efectivamente, ese período culminante en nuestra historia republicana abre las espigas para que una nueva generación de jóvenes se imponga la tarea de conseguir nuevos objetivos, que no necesariamente coinciden con los alcanzados en la democracia que se inicia el 23 de enero.

Dentro del marco de las luchas que se sucedieron a partir de ese momento, cada quien, individualmente o en grupo, tuvo sus vivencias particulares. Yo narraré las mías: cómo las vi, las viví y las interpreté, específicamente durante el período que, en la jerga y literatura revolucionarias, se ha denominado **LA LUCHA ARMADA...**

Para el año de 1961, un grupo de compañeros ligados por la amistad personal que había sido forjada en las aulas de los diferentes institutos de educación media, escuelas y academias militares, y en cuyos cerebros habían ido anidando de manera incipiente las primeras nociones del cambio social, concebimos la idea de alzarlos en armas y librar contra el ejército y demás cuerpos armados del gobierno de Rómulo Betancourt, una guerra de guerrillas. A instancias mías, se decidió que debíamos comenzar en los llanos de Apure. En tal decisión estuvo presente un elemento de carácter subjetivo y personal: el hecho de ser nativo de la región y estar ligado por múltiples nexos familiares y de amistad, a los miles de hogares campesinos que habitan en la zona; sin embargo, también contaron para nosotros otras razones y elementos de carácter social, histórico, geográfico e incluso natural.

Sociológicamente hablando, sabíamos que el veguero o conuquero apureño arrastraba una vida en el límite de la subsistencia y eso se nos antojaba un signo favorable. Dicho en otros términos, las condiciones materiales en que él desenvolvía su existencia le hacían proclive para la predica revolucionaria.

Diferente a la del veguero no era ni es la situación del peón de hatos de la sabana abierta: asalariado, con mísera paga por largas y extenuantes jornadas de trabajo en las condiciones más riesgosas. Un alto porcentaje de ellos vivía una especie de vida trashumante, al no disponer de bienes materiales que lo obligaran a llevar una vida sedentaria. Caballo, jinete, maleta y enseres personales, como un todo, desplazábanse de una propiedad a otra en búsqueda permanente de aventura y mejor trato por parte de su nuevo amo o patrón, sin que ello comportara necesariamente mejor paga.

Desde el punto de vista histórico, sabíamos del rol que habían cumplido los habitantes de esas regiones en las dos grandes guerras que ha tenido nuestro país: la Guerra de Independencia y la Guerra Federal. No desconocíamos tampoco el papel que ellos jugaron en las diferentes contiendas civiles que, como enfermedades endémicas, azotaron al país durante todo el resto del siglo, después de la Guerra Independentista, y las dos décadas primeras del siglo XX. No es por casualidad que Emilio Arévalo Cedeño y Pedro Pérez Delgado, el *último hombre a caballo*, escogieran estos parajes en sus inicios para hacer frente a la dictadura de Juan Vicente Gómez, y si no triunfaron en sus propósitos, se debió a que no supieron concebir y presentar a los miserables habitantes de esas regiones, un programa de reivindicaciones socioeconómicas que ligara las aspiraciones ancestrales de los moradores con los objetivos políticos, económicos y sociales que ellos representaban y perseguían.

Desde el punto de vista geográfico, teníamos en cuenta el relativo aislamiento en que se encontraban esas regiones en relación con

los grandes centros de decisión del país, a consecuencia de la falta de vías de comunicación y de transporte. Entre los factores naturales, teníamos presente el ciclo estacional invierno-verano que se da con caracteres muy marcados y definidos; ello configura una naturaleza hostil capaz de hacer mella en los espíritus más templados.

Como corolario de todo lo anterior, deducíamos que eran las zonas más desguarnecidas desde el punto de vista militar, con inmensos ríos, selvas y fronteras en profundidad. Teníamos, pues, un mínimo de conciencia de por qué y hacia dónde nos dirigíamos.

En cuanto a lo que podríamos llamar el plan político e ideoprogramático, nuestra ignorancia y simplicidad llegaba a tal grado que podemos parodiar en estas líneas, el título de uno de los textos de Antonio Arraíz: *Todos íbamos desorientados*. Solamente, y esto de manera muy confusa, sabíamos que éramos revolucionarios nacionalistas, por oposición a comunistas; que la dirección político-militar no la enajenaríamos a nadie; que nuestros enemigos eran, en el cuanto intereses de clase, los grandes propietarios y terratenientes; en lo político, los funcionarios y dirigentes adecos y copeyanos de mayor jerarquía y, en el militar, los que nos mandaran a perseguir y combatir. Allí se agotaba todo nuestro acervo político, ideológico y programático.

Acordados en lo esencial, pusimos manos en la dirección de proveernos de los recursos que necesitábamos para poner en marcha nuestra empresa. Así por ejemplo Félix Farías, condiscípulo mío de los tiempos del Liceo Salesiano de Los Teques, para el momento que refiero empleado como técnico analítico de la Cigarrera Bigott, hacía poco meses se había convertido en dirigente sindical. Después de largas y exhaustivas conversaciones que habíamos sostenido, entró en contradicción con un alto ejecutivo gringo de la empresa. Como consecuencia de ello, se produjo su despido. Con los siete mil quinientos bolívares de su liquidación, decidimos comprar nuestras primeras armas de cacería, a falta de armas de

guerra; lo hicimos en las casas establecidas del ramo. Otras, las adquirimos por distintas vías. Provistos de un suficiente stock de cartuchos, guáimaras, pólvora, mapas, botas, medicinas, brújulas, etc., decidimos escoger el día, hora y medio de transporte para el traslado del equipo y los futuros combatientes.

Tres días antes de la partida, se produjo un impasse en el equipo de dirección entre el compañero Héctor Rodríguez Armas y yo por cuestiones de faldas, en donde yo no tenía razón. El compañero expuso sus razones para desligarse del grupo, rematando su exposición con la información de que él había hecho contacto con la Juventud Comunista y había decidido incorporarse a ella.

Lo primero, con una disculpa de mi parte, podía subsanarse; lo segundo no, porque contrariaba el planteamiento original del proyecto. Para todos fue sensible la deserción del compañero, pero particularmente para mí; por ello, me detendré más de la cuenta en este punto para rendir tributo a este héroe de la juventud venezolana, quien rindió su vida gloriosamente en un paraje perdido de las cordilleras trujillanas a finales de 1964, después de haber dejado constancia de su patriotismo, valor y audacia en la ejecución de acciones memorables en la guerrilla urbana.

Héctor y yo nos habíamos conocido y trabado amistad en la Escuela Militar de El Valle, en el año 1957. Pronto noté en él las relevantes cualidades de inteligencia, espíritu acucioso, iniciativa, audacia y valor que adornaban su alma. Sentía mezcla de compasión y lastima por los de mirada estrecha y espíritu *poquito*, hacia quienes prodigaba una amistad obsequiosa poco común. No se sentía obligado a respetar normas ni disciplinas que él consideraba caprichosas y arbitrarias: continuamente buscaba y conseguía las vías y formas de violarlas, evitando pagar el precio que conllevaba su infracción. Así, por ejemplo, en numerosas oportunidades faltando pocos minutos para presentarnos a la Escuela, le hacíamos

ver la conveniencia de marcharnos; meditaba, mirándonos fijamente como en estado de trance, y nos respondía:

- Váyanse ustedes... yo me quedo... paré una novia y no la voy a dejar sola mientras dure la fiesta.

Y, como meditando en voz alta:

- Que cagadas... se van a ir de la Academia y todavía están cumpliendo....

El era de la opinión siguiente: si habíamos decidido abandonar la Escuela y este propósito era sincero y firme ¿para qué entonces seguir cumpliendo con aquella disciplina? en todo caso, si éramos castigados ¿qué importaba una raya más para un tigre de Bengala...? El resto, los cumplidores, éramos de opinión contraria...

Al día siguiente, amanecía en la formación como si nada... la pregunta obligada:

- ¿Cómo hiciste para no ser arrestado...?

Se tiraba una carcajada:

— Ja, ja, ja... muy fácil... a las tres de la mañana agarré un libre... me acosté largo a largo en el asiento trasero... no sin antes advertirle al chofer que al primer centinela que lo parara le dijera... que iba borracho y con instrucciones de llevarme al sector B... Por supuesto, el desprevenido Cadete de guardia daba por descontado que el alumno retardado estaba ubicado en alguna de las compañías adscritas a aquel sector, que quedaba en la parte posterior del sector A... pasaba “la novedad”...

El compañero Héctor, que pertenecía a la primera compañía, ubicada en el sector A, lo que hacía era burlar la entrada de la prevención... y le entraba al edificio por detrás donde montaba guardia un soldadito que en vez de reportarlo, lo que hacía era correr a dar-

le “la novedad”... llegaba al dormitorio, hacía un shiiito al Cadete de guardia y le advertía:

-Ya sabes..., no hay novedad.

Al otro día se buscaba en ambos sectores al cadete infractor y reportado, éste, nunca aparecía...

Cuando se sentía indispuerto a consecuencia de las arrecheras acumuladas, producto de aquella disciplina que no admite pausa, excepción ni posibilidades de evadirla dentro del quehacer cotidiano de la vida cuartelaria, fingíase enfermo y el médico ordenaba su traslado a la enfermería que quedaba fuera del perímetro de las instalaciones del complejo militar. Una vez en ella, le velaba el sueño al centinela, saltaba por una ventana y poco después una cerca tipo Odrica que aislaba la instalación. Enfilaba, bordeando la cancha de polo, en dirección de la quebrada empotrada que divide la parroquia El Valle de las instalaciones militares; caminaba por su curso hasta perderse en la oscuridad de la vista de todo el personal de centinelas, hasta llegar al pueblo. El mismo camino lo hacía de regreso en las altas horas de la madrugada o primeras del amanecer, harto su cuerpo de aguardiente y sexo, con su espíritu ufano y lleno de emoción, fruto que deja la aventura prohibida... ese era su elemento: proporcionarse el máximo de emociones diarias. ¿Cuántas veces hizo ese camino? No lo podría decir. Solo se que un día lo abandonó la suerte: fue pillado, reportado y lanzado a un calabozo con noventa días de arresto severo.

Al cumplir el castigo, nos volvimos a ver. Nos abrazamos y, con la sonrisa franca y generosa que tenía para obsequiar a sus amigos, me expreso: Que cagada... lo que me hicieron fue un bien estos güevones¹, porque con un rayo de sol que entraba por la claraboya del calabozo... me curé el empeine que tenía entre las taparas...

(1) “Guevón” venezolanismo que refiere a persona tonta, pendeja, imbecil, etc.

Otro día fui yo quien sufrí arresto. Héctor, aprovechándose de un descuido de sus superiores, se puso el correaje y la daga de recorrida y se me apareció con caramelos y cigarros...

-Toma, ten cuidado con la requisa: agarra los papeles de los caramelos, dóblalos bien doblados y mételos en el zócalo de caucho de la pared... lo mismo haces con las colillas de los cigarros... ordenados y en fila para que no hagan bultos... y en cuanto a la ceniza, échatela sobre el pantalón y después aplástala con las manos... olvídate de pasar un mal rato con esos güevones. Confieso que a mí no se me hubieran ocurrido tales cosas.

En las últimas horas de la tarde de la víspera de aquella fecha memorable para los venezolanos como fue el 23 de enero de 1958, se escucharon fuertes detonaciones en la parroquia El Valle: era la policía disparando contra aquel pueblo inerme. Una cólera interna se apoderó de mí, al solo pensar que para eso era que se nos estaba formando. El pensamiento fijo en esa idea y la impotencia de no poder hacer algo por impedirlo, ni siquiera expresar lo que sentía se me transformaron en angustia y esta en vértigo paralizante, cometiendo la pendejada de insubordinármele al brigadier Hernán Pineda Contreras, en actitud de “retereo”... este se exasperó ante mi conducta y me dio la orden de:

- Tenderse, nuevo... hediondo...

Le miré fijamente y cumplí la orden, como quien dice... por tiempo, lentamente... el superior perdió los estribos; agarró una carabina, le metió un proyectil en la recámara, me colocó la trompetilla en la pata de la oreja... y en estado de histerismo extremo me ordenó:

- Rampe, nuevo... o le vuelo la tapa de los sesos... lacra.

Y como “con manteca de tigre no hay burro con reumatismo”, no me quedó otra alternativa que cumplir, no sin antes echarle una mirada al compañero Héctor, desde mi ridícula y humillante po-

sición de tendido, quien observaba impasible, y con la parada de robot que le era característica, el desarrollo de la escena. Él, con un gesto significativo dictado por la desesperación e impotencia, me lanzó su mirada de gavilán guacabo acompañada de un movimiento de cabeza, incitándome a rampar. Quizás pensando que yo me negaría... se volvió lentamente y sin ser observado por nadie, levantó desganadamente el fusil del estante y metió un proyectil en la recámara... el brigadier le quedaba de espaldas... justo, en ese preciso instante, sonó el timbre para la formación... y yo, uniformado de campaña, pasé directamente al calabozo. Con carpa de campaña y cobija bajo el brazo, entré ciego de arrechera a la celda de castigo; no respondí ni rendí la cortesía de ley a un alférez llamado Jesús Salazar Amana, tuerto y buena gente, quien por rebelde también estaba arrestado...

– Fiiirrrrmeee... nuevo –me berrió– y se queda allí, parado de plantón... recluta faltón...

En esa posición me encontraba cuando se produjo un fuerte tiroteo frente a la prevención. El saldo: un teniente y dos soldados muertos y un sargento gravemente herido. El Teniente Camargo y el Sargento Técnico Edmundo López, amigo de infancia y paisano mío.

Era una patrulla del Batallón Bolívar que conminó a la rendición a la prevención, al frente de la cual se encontraban el Alférez de Navío Teófilo Portal López y un Capitán descarnado de apellido Perrúolo. Entre los cadetes que participaron en la acción se encontraba Pedro Reyes Millán, años después jefe guerrillero urbano y compañero mío de prisión en la Isla del Burro.

Ante la nueva situación planteada, nos abrieron las puertas del calabozo. Éramos catorce los arrestados... al salir del mismo, se abalanzó sobre mí el Brigadier Italo Del Valle Aliegro, quien me llevó aparte y me dijo:

- Distinguí... vaya armarse... - y a renglón seguido- mucho

cuidado Distinguido... cuidado con una vaina... era la solidaridad del curso funcionando.

En penumbra y a distancia prudencial, divisé la figura del compañero Héctor quien se me acercó y me dijo:

- Revisa el fusil... que el Brigadier Pineda Contreras desarmó el cerrojo y le sacó el percutor... y vamos a combatir...

Fui al dormitorio, agarré el armamento, desarmé el cerrojo y constaté que, efectivamente, me faltaba el percutor. Pase la novedad al Capitán Pedro Alcántara Leal Morales, jefe de mi compañía; éste lo que hizo fue ordenarme:

- Vaya al parque y ármese...

No era momento para hacer investigaciones...

¿Cómo no recordar entonces en este relato, a tantos años después de aquellos sucesos, al compañero Héctor Rodríguez Armas? El amigo, el hermano, el camarada entrañable... el mismo que un día cualquiera en las horas de estudio, en la propia Escuela, absorbía con fruición el contenido oculto de las categorías y fórmulas de un denso y apretado resumen de *El Capital* de Carlos Marx, el que camuflaba bajo el forro oficial de la Academia; al no poder ocultar la emoción causada por sus sucesivos hallazgos ideológicos, irrumpía a cada instante en mi cubículo, previo permiso al superior del círculo, y en voz baja me decía:

- Ves güevón, que por esto es que se concentra la riqueza social en pocas manos... que esta es la causa de que en la sociedad hayan ricos y pobres... que esa división no terminará hasta el día en que los verdaderos productores pongan bajo control directo todos los medios que engendra la riqueza...

Y así, sucesivamente, ante cada descubrimiento que, confrontado con la vida, tenía sentido para él...

Juntos compartimos las intensas y dramáticas horas del alzamiento de la Escuela, el 23 de Enero de 1958, bajo la conducción brillante de aquella plantilla de oficiales y alferoces, la cual, con la rara participación de uno que otro Mayor, en su generalidad estaba formada por oficiales subalternos, abundando entre ellos los tenientes. En la distancia, de aquellos acontecimientos tensos y dramáticos, trae a mi memoria los nombres de los Mayores Arena Vegas y Monsalve Durán; los Capitanes Leal Morales, Guerrero Rivas, Ángel Evelio Rodríguez Corro, Párraga Núñez, Sánchez Olivares y Perrúolo; los Tenientes Brito Martínez, José Luis Fernández, Cegarra Barragán, Márquez Plana, Ramos Martínez, López Vásquez, Portal López, Mota Carpio, López Méndez, París Sánchez, Luis Enrique Berthier, Rosas Marcano, Raúl Cepeda, Pérez Arévalo, Andrés Dugarte, Acosta Bello, y tantos otros que escapan a mi memoria.

Dicha oficialidad, días atrás había tenido la osadía de ridiculizar en su presencia al dictador. Marcos Pérez Jiménez en momentos en que este se disponía a inaugurar la Escuela Básica durante una parada militar de pronóstico, con la presencia de delegaciones de las Academias Militares de América y de Inglaterra, que también habían sido invitadas. Aún hoy no sé bajo qué contraseña, Batutero y Tambor Mayor lograron el milagro de hacer perder el paso al Batallón de la Escuela y a las delegaciones extranjeras. Aquel desastre de parada más parecía el desfile de un batallón de reclutas que el de un cuerpo de cadetes veteranos, que había estado entrenándose durante varias semanas para participar en el evento. Ello obligó al dictador a retirarse de su palco, antes de terminar el desfile, rojo de arrechera e impotencia...

Días atrás, en los primeros días del mes de enero, se dio un banquete a las delegaciones militares extranjeras en el Hotel Cumboto en Los Caracas. Me quedaban enfrente los cadetes dominicanos que, no se por qué mecanismo de la imaginación, se me

parecían a unos iguanos en fila: quizás por el color de su vestimenta, las formas de sus rostros y, muy especialmente, por sus narices ganchudas.

Yo quería dárme las de ladino y corrido. A una pregunta de un Cadete extranjero, más pendejo que yo, quien indagaba sobre el nombre de la bebida aperitivo, respondí como buen veguero civilizado:

- Eso es champaña rosada, cadete...

El compañero Héctor, que me quedaba al lado, se destornilló de risa y volteó hacia mí:

- Ja... ja... ja... ¿cómo es la vaina, champaña rosada? Que bolas tienes tú; eso es un vulgar vino rosado, siempre andas poniendo la cagá...

Aquel mismo día y en el mismo sitio, precisamente en el momento de mayor silencio y recogimiento del almuerzo por estar las bocas llenas, salí de pepa *asomá* y le pregunté a los cadetes dominicanos:

- ¿Y cómo está Chapita?²

¡Más vale que no!... decir eso y levantarse violentamente toda la delegación ante la sorpresa de todos, fueron cosas instantáneas. Corrió el oficial venezolano que hacia de anfitrión, Teniente Raúl Leonardo Cepeda, y preguntó la causa de lo ocurrido:

- Que el cadete venezolano ha ofendido al Presidente de nuestro país, respondieron ellos.

- ¿Cómo se le ocurre, cadete?... me busca al llegar a la Escuela, me espetó el oficial. Dio las disculpas de ley y todo volvió a la normalidad.

(2) Sobrenombre de Rafael Leonidas Trujillo quien ejerció una dictadura militar en República Dominicana desde 1930 hasta 1961.

¡Qué carajo iba yo a pensar que Chapita era un cognomento despectivo que se le daba a ese dictador fuera de ese país! ¡Pija!... no me quedaron ganas de hacer más preguntas en el resto del día.

En la noche del 9 de enero, víspera de la inauguración de la Escuela Básica, se dio un banquete a esas mismas delegaciones en el Lago de los Cisnes del Circulo Militar. Se acercaron unos cadetes cubanos a nuestra mesa, atraídos por las chicas...

- ¿Quién es ese bicho chivú a quien llaman Fidel Castro que se parece a un araguato padrote que tanto nombran? pregunté a un Capitán cubano.

Con la mayor simpleza el militar me respondió, palabras más, palabras menos en los siguientes términos:

- ¡Que ni cojones, bendito, chico!... ese es un bandido barbudo que está en una sierra como aquella –señalando el Ávila– y como el no baja, nosotros no subimos...tampoco la aviación le puede hacer nada porque no tiene paradero fijo...y la sierra permanece siempre nublada lo que dificulta la visibilidad, pero ten la seguridad, Cadete, que ese cabrón no le hace ningún peso al gobierno...

A manera de epilogo le dije:

- Como no les vaya a echar una vaina el Fidel Castro ese...

Justo un año después, huía el dictador Batista y triunfaba Fidel... solo se me ocurrió pensar en la suerte que correría aquel militar.

En las primeras horas de la madrugada del 23 de enero, la oficialidad de planta referida anteriormente, condujo en aquellas circunstancias difíciles con coraje, prudencia, inteligencia y tacto, las conversaciones con el Coronel Pedro José Quevedo, director de la Escuela. Este, hasta ese momento, se resistía a abandonar al Dictador Pérez Jiménez haciendo honor a la tradición venezolana de lealtad que involucra el compadrazgo de sacramento. Lo

hicieron ceder. Como fruto de esta decisión de última hora, el Coronel Quevedo se inteligencia de viva voz en el medio de la cancha de polo, con el Comandante Medina Sánchez, Jefe del Batallón Bolívar, evitándose así una carnicería inminente en el Batallón de Cadetes: éste, no obstante la baja calidad y cantidad de parque y armamento de que disponía, estaba dispuesto a resistir la embestida de los cañones y tanques. Tal era el grado de decisión y compenetración que se había alcanzado, en torno a los objetivos del movimiento, entre el cuerpo de oficiales, alféreces, brigadieres y resto del personal subalterno.

Finalmente, juntos abandonamos, Héctor y yo la Academia meses después de la caída del dictador, conjuntamente con decenas de compañeros, después de una reunión cuasi tumultuaria que se realizó en el Teatro de la Escuela auspiciada por el nuevo Director, Teniente Coronel Merchán López. Tal evento por poco se transformó en una asamblea deliberante, después que ese jefe prometió que ningún cadete, cualquiera fuera su jerarquía, sería castigado por los conceptos emitidos. Allí quedó fuertemente cuestionado el papel de la institución armada, por su rol político asumido hasta ese momento en la transformación y conducción del país. En honor a la verdad, tengo que decir que ese militar cumplió con lo prometido: ningún cadete fue castigado... y mire que se dijeron cosas. Fue algo insólito en este tipo de instituciones en las sociedades pluralistas.

Esta especie de catarsis sirvió para aligerar el proceso de limpieza en el seno del Batallón de elementos potencialmente subversivos e indeseables, abreviándose el proceso de tramitación y aceleración de bajas a partir de ese momento.

Libre ya de las ataduras militares y estudiando Ingeniería Civil, Héctor se divertía con la mayor sangre fría frenando un carro en curva, a alta velocidad, hasta colearse. Ante la sorpresa y el reclamo de sus acompañantes, el compañero volteaba su mirada hacia nosotros, se tiraba una estruendosa carcajada:

– Ja... ja... ja... no se asusten, ¿ustedes creen que yo me quiero matar? Lo que estoy es probando el peralte de la carretera... ja... ja... ja...

De individualidad tan singular, no era menos de esperar que acciones como la transmisión de mensajes subversivos con diferentes plantas radiotransmisoras, la bomba colocada en el sexto piso de la super custodiada Embajada americana la operación desnudo practicada con el personal en la sede de la misma misión militar americana; las primeras acciones dirigidas contra instituciones bancarias para proveerse de recursos, tareas todas planificadas de forma que no causaran víctimas inocentes, y las cuales tuvieron como mentor, planificador y ejecutor directo al compañero Héctor Rodríguez Armas.

– Ja... ja... ja..., yo lo que tengo es una cuestión personal contra los bancos; se me han caído dos que he montado y eso no lo puedo permitir...

En la tercera y última que montó en Puerto La Cruz, cayó con tres balazos en el cuerpo. Días después, protagonizaba una espectacular fuga del Hospital Militar descolgándose por una cuerda de nylon desde el noveno piso, cuando todavía sus heridas no habían cicatrizado.

Escuchados sus razonamientos, entendidos y aceptados como un hecho definitivo y sin retorno, nos despedimos de Héctor con profunda pena. Aun así, se quedó un rato sin moverse, con un rictus muy de él en la comisura de los labios, traqueándose los dedos a la altura del pecho y con la mirada extraviada... hasta que nos perdimos de vista...

Memoria eterna al hijo del pueblo de Rió Chico.

Llegamos a San Fernando de Apure. Me movilice rápidamente entre familiares, amigos personales y políticos. Necesitábamos

ayuda y apoyo. La respuesta no se hizo esperar: los camaradas, como siempre, respondieron de inmediato a través de Ariche, el gran Ariche, el primer comunista de la llanura apureña, pese a ser nuestro movimiento anárquico y estar fuera de su control. Eran los tiempos. También el MIR, recién fundado, nos dio su apoyo a través de mi cuñado Paco Bermúdez, dirigente y cofundador de ese partido.

Embarcamos en el Apure, remontamos el caño Biruaca y posteriormente el Manglar, hasta ubicarnos en el médano de Juan Antonio, hoy médano Guaitereño, asiento de la finca de mi padre para aquél entonces. Este, en gesto de *zorro viejo*, la dejó por mi cuenta y días después abandono el Apure no sin antes recomendarme:

– Tenga mucho cuidado, Sijo... mire que zamuro come bailando ...

Allí terminamos de recibir el resto de los compañeros: veintidós en total. En su mayoría, estudiantes de los institutos de educación media.

Nuestra labor de entrenamiento, prédica y reclutamiento entre los habitantes de la región fue tan torpe, que en pocos días la ciudad de San Fernando y sus alrededores era un hervidero de comentarios de los más variados y fantasiosos, hasta el punto de poner en guardia y estado de alerta a las autoridades y las fuerzas represivas locales: policías y Guardia Nacional.

Concebimos un ardid: invitar de gancho ciego a un grupo de notables de la ciudad, insospechados de extremismo, para que se comieran una ternera; resultó un éxito para despistar a las autoridades, pues, pese a que esa noche se produjo el primer allanamiento a la finca, cosa de la que teníamos conocimiento desde temprano porque, mientras unas campesinas entretenían coqueteando y sacando datos a la comisión en un sitio llamado Biruquita, la campesina Elodia Castillo y otras, caminando por travesía, nos llevaron la información a tiempo, se reporto un “parte sin novedad”.

Se reunió el equipo de dirección que para ese momento lo componían los compañeros Félix Farías, José Antonio Peche, Fermín Vázquez, Iván Barreto, Silvestre Ojeda Porras y yo. Decidimos que la gente continuara en los montes en donde la habíamos internado desde el día anterior a la fiesta: una zona inhóspita y de difícil acceso, cercada de esteros y madre viejas de aguas pútridas y culebrosas.

Yo, como hijo del propietario, debía asumir la tarea de regresar a la ciudad a la brevedad y presentarme ante las oficinas de la Digepol y comando de la Guardia Nacional, en las primeras horas de la mañana del día siguiente. Y, con cara de “yo no fui”, protestar por el allanamiento, atropello y detención de que habían sido objeto tres obreros que laboraban en la finca.

En pocas horas a caballo, hice los cuarenta kilómetros de travesía que separaban a la finca de la ciudad y, como estaba previsto, en las primeras horas me le presenté al jefe de la Guardia Nacional, Comandante Vivas Chacón, un militar “complaciente”..., quien me mostró una lista larga con los nombres de todos los compañeros y los respectivos colaboradores. Para sorpresa mía, el único nombre que no aparecía en la lista era el mío. El delator, en el último resquicio de pudor, se reservó mi nombre quizás por gratitud hacia mi padre más que hacia mí...

En las oficinas de la Digepol fueron más claros y explícitos. El jefe me dijo:

- Váyase. Ese es un campesino sapo llamado Tito Alfonso que se la pasa viendo visiones y trayendo chismes...ya tenemos información de que la Guardia hizo una inspección y no encontró nada...

Ese campesino traidor montaba guardia con nosotros hasta las cinco de la mañana y después nos pedía permiso para ir a hacer una diligencia a la ciudad. Algunos compañeros fueron partidarios de que se le fusilara. En aras de la continuidad de nuestros planes, se

optó por dejarlo quieto y prescindir de él. Presintiendo lo que le esperaba, no se dejó ver más la cara.

No obstante, nuestras argucias para subsanar las infantiladas de los primeros momentos, la tranquilidad no duro mucho tiempo; los rumores y comentarios en la ciudad eran permanentes e increscendo. Se comenzó a vigilar estrechamente a todos los líderes del PCV y del MIR, así como a sus familiares.

Una madrugada de un día de noviembre de 1961, se nos apareció una estafeta con sugerencias del comité de la ciudad, partidario del grupo: era imprescindible abandonar la zona, pues la Guardia se preparaba para hacer una batida “con todos los hierros”. Optamos por enterrar parte del material y en grupos de a cinco, separados entre sí por una distancia de veinte metros, reemprendimos el camino de regreso en dirección a la ciudad siguiendo el curso del caño El Brazo, por camino diferente y en sentido contrario del que se desplazaba el enemigo. Cinco, por simple descuido, se extraviaron y fueron capturados por los campesinos en un sitio llamado El Negrito, entre los que recuerdo de este grupo estaba Fermín Vázquez y un compañero de apellido Montaña, a quien por apodo llamaban Pichón de Bruja. Pasaron diciembre entre rejas, conjuntamente con dirigentes de los Partidos Comunista y MIR. El resto, a las seis de la mañana, íbamos llegando a El Picacho de Santana, en donde el caño Biruaca le cae al río Las Mercedes. Nos esperaban varios vehículos y conchas para todos, en el Barrio La Defensa en las márgenes del río Apure.

Solo yo no debía permanecer en la ciudad, por razones obvias. A esa hora, se me tiró en la playa de Jarina debiendo caminar hasta donde el Apure entra a un canal construido en años recientes; allí esperarí a un fuera de borda que, previa señal convenida, me trasladaría remontando el Apure a un sitio llamado Cupatal, casi enfrente donde el Portuguesa desemboca en el Apure. Llegó la embarcación esperada. Era el viejo Cándido López: una leyen-

da viviente conocida por mi desde mi infancia; un llanero alto y empresado, cazarro como la generalidad de los llaneros y macho entre los machos... cosa que probó después cuando, como prisionero político, le tocó pagar cárcel en el Fortín El Vigía y la Isla del Burro, presidio este que le tocó estrenar junto a cientos de revolucionarios más. Allí recibió como bautizo la ración completa del plan brutal, al negarse a correr en medio de dos filas de peinillas, respondiendo a cada golpe de mandoble:

- Denle, hijos de puta... que pa' eso me parió mi máma; denle coños 'e madre... pa' que sepan como se maltrata un hombre...

Se cuenta de él que en una oportunidad le robó trescientos novillos al Banco Agrícola del Potrero de La Guanota sin dejar rastro. Se hizo comunista viendo torturar al camarada Ariche López por la Seguridad Nacional. Allí se convirtió en su amigo y compadre y le guardó fidelidad hasta la muerte.

Durante la noche llegó el resto. Me recogieron y remontamos siguiendo el curso del Ruende. Eran tiempos de ribazón y de pesca, por lo que se hacía insoportable el olor rancio de los peces muertos y descuartizados en la orilla. El viento barinés refrescaba la atmósfera y la brisa con cristales de agua, golpeaba nuestros rostros al paso raudo de la embarcación. Íbamos silenciosos, prisioneros de nuestras cavilaciones, como corresponde a quienes se dirigen hacia un destino incierto. Horas después atracaba la embarcación sobre un barranco a pique, del lado de Barinas.

- Aquí los dejo; son las instrucciones de Don Cándido – dijo el motorista y fue la única vez que habló en todo el trayecto.

Al poco rato amanecía y, con la claridad, advertimos que estábamos frente a una ranchería de pescadores quienes afanosamente se esforzaban en rendir un chinchorro sobre las iridiscentes arenas de la playa húmeda, lo que era de presumir por la grizapa que armaban y la cantidad de interjecciones fuertes con que se dirigían unos a otros.

Félix y yo decidimos abordarlos; les dijimos quiénes éramos, qué nos proponíamos y en qué situación andábamos. Le propusimos comprar algunos peces, lo cual no fue necesario: no los prodigaron en abundancia. Por ellos supimos que nos encontrábamos en sabanas torrealberas del Hato “Banco Largo”.

En la noche continuamos nuestra marcha hasta el sitio La Lagunota, justo donde cincuenta años atrás se había hundido un barco de cabotaje, El Masparro, de la Venezolana de Navegación, que aún hoy, cual cuerno de rinoceronte, emerge su proa por sobre las tranquilas aguas del Apure. Allí permanece como atalaya muda del naufragio, en el cual pereció un contingente de soldados que se dirigía a Guasualito, como refuerzo para combatir las fuerzas revolucionarias de Emilio Arévalo Cedeño.

La propiedad pertenecía a una señora Mirabal, suegra del Secretario General del Partido Comunista en Apure, Camarada Ariche López. Allí se encontraba este, quien huía de la represión que contra los cuadros del Partido había desatado del gobierno local. De hecho, el compañero Ariche pasó a ser miembro de la dirección del grupo y, después de una conversación que sostuvimos con él, nos manifestó que las instrucciones que tenía del Partido era que esperaríamos..., hasta nuevo aviso. Algunos compañeros asintieron, otros callamos, mas por no tener otra alternativa que escoger que por estar de acuerdo con aquella directriz. Así se lo hice saber al grupo de compañeros en reunión aparte que sostuve con ellos. Todos admitieron que, en la práctica, esto era poner al movimiento bajo la dirección del Partido Comunista pero que, por otra parte, no teníamos otra salida.

Durante los días que permanecemos en el sitio de La Lagunota, nos fueron enviadas varias comisiones de Guardias Nacionales al mando de los Tenientes Efraín Calvo y Zuñé Gorrín. No se por qué motivo, pese a conocer nuestra ubicación, decidieron no atacarnos, limitándose a observarnos río por medio. Poco después, se disolvería el grupo.

Yo, con mi temperamento que no está dado a la pasividad ni a la rendición ante circunstancias aparentemente bloqueadas, concebí el plan de tomar el matadero del Hato Corozal, desarmar una pareja de Guardias destacados allí y proveernos de los recursos necesarios. Era evidente que mi proposición participaba más del carácter de “una pancá de ahogado...”, que de un plan razonado y sensato. Mis compañeros lo entendieron así y decidieron no acompañarme en aquel gesto de desesperación. Utilicé cobardemente su negativa como pretexto para separarme de ellos: “había matado al tigre y ahora le tenía miedo al cuero”. Quería salir de aquella situación a como diera lugar.

Una casualidad del destino quiso que a la primera embarcación que le saqué la mano para que atracara, perteneciera a un ex discípulo del período escolar de la década del cuarenta: era Otilio Padrón a quien no veía desde esa época. Me dejó al atardecer en la Boca de la Portuguesa y me dio veinte bolívares.

Llegué a Caracas a finales de diciembre, triste y derrotado. Había deambulado varias semanas entre palmares y bajumbales del Estero de Camaguán, hasta ir a dar al Hato “Las Yeguas” de un octogenario llamado Rafael Guzmán, donde me repuse y prepare mi salida. Encontrábame en ese hato, cuando una mañana se hizo presente un terrateniente de la región a quien llamaban Musiú Abrahán con el talante de la prepotencia y superioridad que le es característico a este tipo de productor rural. Traía por compañera a una linda y bella Perla..., que así se llamaba la criatura. Una pajarita citadina, desarraigada de su hábitat por obra y milagro del dinero. El me lanzó una mirada de soslayo “como la garza al pescado”: tan diminuto espécimen no merecía para él una mayor inversión de su curiosidad. Ella, en cambio, se interesó por mí; distraídamente, aproveche el primer descuido para introducirme a la habitación donde tenía mi colgadura, para evitarle la tentación con mi presencia. En su instinto de mujer atada perdió la compostura y me siguió al cuarto, al tiempo que, dirigiéndose a una pariente, exclamaba:

- Silvana que bonito es tu primo..., que bueno está... descansando su cuerpo sobre las mallas del chinchorro.

Yo que ya no recordaba cuando había sido la última vez que “había metido el burro a la sombra”..., solo pensaba en mi situación de perseguido y en el revólver “pico e’joso” que llevaba el terrateniente en la cintura. Fuimos al desayuno y el pimpollo de hembra se me sentó al lado, maraqueando su rodilla con la mía... Yo que estaba “más asustado que mono latío ‘e perro”, me levanté de la mesa sin probar bocado al no poder conciliar dos apetitos.

Lo peripatético y ridículo está presente en nuestra vida diaria y estuvo presente en nuestra lucha, por tanto, forma parte también de la historia. Las anécdotas que seguiré relatando tienen un común denominador, en primer lugar, la probable reacción pendular de rechazo y duda del lector por lo fantástica e inverosímil de la generalidad de ellas; y luego, el sustrato material y veraz que dio origen al contenido, más allá de cierta dosis de exageración, picardía e intención con que están narradas. Por su origen y carácter, dichas anécdotas son de naturaleza variada y abarcan una gama de fenómenos: desde los de índole sensual e ilusoria, de enfrentamientos con agentes naturales e hijos de la creación, hasta pasajes que tienen que ver con la inexperiencia y debilidad de la conducta humana. Para mí ocupa un lugar especial en el reservorio de mis recuerdos. El amateurismo y la condición de bisoños estuvieron presentes en la base de muchos sucesos anecdóticos narrados a lo largo de estas páginas.

Recuerdo que en una oportunidad, Iván Barreto, Félix Farías y yo nos disponíamos una mañana a pasar un caño llamado “Manatí” por un paso de ganado. Les había advertido que en el caño abundaban las culebras de agua. Félix e Iván eran altos, yo desde entonces en mi metro y medio de estatura me he quedado pasmado. Íbamos a ser los primeros de la columna en pasar; yo iba en el medio. Cuando nos encontrábamos en la faja más fuerte de la corriente, Iván pegó un berrido.

–¡Auxilio!... –me agarró una culebra.

Nojose, más vale que no... arrancamos como cohetes Félix y yo para alcanzar lo más pronto posible la orilla opuesta. Yo, que iba a volapié, hacía esfuerzos desesperados para afirmarme y llegar; por fin lo logre y, ya en lo seco, brincábamos como unos paticos asustados sin saber qué hacer. Mientras tanto el compañero barquineaba desesperado sin poder zafarse, hasta que por fin lo logró, empujándose como una tromba hasta la orilla. Entonces vimos que salió a la superficie un ramo de espina chigüirera al que la corriente zambullía intermitentemente; fue en una de esas zambullidas que pesco a Iván por la camisa y lo retenía con sus garfios. La carcajada y mamadera de gallo de todos fue indescriptible.

El camarada Iván Barreto, principal protagonista del suceso narrado, pertenecía a una familia trujillana de recia estirpe revolucionaria. A comienzo de la década del sesenta, llegó un momento en que el gobierno se ensañó contra esa familia de tal manera que el que no estaba preso era buscado. Y, por si fuera poco, una de las hermanas, la camarada Blanca Dalia había muerto accidentalmente de un tiro de pistola a manos de un cuñado en el momento de enseñársela.

El mismo día que sucedió lo que antecede, dos compañeritos fingieronse enfermos para no salir a las prácticas de entrenamiento. No era para menos: el maratón era fuerte; salíamos a las cinco de la mañana e íbamos regresando entre cuatro y cinco de la tarde. Atravesábamos montes, calchetos, esteros con bora, caporunales, etc., y se comía de todo menos comida salada. Di instrucciones a la mujer que nos hacía el rancho:

- No me le dé comida a esos carajos, los enfermos no comen...

Los compañeritos se desesperaron con el hambre y preguntaron si por allí cerca no se encontraban frutas. Un pariente jodedor les dijo:

- Como no... allí hay bastante –señalándoles un piñonal. Abrieron una, la probaron y les gustó la almendra. Se atiborraron de pepas. Al poco les vino el vómito y de allí fueron vómitos intermitentes toda la tarde. De santa vaina esas criaturas no echaron el bofe por la boca. Cuando regresamos, los encontré tristes y amurrungados como becerros con curso de sangre. Me enteré de lo sucedido y fui a reclamar al causante de la mala pasada:

- Coño vale, José Antonio... ¿cómo le echas esa vaina a esos muchachos?

Con la mayor tranquilidad, se volteó y me respondió:

- Gua ¿y quién los manda a bellacos?

Desde ese día, ¡pija!, no se enfermaron más. Tuvimos que devolverles el estómago con agua de arroz y otras plantas silvestres.

A propósito del carácter deportivo con que nosotros asumíamos esta primera experiencia, mi cuñado Paco, un jodedor y chistoso de amalaya, para ridiculizarnos, comentaba:

- Carajo, chico... en esa campaña de Hirohito –refiriéndose a mí-las que pasaron trabajo fueron las gallinas de Froilán –mi padre– que en cada combate caían diez; y había un negro que se parecía a Mustafá – para ironizar al camarada Félix Farías- que se atragantaba con los muslos, se pasaba la lengua por los bigotes engrasados de manteca y decía:

- Verdaderamente jefe, yo nunca había estado en guerra; no tenía idea de lo bueno que era la guerra...”, se volvía a pasar la lengua en redondo por los bigotes y agarraba una pechuga...

Sin pena ni gloria terminó para este pequeño lote de quijotes, su primera incursión práctica en el quehacer revolucionario armado.

La caldera delirante de nuestros cerebros se enfrió al contacto con la realidad. Hacer la guerra de guerrillas era algo más que “soplar

y hacer botellas”. No era tanto un problema de atreverse, sino de saberlo hacer. Pensaba yo que bastarían nuestros ideales de redención, entendidos a nuestra manera, para que por arte de magia los campesinos comprendieran y se dispusieran a luchar por sus derechos con las armas en la mano.

Muchos de esos campesinos me querían y me quieren pero, ante mis discursos incendiarios contra la explotación, a favor de sus derechos, etc., apenas si conseguía de ellos una sonrisa y mirada compasiva. No advertí que esas criaturas estaban comenzando a vivir la democracia, por primera vez en sus vidas los más jóvenes y, por segunda, los de cierta edad. A ellos, hasta ese momento, solo se les había presentado y conocían el lado bueno de la cara de la democracia: el de las ilusiones. Apenas si principiaban a saborear el néctar de la nueva etapa, justamente en el momento cuando comenzaban a respetarse sus derechos y a aparecer y ampliarse otros. Ahora podían organizarse, fundar ligas campesinas, comités de tierras, introducir peticiones de créditos, etc., etc., protestar ante quienes quisieran con la seguridad de no ser reprimidos y con la certeza de que, cuando menos, serían escuchados.

Las nuevas libertades políticas conquistadas el 23 de enero, constituían para ellos una cantera inagotable de esperanzas. ¡Y yo iba a proponerles que cambiaran unos logros materiales y tangibles aunque exiguos, y una expectativa cierta de mejorar sus vidas a bajo costo, por los avatares de la vida incierta del campamento en pos de una quimera! Era tanto como pedirles que “cambiaran su mamá por una burra...”

Afortunadamente, no se perdieron vidas; tampoco hubo combates. Si quedaron los recuerdos, chistes y anécdotas, que es otras de las formas de transcurrir la vida y expresarse la existencia.

CAPÍTULO II

AÑO 1962

En las Sierras Corianas

Después de la aventura arriba descrita, volví a mis aulas de la Escuela de Derecho. Esos estudios para mí, a partir de ese momento, no serían más que una farsa: la forma de justificar un tiempo, de mentir a los míos y de cumplir unos requisitos para seguir percibiendo unos ingresos; no estaba entre mis planes graduarme de “picapleitos”. Tenía y tengo, en líneas generales, mucha aprehensión y reserva por la profesión de abogado y por la generalidad de los que ejercen esta disciplina en nuestra sociedad. Por lo demás, para el tipo de sociedad que pensábamos instaurar –pensaba-, los profesionales de esta ciencia contarían tangencialmente. Impartiríamos y administraríamos la justicia tomando en cuenta el parecer justo e injusto del común; para ello, cualquier ciudadano honrado sirve en las posiciones de juez, acusador o defensor, sin necesidad de muchos títulos o libros. Y, finalmente razonaba, los grandes problemas que tienen planteado entre sí nuestros trabajadores, pequeños y medianos productores de la ciudad y del campo, son conflictos cuya solución no depende de las leyes sino de la fuerza y ésta, por antonomasia, es la que viene de las armas, pertrechadas y conducidas por una conciencia que apunte en la dirección del bien común.

En la práctica, me hice militante de la Juventud Comunista al empezar a participar a su lado en una serie de acciones y luchas callejeras. Nada de llenar fichas o carnets, porque para mí eso no era lo más importante.

Llegó un momento en que la lucha se hizo a muerte y se multiplicaron las acciones de calle por parte de los obreros desempleados y el estudiantado, siguiendo las directrices de la juventud y del Partido. Un día de enero, no recuerdo cuál ni por qué motivo en concreto, se nos acuarteló. El equipo al cual pertenecía lo hizo en Santa Mónica en casa de un compañero llamado Néstor Oquendo. Teníamos por jefe a una mujer, la compañera María Elena Lovera, una dama de extracción burguesa devenida a luchadora social

quien, por lo demás, era muy tierna y cariñosa. Esa noche nos disparó “a boca de jarro” lo que sigue:

– Camaradas..., el partido ha decidido irse a la lucha armada, así que escojan entre irse a la montaña o quedarse en las ciudades formando la guerrilla urbana. No hay tiempo que perder; hoy por hoy lo que nuestro partido necesita son soldados... mañana formaremos los profesionales y los técnicos...

Confieso que se me hizo un nudo en la garganta y se me encurrujaron los esfínteres. Un solo pensamiento se hizo obsesivo en mí a partir de ese momento: mi novia. Mi querida, bella y tierna novia desde hacia cuatro años; un matrimonio en puertas que se frustraba, una unión que se había ido posponiendo hasta tener un título, casa y trabajo. Ahora, esa posibilidad se alejaba hasta el infinito, quizá hasta más nunca...

Una semana antes y previendo que las cosas políticas se complicarían había dado un ultimátum a mi prometida:

– Nos casamos –le dije- dentro de una semana...

– Pero, mi amor... ¿cómo?, si tu no trabajas... ni tenemos casa –se atrevió a balbucear.

– Nada... nos casamos: ahora o nunca... en el camino se enderezan las cargas...

Y así fue. Y así se hizo. Yo no me iría soltero o señorito a los infiernos, aún si sucediera lo peor. Mis limitaciones materiales y mentales me habían obligado a llevar una vida de abstinencia hasta ese momento.

Como tenía entonces el matrimonio en puertas, me atreví a decirle a mi jefa:

– Mire, compañera...

– Ya sé –me atajó- te vas a casar; el partido lo sabe... a partir de este momento quedas libre para resolver tus cosas; pasando un mes te reportas... -y no dijo más.

Como mi matrimonio no interesa sino a mí, me abstengo de dar cualquier otra información. Solo diré que se llevó a cabo felizmente pese a las extremas circunstancias de apremio, improvisación, inexperiencia y limitaciones materiales. Desde ese día aprendí que “el que se pone a pensar que hay zorros, no cría gallinas”. Mientras existiera un mínimo de condiciones objetivas y de probabilidades de llevar a cabo lo que uno se propone, el albur hay que correrlo. Este razonamiento adquiere más validez en el luchador social en circunstancias de crisis. Debemos aprender a compatibilizar y abordar en la vida cotidiana, nuestras aspiraciones y metas en los planos público y privado de manera simultánea y, no plantarnos ambas situaciones en términos excluyentes, como una sucesión lineal de hechos que hay que agotar en el tiempo para realizar otros; so pena de devenir en resentidos y amargados. Para los hombres de aventura las cosas no se dan así. Y la revolución es la máxima aventura que puede perseguir un soñador.

Excepto mi conciencia, más nada ni nadie me impedían seguir disfrutando de mi luna de miel indefinidamente. Pero el llamado del honor y la conciencia es guaya que nos jala como yunta de bueyes al cumplimiento del deber.

Había animado a compañeros a irse a la montaña para hacer la guerra, entre otros a dos parientes muy cercanos. Este hecho era para mí más incitante que la orden del Partido y de mi jefa.

Me presenté, pues, tal como estaba previsto, al organismo en la Escuela de Derecho donde militaba, arrastrando conmigo a un amigo, camarada y paisano: el compañero Julio César Rodríguez, ex Brigadier de la Escuela Militar y ex estudiante de la Escuela de Ingeniería Industrial de Valencia.

Se nos reunió en un paraje cerca del edificio de Medicina Tropical; el camarada Freddy Cárquez, en pose de “comandante inquebrantable”, nos comentó:

– La consigna es mártir o triunfante... van rumbo a Coro. Y nos dio el dinero e instrucciones... Teníamos que salir de madrugada. Fue una noche terrible para mí: era la culminación de un vía crucis que había comenzado un mes atrás.

Mentir y fingir para quien no acostumbra esas prácticas es una pesadilla; hacerlo a una persona que se quiere de verdad es una tortura insoportable. Ese fue mi caso durante aquel período. Todo lo había hecho a espaldas de mi esposa y a si fue hasta el último momento. Prefería huir de su mirada y de su presencia. No tuve valor para comunicárselo. No obstante, siempre le había dicho que antes, durante o después de nuestro matrimonio, al formarse el jaleo, estaría en la primera línea.

Una verdad repetida tantas veces termina pareciendo una mentira. Yo práctico este tipo de anestesia.

El 2 de abril de 1962 amanecimos en la ciudad de Coro y cuatro días después, conducidos por el camarada Nelson López, subimos a la Sierra por las vías de Pueblo Nuevo siguiendo el curso del río Los Evangelios. Una vez cumplida su misión, él se regreso.

Amanecimos en el campamento base; no había más de diez o doce combatientes de rostros ceñudos y ateridos. Dos cosas pasaron por mi imaginación: un campo de concentración y un chiquero de becerros, por las rugosidades del piso a consecuencia del barro batido con las botas.

Tan pronto como aclaró el día, hicimos una formación. Se nos arengó, se hizo ejercicios; informaron y se repartieron las tareas del día que, en lo fundamental, consistían en buscar alimentos y explorar la montaña para ir dominando el terreno y templar el cuer-

po. Esta rutina se prolongó durante varias semanas. Mientras tanto, continuaban llegando combatientes hasta alcanzar el número de treinta y dos.

Excepto Douglas y Teodoro que se hacían llamar Andrés y David, respectivamente, muy pocos éramos los que usábamos seudónimos; la generalidad nos llamábamos por nuestros nombres propios.

Para los que nos gusta sondear en las profundidades del alma humana, aquella experiencia constituyó un laboratorio ideal de observación difícil de replicar en condiciones normales. Y si “la cárcel es el lugar donde toda incomodidad tiene su asiento”, el vivac de una guerrilla artificial o implantada lo es de las reacciones patológicas y conductas más extrañas. La hilaridad y el buen humor del iniciado en las primeras horas, van disminuyendo en razón directa al tiempo que prolonga su estadía en el campamento. Esta reacción va acompañada de poses corporales denunciando de su estado anímico y tiene su origen, junto con el recuerdo de los seres queridos y toma de conciencia del confort perdido, en el hambre, el frío, el sueño, el agotamiento y el cansancio. Profundos surcos de duda comienzan a pasarse por su imaginación, hasta postrarlos en actitud constricta.

El buen humor de la primera noche cedió su puesto al amoscamiento y el talante bizarro y altanero al amurrungamiento.

La tarde silenciosa y plomiza en la humedad del bosque invita al corrillo y al cuchicheo malsano. Es en aquellos aquelarres fatídicos donde se engendra y cultiva el morbo de la duda, la desmoralización y la derrota. Al ver aquellos aprendices de soldado, en aquella actitud, se me ocurría que eran zamuros bajo la lluvia, quizás por el color y uniformidad de sus chaquetas negras.

El que hace de centinela en las noches, solo vive para las horas, minutos y segundos que le faltan para entregar la guardia. Cumplido con su turno, no quiere serlo un instante más. Por lo general,

la práctica establece que al que le corresponde el siguiente turno, el que esta de guardia le hace varias llamadas preventivas entre quince y veinte minutos antes. Esa era la situación una noche que le correspondía la guardia a un negro llamado Jacinto, central y universitario. Pertenecía al grupo que habíamos marchado de Caracas juntos. No sé porque razón, al hombre negro siempre lo observo a través de un prisma de misterio y leyendas ignotas. Me impresionó la sonrisa del negro desde que lo conocí; lo hacía entre dientes... ji, ji, ji..., a lo que yo le daba una significación más profunda de lo que realmente tenía..., el entrecejo arrugado y unos bigotes a lo Pancho Villa completaban el retrato.

– De este negro puede salir un sanguinario, una vez que le coja el golpe a la pelea... voy a buscarlo por amigo... porque su presencia en los momentos difíciles me dará valor – me decía.

El hecho es que a Jacinto le tocaba guardia y no se había levantado ni dado muestras de hacerlo con las llamadas preventivas que se le habían hecho. El centinela se exasperó y llamó al Comandante:

– Teodoro... Teodoro, el negro Jacinto no se quiere levantar.

– Jacinto...

– Ummm –pujaba el negro.

– Jacinto... Jacinto...

– Ummm - y volvía a pujar.

– Coño, carajo, Jacinto... levántese que tiene guardia...

A lo que el negro contestó con una vocecita quebrada y lastimera, reflejo de su estado anímico:

– Que guardia ni que guardia..., si con este frío ni las culebras muerden...

Al fin tuvo que hacerlo obligado y murmurando...

La desmoralización y el correlativo pedimento de baja se sucedían a cada momento en los primeros días. Nadie dice la verdad en esos casos. Todos la imploran aduciendo los motivos más triviales, ofreciendo promesas de todo tipo y juramento de lealtad y consecuencia a la causa, al partido y a los camaradas que se quedan en el frente, cosa que olvidan al no más abandonar aquel infierno. Los que culturalmente tienen menos motivos para subjetivar la situación en que se encuentran y su salida de la misma, simplemente desertan. Solo conocí un caso durante este período de un compañero que pidió su baja en términos olímpicos y francos, sin ofrecer ni prometer nada a cambio. Fue el compañero Néstor Oquendo, estudiante de los últimos años de Derecho, quien se dirigió al comando y expresó:

– Compañeros, quiero mi baja; no sirvo para esto... soy un estorbo y un peligro para ustedes.

No necesitaba decirlo. Era miope, lerdo y torpe para el monte y el esfuerzo físico. El resto, una parranda de muérganos, fueron bajados en condiciones anímicas desastrosas y vergonzosas. Llegó un momento en que eran tantos los desmoralizados dados de baja y potenciales desertores, que se constituyeron en un problema para el destacamento, sobre todo por la carencia de hamacas, no dependía de la buena o de la mala intención del mando el hacerles efectivos inmediatamente el real disfrute de la baja expedida. Tuvimos que privarles de sus chinchorros para entregárselos a aquellos que estaban durmiendo en el suelo y que habían manifestado y dado pruebas de permanecer en la guerrilla. Aquellas criaturas privadas de sus colgaduras se zumbaban, amontonadas como una camada de perritos, en la boca de una hornalla que utilizábamos para hacer la comida, apagando las brasas con sus cuerpos para poder calentarse.

Para decir lo menos, es una calamidad andar con hombres desmoralizados y en contra de su voluntad; pero, por otra parte, su salida inmediata no dependía de la voluntad del comando o comandante,

sino del estado de alerta o no del enemigo en las líneas exteriores al terreno donde operaba la guerrilla. Sacarlos contra viento y marea era poner en peligro sus vidas y la del resto de los guerrilleros.

Ejemplificaré lo anterior con el caso del mismo combatiente Jacinto ya mencionado. El formaba parte del grupo de los que habían pedido y se les había concedido la baja, pero que por razones ajenas al comando no se había podido hacer efectiva la salida. Cuatro días después del incidente de la hora del turno de guardia, se presentó una oportunidad y entre los escogidos para salir se encontraba él. No sé cuántas horas habrían caminado los compañeros en dirección a la “tierra prometida”, cuando llegó una información al comando de que se encontraban tropas por los lados de Pueblo Nuevo y en las carreteras que dan a este pueblo. Se tomó la previsión de darles alcance y regresarlos a como diera lugar: fue la orden. Se me encomendó la tarea. Después de muchas horas les di alcance, llegando a la zona de peligro. Les expliqué la situación y las instrucciones que traía... los otros dos compañeros aceptaron la situación con cierta resignación. Al negro se le descompuso el cuajo con la mala nueva... tendió la vista hacia el copo distante y azul de la montaña y pelando los ojos como babo en polvo, dijo:

– ¿Para allá?

– Sí, para allá –le respondí.

– Yo para allá no vuelvo a subir... yo no aguanto... las piernas no me dan. Yo prefiero que me agarre el Ejército.

Y no se con qué intención, miraba hacia los lados dándole vueltas a la cabeza como los lechuzos.

– Mire, Jacinto: camine o lo llevo por la fuerza...-le ordené.

En ese momento se apareció Juan Bautista Arena, un guerrillero de la Sierra, una mijarra de hombre que medía como dos metros

y quien portaba una cuarenta y cinco y una sub-ametralladora Beretta. Traía una garrafa de aguardiente “cachicamo”, observó la situación y lo increpo:

– Negro carajo... no desacredites a tu raza. ¿No te da vergüenza con tus compañeros? Tome, échese un palo e’ cachicamo para que usted vea que se le acomoda el cuerpo.

Y Jacinto, arrastrando cada palabra:

– Yo de eso no tomo... si lo hago me desmayo con ese estómago vacío como lo tengo...

El negro resultó un bluff. Guinchado tuvimos que subirlo.

Un día, que debió haber sido entre el primero y el cuatro de mayo, se vio alterada la rutina. Era la primera prueba de fuego del equipo. Ese día, las tareas se habían repartido de la siguiente manera: en la mañana, el compañero médico Rómulo Valero debía atender unas consultas con unos campesinos en el rancho de un viejo llamado Lencho, acompañado de dos nuevos que habían llegado el día anterior: el compañero Chema Saher, hijo del Gobernador del estado, y un compañero de Punto Fijo llamado Rafael García Lovera. Como el andar de los nuevos era demasiado lento, el médico que era un veterano se les adelantó y cayó en una emboscada sin disparar un tiro. Poco después, caían los otros dos como un par de panga-pangas en las mismas condiciones.

A otro equipo, al mando de Domingo Urbina y del cual formaba parte yo, se le encomendó la tarea de construir un mirador sobre la ramazón de un árbol ubicado en la cresta de un farallón que daba vista a un inmenso panorama. Habíamos trabajado duro todo el día; estábamos cansados y hambrientos. Exige esfuerzo cortar largas palmeras en el fondo de esos farallones y después caletearlas como los bachacos hasta la altura referida. Solo teníamos en nuestros estómagos las magras raciones de sardinas y cambur de

la mañana que, por lo frugal y raquítrico de los camburcitos, me hicieron recordar esta copla llanera:

*Ayer pasé por tu casa
y me diste que cená:
un pollito moquilloso
y una arepita quemá
y el guarapo me lo diste
en una totuma e' miá.*

Como a las cuatro de la tarde sonaron varios disparos de fusil como a trescientos metros de donde nos encontrábamos trabajando, en dirección al único camino que nos unía con el mundo exterior, precisamente donde teníamos encaletada una emisora. Los disparos, como un mal presagio, cumplieron un efecto paralizante en nuestros espíritus. Presumimos que provenían del enemigo. No había tiempo que perder.

Los dos equipos, el de ellos y el nuestro, hacían desplazamientos por caminos convergentes hacia un punto común. Era cuestión, pues, de quien llegara primero esperaba al otro...

El Comandante Urbina mandó a adoptar la posición de “paso de carga”... como si estuviéramos en un simulacro de ejercicios militares, cuando de lo que se trataba era de ir a todo escape en dirección al sitio señalado. Se me ocurrió y le dije:

– No joda, Comandante, así vamos a llegar el día del carajo en la tarde... cuando ya no haya para qué, déjeme ir yo adelante...

– Vaya, pues –me respondió.

Llegamos justo un poco antes que el enemigo al lugar señalado: era un campamento que habíamos abandonado tres días antes. Como no vimos nada, no se nos ocurrió pensar que el enemigo también estaría por llegar. Era la posición ideal para la espera y el combate. Optamos por bajar al fondo del cañón de la quebrada donde nos

encontramos a Teodoro alborotado, quien indagó por el origen de los disparos; nosotros le respondimos que tampoco sabíamos.

– Una comisión que vaya a averiguar... Gonzalo, Terry, Genaro... señalándome a mí y a cinco más.

Le respondí:

– Como no, yo voy pero déjeme comer primero...pinga... yo tengo mucha hambre y con hambre no peleo.

Había tirado hacha como el que más, porque entre otras cosas, era el único que dominaba la técnica de derribar un árbol y sacar astillas. Teodoro, quien era el jefe que estaba presente en ese momento dada la ausencia de Douglas, optó por mandar a otro en mi lugar.

Apenas si habían caminado unos cincuenta metros cuando se abrieron los fuegos a boca de jarro, con la buena suerte para ambas comisiones que, simultáneamente, desembocaron en una curva del camino en donde a causa de una roca enorme se dificultaba la visibilidad. Las fuerzas del gobierno que bajaban venían con la celeridad de quien lo hace por un plano inclinado. Solo un susto enorme, un ¡ay... mi madre!, fuego al boleo y retirada. Por nuestra parte tuvimos una baja, el compañero Gonzalo Navas a consecuencia de un tobillo falseado. Mientras tanto, al resto del personal se nos colocó en zafarrancho de combate pero de manera tan torpe y tan absurda que si al enemigo se le hubiese ocurrido avanzar en el transcurso de esa tarde, allí hubiéramos tenido que rendir miserablemente nuestras vidas. No se trataba de un problema de alta ciencia militar sino de elemental sentido común. Se nos colocó y distribuyó en un embudo cerrado y amurallado por enormes rocas donde no teníamos ni una sola posibilidad de retirada que no fuera en dirección del fuego enemigo. Observé a los compañeros en posición de guácharos y no pude menos que decirle al Comandante Urbina:

– Coño Comandante... nos van a hacer matar ustedes como unos perros; deme unos hombres para ir a atacar a esos carajos antes de que lleguen aquí...

– Espérese un momentico... déjeme ir a consultar con el Comandante Teodoro; véngase conmigo.

Mientras tanto, ese jefe permanecía sentado en un chinchorro en un estado de total anonadamiento y más jipato que un jigauo. Al advertirnos y hacerle Domingo participe de mi pedimento, respondió:

– Tenga calma, Genarino, que este es el primer combate de la guerra; al amanecer le doy los hombres para que monte la emboscada.

Así se hizo. Convinimos el sitio de la emboscada, El peñón, y el itinerario que debíamos seguir para llegar a él. Fue un día fatal para el equipo que comandaba pero especialmente para mí, de cuyo ración moral no me repuse sino después de un largo tiempo: perdí dos hombres en la primera acción de guerra que se me encomendaba, no importando que hallan existido circunstancia atenuantes a las que después referiré.

Desde aquí salí, perdí el rumbo por ceñirme estrictamente al itinerario preestablecido y convenido con el jefe, de tal manera que lo que pude haber cubierto en una hora de marcha lo hice en seis; debido a las contramarchas y rodeos que nos vimos obligados a efectuar. Era la una de la tarde y todavía no había llegado y ni siquiera estaba orientado. Unas voces llamaron nuestra atención; de repente, advertimos que estábamos prácticamente montados sobre el camino y al lado de un pelotón de soldados que había hecho un alto de descanso para continuar su ascenso. No había tiempo que perder. Emplacé rápidamente a los compañeros de manera de cumplir dos opciones: si los que ya habían subido bajaban o si los que se encontraban abajo y cuyas voces escuchábamos, subían. No fue posible ni una ni otra cosa; un ataque de nervios se apoderó de uno de nuestros compañeros y delató nuestra posición.

Aún recuerdo al compañero Enrique Querales en posición de tendido, desternillándose de risa y los esfuerzos que yo hacía para indagar sobre el origen de tan extraña como singular conducta en aquella circunstancia. No hubo tiempo de nada. Un alerta por parte del enemigo y los fuegos se abrieron. Cayeron dos soldaditos... soldaditos polémicos... la paternidad de sus muertes se las atribuiría días después un jefe nuestro que como de costumbre, andaba por los lados del pueblo.

Por nuestra parte, cayó el compañero Querales que, en forma inexplicable, no disparó su M-3 ni hizo uso de su granada piña que cargaba: el ataque de risa lo paralizó... también se nos perdió el compañero Enrique Padovani dirigente obrero de la Good Year, quien días después reventó en Cabures donde fue asesinado por los activistas paramilitares de Acción Democrática. De los cinco que habíamos salido ahora sólo quedábamos tres: el terrible Galíndez, Ciprianito Rondón Conde y yo. Dos días con dos noches estuvimos deambulando en esa Sierra, con la voluntad de Dios y el agua que nos llovía. Al amanecer del tercer día nos orientamos; una campesina llamada Romana a quien entrevisté después de una labor de joyero de aproximación, nos mató el hambre antes de marcharse. Nos dejó un azafate con yucas y batatas crudas para que las asáramos durante la noche, una vez que ella y su familia se hubieran retirado.

Fuimos al día siguiente al campamento atacado que encontramos solitario y triste. Ni rastros de vida humana; solo la huella de la destrucción tasada en miles de bolívares, dejada por los enemigos después de haberlo tomado. Sólo la olla con el hervido que se disponían a comer los camaradas la tarde en que fueron atacados, descansaba en un par de horquetas en su posición de equilibrio indiferente, con una capa de hongos color verde esmeralda alfombrando su superficie.

Fue una falta de previsión elemental de una dirección y de unos jefes que por ninguna razón, motivo o circunstancia, debieron

haber permitido el almacenamiento de tantos víveres, medicinas, pertrechos y demás elementos de guerra en el mismo sitio donde vivaqueaba la guerrilla. Y, más inexplicable aún la del Primer Jefe, Comandante Teodoro, quien habiendo tenido más de veinticuatro horas de tiempo para subsanar el error, se hubiera dejado atacar y, lo que es mas grave, sorprender en el mismo sitio entre una y dos de la tarde de ese otro día con el consiguiente debacle, pérdida de confianza en el mando, de hombres y equipos.

Esa noche nuestra alimentación fue opípara con las yucas y batatas dejadas por nuestra amiga campesina. El asador fue Terry, a quien no le regateó sus habilidades de hombre tarasco para atravesarme una yuca en el guárgüero.

Al día siguiente, mandé a los compañeros a ver donde encontraban agua. Como a las dos horas se aparecieron con la noticia de haberse topado al Comandante Teodoro en el fondo de una quebrada de aguas cristalinas, quien me mandó a decir que me trasladara hasta allá...

Qué impresión más desagradable y triste la que recibí al constatar que aquel jefe arrogante y soberbio de días atrás, se encontraba ahora en un grado de indefinición tal que apenas si lo acompañaban dos combatientes de una columna que, hasta el momento del ataque, había llegado a alcanzar treinta y cuatro hombres. Uno de los hombres era Gonzalo Navas, de su alta estima y confianza, quien yacía en el suelo con un pie descompuesto; el otro, si mal no recuerdo, se trataba de un pintor de apellido Pisani quien, recostado sobre una mata de cacao y cubierto con una cobija hasta la cintura, sacaba rebanadas de un cambur verde para comérselo con margarina y sal. Recuerdo que con arrechera le dije:

– No coma eso, compañero, que nosotros traemos bastante yuca y batatas asadas... pásaselas –dije, dirigiéndome al Terry.

Fui preguntando a Teodoro por cada uno de los diferentes compañeros:

– ¿Y Julio César?

– Por aquí se perdió, con una guinda de cambures en el hombro –señalando el Cerro de los Ingleses– salió a buscar agua y no lo vimos más.

– ¿Y Salitas?

– ¿Y Víctor y Almao?

– Les di de baja y los mandé a sacar.

– ¿Y el Comandante Domingo Urbina?

– Que Comandante va a ser ese coño e’ madre; ese lo que es un bandido que lo que merece es que se le fusile; me dejó solo, no quiso pelear... arrancó con su gente en el momento en que fuimos atacados; en tal parte y que está con algunos de su escuadra...

– ¡Ah, pero menos mal que no hubo muertos ni heridos!...

– Claro que sí: hirieron a Hilarión que salió como un héroe... un gran camarada... se portó como un arrecho.

Me llamó la atención el caso particular de ese compañero y por ello me detendré en él. Se trataba de Hilarión Larralde, llanero de Barinas. Estudiábamos el mismo año de derecho y militábamos en la Juventud Comunista. Había preñado a la novia y quería casarse para no llevar ese cargo de conciencia a la montaña; le ayudé a través de relaciones en lo que pude en eso de obviar trámites y papeleo. Nos fuimos a la Sierra. Me enorgullecía de su amistad y llegué a pensar que seríamos grandes camaradas de armas. Incluso estiraba mi imaginación fértil en el tiempo y pensaba: “cuando estemos viejos nuestra amistad será la misma y recordaremos estos viejos tiempos...”

Con el correr de los días advertí que el compañero fue enmudeciendo y poniéndose triste. Por experiencia, sabía que esa conducta

es reflejo y expresión de un proceso de cambio en las convicciones que se opera en los individuos sometidos a fuertes presiones mentales. Estaba derrotado, quería irse, pero no deseaba hacerlo solo; como el tuberculoso de otros días, quería llevarse a otro consigo a la tumba. No era por cariño que quería llevarme; era la consecuencia de una rivalidad oculta que no me había planteado. De cuando en cuando se me acercaba y me preguntaba:

– ¿Qué te parece la vaina?

– ¿Cómo me va a parecer? Jodía –y seguía mi camino.

Llegaba otra tarde y se me acercaba a la quebrada donde lavaba los platos...

– ¿Tu crees que puedes aguantar?

– No lo se –y me retiraba.

La última vez que se me acercó:

– Yo no me calo más ésta; voy a pedir mi baja. ¿Tú no quieres ir?

– No, no joda... váyase usted si quiere...

Estaba igual que él y sostenía una lucha impar en mi espíritu atormentado conmigo mismo.

Seré el último en salir –me decía. A Caracas no vuelvo derrotado. Esa era la causa de mis respuestas tajantes hacia el compañero y de evitar su presencia y compañía.

A partir de ese momento no me dirigió más la palabra. Pese a eso se aguantó unos días más sin pedir la baja. Y como por cosa de Dios, al compañero se le ocurre pedirla la noche anterior a los sucesos que he narrado. Lo había hecho a Douglas para que este lo planteara en el Comando; la rapidez de los sucesos no le dio tiempo.

¡Ah!, si el compañero hubiese sido adivino: se hubiera aguantado unas horas más y salido de aquel infierno como un héroe de verdad.

Por indagaciones posteriores me informe que el compañero era el centinela de guardia en el momento en que fue sorprendido de manera imperdonable, de tal manera que quedó atrapado por el fuego de la fusilería enemiga, detrás de una pequeña roca, teniendo de fondo otra roca enorme, y fueron las esquirlas del plomo partido las que le rociaron la espalda hasta que pudo salir de aquella barahúnda infernal.

Así tenía que ser valiente a juro... “¿Quién con pólvora no tira y con munición no pega?...” hizo de la necesidad una virtud. Ambas cosas no las sabía Teodoro.

No es de sorprender entonces que aquel “Héroe y gran camarada”, diez años después se le encontrara presidiendo la legislatura de Barinas por Acción Democrática, después de haber sido electo diputado en las planchas de Copei, con quinta, queridas, finca, ganado y un responsable status social. El hizo su revolución; no le guardo rencor. Y si consigno el hecho en toda su crudeza, es para ilustrar como apreciaciones superficiales y ligeras, nos pueden conducir a grandes errores a la hora de enjuiciar situaciones y hombres.

Con este descalabro culmina la primera etapa del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirinos”. Un cúmulo de lecciones y enseñanzas se puede extraer de ella, pero las dejare para presentarlas en su debido momento.

De los últimos sucesos descritos, derivan para mí la primera lección y la segunda satisfacción desde que estaba en el Frente.

La lección a que me refiero es la siguiente: el que ejecuta en el terreno una acción práctica debe actuar conforme lo aconsejan las circunstancias y, por ningún respecto, debe dejarse amarrar las manos por directrices y compromisos acordados a cientos de metros o

kilómetros del escenario en que se actúa. A posteriori, asumiré la responsabilidad y consecuencias de su parecer y proceder. Al sitio elegido para la emboscada, yo le hubiera llegado en cuarenta y cinco minutos de marcha. Por ceñirme al itinerario estricto convenido con el jefe me gasté medio día, con las consecuencias nefastas que quedaron anotadas.

Yo había obtenido la primera satisfacción el día en que Teodoro y Douglas decidieron repartirse el personal. Le tocó a Douglas hablar primero y dijo refiriéndose a mí:

– Genaro... pase para acá.

Ahora le tocaba el turno a Teodoro:

– Usted, Julio César, pase por aquí.

Éramos dos apureños, los únicos que hasta ese momento no habíamos llegado al Frente amarrados por la amistad personal o política de uno u otro Jefe. Ello llevó a Julio César a hacerme el siguiente comentario:

– No está tan mal representado el llano en esta Sierra... nos escogieron de primeros.

Andando, andando, Julio César y yo llegamos a la conclusión de que nuestra condición de “agentes libres”, fue la causa principal que motivó a ambos jefes a escogernos de primero y no por lo que imaginamos Julio César y yo en aquel momento. Al fin y al cabo, con los otros no había problemas en el reparto. La segunda satisfacción fue cuando Teodoro me montó los galones, de hecho, no siendo santo de su devoción y ni siquiera de su escuadra, al darme la prioridad por encima de sus compañeros íntimos que hasta ese momento, habían venido dragoneando como sus futuros reemplazantes.

A partir de aquel ascenso fortuito que, dicho sea de paso, fue el único en mi carrera de bandido que recibí de manos de un interme-

diario, todos los demás me fueron impuestos en el mismo teatro de operaciones por mis propios camaradas chusmeros.

Después de los sucesos que he narrado, quedamos siete; y días después, este número se reduciría a cuatro. Como es un caso singular y que al nombrarlos no los comprometo, dejo sus nombres asentados para que los recoja la historia: Douglas Bravo, Baltasar Ojeda, Diógenes Carrillo (el Chipilín de la partida) y yo.

Teodoro se había ido y lo hizo de manera nada elegante, por decir lo menos. La declaración de Elías Manuitt, quien hacía poco se había incorporado al Frente, aparecida en la revista “RUPTURA”, de 1981, me ahorra abundar en detalles:

La gran historia está hecha de las pequeñas historias, y en particular Teodoro no fue capaz de contar la suya propia mientras estuvo en las montañas de Falcón, donde apenas duró dos meses (...). Debería recordar además que su desesperación por bajar de la montaña originó su caída en los días del glorioso levantamiento de Puerto Cabello, a pesar de la insistente negativa que opusimos Douglas, Nicolás Hurtado (sic) y yo, a su movilización a la ciudad por la emergencia que se vivía.

Me permito aclarar a Elías Manuitt y al lector que para ese momento Nicolás Hurtado no formaba parte de la Comandancia del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirinos”. Se trata, y creo que en él pensaba Manuitt en el momento de su declaración, de Alcides Hurtado. En lo demás, todo es exacto.

Efectivamente, los últimos días que Teodoro pasó en la Sierra fueron terribles para él. Aquellos sucesos zarandearon su espíritu de manera tal que ya no pensó en más nada sino en salir a la ciudad. A partir de ese momento, su cerebro no imaginó más planes para pelear y solo los concibió para escapar de manera elegante.

– Genarino, ven, acompáñame... - y pasaba horas lavándose las

manos con jabón hasta dejarlas impolutas, las soplabá y miraba por la palma y por el dorso, para terminar diciendo:

– Ciertamente que soy un hombre ciudadano... daría un millón por mantener estas manos así, aunque fueran horas...

Al ratico de emprender el camino de regreso, por la necesidad que teníamos de agarrarnos a raíces musgosas, se le volvían a curtir.

La necesidad humana de conversar y comunicarse es una cosa terrible. Tan fuerte es el espíritu del hombre, que a veces éste no se para en la consideración de si su interlocutor tiene conciencia o no; tal es el caso de gente que conversa con los perros como si estuvieran dirigiéndose a una persona. Los llaneros, por lo general, conversan con sus caballos y hasta con las vacas y los toros. Lo que es más, se da el caso absurdo por lo extraño, de que a veces algunos se dirigen a objetos inanimados como si fuera a otro igual. Tal es el caso de un tractorista que le da consejos o reconvenciones al tractor, o un tornero a su torno. El hombre que se considera superior, sea militar, sabio, político o patrón en situaciones de aislamiento o soledad, se dirige al soldado, ayudante o peón, a falta de sus iguales equivalentes, de la misma forma que lo hace a un animal o a una maquina. Quizá su explayamiento en cuanto a los fueros de la intimidad se extienda a más, por entender que es muy poco o insignificante el daño que le pueda acarrear esa persona, caso de llegarse a colar cualquiera de las infidencias íntimas de las que lo hizo depositario.

Ese fue el caso del compañero Petkoff con mi persona. Por él me enteré de muchas de las intimidades del pasado de su familia y de su vida privada y pública de luchador social. Así, por ejemplo, que sus padres habían tenido que refugiarse en París después de la Revolución Búlgara en 1923. Que encontrándose allí como refugiados, un día, a guisa de mamadera de gallo, agarraron un mapa de América del sur y convinieron en que: “Se trasladarían para

el país y sitio donde cayera el dedo índice en ese mapa, una vez hubiesen cerrado los ojos”. Atinó a caer en Lagunillas del Zulia y cumplieron lo prometido.

Que durante los años de la dictadura perezjimenista, se ganaba la vida traduciendo artículos del inglés y del francés al castellano y viceversa.

Que tenía una buena compañera por esposa, que se ganaba la vida como taquillera de un cine en esos años. Pero que una vez caída la dictadura, la unión había fracasado pese a los esfuerzos que había hecho en la dirección de mantenerla, cosa que le resultó imposible por lo celosa de la cónyuge quien le reñía hasta por cuestiones nimias, en las cuales él no tenía la culpa.

– Dime tú, Genarino ¿qué puede hacer uno, siendo líder de una masa estudiantil y con la aureola con que yo salí de la dictadura... si las muchachas lo buscan? Sin embargo, yo probé que una unión se puede mantener por gratitud, aún acabándose el amor.

Íntima relación con esa afirmación y juicio, guarda la respuesta sibilina y sutil de una dama recientemente entrevistada, que estoy seguro fue la misma por habérmela nombrado, cuando el periodista le preguntó:

– Si tu amor por Petkoff fue tan grande, tan puro ¿por qué se desbarató la unión? ¿Hay algo que tú no le perdonas a él?

Ella respondió:

– No solamente a Teodoro. Hay algo que yo no perdono a nadie: la infidelidad y, más aún, la traición...

Pero lo que más me llamó la atención de esas anécdotas, por la connotación que tiene en relación con lo que después diré, es aquella relacionada con la celebración del 1° de mayo de 1961 en la República de Cuba, en donde a Teodoro, siendo un alto dirigen-

te nacional de la Juventud Comunista Venezolana, le tocó asistir presidiendo la delegación. Según él, existía en Caracas un amigo del partido que decía serlo a su vez del Ché Guevara por haber compartido con él una pieza en Ciudad de México. Por tal razón, decidieron incluirlo en la delegación.

– Dada la cancha que teníamos para esos momentos los revolucionarios venezolanos en Cuba –me decía Teodoro– fui nombrado Presidente de las Milicias Internacionales. Cuando nos acercábamos al presidium, anunciaron la llegada de nuestra delegación, la cual fue intensamente aplaudida.

Todos los jefes de la revolución, incluyendo al Ché, voltearon hacia nosotros, a cuya cabeza había colocado al supuesto amigo del Ché. Como vimos que éste volteó y regresó la vista al frente, ya nos disponíamos a recriminar y a prejuizar sobre la credibilidad del venezolano, cuando vimos que el Ché volteó violentamente, parándose de su asiento y dándole un abrazo al compañero. Lo reconoció y, a partir de ese momento, todo se nos hizo más fácil; eso si se llama consecuencia y lealtad para con la amistad y el amigo. Por cierto, Genarino –continuó– que estando Fidel hablando, se le acercó un agente del G-2 y le comunicó la noticia sobre el avión espía U-2 de los americanos, que fue derribado sobre el espacio aéreo soviético. En ese instante, Fidel paró de hablar y se puso pálido.

A comienzos del año setenta, no recuerdo exactamente para que fecha, me encontraba preso y mal recomendado en la Cárcel Modelo de Caracas.

Teodoro había legalizado su situación; su estrella luminosa en ascenso estaba a punto de coronar el vértice de la gloria y la fama. Sabiéndose la vedette de la izquierda no perdía oportunidad de pavonear su figura en cualquier círculo o reunión social, por insignificante que fuera, que le permitiera extraer algún dividendo político.

Un día cualquiera de visita, hizo acto de presencia en el pabellón nuevo de la Cárcel Modelo, centro de reclusión de los procesados políticos. Desde los días de la Sierra no lo veía. Siempre es grato saludar a un jefe, sobre todo si éste se encuentra en la cúspide de la fama. Bajaba yo las escaleras del primer piso hacia la planta, con la intención de despedir a mi esposa hasta la salida del pabellón, cuando de repente:

– Mi amor, mira quien está allí... Teodoro...

Sentí alegría, lo confieso; me hice ilusiones de saludarlo y abrazarlo. Estábamos frente a frente, pocos metros de por medio; solo que yo en lo alto, en el descanso de las escaleras, y él abajo: nos separaban la altura y los barrotes.

– Al fin y al cabo – me dije – lo de la Sierra fueron gajes del oficio.

Para mi sorpresa, observé que el compañero Teodoro, que se encontraba frente a mí, con los brazos cruzados oyendo a su interlocutor, repentinamente cuando me vio, se llevó instintivamente la mano izquierda a la cara atuzando los bigotes, dando simultáneamente un giro de ciento ochenta grados, obligando con su repentino movimiento a la persona con quien hablaba a hacer lo mismo, la cual ahora me quedó de frente.

Sentí vergüenza de mi fantasía; solo me quedó recordar la anécdota del Ché con el amigo... era evidente que el recuerdo de nuestras vivencias en la Sierra, tenían connotaciones diferentes para ambos.

Sin embargo, poco después del 19 de enero de 1971, encontrándome en el mismo recinto carcelario, regresaba de la recámara con mi esposa y me disponía a entrar en mi cubículo cuando: ¡Oh, sorpresa!... me encontré al compañero Teodoro que me estaba esperando.

– Carajo, coronel... ¿y usted por aquí? algo le trae...

– Te estaba esperando para saludarte; me acaban de informar que te encontrabas aquí...

– Coño Coronel...sé que no me está diciendo la verdad; sin embargo, para que no se me arreche, le voy a creer...

– ¿Qué me quieres decir? ¿Qué insinúas? Hoy por vez primera supe que te encontrabas aquí –dijo, perdiendo la compostura.

– Esta bien cámara... Olvídalo... Olvídalo, que no tiene importancia... ¡aja! ¿Y qué, como está la vaina?

Y me expuso el proyecto del MAS que recién se iniciaba y una expresa invitación para que lo suscribiera y adhiriera. Yo no lo rechacé de plano, respondiéndole más o menos en estos términos:

– Mire, Coronel, le voy a decir una cosa: ya no somos los mismos de otros días; ha corrido mucha agua bajo el puente... de todas maneras, déjeme pensarlo... vamos a ve' pa' ve'...

Ni para que tenía; aquella conducta inconsecuente y oportunista por parte de este jefe, así como el conocimiento personal que tenía de la generalidad de los principales líderes que lo acompañaban en la dirección del proyecto, fue la causa determinante y decisiva para no entrar en él. Desde el primer momento me dije:

– O ese proyecto se desmorona o se equivocan las leyes de la dialéctica...

En aquellos días de la Sierra que reseño, Teodoro se hizo tan manso y pasivo que pasaba días inmovilizado entre unos cucuruchos de peñas, entreteniéndonos el estómago con el juego “El Personaje”, como si nosotros fuéramos faquires.

Mi espíritu, que no tolera tanta mengua y pasividad, me llevó a rebelarme. Pedí permiso de buenas maneras y me ausenté; llegué a una casa sola y ví dos racimos de cambures maduros: tragué... tragué... tragué con todo y concha hasta saciarme. Despegué el otro y se lo llevé a mis compañeros que lo recibieron como bendición del cielo. Pero de la misma manera que “tusa no guarda candela ni

mazamorra es comía”, tampoco lo es el cambur. Volví a pedir permiso y ahora me fue concedido con mayor solicitud. Llegué a otra casa habitada, pedí comida para mí y mis compañeros.

Lo que sea –dije- por ahora pa’ mitigar.

Y mandé a hacer otra comida para la tarde con la promesa de que se la pagaría. Regrese y advertí al Comandante que quedaba pendiente otra.

A partir de ese momento volveríamos a jugar “El Personaje”, pero ahora con el estómago lleno. Como a los siete días de permanecer en ese escondite vigilando el camino, divisamos al negro Pastor, un guerrillero de la Sierra que había caído preso esos días y que al ser puesto en libertad, se introdujo en la montaña por los lados de Macuquita por instrucciones del partido de Coro. Esa tarde salimos del escondite, como una baba con sus babitos. A poco andar, nos reunió Teodoro en la pata de un guamo dizque para consultarnos y nos dijo:

– Yo creo que debemos salir a Coro: la zona está quemada. El culpable de todo esto es el partido... di instrucciones a Pastor para que comprara ropa y calzado... y al partido le mandé a decir que preparara conchas y carros para que nos recibieran...

Se nos pedía nuestro parecer, pero él ya lo había decidido... Gonzalo Navas, uno de sus hombres de más íntima confianza, acotó:

– Verdaderamente, puede ser una modalidad interesante de la guerrilla: un tiempo en Caracas y otro en la montaña; cuando nos busquen allá, nos venimos para acá y viceversa... Pero ahora, como no tenemos reservas de comida y otras cosas... debemos salir...

Confieso que para mí aquello era una conversación surrealista. Hasta ese momento no dominaba la jerga partidista ni tenía claro lo de las instancias; tal vez era mi ignorancia en política. Por eso

no es de extrañar que cuando se insistía en echarle la culpa de nuestra derrota al Partido, al Comité Central, al Buró Político y al Secretariado del Buró, aquello para mi no tenía sentido, pues a esas “personas” yo no las había visto por allí... ni las conocía... ni las había tocado y que ellos mismos, las fichas del partido en la montaña, decían que estaban en Caracas. ¿Cómo es –me preguntaba- que esas personas que estaban a tantos kilómetros de distancia de donde nos encontrábamos, fueran los culpables de lo que nos estaba sucediendo... si yo a quienes había visto hasta ese momento era a Douglas, a Teodoro, a Urbina y al resto de los compañeros... y nadie había tomado las providencias del caso para evitar lo que nos sucedió?

Y no me cansaba de imaginar como sería si Teodoro y nosotros, ya en Caracas, nos encontráramos a uno de aquellos “personajes” en los cafetines de Sabana Grande y, sin mediar palabras, le entraríamos a carajazo limpio, “cayapiao”, reclamándole lo que nos había pasado por su culpa.

Lo cierto es que después de la intervención de Gonzalo, yo me atreví a balbucear... con la mayor candorosidad, y en ello va mi honor:

-Compañeros, si de comida se trata... yo me quedo solo aquí; ustedes consiguen la comida y demás cosas y yo atapuzo las cuevas de esta montaña con lo que me manden... hasta que vuelvan a venir. Por otra parte, compañeros... ¿Cómo vamos hacer con los que andan de comisión?

Se trataba de Douglas, Alejandro Mariño y Baltasar Ojeda, quienes andaban entrevistándose con Pompeyo y Figueroa hacia los lados de La Cruz de Taratara.

Antes de terminar mi exposición, me cortó Teodoro con una reacción muy violenta que nadie del grupo esperaba, ante la cual yo quedé desconcertado:

– Mire carajo, cálese; no es de eso de lo que se está hablando. De lo que se trata es que tenemos que salir de estas montañas e irnos a Caracas a armarle un peo al Comité Central, al Buró Político... y a no sé que otra instancia, quienes son los culpables de que la zona se haya quemado.

Desde que una vez en mi infancia, yo no recuerdo cuando, que ordeñando con mi mamá una vaca llamada Cocinera, y enrejado el becerro le cantaba:

*Mi señora me mandó
que soplara la candeeela
que soplara la candeeela
y yo por lo más ligeero
le soplé la cocineeera, cocineeera, cocineera.*

Y pangán... -muchacho grosero-, ciento el rejo que me cae en el espinazo... y me chasié llorando sin saber por qué. Desde esa época, repito, nunca más había recibido reprimenda tan injusta al no saber la razón del castigo. Esta vez el golpe fue moral...

Era evidente que la reacción inusitada de Teodoro, tuvo que ver con el recordatorio que hice de los compañeros de la comisión, quienes habían sido olvidados... por este jefe, a la hora de su precipitada planificación de retirada y quien no quería que se lo recordaran en aquellos momentos.

La llegada de los compañeros Douglas, Baltasar y Mariño esa tarde a la casa donde nos hacían la comida, los salvó de quedar solos en aquella desesperada coyuntura; pero el daño estaba ya hecho... pocos días después, por cuenta y riesgo propios, el compañero se ausentó.

El martes 11 de septiembre de 1962, el pseudonimista César Cienfuegos del diario “La Esfera”, tituló su columna PETKOFF. De ella extraigo lo siguiente:

...Cuando empezó a tronar la ametralladora. Cuando la Guardia Nacional comenzó a “peinar” la sierra. Entonces el rojo Petkoff se puso blanco... el bocón Petkoff guardó silencio. El audaz Petkoff tocó retirada. Su orden postrera fue la de “sálvese quien pueda”. Urbina con los pocos corianos se marginó de la lucha. Se replegó hacia posiciones más prudentes. Urbina prefiere los alrededores del Caracas Country Club. Petkoff no se replegó. Huyó. Sencillamente. Hacia Colombia, asegura el cimarrón con quien yo hablé. Dejó a su gente embarcada en la aventura. Hubo un momento en que tenía hasta Bs. 10.000,00 en flamantes billetes. Y sus compañeros muriéndose de hambre. Sin tener ni un centavo para tomar la retirada. Los dejó en la estacada.

Los grandes maestros rojos en materia de retirada no aprobarían la conducta de Petkoff. ¿Qué diría Mao, el que condujo sus tropas hasta el Yenán? ¿Y Prestes, el que llevó su columna desde el Atlántico hasta internarla en Bolivia?, ¿y Budienny, el del paso del Dnieper?

De un cotejo al voleo que hagamos entre el fragmento transcrito y lo que he referido, se concluye que el periodista tenía un mínimo de información de cómo habían ocurrido las cosas.

A pesar de lo que queda dicho de este jefe, siempre he pensado que es un líder valiente, animado de buenas intenciones, además de solidario y fraterno, especialmente con quienes son sus amigos y partidarios. Ahora, de que pierde la cabeza en situaciones de dificultad no es una invención mía, si no ¿cómo se explica que con casi veinticuatro horas que tuvo para parapetarse y emparejarse entre un suceso y otro en el combate que referí, se hubiese dejado atacar y, lo que es peor, sorprender, en el mismo sitio de la tarde anterior? Y que ni siquiera tuviera la previsión durante ese lapso de tomar las medidas que el momento aconsejaba para poner a buen recaudo el material excedente indispensable para seguir operando. Y que a siete días de haberse producido el combate no hubiera he-

cho las diligencias del caso ni siquiera para buscar comida, con tan abundante cantidad de dinero y armas que cargábamos, dejándonos casi morir de inanición como si hubiéramos estado en huelga de hambre. No entendió este Jefe que en las circunstancias en que nos encontrábamos rigen la moral, principio y leyes de la guerra, las cuales ordenan conjuntamente con la eliminación del contrario, la preservación de nuestra fuerza y la forma específica de dar cumplimiento a esta ley era no dejarnos morir de hambre.

Otros defectos incurables que acompañaran a este jefe hasta su tumba, son la ambición y la soberbia. En cuanto a la primera, difícilmente se para en consideraciones principistas, éticas o morales para conseguir lo que se propone. En cuanto a la segunda, si la suerte le es adversa, se vuelve un manso palomo, irresoluto hasta el extremo de no coordinar nada, como si el cerebro no le bombeara. Por el contrario, si la correlación de fuerza le es favorable, se vuelve altanero, arrogante y peligroso, capaz de cometer disparates o barbaridades en el momento, aunque se arrepienta más tarde de haberlos realizado, como sucedió en una ocasión en que quiso fusilar un combatiente porque lo veía comiendo papelón más de la cuenta. Citaré el caso.

Se encontraba con nosotros un guerrillero a quien distinguimos con el diminutivo de Gilbertico. Tenía cara y carnadura de rabipelado flaco; un verdadero caso...entre otras cosas, por ser lambusio y “más metío que filo e’ pantaleta”... de una incorregibilidad tal, que rayaba en lo enfermizo.

Nunca supimos de qué artificio se valía Gilbertico para que no le faltara ración de papelón. Era el único caso, en cuya ración se producía el milagro bíblico... En una oportunidad que andábamos todos hambrientos y arrechos, el único que le daba a las muelas era Gilbertico. Lo cazó Teodoro y le preguntó:

– ¿Qué come, Gilbertico?

– Papelón – respondió.

– ¿De dónde...?

– De mi ración.

En otra parada, Gilbertico era el único que le estaba dando a la mandíbula; se calentó Teodoro y le volvió a preguntar:

– ¿Qué es lo que comes? ¡Abre la boca! ¿Papelón otra vez? ¿Y de dónde lo sacaste?

– Bueno camarada, esa es mi ración que yo la guardo...

– Pero bueno, coño e’ madre: cómo es que a ti te alcanza la ración de papelón para todo el día y a nosotros no... tenga cuidado que le puede salir caro...

Esa noche, a instancias de Teodoro, le fue abierto un juicio por come dulce...y de santa vaina no le costó la vida. Tuvo que pagar el precio de abandonar el Frente. No había necesidad de llegar a ese extremo, aunque la verdad era que el compañero se las traía con su proceder. Si íbamos, por ejemplo, en fila india y el Comandante prendía un cigarrillo y lo pasaba, previa advertencia de que cada fumador aspirara un chupío y lo corriera... la misma conducta debía observarse en el camino de regreso del cigarrillo. El mala mañoso se las ingeniaba para darle dos jalones “en lo que espabila un mono”... en una de esas, lo cazó el Comandante y le reclamó:

– Camará... yo le dije que era un chupío por cabeza...

El jefe calculó cuando iba llegando de regreso el cigarrillo al mismo compañero... y voltea, cazándolo en la misma acción; se le fue la piedra y se le vino encima:

-Coño, cámara... que vaina es...no le he dicho que es un solo chupío o es que usted se la echa de gracioso...

Gilbertico le respondió:

– Cámara, lo que usted no sabe es que yo lo hago en dos tiempos.

En el interregno entre la salida del último combatiente derrotado de la primera camada y el ingreso de los nuevos prospectos, los cuatro mohicanos sobrevivientes ya nombrados nos dedicábamos a deambular por la sierra y a tomar una serie de providencias, gracias al espíritu inquieto de permanente búsqueda y de la iniciativa del compañero Douglas Bravo, cuya imaginación era una fuente inagotable generadora de estratagemas y argucias, que a veces rayaban y se confundían con lo ridículo y grotesco. En una oportunidad, me señaló un telegrama dirigido al Comandante militar del Cuartel “Mariscal Falcón”, que más o menos decía así:

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias acantonadas bajo mi mando en esta sierra, por resolución tomada de su Comandancia, tienen instrucciones de no hacer fuego contra las fuerzas militares bajo su mando y dirección, por no considerarlas nuestros enemigos. Solo dispararán contra cuerpos civiles armados y de policía, por considerarlos enemigos del pueblo.

...Y no éramos más que cuatro güevones obstinados y hambrientos que no hallábamos en qué palo ahorcarnos...

La tenacidad y la constancia del espíritu lineal de este jefe, eran otros rasgos relevantes y positivos de su personalidad. No obstante, tampoco estaba exento de ciertas debilidades que, por lo demás, son inherentes a la condición humana.

En una oportunidad en que encontrándonos reducidos a la mínima expresión después de la derrota, en la parte más alta de la Sierra de Iracara, se le ocurrió a Douglas que debíamos trasladar unos diez mil proyectiles de FN-30 de un sitio a otro... por su puesto, el jefe no fue... un personaje de tan elevado rango no está hecho para este tipo de minucias... como un arreo de burros comenzamos, viaje

por viaje, Baltasar, Diógenes y yo... cargando de a mil o mil quinientos proyectiles por cabeza. Pasábamos cada hora por donde se encontraba el jefe quien, cada vez que lo hacíamos, nos dirigía un chiste o algún comentario con los cuales, supuestamente, pretendía hacer las veces del bálsamo, tanto para amortiguar el rigor de nuestra tarea como para atenuar el ratón moral de su pasividad. En una de esas que veníamos de regreso nos dijo muy entusiasmado:

– Cámara, les estoy haciendo una merengada de cambur con el pote de la leche condensada que nos queda...

El Diógenes, que pese a su tierna textura y edad no tenía ni una pizca de pendejo, utilizando el pretexto de ayudar a pelar los cambures, se aprovechó de la oportunidad para sopesar el contenido del pote, zarandeándolo.

Nos tomamos nuestras merengadas y seguimos nuestro camino. A poco andar, Diógenes me llamó la atención tocándome el codo y me dijo:

– ¿Te diste cuenta?

– ¿De qué? –pregunté.

– Gua, que el gran carajo se había tomado él solo medio pote y no hallaba cómo repartirnos el resto, sin que nosotros lo advirtiéramos. Claro, en el poco de agua endulzada con cambur no se notaba la falta.

En otra ocasión, Douglas me dijo que lo acompañara sin decirme para dónde. Para el combatiente raso salir con el jefe siempre es un privilegio, por aquello de que “el que a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija”... el jefe carga dinero, tiene relaciones y se le recibe como tal; al que lo acompañan le caen sus migajas... y, en aquellas circunstancias, la mejor migaja que le podía caer a uno era la relacionada con los alimentos.

Llegamos a un conuco, cerca de un sitio llamado “El Trapiche”, donde consiguió una latica de aceite Branca; la lavó y le puso media de agua... me ordenó:

– Póngase a coger quinchonchos, cámara...

Prendió candela, le hecho sal al agua y la montó. Sacamos yuca, empezamos a pelar y a echar; ya lo habíamos hecho con los primeros quinchonchos. A medida que la íbamos pelando la íbamos echando, de tal manera que se cocerían unas primeras que las otras... me pidió que fuera a cortar una mano de topocho, señalándome un topocho a cierta distancia. Cuando venía de regreso, observé que con un pincho de madera estaba sacando yucas y comiendo. No me agradó nada aquel proceder, creo que así lo entendió; se adelantó a mí pensamiento y dijo:

– Estaba probando, cámara... a ver si estaba cocida...

Y sacaba otra, me tiraba un gajito y me decía:

– Pruebe camarita... a ver si está...

Yo me dejé de pendejadas y comencé a hacer lo mismo... pero el camarada me mandaba a pelar topocho, que era tiempo que yo perdía... a partir de ese momento, lo que se desató entre los dos fue una grotesca, pero sutil, competencia perruna... el compañero, que todavía destripaba maraquitas de quinchoncho, levantaba la vista, abría la boca llena por donde expelía vapor como el tubo de escape de una moto y me recriminaba:

– Coño cámara, qué vaina es... pero pele; haga como yo: saque su yuca después de pelar cada topocho...

Pero él lo hacía después de reventar cada maraquita de quinchoncho por lo que me sacaba ventaja. Yo le respondí:

– Lo estoy haciendo así...

Y me metía otro pedazo de yuca a la boca. Aquella competencia terminó cuando se terminaron las verduras y los granos. Todavía el camarada tuvo estómago para tomarse un poco de aquel coagulo negro y espeso para pasar el atoro.

Pero mí sorpresa no terminó allí esa mañana. Poco después nos fuimos para la casa donde debía llegar el contacto que esperaba del pueblo. Al llegar éste:

– Aquí está la provisión... y esto se lo mandó su tía Chila- dijo el campesino, extendiéndole un pote de mermelada que enseguida destapó; cogió una cucharilla, extrajo como un cuarto de vaso de la jalea y me la vació en la mano que yo extendí como un monito:

– Coma camarita...

El resto se lo comió él... En ese momento la campesina exclamó:

– Ay, pero si yo les tengo el desayuno listo– colocando sobre la mesa casi un salón de chivo que tenía en las brasas y una arepa coriana. El compañero desprendió un pedazo de asado y como un cuarto de arepa y me lo estiró.

– Coma camarita-... abalanzándose sobre el resto mientras engullía con desesperación, con los ojos brotados y los pliegues del pescuezo distendidos, lo que lo obligaba a cada momento a tomar aire y agua para pasar el atoro y continuar la tarea.

Yo ya no podía más; el estómago no me lo aceptaba... pero hice un último esfuerzo y me lo tragué. Cuando hice fuerzas para levantarme y tomar aire, el Jefe me sorprendió con una orden.

– Cámara, coja ese saco y lléveselo; márchese al campamento...

¿Qué cuánto era el peso?, no podría decirlo; pero pongamos por ejemplo de veinte a veinticinco kilos, que para mí, en aquellas condiciones y subiendo, pesaba tanto ó más que un camión cargado de

alambre. El sol, que tenía tiempo que no lo recibía y la hartura, de casualidad no me mataron. Llegando a un río, me dio un temblor, seguido de un ataque de sudor y mareo; medio tatarito me zambullí en el agua, hasta quedar restablecido... Al jefe lo dejé comiendo, por lo que no puedo dar versión o testimonio de si terminó de arrear con todo.

Otro hachazo que yo recuerde de este jefe, fue cuando un día me mandó a abrir una pica; sobre el terreno me dio las instrucciones precisas:

– Tiene que ser por aquí... -señalando la dirección; justo por todo el borde de un precipicio al cual no se le veía fin... Varios días me consumí tratando de dar cumplimiento estricto a las instrucciones del jefe. No me fue posible; hice todo lo que estuvo a mi alcance por cumplir; trepaba entre los árboles y rocas me deslizaba por una cuerda por profundos aytones con mi machete y mi arma. Al fin me di por vencido... Como a la semana llegó:

– ¿Cámara, hizo la pica?

– No, no me fue posible –le contesté– cuando más, unos trescientos metros.

No le gustó mi respuesta.

– ¿Cómo que no se puede? Los comunistas siempre pueden, vengase conmigo...

Agarrando el machete, se me puso adelante. Llegamos al primer obstáculo y con energía y resolución concentrada lo salvó; llegó al segundo; corcoveó... barquineó... soltó el machete y quedó atravesado como las iguanas sobre una rama musgosa... por fin logró el equilibrio y me dijo:

– Pásame el machete, cámara... -con signos de sofocamiento visible.

En el tercero quiso hacer lo mismo: se tiró tres peos y se desinfló. No habíamos avanzado ni cien metros.

– Cño, cámara... como que no se puede... Usted como que tiene razón...

En la misma dirección y condiciones, yo había logrado salvar como trescientos metros y no sé cuántos obstáculos... días atrás.

Regresamos al punto de partida inicial. Insistió entonces en probar suerte por otra ruta:

– Por allí, cámara– me ordenó.

– Siga usted alante– contesté.

Hizo las mismas peripecias anteriores: se trepaba a parásitas que se le despegaban, lo intentaba por otro lado y resbalaba... Yo solo me limitaba a verlo, haciendo esfuerzos para no reírme: casi me reventaba de verlo como un guache agarrándose hasta con las uñas y los dientes a los bejucos, las raíces y las rocas. Por fin me dijo:

– No se puede cámara... será por allá... -e insistiendo-: otro día la exploraremos.

– ¿No le decía yo? –acoté-, cuando yo le diga el burro es negro no le busque pelo blanco- dije refregándole su derrota.

Ya no estaba presente la condición en cuanto a la dirección original, pues el nuevo itinerario que me señalaba tenía como doscientos metros de separación de la inicialmente trazada cuando me ordenó abrir la pica por primera vez.

Su orgullo vencido se le trocó en ira: quiso regañarme y me le rebelé a todo riesgo; quedamos frente a frente, en actitud desafiante y lista a cualquier cosa...

– Regresemos al campamento – se atrevió a balbucear.

– Siga, pues –contesté. – Pija, no se atrevió.

Insistió:

Camará... siga usted...

Teníamos desconfianza uno del otro. El camino no permitía ir dos apareados. Al final, tuve que ir yo delante moviendo la cabeza como los guarracucos.

La misma tarde, ya en el campamento, ese jefe que se había venido apertrechado con salchichón español, bocadillos, leche condensada en pote grande, arepas y no recuerdo que otras cosas, se dispuso, a la hora de la cena, a compartir todo por mitad; pero los muchos esfuerzos que había hecho le habían deshidratado y se había consumido el agua de su cantimplora y la mía. Raro contraste: andábamos emparamados y no había un pozo de agua en todo aquello; el más cercano era un pocito donde se bañaban unos báquiros y quedaba como a media hora. La noche estaba por caer... cogió un mordisco de cada cosa y un sorbo del pote de leche y no pudo más; con gran resignación y pesar me dijo:

– Le regalo mi ración, camará...

Para quien tenía como diez días comiendo raciones limitadas de avena y papelón, así como arepas frías y nacidas que había ido acumulando, aquella renuncia forzada del compañero a ingerir su ración, fue para mí una bendición caída del cielo. Me atiplé bien atiplado y, como quien rampa de espaldas, me deslicé dentro del estuche de mi dormitorio que, cual boca de cetáceo había ido labrando pacientemente bajo un peñasco enorme con una palita de campaña. Un cigarro prendido... siete cobijas encima... y fui el rey de la selva, que podía ser envidiado por los durmientes de los mejores hoteles del mundo...

En mi aposento no había albergue, materialmente hablando, para dos. Tampoco había árboles consistentes al alcance de la mano como para colgar; no había luz y la brisa batía la lluvia a muchas

millas por hora. Mi pobre compañero necesitaba un lazarillo, pero éste no estaba ganado para prestarle su concurso. Como sonámbulo deambulaba en un espacio no mayor de dos metros, área vital que tenía para maniobrar en aquellas circunstancias, sopena de desbarrancarse. Atacado por la sed, el frío, la lluvia, la brisa helada y el insomnio, en él se daba el suplicio de Tántalo y en mí la venganza de un sádico. Por fin se me ablandó el corazón y le dije:

- Sobre esa roca sobresalen dos picachos... trate de colgar allí...
- ¿Y para el agua qué hago, cámara...?
- A pocos pasos a la izquierda, está una mata de caña de la India... corta algunos tallos y chúpate los...
- ¿Será esta, camarita?
- Si, esa es...

En lo oscuro y metido dentro de mi estuche ¡qué carajo iba a saber yo si esa era o no la mata que le había sugerido! Debió de haberle sido muy agradable al paladar para que a cada instante me despertara y comentara:

- Que buena es cámara... es acidita y tiene bastante jugo.

A lo que yo le respondía que sí, más dormido que despierto.

Y volvía a la carga:

- ¿Y cómo hizo usted, camarita, para saber de esa planta?
- En mis correrías– le respondí.

Se hizo el silencio. Por la mañana cuando me levanté, le vi colgado en su chinchorro como los nidos de los arrendajos, en un espacio no mayor de un metro y, sobre el suelo, un motón de tallos de una palmera que en los andes llaman lucateba, espisilladas a diente y del mismo color ambarino que dejan los cochinos el bagazo de

caña. No me atreví a decirle que esa no era la planta que le había sugerido. Si no se muere –me dije– es porque no es venenosa.

Al día siguiente volvió a la carga “Tío Tigre”... en los copos de una uria gigante cantaba un lorito, un poquito más grande que un perico cara sucia. “Tío Tigre” me propuso una apuesta:

– Camarita, vamos a hacer una apuesta: vamos a dispararle a ese lorito, con la condición de que el que lo pele de los dos, lo prepara...

El disparó primero: pin, pin y lo peló. Me tocó el turno a mi: pin... y di en el blanco. Tuvo que prepararlo él. Gocé una bola viéndole las manos llena de mierda y sangre mientras limpiaba las víceras del infortunado lorito.

En los días que siguieron al ingreso del Capitán Elías Manuitt, hicieron también su entrada los hermanos Farías, Trina Urbina, Félix George, José Antonio Luengo, Lino Martínez (a) el Chema y (a) el Diplomático, el economista Olinto Aponte y otros que no recuerdo. Además habían regresado otros como Alejandro Mariño y Julio César Rodríguez, que por una u otra razón habían salido después de la primera derrota.

En general, era un personal de mejor calidad que el de los primeros tiempos. Parece que habían surtido su efecto las quejas formuladas por nosotros a los organismos de la ciudad, encargado de estos menesteres, en relación a una mayor rigurosidad y exigencia que debían tener la escogencia y reclutamiento de nuevo personal.

Elías Manuitt era un capitán de carrera, oriundo del alto llano guariqueño; un revolucionario a carta cabal y de un alma candorosa y sencilla. Renunció al Ejército cuando consideró que allí ya nada tenía que buscar, desde el punto de vista de sus ideales de patriota y revolucionario. Andando, andando... descubrimos en él facetas interesantes de una personalidad donjuanesca; tenía una debilidad muy marcada: era un mosquito pa’ un fundillo... en la sierra era

cuestión de diversión cuando se disponía a escribirle a sus esposas. Terminadas las cartas, las embalaba; se echaba una en el bolsillo derecho y la otra en el izquierdo. Después, como un muchacho que se aprende una lección de memoria, tocándose los bolsillos alternativamente, comenzaba:

– Esta es pa’ la Letona... y ésta pa’ mi mujer; esta es pa’ la Letona... y esta pa’ mi mujer.

Y así, hasta no equivocarse cual iba para Letona y cuál iba para su mujer. El día que llegaba el mensajero era otro show:

– Ya sabes, José Molina, que esta carta que va aquí es pa’ la Letona –se la colocaba en la mano izquierda- y esta otra es pa’ mi mujer –colocándosela en la mano derecha– tienes que tener mucho cuidado con no confundirlas...porque te mato –echándose a reír.

Y ya el mensajero en la distancia:

– José, espérame allí... ¿cuál es la carta de la Letona?

– Esta –contestaba el campesino.

– Ya sabes, entonces, que la otra es la de mi mujer; ten mucho cuidado y no te vayas a equivocar...

Después de la llegada de los nuevos prospectos, al Comando le entró una peperera con eso de las fotografías...

– El Partido las necesitaba para las propagandas – se decía.

Se hizo llevar un fotógrafo para retratar a todos los guerrilleros, solos o acompañados, en las formas más variadas y en diferentes poses.

Quizás pensando yo que más adelante esas fotografías pudieran ser utilizadas por nuestros adversarios como testigos mudos pero elocuentes contra nosotros mismos, hice todo cuanto estuvo a mi

alcance para no aparecer en ellas. Llego el día de la partida del fotógrafo y el jefe le preguntó:

– ¿Todos los guerrilleros han sido fotografiados?

– No, falta aquél –respondió él, señalándome.

Efectivamente, en aquellos días cada vez que el fotógrafo comenzaba su trabajo, con cualquier excusa me desaparecía del campamento; ya no volvía hasta no tener la certeza de que había pasado la sesión... por fin me atraparon... y el jefe me preguntó:

– ¿Y usted no se ha fotografiado, camarita?

– No –respondí- y no lo voy a hacer.

– ¿Cómo que no? –me ripostó con carácter- es una orden del Partido... venga, fotógrafo, tómesela.

– Ah, si es una orden sí... que venga pues y me la tome –contesté adoptando una pose de resignación.

Meses después, me encontraba en Caracas y la esposa de ese jefe muy oronda me sacó las fotografías para enseñármelas:

– Quedaron muy buenas –me dijo- tu mujer y yo las hemos visto muchas veces; los hemos reconocido a todos... menos a este guerrillero.

Justo la que me habían obligado a sacar. Entonces le dije:

– Ese soy yo...

Se había cumplido el objetivo que perseguía.

Se continuó y aceleró el proceso de conocimiento y dominio del terreno, así como la entrada de abastecimientos y equipos. Se dividió el personal, se estableció un rosario de puestos y alcabalas fijas que iban desde las cercanías de Pueblo Nuevo de la sierra hasta

Macuquita por el norte. Establecimos un sistema de comunicación a través de walkie talkies, mediante el cual se reportaban los diferentes puestos de vigilancia diariamente, informando sobre las novedades. Se escogió un punto en el cucurucho de la sierra de Iracara para que funcionara la comandancia. Todo tendía a marchar sobre rieles de buen augurio.

A poco andar, las cosas se me complicaron: diré el porqué. A la anarquía y liberalismo de los primeros tiempos, los suplantó una disciplina verticalmente rígida, personificada en el Primer Comandante. Era algo explicable: atribuimos la primera derrota, fundamentalmente, a la ausencia de una disciplina militar; este era el momento de comenzar a aplicarla. Yo, que por temperamento y formación tengo fuerte predisposición a trajinar en ese camino, devine muy a pesar mío en el Tarazona del Primer Comandante. Nada de reunión, nada de discutiótera; las órdenes se cumplen y listo. Efectivamente, las cosas se hacían, se abrían las picas, se localizaban nuevos refugios para encaletar víveres y equipos, la gente se acostaba y levantaba a determinadas horas, puntualmente; se cumplían las guardias de todo tipo, se acataban rigurosamente las medidas de seguridad en el trato con los campesinos y así, sucesivamente.

Pero el costo, en términos de deterioro moral, político y de convivencia en el grupo, también se fue elevando a causa de mi conducta prusiana. Yo no le hacía cerebro; tenía el apoyo del jefe y eso era para mí más que suficiente. Cuando este se apareció por el campamento, menudeaban las quejas; él las escuchaba. No sé que respondía... lo que sí advertía era que se detenía cada vez menos en el campamento del cual yo era el responsable. Dicho sea de paso, era el más importante por las evoluciones que en el se hacían. Antes de despedirse me llamaba aparte y me decía:

– Va bien, camará, siga así...

Una noche llegó un material abundante. Al amanecer, dije a la compañera Trina que, hasta ese momento en lo fundamental venía ocupándose de “las tareas del hogar”:

– Camarada, a mi regreso quiero una selección e informe completo de ese material.

Ella me reviró, alegando no sé que ocupación. Le respondí:

– No me interesa. Es una orden... cúmplala...

No me contestó pero me lanzó una mirada de fuego que, días después se trocó en un pase de factura, quizá la más cara que hasta ese momento de mi existencia había tenido que pagar...

A Elías Manuitt teóricamente le correspondía vivaquear en el puesto designado a la Comandancia. Ese era un paraje inhóspito en lo más alto de la serranía donde entre otras incomodidades, el rancho permanentemente se hacía en frío. Por esa tendencia natural e instintiva que se da en hombres y animales de buscar por hábitat el paraje que le sea más benigno, frecuentaba cada vez más nuestro campamento.

– ¡Quizás el Capi no se siente obligado a calarse ese machete... si el Primer Comandante tampoco lo hace...! –pensaba yo.

La permanencia cada vez más prolongada del Capi en el campamento que yo comandaba, trajo como consecuencia una dualidad de autoridad que cada día se fue agravando más, hasta desembocar en una crisis. Había dos estilos y uno de los dos estaba de más... Y no es que él hiciera cosas malas; no, sencillamente que tomaba todo con mayor naturalidad de lo que yo lo hacía. Estaba permanentemente predispuesto a hacer más concesiones, para hacer más suave y llevadera aquella vida amarga... por consiguiente, nuestros camaradas necesitaban más de su presencia como tabla de salvación frente a la dictadura impuesta por mí en nombre del jefe.

Se hacían opíparas y succulentas papas, se hablaba en voz alta, se cantaba y tocaba el cuatro a bordón perdido, a veces hasta altas horas de la noche, a coro y al máximo que daban las voces; también se iban acumulando materiales sin buscarle destino último.

Una mañana, aclarando el día, llegó nuevamente José Molina a informarnos que habían llegado al pueblo varios autobuses con tropas. En el momento en que me iba a pasar el informe, lo corté. Me proponía no herir la susceptibilidad del Comandante Manuitt. El era un jefe de mayor jerarquía que yo. Ordené:

– Espera, José; anda Félix y llámate al Capi para que sea él quien reciba la información.

Al rato venía el Capi deslegañándose y, con aquella paciencia que se daba cuando quería tenerla, le dijo al campesino:

– ¿Cargas cigarro, José?

– Sí, Capi.

– Ah, pero Alas con filtro; yo no fumo eso... pero bueno, dáme-lo... que se me acabaron los míos...

El campesino le extendió la caja y dice el Capi:

– Espérate un momentico... ¿Dónde hay agua para lavarme la boca? –y se retiró a una pipa a distancia.

A todas estas, yo que no aguantaba la presión de mis nervios, estallé; llevé a Félix a un lado y le dije:

– Mire cámara... vamos a hacer algo porque este Capi del coño se da más postín que el carajo...

El camarada Elías Manuitt, que alcanzó a oír lo que dije, se me vino encima “como vaca recién paría” y me gritó:

– ¿Cómo que Capi del coño?... no sea güevón... respéteme carajo: usted es mi subalterno...

Y por allí nos fuimos en dimes y diretes...

Opté por retirarme la tarde del día de aquella discusión, a otro puesto ubicado en dirección del caserío de Macuquita. Con anterioridad, ya había palabreado con el Primer Jefe la posibilidad de un cambio de campamento, previendo justamente que, de un momento a otro, las relaciones entre el Capi y mi persona iban a hacer crisis. No le comenté en detalle el por qué de mi pedimento, haciéndolo aparecer como cambio de rutina en la rotación del personal. El jefe me había entendido... y había aprobado un eventual traslado mío.

Por una contraorden que me fue comunicada por radio esa misma tarde, se me instruyó dirigirme a la mañana siguiente a ocupar la jefatura de otro puesto hacia el lado sur de Iracara; allí sustituiría al compañero apureño Julio César Rodríguez, no sin antes reportarme desde otro puesto intermedio al mando de Juan Faría, cuya ubicación exacta no conocía. A las seis y media de la mañana como un clavo, tal como habíamos convenido, iba pasando por el puesto intermedio donde debían alertarme. No solamente no lo hicieron sino que silbé, llamé, grité y nada me respondieron: cogí una archera soberana. Pase al puesto de la comandancia del Frente y me comunique por radio con el Capi; le pasé la novedad y le dije:

– Oiga, Capitán: pasé por el campamento de Las Flores y no me alertaron, lo que quiere decir que estaban dormidos y eso que eran las seis de la mañana... eso es lo que usted consigue de esos cabrones con su conducta liberal...

Me ordenó bajar al puesto intermedio para mantener una entrevista y le respondí cargado:

– No sea güevón... si quiere venga usted aquí – y le tranquilé el aparato.

Me empujé adonde Douglas y le conté el incidente; le pedí mi baja más o menos en estos términos:

– Cámara... hasta hoy lo acompaño, tome su fusil... quiero mi baja...

El compañero, como jefe veterano, me oyó, me levantó... y me arrojó un caramelo:

– Cómo te vas a ir... si eres el hombre con quien más cuento; no te preocupes: déjame esto por mi cuenta que yo lo arreglo. Tengo una noticia para ti que te va a agradar... tu esposa estará en Coro mañana; llegará al hotel tal: tienes tres días de permiso... así que anda, ve con tu mujer y no te preocupes por el incidente que a mí me pasa lo mismo... ¿No te das cuenta de que cuando yo llego por allá, por un lado entro y por el otro salgo? A mí tampoco me gustan esas cantatas de Manuitt hasta altas horas de la noche, porque ponen en peligro la vida de todos... verás que todo se va a arreglar...

Regresándome, vía Coro, pasé por el puesto del cual era responsable Julio Cesar y le informé que a mi regreso de la ciudad le iba a sustituir; por tanto, le pedí me adelantara las instrucciones permanentes del mando para el emplazamiento. Era un puesto de vital importancia dentro del dispositivo militar diseñado, por lo que tenía una ametralladora semi-pesada emplazada. Me respondió parsimoniosamente:

–Bueno, la instrucción es que cuando el enemigo blanquee allá señalando– comenzar a dispararle; pero yo lo que tenía dispuesto era dejar que se me acercaran hasta aquí... –tocando un árbol al alcance de su mano, en el último escalón de la pendiente – arrebatarse el fusil al primero que venga... darle una patada en el pecho para lanzarlo sobre el resto... y tenderme sobre la ametralladora para rociarlos; tu puedes hacer lo mismo...

Por prudencia no le mente la madre.

Julio César Rodríguez era de las sabanas del Cunaviche; como tantos hijos de la provincia, escaso de recursos, se vino a Caracas

e ingresó a la Escuela Militar... me tocó ser su representante en ese Instituto. Estando allí, caso poco común, se hizo revolucionario. Lector ávido, comenzó a procurarse libros de marxismo, hasta que lo descubrieron y arrestaron. El oficial de apellidos Ledezma Ibarra que me recibió como su representante me dijo a manera de comentario extra:

– Tenga mucho cuidado... que él no esta normal – dándole vuelta al índice sobre su sien – se la pasa leyendo libros raros... que le encontramos en el estante...

En su vida privada y pública era un dechado de virtud. Físicamente, era apuesto y guapo; en fin, un digno y bello ejemplar de la masa llanera. Su valor y sangre fría frente al peligro rayaba en lo anormal: adoptaba la rigidez de las estatuas.

Yo iba “más alegre que un picao e’ raya” porque me encontraría con mi mujer después de varios meses de no verla. Me había hecho la idea de traerle un regalito de la ciudad a mi amigo y paisano Julio César. Creí interpretar sus aspiraciones con una acema bien grande... más unos potes de leche condensada. Para cerciorarme, le pregunté:

– Hermano... voy a la ciudad de permiso ¿Qué quieres que te traiga?

– Acércate a una librería y trata de conseguirme un libro de Cálculo Diferencial e Integral y si no... un libro de Diseño... no recuerdo el autor...

De casualidad no me dio un yeyo.

Regresé de Coro contento y descargado psicológicamente, “sin saber lo que me esperaba al fin de la borrachera”. Subí acompañando a los dirigentes Pompeyo, Alcides Hurtado y Alirio Chirinos. Fue un día de foro, comilona y alegría. Pompeyo pasó el informe que traía de Caracas. Después se discutieron los problemas del Frente.

Cuando se trató el punto relativo a la actuación de la Comandancia, a los compañeros guerrilleros les pasó lo que a los rebaños: por donde se va un bicho, por ahí se lanza la madrina o el hatajo... bastó una crítica tímida a la persona del Primer Comandante, para que le brincaran “como los cubiros al gavilán”. Le dijeron de todo, hasta del “mal que se iba a morir”, como hasta ese momento yo había sido su más incondicional y eficiente subalterno, por elemental sentido de la ética y la solidaridad, me abstuve de hacer lo mismo que los otros.

Pompeyo..., Pompeyo..., el gran Pompeyo Márquez Negretti, “el rey del truco”, belicoso e impúdico dirigente de nuestras luchas civiles, cuyo nombre recogerá la historia como el converso emblemático de nuestros tiempos: clausuró la reunión con un discurso salomónico ¿Cuándo no...? colocándose oportunamente una vez más al lado del fuerte: absolvió de responsabilidad al Primer Comandante del Frente “José Leonardo Chirinos”...

Vino la despedida y se retiraron los visitantes; formamos una escolta para acompañarlos hasta determinado sitio y regresamos al campamento.

A todas éstas, a Trina, que desde el día de su mirada diabólica había venido tejiendo su madeja arácnida para cobrarse mi trato despótico que en varias oportunidades le había dado, los incidentes entre el Capi y yo le habían llegado como anillo al dedo. Aprovechando mi ausencia, en una rápida y envolvente maniobra, cuadró al personal y atrapó a Manuitt, quien fue el único que en todo eso jugó limpio y de buena fe.

De pronto y para sorpresa mía, convocaron a reunión. No recuerdo quién llevo la voz cantante; creo que fue Alejandro Mariño quien informó el objetivo de la reunión que se iniciaba, más o menos en estos términos:

– Se les convoca a reunión para informarles que la Comandancia

ha decidido constituir un tribunal revolucionario para ventilar y juzgar la conducta del combatiente Genaro Guaithero... por insubordinación a un superior –y no sé que más vainas- por lo que se procede de inmediato a desarmarlo... -y acto seguido- entregué el arma con todo...

¡Mierda!... se me puso el mundo oscuro de repente. Había estado feliz hasta ese momento; aún me deleitaba con el recuerdo de sentirme en el regazo de mi hembra pocas horas atrás. Me jodí, mamá mía... “me agarró este catarro sin pañuelo”... -fue lo que pensé.

– El tribunal estará compuesto por los camaradas José Antonio Luengo y Olinto Aponte como adjuntos y yo que lo presidiré; el defensor de oficio será el compañero Julio César Rodríguez... Félix Faría leerá los cargos en nombre del Frente...

Peló el penco de Félix por una bobina de papel y estuvo leyendo como media hora; a veces se exaltaba y dramatizaba con el evidente propósito de convencer. Todo lo dijo con esa vehemencia que le era característica en todos los actos trascendentes de su vida. Me pasó factura por la cuestión de Apure y las numerosas oportunidades en que me había dirigido al resto de los compañeros de malas maneras... de la insubordinación última, estirando las consecuencias de mi mal ejemplo, etc., etc.

Acaso si le oí algunas cosas... abortó como estaba yo... viéndolo como se comportaba en aquellos momentos tan terribles para mí... las miradas de odio que me lanzaba y el dedo erecto con que me señalaba para imputarme terribles acusaciones... acompañándolas de gestos descompuestos y el aletear acompasado y rítmico de los pliegues de su nariz, como las alas de una raya manta.

Era evidente que mi camarada aprovechaba la ocasión para pasarme un recibo diferido en el tiempo, de una tutela moral no siempre bien llevada de mi parte, que tuvo su origen, muy a pesar mío, al comienzo de la década de los cincuenta en el Salesiano de Los Teques.

Termino de la siguiente manera:

– De todo cuanto queda dicho se concluye que este monstruo, este bandolero a quien no puede dársele el glorioso título de camarada, es un hombre perjudicial y dañino... a quien no debemos tener por compañero ni tenerle compasión: tenemos que proceder sin ningún tipo de contemplación, si más tarde no queremos arrepentirnos. Yo lo conozco más que todos ustedes... donde vaya llevará el germen de la destrucción... bla... bla... bla... en nombre del Partido y de la Guerrilla, pido para este hombre la pena de muerte en el término de la distancia.

La verdad fue que convenció. A Trina le dio una patalita y tuvo que atenderla urgentemente el doctor Félix George. El camarada y hermano Julio César fue impresionado de tal manera por todo cuanto dijo Félix y me hizo una defensa tan sui géneris que prácticamente terminó acusándome.

En realidad, tanto Félix como Julio César fueron dos grandes patriotas y revolucionarios. Creyeron firmemente en el ideal de justicia social. Desde que captaron la esencia del planteamiento revolucionario, no se apartaron ni un solo instante de él. Se olvidaron por completo de sus vidas privadas; en sus mentes y corazones no albergaron el odio ni la maldad sino contra sus enemigos. Y en ese momento ellos creyeron de buena fe que yo lo era... por esa afirmación me corto la cabeza... sus vidas como la de los huracanes fueron cortas... todas sus actuaciones estuvieron impregnadas de grandeza y altruismo, aunque no exentas de errores. Diferían en estilo: Félix era vehemente y violento; Julio César, calmo y calculador. Para estas verraqueras de hombres, pido el reconocimiento de la posteridad...

Años después, encontrándome a orillas del río Arauca, me enteré de la infausta noticia de la muerte del camarada amigo y paisano Julio César Rodríguez González a manos del Ejército. El cuento

me fue echado en los siguientes términos: él y sus camaradas habían quedado reducidos a su mínima expresión, desde el punto de vista de la capacidad para seguir combatiendo, debido a un cerco militar que se había prolongado por varios meses y a los fuertes bombardeos por aire y tierra a que habían sido sometidos. Julio César desde una atalaya divisó numerosos rostros de campesinos amigos, que amarrados a pata 'e palo, estaban sometidos a capilla ardiente. La impotencia por querer ayudarles y no poder hacerlo, le llevo a tomar una determinación suicida, se dirigió al resto de sus camaradas en los siguientes términos:

– Voy a salvar esos campesinos...

– ¿Qué vas a hacer..., qué te propones Julio César?... inquirieron sus camaradas.

– Voy a entregar mi vida por la de ellos – acotó el camarada.

– Julio César tu estás loco... –respondieron a coro.

– Nada..., es una orden, cúmplanla..., sálvense ustedes y lleven el parte.

El camarada salió y entró donde la tropa vivaqueaba con la mayor desaprensión, se produjo un revuelo cuando advirtieron su presencia y con la mayor sangre fría se dirigió a los soldados:

– Quiero hablar con el comandante... - y ya en su presencia...

– Teniente suelte a esos campesinos que son inocentes..., el único culpable soy yo... fusíleme a mí...

El oficial hizo lo que el camarada le pidió. Lo triste del cuento, es que el oficial que dio la orden de fusilamiento era un apureño: Teniente Ejército Cristóbal Briceño Jiménez.

Se dio el receso y se retiró a deliberar el tribunal. Yo estaba anodado, como cuando no nos acompaña la conciencia... apenas si

recuerdo el murmullo entre los miembros del tribunal cuando se regateaban mi pellejo...

No quiero ni debo ser injusto en el momento en que esto escribo, pero casi tengo la certeza de que era Alejandro Mariño el que regateaba por mi vida; el otro, José Antonio Luengo, el que pugnaba por quitármela... no sé que partido tomó el tercero, el economista Aponte, o si se reinstaló el tribunal sin haber acordado aún una decisión definitiva. Lo cierto fue que antes de que se leyera el veredicto, pidió Douglas la palabra e intervino más o menos en estos términos:

– Sin ánimos de influenciar al tribunal, quiero decirles lo siguiente: un tribunal revolucionario cumple una función diferente cuando se trata de juzgar a un enemigo o a un revolucionario. En el primer caso, la pena debe tender a eliminar el mal, en el segundo, como dice Mao, la sentencia debe tender a curar la herida y salvar al paciente...

Si tal intervención influyó en la decisión final del tribunal, no lo sé. El Presidente volteaba su cara de un lado a otro con un papel en la mano mientras Douglas intervenía, consultando a los otros dos en voz baja para terminar leyendo:

– Se expulsa a Genaro Guaithero del Frente para siempre y del Partido por el lapso de cinco años... se le da la oportunidad de cumplir su sanción y reivindicarse operando en la guerrilla urbana en la ciudad de Caracas; queda, pues, automáticamente degradado de su jerarquía y funciones... su salida debe producirse en las próximas veinticuatro horas, contadas a partir de este momento... debiendo quedar desarmado mientras permanezca aquí...

Como observará el lector, el tribunal no falló una sola pena sino un rosario de sanciones que remachaban los grilletes de la pena principal, cual era la expulsión del Frente... meses después, estas sanciones quedarían sin efecto.

A tantos años de este suceso, tan amargo para mí en aquel momento, no guardo rencor. Hoy lo entiendo, me lo explico y lo acepto como un hecho normal en el marco de una lucha incipiente y dentro de la inexperiencia y la intolerancia propias de esa edad. No obstante, cuanto queda dicho, admito que de allí saqué una gran lección para el resto de mi vida y es que en una sola vivencia de esa naturaleza, aprende el hombre más que en diez años de rutinas. De allí en adelante aprendería “como se bate el cobre” en el quehacer político revolucionario.

La defensa que hizo el Jefe de su alabardero fue muy débil, quizá eso tenga su explicación en la forma como fue abordado por el Capi: “o Genaro o yo... tú escoges”.

A Douglas, como Pilatos... no le quedó o no visualizó otra alternativa que la de permitir que fuera un tribunal quien decidiera; éste, constituido por aquellos compañeros del mismo puesto que yo comandaba, era tanto como zumbarme en medio de una jauría que le tenían hambre al cachorro al no poder comerse el tigre. Reventó, pues, la sogá por donde debía reventar... así que yo quedé “como el caimán de Jobito, con los ojos bien pelaos, pero naitica de vista”.

No se por qué razón la orden de salida no pudo hacerse efectiva en las veinticuatro horas siguientes, sino cuatro días después. Durante ese lapso, nadie me hablaba; si me arrebiataban alguna comisión era de sobornal, desarmado y para que trajera leña y agua, como los chofoteros de los hatos. Una prueba dura para un espíritu que no estaba preparado para ello al tener que quedar “como el toro del Uvero, que después que era el padrote lo corrieron los becerros”.

Lloré, lloré, lloré mucho durante las noches. Donde nadie me viera. Esperando con ansiedad el momento de la partida, por fin llegó...

Encontrábame durmiendo en una casa a la entrada del pueblo de Macuquita, en una pieza trancada con candado, entre enormes

pilas de paja de embarrar, cuando me llegó de madrugada el campesino José Molina y me dijo:

– Guaithero... una prueba dura para usted; llegó el Ejército y no hay otra salida que irle a avisar a aquella gente... yo no debo hacerlo...

Una sola vez había hecho ese camino de día y no lo pensé dos veces; el campesino me habló de una cruz, donde el camino se abría en dos...

– Coja el de la izquierda –me repetía.

Corrí... corrí... corrí... corrí muchísimo... cuando aclaró todavía iba corriendo y vi una inmensa y majestuosa montaña, que yo no recordaba haberla visualizado en la única oportunidad que había pasado. Concluí que iba perdido y regresé en busca de la cruz que, efectivamente, encontré varios kilómetros atrás, como dos o tres. Enderecé el rumbo y llegué a los compañeros cuando apenas se estaban levantando. Di la novedad...

– Coja un fusil –me dijo Douglas- y vaya a acompañar al economista... -era el puesto de entrada- las instrucciones del partido son las de no disparar; hay que cumplir el plan de aguante... obsérvenlos y se retiran...

Francamente, en esos días yo como que “estaba cagado de los zamuros”: no pegaba una. Sucedió lo que sigue.

Encontrábase el puesto de observación sobre una roca elevada desde donde se controlaba el camino que pasaba por todo el centro de una hondonada. Nos pasó exactamente lo mismo de quien observa una sucesión de imágenes en la pantalla panorámica de un cine, que sigue con la vista la figura desde que salió en el lado derecho hasta perderse en el final de la pantalla en el lado izquierdo. Una campesina, quien seguramente quiso avisarnos que la tropa se aproximaba, comenzó a dar palos a su hijo de quien veníamos escuchando los gritos mucho antes de salir al claro de la hondonada. Ante tan extraño e inusitado espectáculo, seguimos a la campesina y a su hijo con la vista hasta que se nos perdieron en el otro extremo; cuando

volvimos la vista, tenemos la tropa que se desplazaba en fila india en todo el frente del puesto de observación, no más distante de unos treinta metros. Como pensé que era materialmente imposible salirles adelante, por el gran rodeo que teníamos que dar para atravesar el camino de su desplazamiento e ir a avisar al resto y sabiendo lo que aquello podía significar para mi delicada situación, opté por decirle al compañero en un estado de excitación extrema:

– Vamos a dispararles... yo voy a disparar...

El compañero se me guindó del fusil y comenzamos a forcejear, mientras me decía:

– No dispires... esa es la orden... ellos están avisados... ¡cálmate!...

Cuando por fin le arrebaté el fusil, iba entrando el último soldadito de la retaguardia al monte en dirección al campamento.

No nos quedó sino esperar que se abrieran los fuegos, lo qué dábamos por cierto por ir como baquiano un campesino amigo conocedor de la ubicación del campamento base.

Más, eso no se produjo en todo el día ni al siguiente. Amaneciendo el tercero, se apareció Félix con provisión y agua. La primera pregunta que nos hizo:

– ¿Qué pasó con la tropa?

– Ujmm... ¿Qué vamos a saber nosotros? Para allá pasó el mismo día y no ha regresado.

El caletero Félix se transformó y al que miró fue a mí:

– Véngase conmigo.

Y nos marchamos. Tal como lo había pensado: “la sarna cae sobre el perro flaco”. Una vez que el compañero Félix informó, y lo hizo aparte, todas las miradas voltearon hacia mí. No hay duda –pen-

sé- de que las sospechas de culpabilidad por omisión recaen en mi persona... pese a no ser responsable del puesto de vigilancia. A partir de ese momento comenzó un interrogatorio inquisitorial dirigido por Douglas, tan exhaustivo y prolijo en los detalles que más parecía una confesión que iba dirigida a desentrañar lo más recóndito de mi alma; yo les argumentaba:

– Pero compañeros... piensen; si yo no les hubiera querido hacer bien, con no venir tengo... si los hubiera querido traicionar con solo ponerme a la cabeza de la tropa hubiera bastado...

Ese argumento y una intervención del economista absolviéndome de culpabilidad, devolvió la tranquilidad a los ánimos.

¡Coño, francamente... yo lo que estaba era maldito!

Mientras no pasara la emergencia, tenía que seguir en el destacamento. Esta vez con el fusil y cumpliendo tareas de guardia. Este detalle oportunista no me agradó...

– Me arman –pensaba– porque necesitan de mis servicios.

Y más me arrechó cuando una noche, encontrándome de guardia, se me acercó Douglas y con su vocecita insinuante y cantarina comenzó a lanzarme un discurso, gota a gota, en los siguientes términos:

– Camarita, yo se que se ha cometido una injusticia con usted... yo no estoy de acuerdo con eso; prácticamente, se han ensañado... pero usted entiende que yo no podía hacer nada... no podía intervenir para salvarlo. Mi condición de Primer Comandante... cualquier intervención mía a favor suyo se hubiera interpretado como si estuviera tratando de influir en la decisión soberana del tribunal.

Y por ahí se fue... no le respondí; lo que me puse fue a llorar... de sentimiento y arrechera para con ese jefe, el solo pensar...

– ¿Y si me hubieran fusilado?... “Después del ojo afuera no vale Santa Lucía”.

Al día siguiente me volvió a llamar:

– Camarada, vamos hablar... estoy convencido de que contra usted se ha cometido una injusticia que no tiene nombre; en el juicio se han violado las reglas elementales del proceso... por tanto, ese es un juicio viciado de nulidad... bla... bla... bla... he pensado en lo siguiente: recójase las tres cuartas partes de las firmas de los que estuvieron presentes para que se reinstale el juicio...

Seguí su consejo y de manera humillante, uno por uno, fui a los combatientes, quienes no accedieron a la firma. La mayoría alegó:

– Firmar eso es admitir que nos equivocamos...

Es bueno aclarar que a los que consulté, que de paso no había otros, eran justamente los de la rosquita del complot; la mayoría eran de la ciudad con estudios superiores. Solo conseguí la firma de tres campesinos que lo hicieron sin ningún tipo de objeción; el resto de esta procedencia había marchado hacia otros lados con sus respectivas escuadras.

Tiempo después se me volvió a acercar el camarada jefe, para indagar sobre como iba la recolección de firmas. Le hice ver la imposibilidad de lograrlo y le razoné. Se retiró, conversó largamente con Mariño, se me volvió a acercar y me dijo:

– Cámara... tengo una idea: dirijase a la Comandancia... que funciona como Tribunal de Apelaciones... pidiendo la reinstalación del juicio.

Le objeté que no lo iba a hacer porque de ese organismo formaba parte el Capitán Manuitt, quien no lo permitiría... se volvió a retirar... a partir de ese momento, el compañero andaba “como perro con gusano”.

Comprendí que este jefe me necesitaba y quería de verdad que me quedara, por lo que andaba en la búsqueda de arbitrar una fórmula que permitiéndole no herir susceptibilidades ni atropellar el mandato ni la decisión del tribunal, a la vez que quedara sin efecto. Esto no le era fácil, tal como estaban las cosas.

En la tarde se me acercó por última vez:

– Camarita, vamos a dejarnos de pendejadas, diríjase a mí, que soy el Comandante en jefe y por tanto con atribuciones y facultades para anular el juicio y la sentencia... yo lo necesito aquí...

Como no le respondí:

– ¿Es que no quiere estar más aquí?

– Efectivamente –respondí– así es... usted lo ha dicho; a partir de este momento lo que espero es mi salida. No quiero continuar más aquí...

En esas condiciones, salí de las sierras corianas a finales del mes de septiembre de 1962, acababa de cumplir 26 años.

Viajando hacia Caracas, el carro de la línea en que iba, dio un vuelco aparatoso cerca de Puerto Cumarebo, al quedarse dormido el chofer. Llegó la policía en auxilio y nos trasladaron al puesto asistencial de ese puerto, me hice más grave de lo que realmente me encontraba para evitar interrogatorios; apenas si tenía un tobillo fracturado. Al día siguiente me trasladaron a Coro de emergencia en una ambulancia. ¡Oh, coincidencias del destino!...

Cuando me iban sacando de la ambulancia, un moreno fornido en forma por demás tierna y solícita, le dijo a los camilleros:

– Déjenlo que yo lo llevo...

Y me llevó cargado hasta la sala de emergencia. Me sentó y me buscó un banquillo para que mantuviera la pierna horizontal. El hombre se frotaba las manos nerviosamente y me veía; yo,

por el contrario, cerraba los míos y me quejaba. Salió, trajo al médico, y otro, y otro... y todos me miraban como a un bicho raro... llegó la prensa porque el caso era noticia y el hombre se enfrentó a los periodistas:

– Está grave... no puede hablar...

Por fin, no se aguantó; me tocó la pierna y me dijo:

– ¿Usted no me conoce?

– No –respondí– yo no lo conozco a usted señor...

– Pues yo sí... usted es un guerrillero que anteanoche bajó de la sierra y ayer estaba dormido en una hamaca en casa de Nieves; yo me le acerqué y estaba usted de lado... lo demás me lo comentaron ellos. No se preocupe, yo soy del Partido... ¿carga algo comprometedor que me lo entregue?

Era el camarada José La Rosa, viejo militante comunista que, por casualidad, se encontraba en ese momento frente a la entrada del Hospital “Antonio Smith” de la ciudad de Coro, cuando llegó la ambulancia. Con afirmaciones tan veraces y precisas, no me quedó otra alternativa que franqueármelo. Le hice entrega de un mazo de correspondencia que Douglas me había entregado, cuidadosamente empacado, en una de cuyas caras rezaba: “para la señora Dilia Marcucci”.

A tantos años de aquel suceso, doy las gracias al doctor Quintero que me enyesó el pie con todas las reglas de la ley; al doctor Sánchez, quien solícitamente lo buscó y me colocó en Sala Especial; a la señora Tudare, jefe del Cuerpo de Enfermeras, quien me arrulló con ternura de madre, confusa y extrañada al no saber quién era yo, dado el celo extremo que ponían estos médicos para hacerme mi estadía lo más grata posible en aquel centro hospitalario; ella me llevó un libro de la colección “el tesoro de la juventud” para que me entretuviera en mi convalecencia. ¿Y por qué no también

recordar a la cubana bonchona?, propietaria de varias unidades que trabajaban en la ruta, una de las cuales fue la siniestrada. Ella me llevó frutas y jugos en abundancia y ofertas de atención que extremaba: llevarme a su casa en Punto Fijo, trasladarme a una clínica privada por su cuenta y riesgo, traerme a Caracas en avión, etc., etc., en directa proporción a la medida que observaba que los médicos y demás personal no se me apartaban, respondiendo por mí:

– Señora, eso no se puede... váyase tranquila...

Salí de la sierra triste y desilusionado por la conducta zigzagueante y ambivalente del Comandante Douglas Bravo. Como en los matrimonios, la fe y confianza en él la fui perdiendo por jirones... muchos otros compañeritos fueron sufriendo el mismo desencanto en el transcurso de los meses que siguieron. Y es que existe una ley en la vida: se puede engañar o mentir un tiempo, pero jamás todo el tiempo... y no solamente porque no me hubiera defendido, lo cual era su deber dado que mi conducta errónea había sido de buena fe y tenía por fuente e inspiración su persona: yo no hacía nada que él no me aprobara y aplaudiera... eran otras cosas que se habían ido acumulando en el tiempo y que, como fragmentos de un rompecabezas, fueron encajando hasta poner de relieve la verdadera esencia del personaje. Su última actuación para conmigo, cuando más, cumplió el papel del detonante.

Utilizar su jefatura y las funciones que ella comportaba como pretexto para evadir los rigores del trabajo, el clima, la humedad y el hambre, eran cosas que a menudo hacía. Días y semanas se arranchaba en las partes bajas de la zona, más benignas, para comer caliente y abundante, mientras los guevones teníamos que jodernos en las alturas comiendo rancho frío y a media ración. Cuando nos visitaba, adoptaba la misma actitud que asume ante la compañera burlada el esposo infiel:

– Aquí les traigo, camaradas... me vi con fulano... mande a hacer tal cosa... dígame si no hubiera estado...

Y así sucesivamente... idéntica actitud asumía cuando se percataba de la existencia de un problema difícil, como el que existía en aquel campamento donde me reventaron; tuvo temor de enfrentársele a aquellas cuaimas y prefirió escurrir el bulto... y dejar que el problema hiciera crisis y se resolviera por la fuerza natural de las cosas.

Lo mismo hacía si se trataba de ejecutar un trabajo fuerte: se limitaba a ver, sugerir y mandar, igualito como lo hace cualquier vulgar capataz o patrón. Tan olímpicas y frecuentes eran estas actitudes en ese compañero, que dieron a menudo base para malestar y el corrillo entre el personal. Recuerdo un día que dijo a Farías:

– Camará, coja esa saca... esa otra arma y sígame...

Y empezaron a trepar como las cabras. Llegó un momento en que esa criatura, con aquella enorme saca al hombro y un arma en cada mano, no hallaba como asegurarse en los riscos para no perder el equilibrio. El compañero Jefe, que ya había llegado a sitio firme, apenas si se dignaba mirarlo.

Admire en él su talento para la audacia, la habilidad y la maniobra; pero de la misma manera que “la inteligencia sin probidad es un azote”, según decía el Libertador, de igual forma esas cualidades relevantes que adornaban la personalidad de ese jefe, valoradas en abstracto no tienen sentido; dirigidas fundamentalmente a atropellar a sus propios compañeros por el hecho de adversarle, como era a menudo el caso, cumplían un efecto liquidador y derrotista hacia la causa. Por sus enseñanzas negativas, fue mi más grande maestro.

Aspirar pues a ser un jefe amado, querido y respetado por sus compañeros y su pueblo, no es tarea fácil; comporta asumir la jefatura y el liderazgo en todos los terrenos y con todas sus implicaciones: en la buena y en la mala, en el éxito y en la derrota, en la limitación y en la abundancia. Un buen jefe, o que se precie de tal, por ningún respecto, razón o motivo, debe dar muestras de debilidad. Debe te-

ner presente en todas las circunstancias, sobre todo en las difíciles, que es el centro de atención y de las miradas de sus subordinados, por lo que no debe darse el lujo de dejar ningún flanco al descubierto. Lo que haga o deje de hacer le será tomado muy en cuenta; su credibilidad aumenta o disminuye de acuerdo con sus acciones.

Como “no esta ausente de papera todo el que tiene pescuezo”, la generalidad de los líderes de la izquierda venezolana cometieron muchas pifias y errores en la década de los sesenta, cuyo precio político y moral aun pagan en términos de credibilidad frente al pueblo. Y hasta el sol de hoy, no hemos visto ni una sola autocrítica que, a excepción hecha de los viejos comunistas, les corresponde a todos.

La guerrilla continuaba ayuna de apoyo popular y hasta ese momento no habíamos dado como quien dice en el clavo, en relación a cómo insertarnos en la conflictividad de aquel sector de la población... en general, sí existía una simpatía realenga y embrionaria hacía nosotros... y no podía esperarse otra cosa de un campesinado como el de la sierra coriana, con una tradición centenaria de lucha y unas condiciones existenciales paupérrimas. Si los que tenían sus sementeras montaña adentro nos dieron su apoyo militante, fue más por la necesidad en que se encontraban de defender sus pequeñas propiedades y su ingreso, que por la claridad política que tuvieran de la defensa de unos derechos que les elevara sus status económico y social...

Ya para ese momento, comenzaba a germinar y desarrollarse en la dirección de la montaña tendencias, puntos de vista y enfoques, de cómo adelantar la lucha para la toma del poder que no coincidían con la opinión que tenían los capos del Partido. Estos conducirían con el tiempo, a una dualidad de poderes entre los que dirigían en las montañas y los que lo hacían desde las ciudades. Todo terminó por hacer crisis, llevando a la primera división del Partido Comunista Venezolano en ese período histórico.

CAPÍTULO III

AÑO 1963

En las Sabanas del Alto Apure

En la noche del 22 de octubre de 1962, mi mujer dio a luz nuestro primer hijo. A mi llegada a Caracas, ella me informó que estaba haciendo el curso del parto sin dolor; sabía la erogación que aquello comportaba y la hice desistir:

– No, no, abandone esa vaina... eso cuesta muy caro... por lo demás, hasta la Virgen María parió con dolor...

Se le presentaron esa noche los dolores de parto y tuvimos que caminar como seiscientos metros, con partes del trayecto empinadas, hasta llegar a la Avenida Fuerzas Armadas, punto habilitado para coger un carro. En el recorrido voy maqueteando... ¿Adonde llevarla? Sólo cargaba diez bolívares en el bolsillo. ¿A una clínica? ¿Y cómo voy a pagarla después?

– Vámonos al clínico –decidí.

– ¿Dónde está la tarjeta o constancia del seguro? –fue la pregunta del portero, impertérrito, en no dejármela entrar.

– ¡Que tarjeta ni que carajo!... yo soy estudiante universitario y ella también trabaja en esta universidad... y si se malogra mi mujer, lo hago responsable... preso va a ir...

Y no recuerdo cuantas argumentaciones más hice en forma tan firme como amenazante, hasta que el hombre se rindió.

Regresé a mi casa renqueando con mi pata de yeso. Un guerrillero urbano con quien no tenía trato y a quien, cual cachicamito, lo veía entrar y salir a diferentes horas del día y de la noche de una pequeña habitación de la misma casa donde yo habitaba, se preocupó indagar por la suerte de mi esposa y le conté... El me respondió:

– Camarada, me hubiera dicho; lo vi cuando salió con ella. Estaba yo contando treinta y seis mil bolívares de un atraco que acabábamos de tirar... ahora ya los entregué al Partido...

El guerrillero del pasaje se llama Mario Ramón Escalona Pérez, valeroso y abnegado combatiente de las montañas de Lara; años después sentenciado a treinta años de prisión por un tribunal militar de la ciudad de Maracaibo como castigo por su sobresaliente participación en numerosos combates.

A principios del mes de enero de 1963, con un porsiacaso de dudas y esperanzas a cuestas, marché de nuevo a cumplir con mi deber. Un beso, un abrazo y un “hasta cuando nos volvamos a ver nuevamente” a mi esposa, y enfilé en dirección de los llanos de Barinas. Se trataba esta vez de ubicar a los combatientes de acuerdo con su origen en las regiones de donde procedían. Aunque yo no era propiamente barinés, la guerrilla debía tener por escenario todo el llano; los hábitos, costumbre de su gente y la topografía eran semejantes.

El cerebro humano, como las computadoras, saca conclusiones de acuerdo con los datos sensoriales o ilusorios que se le suministren. Los resultados no siempre son coincidentes con nuestras aspiraciones, cuando las secreciones cerebrales se transforman en hechos; entonces, “no tiene la culpa el ciego sino quien le dio la mano”...

Antes de establecerme en Barinas, vía sabanas del Alto Apure, decidí echarme un viaje a la población de Guasdualito con miras a reactualizar algunos contactos de amigos personales. El regreso hacia el centro lo hice vía San Cristóbal – Mérida, en donde tenía un pariente de sangre con quien había reñido mucho después de 1958, a propósito de mis inquietudes e ideales revolucionarios en los meses siguientes a la caída de la dictadura. Por el camino me dije: “mi pariente siempre ha sido bueno conmigo, pese a que nunca ha estado de acuerdo con mis actividades políticas... de eso, hace como tres años que no nos vemos... él ya se habrá olvidado de todo y debe haberse convencido de que yo tenía la razón. En reconocimiento a mi lucidez, previsión y sabiduría, me colmará de atenciones: abundante comida... me llevará a la tienda como

en los mejores tiempos y me dirá: -Mídate allí varios pantalones y camisas y coge los que quieras y te gusten... Yo escogería unos pantalones Ruxton, una chaqueta para el monte, un buen par de botas... y antes de irme me dirá: - Toma estos doscientos bolívares. Después, un fuerte y tierno abrazo de despedida.

Al pasar por El Vigía, conforme a mi esquema mental, no me comí más que un espagueti pese al hambre que tenía.

- Voy a dejar estómago -pensaba- para cuando llegue donde mi pariente... además, economizo algo más de dinero.

Llegué a la ciudad como a las once y media de la noche con un aguacero a cántaros: tan grandes y gordas eran las gotas que en el espacio que mediaba entre la puerta del carro y la del hogar de mi pariente, quedé completamente emparamado. El venir de una zona cálida me hacía más torturantes los rigores del frío y de la brisa helada; mi cuerpo y mis mandíbulas se estremecían tiritando, como acogido por súbitos ataques de epilepsia. En esas condiciones, toqué la puerta de la vivienda de mi pariente, quien al verme adoptó una pose de “perdonavidas” y me dijo:

- Adiós, carajo... ¿y que buscas por ahí, loquito, a estas horas? ¿De dónde vienes? ¿Andas todavía haciendo la revolución?...

- Bueno, tú sabes en lo que yo ando... así que está demás en que me lo preguntes -le respondí.

- Tú lo que eres es un bandolero, pendejo... un bolsa; mira como andas, como un miserable... mientras tus jefes allí están en el Congreso gordos y colorados, dándose la gran vida y tú como un pobre pendejo por ahí... pudiendo haber sido un doctor a estas alturas... bastante te ha ayudado la revolución... ¿comiste?

- Sí, comí...

- No hombre, bolsa, qué vas a haber comido con esa cara de ham-

bre que traes; anda Melania... sírvele algo para que coma... y manda a levantar al servicio para que le des esa cama... mira y si no... aquí esta la puerta –enseñándome por donde hacía pocos momentos había entrado con mi fárrago de ilusiones a cuestas.

Frente a tanta dosis de soberbia y prepotencia, me sentí tan diminuto y humillado que, entre aquel “allí está una cama... y si no aquí está la puerta”, confieso que no vacilé en coger esta última. Y me lancé en la oscuridad de la calle desierta, batida por ráfagas de viento helado, viendo que partido tomar con los únicos seis bolívares que me acompañaban. “La vergüenza es un sentimiento revolucionario”, decía Carlos Marx..., y el combatiente que no sea capaz de enervarse y rebelarse ante tanta humillación, más vale que no lo sea. Había aprendido de mis paisanos, los llaneros, que “el desamparao no ha nació...” y así resulta al final de esos caminos cuando uno se cree más atrapado: por tres bolívares conseguí una cama, con otro desayuné al día siguiente... y con los otros dos maniobré y conseguí lo necesario para llegarme a la otra ciudad que para mí, ya era un punto habilitado...

En descargo de la actitud de ofuscamiento y prepotencia que asumió aquella noche mi pariente, tengo que decir que años después tuve la siguiente información: minutos después de haber abandonado yo su hogar esa noche, arrepentido por su mala acción y conmovido por mi incierta y peregrina situación, se lanzó tras mis pasos en una tarea poco menos que imposible por localizarme, al no poder dar mi nombre por temor a delatarme, ante ningún hotel u hospedaje a los que se presentaba. ¡Qué iba a imaginarse que a esas horas yo estaba guindando en un pingajo de colchón descolorido y maloliente, que acostumbraban a alquilar por tres bolívares, en los terminales de las rutas largas de autobuses!...

Ya en la ciudad de Barinas, me dieron por jefe a un hombre de mala ley: borracho, parrandero, jugador, hembraero, tracalero, mentiroso y cobarde, llamado Pedro Cadevilla Veloz. Dentro de los círculos

del partido pertenecía a los hombres de confianza de Guillermo García Ponce. Al menos eso era lo que pregonaba para darse bomba y hacerse obedecer. ¡Cuántas amarguras nos haría pasar este sujeto en los años siguientes!...

Me enconcharon en una casa muy humilde de un barrio llamado 23 de Enero, recién fundado. Yo estaba limpio de dinero y sin relaciones de ningún tipo. Se me dio por guarida una habitación cuyo techo de cinc recalentaba de medio día hacía debajo de una manera tal que hacía insoportable su estadía en ella. Como un pollito sudado tenía que aguantarme esa tortura, pues las instrucciones del bandido habían sido tajantes y precisas:

– A salir... solamente pa’ cagá... y eso de noche...

No me explicaba el porqué de tan rigurosas medidas de seguridad, pues la verdad es que no era buscado o, al menos, yo no lo sabía. Con sabor a bilis me tragaba mi magra ración de comida, al notar como aquella humilde mujer privaba a sus hijitos de comer a bozal ancho para que alcanzara para mí. A veces no me aguantaba y salía por aquellas calles polvorientas y con el sol reverberante, en busca de un periódico para saber del mundo. Las más de las veces me encontraba a mi jefe borracho, jugando o lanchando una mesonera. Al percatarse de mi presencia venía hacia mí:

– ¿Qué hace por aquí? ¿Quién lo mandó a salí? Si sigue con su indisciplina nos puede echar una vaina; estoy aquí esperando un contacto... o a la caza de cualquier dato –según él– beneficioso para el movimiento...

Nuestras relaciones se fueron agrietando y mi presencia allí ya le era incómoda. Un día llegó afanado y me comunicó la noticia:

– Compañerito, acomódese que va a viajar en una avioneta hacia el Alto Apure; llegara al hato “La Bendición Goyera”, que es de un pariente mío... todo esta acordado; él le suministrara caballos y

los recursos necesarios para que usted se desplace en la zona... su misión consistirá en lancharle los presupuestos a los hatos ingleseros y al banco de Guasualito; levantará un informe con miras a ponernos en esos dineros...

Así fue; el 26 de enero caí en el hato señalado. Vino el dueño hacia el piloto y este le extendió un papel:

– Está bien... yo pago el pasaje –dijo el propietario.

Como estaban trabajando llano, me acerqué a ayudar. Desde pequeño aprendí que donde uno vaya debe ganarse la voluntad de los dueños ayudando en cualquier cosa, aunque no fuera más que cortando y cargando leña o buscando agua para la cocina, de manera de ganarse la comida. De este precepto no me he apartado nunca.

Al dueño le gustaron mis chocadas desde un comienzo y al terminar el trabajo me llamó aparte y me dijo:

– Usted se llama Pedro Barinas; anda comprando marranos y espera unas gandolas que le vienen... ¿estamos entendidos?

– Está bien –le respondí.

El propietario de marras se llamaba José Gregorio Ortiz (a) Don Goyo, llanero de pedigrí, charrasco y buena gente, para él y su abnegada esposa Natalia Mercado de Ortiz, quienes fueron mis protectores durante ese período, mi más profunda y eterna gratitud.

Es una costumbre en los hatos apureños que, al final de una larga y extenuante jornada, el dueño de los trabajos proceda a matar y a asar una novilla para festejar y compensar a los obreros por tan dura labor. La deglución del asado por parte del personal se hace acompañar de ciertos ritos, cuya observancia tiene la fuerza de un prejuicio que no se viola por nada del mundo... tal es el caso de que una vez que la carne esta lista para ser ingerida, la tradición contempla un orden jerárquico de privilegio para el que debe dar

la primera cortada. El orden en que esto se cumple es el siguiente: el dueño o en su defecto el encargado o el caporal; pero si entre los comensales se encuentra un forastero, a ese es al que le corresponde hacerlo; de allí en adelante se arma el desorden, le entra la peonada cuchillo en mano y cada quien corta su bocado, sin orden ni concierto. Este fue el caso de la noche de aquel día. Teníamos mucha hambre, la carne estaba lista y la peonada se arremolinaba alrededor de los asadores, pero a nadie se le ocurría cortar. Hasta que llegó el dueño y dijo:

– Corte, Pedro Barinas... que la gente está esperando por usted.

Confieso que aquello me dejó todo confuso; no me consideraba con méritos para tanto privilegio. No me quedó otra alternativa que hacerlo; con tanta timidez y tan confuso como estaba, apenas si corté una migaja de carne... a partir de ese momento, esa llanerada parecía una manada de tigres disputándose el cadáver de una res...

A partir de ese día me impuse las tareas de barrer el patio del hato, echarle agua al bote de los peones y a la tinaja del señor, cortarles yuca y caña a los marranos y sacarlos a pastorear a unos esteros, sobre todo cuando llegaban comisiones de la Guardia Nacional, lo que sucedía casi a diario. O me iba a un trapiche que sobre las vegas del caño Orichuna tenía el propietario; entonces, cargaba caña del corte hacia el trapiche o bagazo de este hacia el botadero. Así se fueron consumiendo los días y las semanas; acaso, de tarde en tarde, hablaba con los peones de llano y los obreros de mano, explicándoles muy sutilmente las razones que me habían llevado allí.

A todas esas, el propietario que se había ido encariñando conmigo me comunicó:

– Pedro Barinas, lo acordado con mi pariente Cadevilla es que vaya distribuyendo la gente entre los diferentes hatos amigos... pero si todos los comunistas son como usted, yo no tengo problemas en retenerlos a todos en mi hato...

– ¡Qué jamón... piones na’ más que por la comida!... ¡qué Partido Comunista tan generoso! –pensé yo.

Una mañana cayó otra avioneta y bajó un pasajero aguatado, joven y de bigotes gruesos:

– Me llamo Carmelo Méndez y traigo esta carta para usted.

En ella se me instruía colocarlo en el ható “Mata de Conuco”, propiedad de don Filadelfo Briceño. Cuando se enteró, don Goyo le dijo:

– Quédese aquí... a mi no me pesa darles la comía...

Así se hizo; juntos era mejor para darnos compañía e ir intercambiando impresiones día a día.

Los hermanos Briceño constituían un clan familiar que echó raíces en los cajones del Alto Apure, en la segunda década de este siglo. Hijos de un viejo General trujillano que se residenció en esos parajes, tenían un nivel cultural por encima del llanero medio de la misma región: esa condición y el hecho de haberse levantado compartiendo las faenas diarias junto a las peonadas, les permitió no sólo conservar sino acrecentar su patrimonio, al grado de que, en conjunto, hasta hace unos pocos años, detentaban cerca de veintiuna leguas de sabana y varias decenas de miles de cabezas de ganado vacuno y caballar. Gozaban de la fama de ser buenos dueños... pero no pendejos.

Con quien más hice amistad fue con don Filadelfo, cuyo ható era uno de los lotes en que se fragmentó la gran propiedad original. Don Fila, como comúnmente se le llamaba, ha pasado a ser una institución en ese medio, y una especie de “piache” a quien la gente recurre a contarle sus penas y a recibir consejos, orientación y protección; también, de manera espontánea, la gente que lo buscaba le rendía su tributo; éste, por excelencia, consistía en una botella de aguardiente blanco, lo único que él tomaba y también el único lujo que se daba.

Encontrábame un día en la compañía de don Fila, cuando se apareció un llanerito en un caballo castaño melao; traía en las alforjas de la silla una botella de caña blanca para él. Me lo presentó; nos tomamos varias botellas y fraternizamos: me le franquee. Pensé que había hecho una buena adquisición con la presentación de aquel llanero, en relación a mis planes.

Una noche decidí ir a una parranda que se daba en el hato “Corozal”, propiedad de un señor a quien llamaban Santiaguito. Por el camino me recordé de mi nuevo amigo y decidí visitarlo e incluso invitarlo para que nos fuéramos de parranda. Llegué a la casa, di las buenas noches y pregunté por Layita: así era el apellido con que se me había presentado.

– ¿De parte de quién? –me respondió un individuo en la penumbra.

– Dígale que es de parte de Florentino –dije, dando el nombre de combate con el cual yo quería que se me conociera.

– El vive en la casa que está más adelante –me respondió la misma voz. Me resultó extraño tanto misterio e inseguridad con que me contestó el sujeto, porque el hombre que yo había visto en la penumbra se me pareció al que yo había conocido y su voz era la misma que yo había oído. Pensé: “tal vez yo esté equivocado”. Lo cierto es que me tendí para la casa que me sugirió.

Cuando comencé a dar gritos de “buenas noches”, cual no sería mi sorpresa al ver que al patio limpio donde yo estaba lo que me salen son dos perros dálmatas... de esos orejones y tres criollos: cinco en total; se me vienen encima como a comerme. Desesperado comencé a pedir auxilio; agarré la bicicleta por el palillo, la suspendí y comencé a dar vueltas con ella y a gritar:

– Perro... perro, perro carajo... perro... perro coño e’ madre.

Y cuando me le enfrentaba a unos, los otros se me guindaban por detrás... y en aquella situación angustiada me encontraba cuando

por fin llegué al camino de salida rodeado de maleza, donde los perros no podían maniobrar, viéndose obligados a chocarme juntos en la misma dirección: cuando ellos me embestían, yo hacía lo mismo con la bicicleta.

– Perros... perros hijos de puta... –y en lo que ellos se retiraban, era el tiempo que yo ganaba para hacer otro tanto en dirección contraria... y así me fui... me fui... me fui... hasta que desesperado agarré mi cicla, me la eché al hombro y partí raudo por unos barinales intrincados y salí al claro de la sabana limpia...; días después, echando el cuento, es que me informaron que el tal Layita había sido un seguranal que se había refugiado por allí a raíz de la caída de la dictadura y que desde que me había conocido, aquella criatura vivía en un constante sobresalto... esperando que yo le llegara de un momento a otro para tomar venganza... y que los perros orejones, la única vez que los soltaban era cuando sus dueños no se encontraban en la casa, por lo fiero que eran.

El nuevo compañero era un estudiante avanzado de la Escuela de Medicina y veterano de la guerrilla urbana quien para ponerse a buen recaudo de la policía, había ido a trancar a aquellos parajes.

Nos hicimos buenos amigos; me explicó su experiencia en la lucha armada de la ciudad. Había participado en numerosas operaciones, en una de las cuales perdió sus papeles y la policía lo identificó. Ello llevó al gobierno a allanar la Universidad Central en su búsqueda y persecución.

Decidimos acelerar el trabajo de captación entre los peones y el campesinado. Su acertada intervención de médico en varios casos de enfermos, le regó la fama en varios kilómetros a la redonda; no cobrábamos, pero nos llovían los presentes y el buen trato y sigilo para con nosotros.

A finales de febrero se apareció Cadevilla. Nos informó que dentro de dos semanas llegarían las armas. Vendría él personalmente para

reunir a su supuesta gente en un sitio, darle un mínimum de entrenamiento y proceder a realizar la primera acción, la cual consistiría en la toma del pueblo de Trinidad de Orichuna. Advertimos su aceleramiento y le hicimos ver la inconveniencia de una acción de ese tipo sin una preparación previa que incluía, a juicio nuestro, un trabajo campesino de adoctrinamiento y captación entre los peones y el campesinado y, además, un conocimiento a fondo del terreno. Nos habló de que era una orden del partido y que así lo había prometido él en Caracas. Carmelo Méndez ripostó:

– Camarada, si de lo que se trata es de tomar un pueblo, con una acción de comando es suficiente... si quieren, yo se las monto y participo pero ustedes me garantizan mi salida de aquí: con ese compromiso, yo acepto su proposición...

Yo era del mismo parecer. No consiguió nuestro consentimiento; eso lo exasperó. Se lanzó en una labor de cuadratura tosca y vulgar a fin de conseguir lo que se proponía, lo que tampoco le dio resultado: tal era el grado de compenetración al que habíamos llegado Carmelo Méndez y yo. A mí me decía:

– Compañerito, tenga cuidao... que usted es un jefe... y formará parte del Estado Mayor guerrillero en los llanos de Apure, ése... -refiriéndose a Carmelo-, es un compañero que está en una situación muy delicá... creo que viene sancionao... y usted no debe arriesgá su prestigio haciendo causa con él...

Simultáneamente, Carmelo Méndez le decía:

– Tenga mucho cuidao... que ese compañero es un hombre anárquico e indisciplinao... usted, en cambio, es un hombre del partido y lo hemos traio aquí para que lo vigile... y la proposición que traigo son las instrucciones del partido.

No logró nada y se regresó a Barinas: ¿Qué informó?... lo dejo a la imaginación del lector.

El acierto en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades por parte de Carmelo cambió nuestra situación, hasta el grado de poder liberarnos de la tutela del rico propietario. Conseguimos una casa y nos mudamos al considerar que era incongruente y hasta inmoral que, estando acobijados bajo la protección de aquel señor, le estuviésemos sonsacando los peones, indisponiéndolos contra él con nuestras prédicas, abriéndoles los ojos sobre sus reivindicaciones y derechos que les correspondían. Dicho en otros términos, nuestra permanencia en ese hatu actuaba como grilletes, impidiéndonos una labor de captación desenvuelta y abierta. Mientras tanto, otros combatientes seguían llegando al área y, a medida que lo hacían, eran ubicados en sitios estratégicamente seleccionados.

Conjuntamente con un camión cargado de víveres, tambores, equipos y algunas armas, llegó un compañerito de Barinas a quien, en el transcurso de los días, terminamos por apodarlo el Babo. Este personaje aparecerá muchas veces en el relato de los sucesos venideros. Desde entonces, me ha perseguido cruzándose en mi vida como una sombra.

El informe de nuestro jefe inmediato al escalón superior del mando surtió su efecto, porque poco después una avioneta se llevaría a Carmelo Méndez. Días más tarde, el Babo o “Pito Sánchez” como también se le conocía seguiría la misma ruta. Quedé solo y con un engorro adicional: las catorce cajas y tambores, sin saber qué hacer con ellas y en cuyos contenidos se encontraban desde una ametralladora Thompson hasta rolos de policías, pasando por granadas y minas anticarros de manufactura casera. Sumábase a ello que, hasta ese momento, no había logrado una sola persona de confianza a quien hacerle participe de secretos tan delicados, como bien guardados. Era como si los compañeros de Barinas hubieran tenido una brasa en la mano y me la hubieran lanzado diciendo:

– Tenga ahí...

Fueron muchas las noches que, con el reflejo de la luna o cuanto más a la luz de una lámpara de querosén, barretón en mano, trataba de enterrar aquellos tambores: no era otra la función que debía cumplir. Casi en la madrugada regresaba desesperado, y con las manos sangrando, al constatar que después de tanto esfuerzo inútil, apenas si había logrado enterrar la primera vuelta de un tambor: tal era la dureza del suelo.

Un día me fije en unos bancos de arenilla. Pensé que la tarea sería más fácil; cual no sería mi sorpresa al ver que, a los primeros golpes de chícura, me salieron miles y miles de bachacos que, si no me retiro tan pronto, ellos me hubieran enterrado a mí.

Renuncié a la tarea y decidí franquearme a un campesino amigo, José Dolores Zapata (a) Goloy, quien, años después, moriría como Comandante Guerrillero con el nombre de Rolando, no sin antes haber vivido una amarga experiencia de prisionero político por las cárceles de San Fernando de Apure, Fortaleza de San Carlos, Isla del Burro y Cárcel Nacional de San Cristóbal: pagó así el precio de su ignorancia e ingenuidad..., con la ayuda de este campesino ajustero de Goyo Ortiz, logré hacer unas trojas en medio de unos bosques intransitables de uñas de garza, de manera de no dejar rastros. Allí colocamos las cajas dejándolas a partir de ese momento, a su guarda y cuidado previa impermeabilización con plásticos.

Del mismo modo que un aprendiz y principiante de finquero procede adquirir aparatos y trastos, sin orden ni concierto, por el solo hecho de contar con dinero abundante y la intención de hacer finca, así se promedió en la generalidad de todos los frentes guerrilleros. Se enviaban montones de aparatos y equipos sofisticados con tanta anticipación que, en esas circunstancias, más bien se transformaban en un estorbo dada su inutilidad en aquellos momentos. Casi siempre terminaban deteriorándose sin haber sido usados y, en el mejor de los casos, caían en manos de nuestros enemigos. Ese fue el caso de la oportunidad que narro.

Libres ya de esos engorros materiales, me dediqué a recorrer las sabanas, hacer relaciones públicas y amigos, ocupando particularmente mi atención a aquella parte de lumpen de la sabana que tenía fama de bueno y charrascos... cosa que me fue de gran utilidad en los años siguientes. Uno de ellos, un joven altoapureño llamado Asdrúbal Moronta, generosamente se me puso a la orden para servirme de guía y relacionarme con las sabanas y su gente. Le preocupaban mucho los pantalones largos y los zapatos que yo llevaba; cada vez más volteaba a mirarme y me hacía ver la conveniencia de quitarme los zapatos y acortar los pantalones, tal como él los llevaba: pero no me decía el porqué...

Un día llegamos al fundo “El Porvenir”, encalado en el hato “La Victoria Garciera”, propiedad del guate Miguel Sarmiento, que al verme, mudó de color y se transfiguró. Lo saludé y me contestó entre dientes... le pedí agua y me dijo que la tinaja estaba seca... le propuse comida y me dijo que no había..., las mujeres se escondieron y él entraba y salía del cuarto de manera nerviosa. Mi compañero, arrecho, me llamó aparte y me reclamó:

– ¿No se lo venía diciendo?... el guate cree que usted es guardia... ahora nos jodimos... porque por aquí no hay más casa cerca...

Tuvo que hacer un esfuerzo grande mi compañero para convencer a aquel hombre de que yo no era un Guardia Nacional..., aclarado el equívoco, nos sobró de todo...

Me agarró el invierno en esas soledades: solo, sin dinero ni contactos, cosa que de allí en adelante se haría difícil, por no decir imposible, hasta tanto no llegara nuevamente el verano.

Decidí entrar a la población de Elorza y, por la envoltura de unas catalinas en un periódico capitalino que compré en un comercio local, me enteré que mis camaradas del Núcleo de Dirección en Barinas habían caído en un pueblo llamado “La Soledad”, vía Mérida. Entre ellos, además de Francisco Prada, David Ernesto Osto (a) el

Chino Camacho, el camarada Pereira (a) Pizani. También había caído Carmelo Méndez. Años después me enteré que este aprendiz de guerrillero, de temperamento flemático y sangre fría, tenía por nombre de pila Omar Jiménez Carrillo, nunca más supe de él. Se lo tragó la vorágine de la lucha. Esa era la razón del contacto roto y de mi abandono en aquellas soledades.

Decidí salir hacia Caracas; el agua, el hambre y las plagas... sobre todo la mosquilla, me tenían obstinado. Determiné que sería mejor hacerlo en chalana hasta San Fernando por ser más barato.

Encontrábame por casualidad en el aeropuerto local de incógnito, cuando veo bajar de una avioneta a mi jefe Cadevilla, gordo y rozagante el gran carajo. Ni siquiera iba por mí el condenado, según me informo poco después. Andaba comprando caballos y monturas con dinero que le había entregado el Partido.

No obstante el encuentro inesperado, el tipo se alegró porque, según me confesó, no esperaba encontrarme en la zona después de tanto tiempo y en aquellas condiciones. No pudo más que ensalzarme por mi perseverancia. Peló por una paca de billetes de a cien y me ofreció. Yo desprendí lo estrictamente necesario para llegar hasta San Fernando y de allí a Caracas: tal ha sido mi proverbial manera de ser pendejo, cuando de dinero y confort para mí se trata a la hora del reparto. Nos despedimos.

Hice el viaje en avioneta, no sin antes acordar con Cadevilla encontrarnos en la ciudad de Barinas, el 17 de agosto: tenía dos semanas de vacaciones para reponerme en la ciudad y volver a sentir el afecto y cariño de mi esposa.

Regresé a Barinas, vía Acarigua. Me encontré con Carlos Del Vecchio en esta población, a quien informé de mis andanzas en el Alto Apure. Me dio el contacto del chino Camacho en la ciudad de Barinas, quien permanecía oculto después de haber sido absuelto por la equivocación de un juez.

Antes de salir de Caracas, había enganchado a los compañeros Juan Tamayo y Encarnación Loreto, cuyas verdaderas identidades, siguiendo el orden es César Agrinzones Soto (a) Pollo Sin Hueso y Dámaso Romero (a) Boves, (a) El Brujo, apureños los dos, amigos y condiscípulos de infancia; quienes debían dirigirse a San Fernando, de allí a el Yagual y, remontando el Arauca, reventar en las sabanas del Alto Apure. El primero de ellos ya había recorrido la región en compañía de Carlos Novoa Guerrero, veterano combatiente de los llanos orientales colombiano y compañero de andanzas de Eliseo “Cheíto” Velásquez. Novoa moriría en las cristalinas aguas del río Caicara. En el sitio denominado “Ondas Azules”, después de haber sido sorprendido por una patrulla combinada de la Guardia Nacional y la Digepol de San Fernando, esta última conducida por un comisario de apellido Herrera, más comúnmente conocido como el oficial “Tachuela”.

Llegué a Barinas a la misma casa donde lo había hecho la primera vez, cuya señora me tenía por compadre. Por ella me enteré que durante ese período el bandido de Cadevilla había cometido toda una serie de irregularidades reñidas con nuestros principios éticos y morales, las cuales ponían en peligro seriamente nuestra seguridad personal. Así, por ejemplo, entre suplicante y alarmada, mi comadre Carmen de Burgo me comunicó:

– Ay, compadrito... no se le vaya a ocurrir ir por ‘onde la familia López, porque mi compadre Pedro le echo una lavativa muy seria... se puso a tener relaciones con María y encima de eso le quito un dinero prestao con la promesa de devolvérselo en la tarde y que ella se lo tenía guardao a su esposo... no regresó más nunca por allá... y el marido se enteró de todo y ha jurao que cuanto comunista llegue por su casa lo denunciará a la Digepol..., a mi esposo le quitó prestá una bicicleta que no era de él un momentico: desde entonces no lo hemos visto... después tuvimos información de que la había vendió por noventa bolívares.

Mi disgusto no tenía tamaño: habían sido dos familias que en circunstancias muy difíciles y de privaciones extremas, nos dieron comida y nos ocultaron. Mi arrechera se dirigía más que todo a los cuadros de dirección del partido que tenían que ver con aquella zona, porque en numerosas oportunidades habíamos informado de la catadura humana y moral de ese sujeto y no nos habían parado bola...

Me hice llevar al refugio donde se encontraba el chino Camacho, en donde debía estar también Cadevilla, para sostener una reunión entre los tres y planificar lo relativo al Alto Apure y hacer una evaluación de los recursos con que contábamos o podíamos contar para reingresar a la zona. En el interviú, el camarada Chino me comentó:

– He llegado a la conclusión de que Cadevilla es un coño e’ madre: durante nuestra ausencia... reclamó en nombre mío a fulanito la escopeta de cinco tiros y la vendió por dos mil bolívares... imagínate que el dueño de esa escopeta, el tirador olímpico Carlos Plaza, estaba dando cinco mil bolívares por su devolución..., fue donde fulano y pidió que le entregaran los revólveres y una pistola y también los vendió...una cantidad de pasajes que habíamos comprado por adelantado a una línea de avionetas, para no estar comprando cada vez que lo necesitáramos... fue y pidió la devolución del dinero y también lo gastó. Así que nos encontramos limpios y desarmados: he pensado en matarlo... pero he decidido que más bien esperemos a que entre en el Alto Apure y nos ponga en posesión de los caballos y las sillas que debió haber comprado con el dinero que le dimos...

Confieso que sentía un placer de sádico cuando el compañero me estaba haciendo aquellos comentarios... y me decía en mis adentros: “Ajá... bien hecho... cuando el perro muerde a su amo”... y de comentario extra le dije:

– Délo por seguro que ese carajo no tiene gente que lo siga, ni caballos ni monturas...

El camarada no me creyó. En ese momento, llegó Cadevilla. Convenimos en que yo debía entrar vía aérea por Elorza y ellos lo harían por tierra, vía Suripá – Mantecal. Ese fue un compromiso entre los tres. Nos despedimos. Como “perro viejo late echao”, decidí comprar en Barinas unas monturas y algunas cuestiones que consideraba necesarias y de imprescindible uso, pese a las promesas reiteradas de Cadevilla de que no nos faltaría nada.

De incógnito bajé en el aeropuerto de Elorza donde me esperaban varios partidarios representativos de la localidad, quienes me informaron de lo delicado de la situación y del estado de alerta en que se encontraban las autoridades aunque sin tener nada concreto en sus manos. Eran las consecuencias de radio bamba, al no haber tenido los compañeritos que remontaron el Arauca, la discreción y el recato necesarios en su desplazamiento. Decidí salir esa misma noche del poblado, ante el estado de nerviosismo en que se encontraban nuestros amigos.

A pie y con mis macundales al hombro hice la travesía que separa el Arauca del río Orichuna, chapaleando agua a diferentes niveles. En la madrugada llegué al sitio donde mis compañeros dormían. Les comuniqué el estado delicado de la situación en que nos encontrábamos y la necesidad de desempacar las armas y declararnos en estado de beligerancia a partir de ese momento: no había tiempo que perder. Qué sorpresa más desagradable me llevé en aquellas circunstancias de apremio cuando los camaradas me respondieron:

– ¿Cuáles armas? El rumor que hay en la zona es que el campesino las vendió a los ganaderos de la sabana y a algunos comerciantes del pueblo...

– ¿Y lo demás? –pregunté.

– Allá no hay más nada... nosotros fuimos al sitio donde las tenías escondidas...

Efectivamente, así había ocurrido. Como no eran más que escopetas, rifles veintidós y algunos revólveres, al amigo campesino no le fue difícil deshacerse de ellas por dinero... sobre todo, tomando en cuenta que estos implementos son codiciados por los grandes propietarios de la región. Sin embargo, recordé que en el fondo de un baúl destartado de una anciana, había dejado una subametralladora Thompson bien embalada, con dos cacerinas... Aquella anciana, que me adoraba como una reliquia, nunca se enteró de su contenido; bastó que le hubiese dicho que en ese bulto estaba mi vida hasta que regresara en carne y hueso... para que, a partir de ese día, más nunca se apartara de su baúl, haciéndolo colocar durante la noche bajo su colgadura.

Dos días tardamos en darle caza al campesino quien, mejor conocedor que nosotros del terreno, nos evadía con facilidad, sobre todo sabiendo que era yo en persona quien lo buscaba como palito 'e romero.

En realidad, el campesino José Dolores Zapata (a) Goloy, (a) Rolando no era malo: su ignorancia lo llevó a dudar de mí... Quizás pensó que sería un colombiano más o un guate maletero, de los muchos que se aparecen por esas regiones en diferentes épocas del año para luego desaparecer. Sabedora la comunidad de que andaba en líos raros conmigo, fue sometido a una fuerte ofensiva de la opinión, sobre todo por los grandes propietarios quienes le tenían hambre a la mercancía oculta, hasta que no le quedó o no vio otra alternativa que complacerlos deshaciéndose del resto. Excepto las armas y otras cosas que podían usarse sin ninguna complicación, el resto del equipo fue a dar junto con mis esperanzas al fondo del río Orichuna.

Lo puse en confesión y me imploro la vida... resistí la tentación de liquidarlo, cual era mi decisión hasta que le di caza. Transigí a cambio de que me diera el nombre de uno de los compradores más cercanos... quien pagó los platos rotos: el dueño del hato Mata e' Vino,

propiedad del ganadero Víctor García, con quien en el transcurso del tiempo hicimos las paces, al entender que en aquellas circunstancias era la vida de él o de los míos...

No debía retirarme a la sabana abierta llevando hombres desarmados.

Días atrás, antes de salir de la población de Elorza, había dado instrucciones a un potencial bandido amigo mío llamado Fernandito Herrera, para robarse unos caballos toñecos de don Pedro Telmo Guerrero, rico propietario de la región, y que pesebreaban en los alrededores del pueblo, y que me los llevará a la costa de Orichuna, cosa que hizo con la mayor puntualidad.

Comoquiera que el Subteniente Vivas Márquez, jefe del destacamento de la Guardia Nacional de Elorza, tenía amores con una de las hijas del dueño de los caballos, hizo un problema de honor en conseguirlos y devolverlos. Tenía que ganar puntos con su futuro suegro; revolvió cielo y tierra para obtenerlos, pero no le fue posible... a esas alturas, los caballos iban muy lejos de sus comederos.

A partir de ese momento, todo se volvió un corre – corre... y un permanente “jugar a la candelita” con las diferentes comisiones que habían enviado en nuestra persecución desde los pueblos de Elorza, Guasualito, Mantecal, Palmarito y La Trinidad de Orichuna, que no nos dejaban en paz.

Como mi meta era encontrarme con el Chino y Cadevilla quienes debían unir su gente a la mía en esos cajones de sabanas entre el Caicara y el Manatí o Caño Setenta, opté por enviar a Fernandito Herrera y Juan Tamayo para que hicieran el camino de regreso, repasasen el Arauca hacía el sur y, con una gente que nos esperaba hacía esos lados, echaran una vaina en las sabanas del Caribe. El objeto era distraer la atención de la Guardia en otra dirección. A otro hombre, el compañero Encarnación Loreto, lo envié sobreeseguro a que saliera por los lados de Palmarito, vía Barinas y Acarigua, para que informara al Partido de la situación difícil en que

nos encontrábamos y nos enviaran dinero y municiones de varios calibres de las que carecíamos.

Mientras tanto, yo permanecería en esos cajones de sabanas hasta hacer contacto con el Chino. A los compañeros que envié a la romería por el sur del Arauca, les entregué las mejores armas, entre ellas, mi Thompson; otras iban sin municiones para que las consiguieran hacia los lados para donde iban, cosa que no les sería difícil.

De la misma forma que las gaviotas y las águilas para adivinar y seleccionar sus presas precisan remontarse a las alturas, de esa misma forma el hombre que ha sufrido en estos avatares desarrolla un ojo clínico que le permite captar en el cobarde y potencial traidor, en la última mirada que éste lanza, la intención oculta de lo que se propone. La última mirada que me di con Juan aquella tarde, dejó en mi alma una profunda huella de angustia y desazón... pero, por otra parte, nos esta vedado actuar sobre la base de las presunciones...

Efectivamente, días después me enteré de la captura de ese compañero en el hato “La Bendición Gollera” de un propietario amigo. Desde que se separó de mí aquella tarde, todos sus pasos se encaminaron a conseguir un pasaje para salir a la ciudad... sin importarle la suerte que corriera el resto de los compañeros que quedaban en aquellas soledades. Esa es la explicación de aquella actitud sonámbula que adoptó el compañero, mientras yo hacía grandes esfuerzos en precisar en detalles las instrucciones que les daba. La conducta asumida por ese compañero en años posteriores, tanto en la cárcel como fuera de ella, confirmó lo demás...

Armado de un rifle y pistola y bien remontado en un caballo cuarto e’ milla, precisamente el que más valor tenía para don Pedro Guerrero, me mantuve varias semanas en esas costas de caños, matas y sabanas, cambiando de sitio y dormitorio permanentemente, tocando los contactos de manera alternativa, en espera de razones

por tres vías: Elorza, Mantecal y Palmarito. Muchos fueron los sin sabores, penalidades y amarguras que pase durante esos días, teniendo que colgar en las alturas de los árboles para evitar en parte la llegada de los zancudos, especialmente los puyones... con el caballo maneado y suelteado en la pata de un árbol; cuatrero o guerrillero a pie en esas soledades, es hombre muerto o rendido.

Durante esos días, aproveché la oportunidad para localizar a un pariente de sangre que había recalado hacía tales regiones desde 1945. Apenas si le recordaba y lo tenía más o menos localizado en un sitio llamado Matenuare... la táctica en estos casos para el que huye, es no preguntar jamás por la persona que busca sino por el propietario más respetable de la comarca por su posición socioeconómica que, por su puesto, uno lleva como punto de referencia. Al azar, pregunté en un fundo al que entré.

– ¿En dónde es que vive Justo Guevara? –inquirí a un catire de ojos glaucos quien, sentado en la parte más alta del tranquero, no perdía la ocasión de tratar de mirar los capones al caballo buscando la marca de los hierros, oportunidad que yo no le permitía manteniéndole mi caballo de frente.

– ¿Y que quiere usted con Justo Guevara...?

– No, es que... él es familia mía...

– ¡Ah!, pero si él es familia suya, también lo es mío... porque yo soy su hermano...

– Bueno... no... pero que... –traté de remendar el capote.

– Mire, agarre po' aquí... –y me enseñó la vía.

Volteé las riendas de mi caballo y me tendí al galope. Mucho más adelante, llegué donde un señor llamado Ramón Ceballos, a quien se le descompuso el cuerpo al ver mi vestimenta de Guardia, aunque con pantalón recortado... como ya tenía un precedente, me adelanté a explicarle... cambió totalmente y me dijo:

– ¿Y no pasaría usted por donde el gato Guevara?... ese es un hijo e’ puta... chismoso... Además, es el comisario mayor de todo esto...

– Junto con decirle que sí, mandar a desensillar el caballo, enviar a ocultármelo en el monte y dirigirse a mí, fueron una misma cosa:

– Venga... métase al cuarto porque no dilata ese carajo, o alguien que mande pa’ informarlo...

Dicho y hecho: no habíamos terminado de conversar e intercambiar las primeras impresiones, cuando se vio un jinete que venía dirección hacia la casa...

– Don Pedro, ¿no ha visto pasá po’ aquí un hombrecito jipato vestío de guardia... así... así... que venía en un caballo castaño claro... alegre la bestia... que no quería que le vieran los hierros?

– No... po’ aquí no ha pasao naiden...

– ¿Y ese caballo que está allí entre la mata?...

Ese caballo me lo dejó Juan Corona... pa’ que se lo cuide...

Y no pasó más nada.

Al año justo, indirectamente, le salvé la vida al gato Guevara. Sucedió así: encontrábase el Comandante Chino en las cercanías del fundo de este propietario y autoridad mayor. Entre el grupo de guerrilleros se encontraba también una partida de cuatrerros que tenían hambre de venganza contra ese sujeto por rencillas pasadas. Lo cierto es que el gato Guevara se dio la mano con una avanzada de los guerrilleros del Chino que vestían como militares...

– ¿Qué busca usted por aquí, señor? –lo alertó la patrulla.

– Ah!, menos mal que me encontré con ustedes... fue que me informaron que por aquí andan unos guerrilleros... y ando ubicándoles el paradero para avisarles a ustedes...

– ¿Ah, sí?... véngase con nosotros... y le damos las gracias por colaborar...

Lo llevaron a la presencia del Comandante quien, presionado por los cuatrereros que se habían ocultado, lo mandó a amarrar a la pata de un árbol para hacerle un juicio. Suponga el lector cuál sería la situación de aquel infeliz, cuando le vino un rayo de luz y se acordó de mí. En tono suplicante le dijo al Comandante:

– ¿Por qué me tratan ustedes así?... si el invierno pasado yo les salve a Florentino... -y me describió.

Aquella declaratoria inesperada desarmó a nuestra gente y automáticamente cesó su capilla ardiente. Como al mes me echaron el cuento y dije a los compañeros la verdad de lo que me había ocurrido con ese sujeto. Algunos objetos que se le habían incautado en caución a plazo, no se le regresaron.

A propósito de la anécdota interior, el chino Camacho en su informe a la Dirección del partido le dijo lo siguiente:

“... se llamó a seis llaneros que andaban con nosotros, más dos amigos que nos visitaban, para que identificaran al sujeto. Estos, al ver al tipo, se escondieron y manifestaron que era un chismoso amigo del Gobierno... el fulano, al saber que era con los guerrilleros con quienes hablaba, se nos arrodilló e imploró que no lo matáramos. A este hombre lo tuvimos preso todo el día, le dimos comida”.

Y más adelante:

“... requisamos la casa y encontramos una morocha, un revolver, relojes, prendas y dos mil quinientos bolívares en efectivo. Le dijimos que nos íbamos a llevar la escopeta y el revólver y que se lo devolveríamos según fuera su actitud con nosotros...”

Hay algo recóndito y casi instintivo en el alma humana que impele a la gente a la solidaridad, sin importar que ella no tenga concien-

cia ni esté compenetrada con las motivaciones del que sufre. A las personas que prodigan esta solidaridad espontánea, sólo les basta saber... que ese fulano anda bien jodido... para que no exista ley humana o divina que les prohíba prestarle su concurso. Ese fue el caso hacia nosotros, y especialmente hacia mí, durante ese período, por parte de los habitantes de esas regiones. Sería una exageración de mi parte si digo que esa solidaridad tuvo por base las motivaciones políticas e ideológicas. Ese sentimiento y conducta son más fuertes y acendrados en dos categorías socioeconómicas de la sabana: la de los propietarios con “pedigrí”, aquellos que siempre han tenido, los que desde el vientre que los engendró trajeron sus propiedades y posesiones. Otra, la de los que no tienen nada, ni siquiera un cuero donde caerse muertos.

En ambos grupos encontré y sentí la solidaridad extrema, aquella que se da sin condiciones, sin exigir ni esperar contrapartida. Aún recuerdo a una anciana arrugada como una pasa, del vecindario La Piedra, enclavado en la Parroquia Palmarito del Municipio Páez, quien celosamente, guardaba una caña socata sobre el “esoberao” y todas las mañanas le machucaba un gajito que, al torcerlo, soltaba un guarapito con que endulzaba mi café. Para Doña Julia y su compañero el Negro Guárico vayan las flores de mi eterno agradecimiento.

En esas semanas que quedé solo pernoctando en las sabanas, mientras esperaba razón del resto de los compañeros que en diferentes direcciones se habían ido o debían llegar, tomé por escondite unos parajes solitarios entre los caños Balza y Maporal, casi donde ambos comienzan sus cursos. Algunos amigos y parientes me suministraban alimentación una vez al día. Por compañía sólo tenía una rochela... durante las noches, cuando se me acercaban mucho a la colgadura, les echaba un ¡bicho ‘el carajo! Y la manada, vuelta una barahúnda, se regresaba a lo espeso del bosque.

Una noche venía llegando como a las dos de la mañana a mi guarida; de pronto, sentí que el caballo, a quien llevaba “a paso ‘e

lión”, se me detiene; hice esfuerzos a la luz de la luna para inquirir la causa y me percaté que delante del caballo tenía un toro paraparito, encerado lomo ‘e lagartijo, “cacho enjaulao”, en posición de embestirme al caballo... lo raro del caso es que el torito no hacía el más leve mugido; detrás de él, comía el resto de la manada. Pelé por el arma en previsión de cualquier cosa... pero como tampoco andaba peleando con toros, opté por dejarle el camino...

En algunos de esos días del mes de septiembre cuando los ríos y caños comienzan a desaguarse, me encontraba en el cuarto de un ranchito llanero donde me habían introducido al escuchar voces. Este pertenecía a un cuatrero de apellido Linares a quien, por ser del Bajo Apure, le daba el trato de “primo”. Las voces eran de una comisión que venía llegando, enviada por el Comisario con la finalidad de reclutar gente para llevar a un herido en una hamaca al pueblo, práctica coercitiva de reclutar a los vecinos por causa de emergencia, que aún se mantiene en los rincones más apartados e inaccesibles de nuestra geografía, cuya ejecución compete al Comisario Mayor como la primera autoridad civil de la zona.

– Compadre Linares... lo venimos a buscá pa llevá a don Eleno al pueblo en hamaca; lo dejó muy herío su yerno... y se salvó porque en ese momento iba pasando un forastero a caballo... peló por una tranca y le cayó a palos al yerno que por poco lo mata... no se paró... montó en su caballo y se perdió...

A todas estas como mi postizo primo sabía que de un momento a otro se aparecería alguien buscándome, se interesó por lo que contaba la comisión y, para que yo oyera preguntó:

– ¿Y quién sería ese forastero?

– A la verdá que no lo sabemos... a lo mejor algún cuatrero; era un hombrequito trigueño claro y delgao, con la voz finita... llego hasta ‘onde don Pedro Ceballos preguntando por un tal Florentino. Como no le dieron razón, se devolvió... cuando iba de regreso el

guate Guevara le dio la voz de arresto... pa' que fuera a declaró a Palmarito, pero el hombrecito que por cierto andaba bien remontao... en un caballo zaino frontino... del hierro 'e La Chiquitera... lo que hizo fue picalo y se zumbo al río con to' y silla... salió al otro lao y se perdió...

Yo no necesitaba de más señas; era mi paisano Boves, a quien había enviado hacia Barinas por los lados de Palmarito. En la noche hice la travesía y me topé con él. Había traído algún dinero y unas cajas de cápsulas... y las instrucciones de que tratáramos de salir, porque el partido se disponía a efectuar un saboteo militante a las elecciones presidenciales. Era el mes de noviembre de 1963.

Remontamos por el sitio La Piedra y sin baquianos nos empujamos hacia abajo... buscando acercarnos al pueblo de Mantecal porque queríamos saber razones del chino Camacho y Cadevilla y porque teníamos algunos amigos propietarios que nos podrían facilitar la salida.

Ese manto verde, agradable a la vista, que es la sabana y que, vista en la distancia desde las carreteras o desde el aire, aparentemente no opone ningún obstáculo para quien intente transitarla por derecho, una vez que el viajero se interne en ella se dará cuenta de su equivocación. Hasta los animales salvajes evitan hacerlo por derecho, desplazándose por trochas invisibles a la vista del hombre, que el instinto inveterado y selectivo les ha advertido que es por allí y no por otra parte por donde deben hacerlo, so pena de verse en un aprieto. Eso fue precisamente lo que nos sucedió en esa oportunidad. Tratando de evitar los caminos reales nos lanzamos a salvar las distancias en líneas rectas; teníamos presentes que debíamos llevar un monte oscuro en lontananza a mano derecha, por donde se desplazaba el río Caicara. Ya en la tarde no teníamos caballos... pese a ser remontas gordas y frescas. Los embudos, los tapones de paja, bajumbales y tierras blandas, dieron al traste con sus energías hasta el grado que aun de diestro les costaba andar.

En la tardecita divisamos una casita de cinc en la distancia. Como no habíamos probado bocado en todo el día, decidimos aventurarnos hacia ella. Tuvimos que hacerlo a pie porque los caballos no daban para más. Llegamos oscureciendo. Era una fundación del hato Las Palmeras, propiedad de la compañía inglesa, el mayor latifundio ganadero del llano apureño. Aquel cuadro humano daba ganas de llorar: celadores de un latifundio llanero inmensamente rico y poderoso, no tenían ni para alimentarse ni un pedazo de carne seca; con buenas tierras en las vertientes del caño y no se les permitía cultivarlas; también se les prohibía tener un marrano, un burro o un ave de corral.

– Si se conforman con esto... -arrastrando las palabras, nos dijo aquella llanera macilenta y despeinada.

¡Y qué íbamos a hacer! Tuvimos que resignarnos con aquel puñado de pasta sancochada sin sal y un poco de maíz tostado.

– Doñita, ¿y por casualidad usted no tendrá una colgadura que nos preste hasta que amanezca... ya que las nuestras andan mojadas y las dejamos junto a los caballos?

– Lo que les puedo facilitar es un mosquitero... y duermen en ese cuero...

También tuvimos que aceptarlo. Era la segunda vez que me tocaba dormir con otro macho, desnudo y en el suelo, en este tipo de vida.

En cuanto llegaron los primeros reflejos del día, nos lanzamos a la sabana abierta, a chapalear agua, hasta donde habíamos dejado a los caballos. Una de las bestia no se quiso parar y tomamos la determinación de dejarla y marchar con una sola, que era un caballo padrote de buena estampa del hierro de la esvástica, comúnmente conocido por los llaneros de la zona como “los garabatos”.

Por fin llegamos a un fundo llamado Los Topochales, en donde nos encontramos al Comandante Chino; aún no se recuperaba del

susto de haber perdido su bestia con silla, armamento y maleta en las aguas turbias y tormentosas del Caicara, en un intento de unirse a nosotros. Circunstancias parecidas a las que lo llevarían a perder la vida dos inviernos después.

Le expresamos la determinación que llevábamos y le preguntamos por Pedro Cadevilla:

– El muy recoño ‘e madre no mordió el peine... a última hora se echó pa’ tras: dijo que con menos de veinte mil bolívares no entraba... tampoco tenía caballos ni sillas, como me aseveró hasta el último momento... Tenías razón...

Del hato La Argentina de Chucho Lavado, arrancamos vuelo en avioneta gracias a los buenos servicios del guate Ramón Bona y Dieguito Lavado, quienes hicieron los trámites y pagaron el viaje... dijimos al piloto que nos dejara en el aeropuerto de Achaguas: bajamos y nos escabullimos... no queríamos correr riesgos llegando hasta el aeropuerto de San Fernando, por encontrarse éste más vigilado.

Pero como dice el refrán: “pueblo pequeño, infierno grande”. Bastó que nos entrevistáramos con dos o tres amigos para que enseguida se corriera la noticia y los organismos de seguridad comenzaran su trabajo. Un mosquito de apellido Zavarce se nos pegó a la pata y no nos abandonó hasta que nos le perdimos de vista en la entrada del pueblo de Biruaca: pero ya el daño estaba hecho.

El enemigo sabía de nuestra presencia en la ciudad, pero nosotros nos movíamos en ella como el pez en el agua. Bastaron pocos días para poner en jaque a la autoridad y a la ciudad en suspenso. Hacíamos reuniones casi todas las noches y el enemigo no las detectaba. A través de amigos dependientes de almacenes, nos pusimos en abundante pólvora para preparar niples. Simultáneamente, en varios cines, logramos pasar propaganda sin ser descubiertos; con ella, invitábamos a no votar; lanzábamos mariposas y volantes lla-

mando al pueblo a la abstención. Establecimos una red de enlaces y contactos que hacían casi imposible nuestra captura..., todas las noches cambiábamos de dormitorio; antes de amanecer nos pasábamos para otra casa y, en la noche temprano, a otra; pero el enemigo no bajaba la guardia.

Una noche le sabotamos una reunión al Partido Acción Democrática con una bomba de tiempo y con otra, una fiesta al Gobernador Saldeño quien no la pudo disfrutar... pero el que abusa de su suerte, termina ésta por serle adversa. Eso fue lo que nos pasó. Se había cumplido el proceso eleccionario y debíamos abandonar la ciudad, pero no lo hicimos.

Caí como un bolsa en la casa de un comerciante local: Jacinto Martínez Orozco, consecuente compatriota, propietario-fundador del sello disquero “Cachilapo”, compañero de infancia, con cuya amistad me honro hasta el día de hoy. Ubicado a pocos metros del Comando de la Guardia Nacional; era uno de los dormitorios alternos que yo utilizaba.

Había convenido con el dueño de la casa que en caso de que él no estuviera, yo saltaría la pared; pero un activista de uno de los partidos del poder, que me había estado cazando durante varios días, terminó por dar el pitazo justo la noche que colocamos el niple en el Palacio de Gobierno y habíamos tenido un tiroteo con los custodios del mismo.

La casa amaneció rodeada y como el comerciante era una persona honorable y de estima, no se atrevieron a allanarla sin su consentimiento: ello me permitió romper y quemar papeles comprometedores y esconder el arma que portaba. Una vez que mi labor hubo concluido, dije al dueño:

– Déjalos entrar... para no complicar más tu situación...

Eran más o menos cuarenta funcionarios al mando de un jefe llamado Simón Cedeño Ruiz, quien me puso una ZK en la nuca y

me pegó contra la pared. Yo estaba sereno. Abandonamos la casa a todo escape, no sin antes el jefe de policía dar instrucciones al personal que dejaba para que hiciera una requisita lo más minuciosa a la vivienda: por su puesto, no encontraron nada...

Comenzaba mi interrogatorio por parte del jefe de la Digepol, un tal Juan Romero (a) Romerito, cuando sonó el teléfono y un jodedor, que se identificó como de las FALN, dijo:

– A ese hombre que tienen allí... lo vamos a rescatar ya, así que apreten ese culo... -y trancó el teléfono.

Eso fue suficiente para que el funcionario, histérico del susto, saliera corriendo dando un portazo, mandara a armar a todo el personal y ordenara que me apuntaran...

– Se lo llevarán muerto –comentó.

Simultáneamente, llamó a la Guardia Nacional; ésta, al instante, se apareció pidiendo que yo les fuera entregado para ellos hacerse cargo de mi custodia.

Confieso que al ver tanta gente armada para custodiar tan diminuto espécimen, no pude más que sentir una especie de satisfacción y consuelo al pensar: “no importa que me jodan, con tal que me tengan miedo”.

Conmigo alcanzaban a quince los que habían logrado capturar, todos a cargo de la custodia de la Guardia Nacional; entre ellos se encontraban los compañeros que habían caído en el Alto Apure, lo cual significó una sorpresa y un tremendo susto para mí... Felizmente... todos estábamos en la onda... nadie me reconoció.

Solo cuatro fuimos embalados a la mañana siguiente hacia la capital; terrible fue para nosotros aquel traslado: se encontraba exacerbado hasta el paroxismo el espíritu de cuerpo de la Guardia Nacional, por la muerte de los guardias de El Encanto.

Llegamos a media noche y se nos llevó a la sede del Destacamento Móvil de ese cuerpo; allí, después de un breve interrogatorio, se nos vendaron los ojos y cuando nos fueron descubiertos, estábamos en un calabozo oscuro: creo que fue en una zona de El Paraíso donde llaman Cuartelito. Tres días se nos mantuvo allí sin quitarnos las esposas un solo momento ni para comer ni para hacer nuestras necesidades, las que teníamos que realizar apersogados como nos habían traído, con la puerta abierta y con los fusiles apuntándonos. Cero cigarras, cero cobijas, cero papel toilet: teníamos que limpiarnos con nuestros pañuelos que rompía con los dientes el que estaba de pie, mientras el otro estaba sentado en la poceta. Excepto estas pequeñas cuestiones que no matan a nadie, no se nos maltrato físicamente.

A los cuatro días de permanecer allí, se nos trasladó al cuarto piso del Palacio Blanco. Otro interrogatorio sin maltratos físicos y nos dividieron atendiendo a dos criterios: Juan Tamayo y José Dolores Zapata (a) Goloy, irían al cuartel San Carlos por guerrilleros; el Chino José Rafael Martínez, veterano e irreductible camarada y yo, a Las Brisas por terroristas... ¡de la que me salvé esta vez...!

Los sótanos del edificio Las Brisas no daban abasto para albergar tantos prisioneros. El hacinamiento era tal que teníamos que dormir como salchichas en lata. Y eso que se habían ido descongestionando al habilitar el gobierno el Penal de Tocuyito. Así pasamos la Navidad y Año Nuevo 1963...

A mediados de enero, el gobierno decidió devolver a los prisioneros a su lugar de origen y captura, exceptuando los que iban a ser procesados: el Chino Martínez y yo fuimos devueltos al Apure a la orden del Gobernador de la entidad Profesor Héctor Saldeño.

Un día después de asumir el poder el Presidente Leoni fui llevado a la sede de la Digepol de esa ciudad y un jefe de apellido Villareal me dijo:

– Tiene seis horas para saludar a sus parientes y abandonar el esta-

do... si en ese lapso aparecen papeles contra el Gobierno en la calle, tendré que concluir que es usted y lo haré preso nuevamente...

Así abandoné el Apure el 13 de marzo de 1963... y con ello se cerraba otro período de mi vagabundear en nombre de unos principios.

Había observado un clima propicio para la subversión entre una parte considerable de esa región altoapureña.

La explicación del fenómeno estriba en lo siguiente: lo relativamente aislado en que se encontraban esas regiones de los grandes centros poblados del país, debido a la falta de buenas vías de comunicación y de transporte, más a la ausencia de capitales que hiciera posible una mayor demanda de mano de obra, trajo como consecuencia la formación de una capa de hombres libres, si se me permite llamarlos así. Que comía, bebía, vestía, etc., sin tener que doblar el lomo o aguantar los regaños y humillaciones de un patrón o de un capataz, gracias a la relativa abundancia de chifles que se mantenían en los rebaños y lo relativamente baratas con que se adquirían las mercaderías de uso en los pueblos fronterizos de Caracol y Arauca, y de los guates maleteros colombianos, quienes recibían especies y daban facilidades de pago.

Tales circunstancias hicieron de los terratenientes pequeños déspotas locales, al tener en poca estima esa mano de obra flotante; veían en ella los potenciales rapiñadores de sus rebaños. No les era necesaria para sus labores pastoriles extensivas, para las cuales encontraban quienes se conformaban con un nivel de servidumbre; si con estos no les era suficiente en tiempos de vaquerías, bastaba y sobraba con aquella parte de la masa irredenta que se veía obligada a pagarle con trabajo, el tributo de protección que recibían de esos señores, quienes la preservaban de la captura y posterior maltrato por parte de la Guardia Nacional. Los pobladores de esas localidades sintetizaban así tal cuadro objetivo:

– Lo que soy yo, con guardia y rico no me la llevo...

O de esta otra manera:

– Mientras viva, yo no le trabajo como pion a nadie...

La lucha por la subsistencia de esta parte marginal –geográfica y socialmente hablando- del poblador altoapureño, se tradujo en prácticas cotidianas de conductas y disciplinas que observaban con la mayor naturalidad del mundo y que envidiarían para sus soldados los mejores ejércitos: tal es el máximo de ventajas que, para llevar a feliz término sus fechorías, sabían sacarle a los elementos naturales y relieve del terreno. Pondré un ejemplo: ese llanero marginal o cuatrero, cuando se desplaza, siempre parte del presupuesto de la existencia de un observador en la distancia de quien tiene que ocultarse. De conformidad con ello, siempre, absolutamente siempre, se desplazaba sobre un fondo oscuro a la vera del monte de galería, evitando destacarse por encima de la línea del horizonte, haciéndose necesario un gran esfuerzo de observación para poderlo descubrir.

Los ríos y caños apureños casi siempre siguen cursos paralelos; supongamos que el grupo de llaneros delincuentes necesitaban desplazarse de una costa de monte a otra, entonces iban jalonando el camino por cuchillas, “machetiao”, llevando de fondo las pequeñas matas o montículos de la sabana; en todo caso, jamás lo hacían echando una sola travesía. Cuando observaban una casa en lontananza, se producía un movimiento de conversión en dirección contraria a la vivienda o fundo de manera tan perfecta y natural, que ya envidiarían para si tal cobertura y alineación sobre un hombre base, los cadetes de West Point. Antes de llegar a la línea de observación, en y después de ella, dará siempre la sensación de haber pasado un solo hombre a caballo. Para el observador ubicado en la distancia, no le quedara margen para concluir otra cosa, tal es el grado de sincronización que logran en las patas de sus caballos.

El esguazar un caño con la rapidez del rayo sin mojar los falsos, la ropa, la colgadura o el arma y sin trastornar el nado del caballo, fueron secretos que también llamaron mi atención.

El cotejo computarizado que en medio de la oscuridad o la tempestad hacían del espacio, tiempo y velocidad de marcha de la bestia, para detenerse en las proximidades o cercanías del sitio convenido y allí proceder a orientarse, discriminando selectivamente las diferentes tonalidades del negro en medio de una noche de diablos, son dignas de admirarse. Para ello detenían su caballo y auscultaban determinado tiempo por debajo de la línea de las orejas de la bestia, doblando el tronco paralelamente a la tabla del pescuezo del bruto y concluían:

– Allí es... aquella mancha oscura que usted ve allá, era la mata que yo andaba buscando...

En todo caso lo que quiero privilegiar es el cumplimiento de ese principio universal de que “quien inventa la ley, inventa también la trampa”: la sociedad pudiente de la sabana impuso sus normas; el llanero marginal o cuatrero le encontró “la contra” o las formas de violentarlas o evadirlas.

Tengo la certeza de que este cuadro hoy ha ido cambiando como consecuencia de la entrada de las carreteras, los capitales y la técnica.

En aquellas zonas, ricos y pobres cuatorean por parejo... Los ricos y vivos para negociar y enriquecerse y los pendejos para subsistir... Pero, entre todos, existe un caribe pecho rojo que se los come a todos: la Compañía Inglesa... por aquello de que “quien mas saliva tiene, traga mas harina”; frente a ella, se borran las fronteras del odio entre el grande, el mediano y el pequeño propietario de la sabana.

El robo de subsistencia al que me he referido, dicho sea de paso el menos ruidoso y más explicable, tienen facetas que rayan en lo

ocioso y criminal, que enerva y repugna la conciencia de los hombres de bien. Es un caso común que un llanero se dirija a su casa y, de repente, se recuerde que no hay carne; con la mayor naturalidad y sangre fría le echa el lazo a un maute y lo degüella; le despega una pierna y, en el mejor de los casos también una paleta, le da vuelta y sigue su camino dejándole el resto a los zamuros.

En esas “tierras del olvido”, como las calificó una vez el periodista Guillermo Pantín, me tocó presenciar las cuestiones más simpáticas, por lo extravagantes, grotescas y singulares, en cuanto al robo de ganado se refiere. Por simple curiosidad me hice cómplice de algunos de estos robos, quizás partiendo de aquello de que “a la tierra que fueres, haz lo que vieres”; con admiración, sorpresa y simpatía constaté como aquellas bandas robaban ganado utilizando caballos también robados: vendían en los mercados a los aguata-dores el ganado y los caballos y regresaban a sus vecindarios cargados como las abejitas, con mercancía legal en nuevas remontas que también robaban; de paso, traían un muleto o un burrito robado “arrebatiado de sobornal”. No era una operación secreta o clandestina: no, era una operación que se efectuaba en la sabana limpia y a plena luz del día, como si un propietario y su peonada estuviera llevando a cabo trabajos de vaquerías.

– Aparte ese bicho que no nos conviene y aquel otro que no es del hierro que llevamos... aquel becerro que se le fue la mama... saque aquella novilla que es ganao de pobre –y así, sucesivamente, iba ordenando el jefe.

El borrar las señales de las orejas y la desfiguración de los hierros o “cachapeo” constituían un arte y hacían de los llaneros unos ejecutantes de alta técnica, en eso de dibujar un hierro con la punta de un cuchillo en el cuero del animal, depilación que era reforzada con un alambre al rojo vivo, un poco de bosta fresca de cauterio y a la sabana a crecer y echar carne, pero ahora para otro dueño.

El no haber tenido la habilidad necesaria para sacarle partido, en dirección a lo que yo me proponía, a la contradicción existente entre el gran latifundio ganadero inglés y otro que se le podían equiparar frente a los productores nativos, de menor peso por la cuantía de sus fortunas, me resulto fatal. Los ricos criollos estaban siempre predispuestos a ayudarnos en nuestro empeño, con la condición de que golpeáramos al gran latifundio inglés. Cometí la torpeza de comenzar mi revolución por ellos, soliviantándoles y azuzándoles sus peones. Me enajené por esa vía su amistad, cosa más estúpida y absurda, sin tomar en cuenta que eran nuestros protectores y aupadores y que, fuera de ellos, no podíamos contar con más nadie que tuviera poder... ya por la vía del dinero o de las relaciones.

Lo cierto es que en mis momentos de mayor aprieto, me vi impedido de chocar a su lado en solicitud de recursos y protección, por la infantilidad de haberme cerrado las puertas y despreciar el cheque en blanco que me habían extendido o el crédito a discreción que me habían abierto si estaba presente aquella condición: joder a los ingleses. Tonterías que, a tantos años de haberlas cometido, hoy me lucen estúpidas como las que narraré: fueron muchas las veces que un rico propietario, sabiendo quien yo era o lo que presumía, me invitaba a compartir su mesa; cual necio, le daba las gracias y de manera infantil me iba a comer en el mesón con la peonada, con el consiguiente disgusto del señor... como me sucedió en una oportunidad con el ganadero Alberto Alvarado, dueño del “Hato Tabacare”, a quien olímpica y estúpidamente rechace su invitación a compartir su mesa, enajenándome por esta vía, su predisposición buena voluntad a colaborar conmigo...

Aún hoy no estoy seguro de haberme librado de esa debilidad. De esos mismos peones salían los chismes hacia el patrón para ridiculizarme. Algunos de estos propietarios, que pese a eso no querían cortar su amistad conmigo, “no me decían perro, pero me enseñaban el tramojo”.

– Carajo, Florentino... hay que ver que esos piones si son bien jalabolas... si no fuera porque ya uno ha visto y vivido tanto, me hubiera disgustado con usted... -y me repetía exactamente los discursos que yo les hacía contra él...

Por experiencia desde niño se que el llanero tiene por costumbre, hacerle todo tipo de malas pasadas al hombre que no se le equipara en agilidad, destreza y valor frente a los peligros y faenas riesgosas en los que a diario ellos se ven envueltos... Esta situación de burlas y chanzas pesadas de que es objeto el neófito se acaba el día en que este se dispone a intentarlo, así no lo haga con la perfección con que lo hacen ellos.

Desde que llegué a las sabanas del Alto Apure esperaba que de un momento a otro eso sucediera... Se presentó la ocasión en un vecindario llamado La Piedra; unos hermanos a quienes apodaban “Los Gatos”, José, Luis y Ramón Moreno, entre otros, fueron los de la ocurrencia. Disponíanse a trochar una bestia en el momento en que yo llegué. Comenzaron las risas y las puntas...

– Aquí viene mi hermano que se le va a montá –dijo uno.

– Y a que el compa sí se le monta –acotó otro.

– Que se le va a montá ese jipato... eso es pa’ los hombres –cucaba un tercero.

– ¿Qué dice usted de eso, hermano?... y a que lo monta voy... ya ustedes van a ve’... móntesele, hermano... escuche lo que están diciendo las mujeres...

Debía de hacerlo y no tanto porque me sintiera picado en el amor propio... sino porque para lo que me proponía y esperaba de ellos, necesitaba dar esa demostración, cualesquiera fueran los resultados.

Dije que sí... y sacaron el caballo a la sabana limpia. Se abrieron

los llaneros y me dejaron solo; monté en mi caballo y lo destapé...
y como en la poesía:

Metió mano el condena
porque eso si era bellaco
y yo métele chaparro
por debajo del sobaco
y se tendió al barajuste, no joda
por toaaaaa la orillita el banco

Por supuesto, como imaginará el lector, me tumbó... pero caí parado, que ya es algo. No había terminado de caer, cuando los llaneros lo llevaban controlado por la pata del freno. Ese fue mi bautizo... una gran mamadera de gallo y el reconocimiento para mí...

Pero faltaba otra prueba: en esos mismos días se presentó la ocasión. Habíamos llegado un grupo de llaneros, entre ellos los hermanos Gato, Hato Viejo, propiedad de Don Evangelista Argüello, un llanero hospitalario, divertido y buena gente.

Un peón borracho se enamoró de mí para buscarme pleito y obligarme a pelear... Comoquiera que esa no era mi misión, opté por irme a acostar para quitarle el pretexto al llanero pendenciero, cuando amaneció me acerqué nuevamente a la parranda; el llanero me vio y se recordó... Fue tan abierta como injustificada su provocación hacia el guatecito chiquitico y esmirriado que el resto de los llaneros parranderos, pese a no tenerme confianza hasta ese momento, no les agradó y censuraron la conducta del sujeto.

– Coño, vale Juan Mechita, no te metas con ese hombre que él no se está metiendo contigo...

Y dirigiéndose a mí:

Cámara... si usted se atreve a pelealo...peléelo... que aquí estamos nosotros por si alguien se mete...

Dominaba algunas técnicas de la defensa personal... Aquella criatura no sirvió para nada...

El reconocimiento para mi fue indescriptible...

Meses después de ese incidente, moriría Juan Mechita a manos de sus propios compañeros y, según comentario de la gente, fue despresado salvajemente y sus cuartos lanzados a los pozos profundos del río Caicara, infestados de caribes y caimanes... cosa que debió haber sido verdad porque más nunca se supo de él. Me dio sentimiento el día que supe la noticia.

CAPÍTULO IV

AÑO 1964
En las Sabanas de Barinas
y del Alto Apure

Habíamos aprendido que el deber de todo revolucionario es hacer la Revolución. Como no la habíamos hecho, era lógico que no debía quedarme en casa, así que partí nuevamente. Esta vez vía Puerto Nutrias, a las montañas de Sangre de Toro, frente a la población de Dolores, en el Distrito Sosa del Estado Barinas.

Mi esposa me acompañó hasta el terminal: que cosas más terribles y angustiosas son las despedidas. Me lanzó una mirada, en el último momento, de resignación y angustia que me penetró el alma. La llevé de compañera todo el camino y no me abandonó sino muchos meses después. He vivido el drama de la lucha social con pasión de carbonario y aunque recordemos con una mezcla de satisfacción y frustración, alegría y tristeza, la estela de recuerdos que la vida, en el correr de los años, nos ha dejado, confieso que no quisiera que las generaciones que nos sucedan tuvieran este tipo de vivencias...

Más agradable y productivo sería que las nuevas generaciones recordaran en su vejez la desecación de unas tierras pantanosas e infectas para hacerlas productivas, la dominación de algunos ríos salvajes, la vuelta de su curso a otros, la repoblación de nuestros bosques con árboles maderables y fauna silvestre, la devolución de la pastura perdida de la sabana, la recolección de saurios y quelonios en estuarios serrados, la obtención de nuevas razas de ganado de mayores rendimientos en carne y leche y así, sucesivamente. Pero para los que sabemos que todo ello no será posible mientras no cambien las relaciones de propiedad, sobre las relaciones de producción no nos queda otro camino que montarnos en el burro de la lucha por la transformación social y arriarlo a ver hasta donde llega. No existirá ocasión más bella en el mundo, que el día en que una comarca o comunidad pueda decir:

– Esto lo producimos nosotros... y nos costó tales y tantos sacrificios...

Pero que su orgullo y satisfacción no sea el de unos pocos, y el precio, la exclusión, la miseria y limitaciones de la mayoría trabajadora, cuya participación fue decisiva para la coronación del éxito. Y no como sucede hoy, que no les queda más camino, que asumir la posición de perritos velones, a quienes les zumban los huesitos, después de haber sido el factor determinante en la captura de la cacería...

Me llevó un médico pequeño-burgués de apellido Escobar, quien tenía su consultorio en Barrancas, hasta cerca del pueblo de Dolores donde me esperaban algunos compañeros; entre otros, estaba el Comandante Chino quien sería mi jefe de allí en adelante. El grueso de sus compañeros lo constituían humildes hijos del pueblo barinés quienes, de manera espontánea y sin ninguna dirección partidaria, habían venido operando en esa ciudad y regiones aledañas con bastante éxito, habiéndole causado varias bajas a los cuerpos represivos del gobierno. Este se empeñó a fondo en su liquidación y fueron copados en la región del Jobal, no quedándoles otra alternativa que salir y retirarse lo más lejos posible si querían salvar su pellejo. Fungía de jefe el compañero José María Quirife de origen colombiano y de extracción lupen, a quien identificaré en el relato, de aquí en adelante, como Guadalupe o Francisco.

Tendrían escasamente quince o veinte días de haber ingresado a la zona, con lo que quiero significar que, para mí, se trataba de comenzar de nuevo y era la cuarta vez que lo intentaba. Esto tiene una connotación especial, con sus consecuencias e implicaciones. No es lo mismo que llegue un combatiente nuevo a un Destacamento con varios meses operando, en el cual ya existe una estructura montada, una práctica, una experiencia, una cadena de mandos y normas establecidas que se cumplen hasta por inercia, que un combatiente veterano y experimentado llegue a un Destacamento nuevo donde no existe nada de eso y todo está por hacerse. Para el iniciado, lo que observa le es sencillamente normal; para el veterano que trae un esquema mental de referencia, a pocas horas

de haber llegado advierte muchas cosas que le parecen incorrectas, lo que da base y origen a una lucha o puja por corregir las malas prácticas o hábitos inconvenientes.

El deseo o intención de enmienda se hace más duro y difícil para quien lo intente, cuando él se consigue con compañeros resabiados; aún lo es más, si por añadidura la gente tiene a su cabeza un jefe no veterano o poco experimentado y, encima de eso, celoso de su autoridad. Ese fue el caso en las nuevas circunstancias en que me tocó actuar; los compañeros con las hamacas colgadas a plena luz del día, las armas de reglamento dejadas en cualquier parte, hablando en voz alta, casi a gritos, como si aquello fuera un picnic, sin montar centinelas permanentes, sin guardar ninguna precaución o medida de seguridad y, lo mas grave de todo, sin ningún plan por parte del jefe o jefes.

La falta de un plan tenía una explicación para ese momento. Hasta hacía pocos días, el jefe, camarada David Ernesto Osto (a) el Chino (a) Camacho, se había mantenido oculto en la ciudad de Barinas a la orden del Comité Clandestino del Partido, después de su regreso de las sabanas de Mantecal.

Encontrándose en esas circunstancias, arremetió el Gobierno contra los compañeros de Quirife, quienes se vieron obligados a pedir auxilio al partido colocándose, a partir de ese momento bajo su égida y dirección... “Se juntó pues el hambre con la comida”; un jefe del partido sin tropas y unas tropas sin jefe de partido. Se produjo el acoplamiento y, a través de amigos de la región de Dolores, se escogió esa zona de Sangre Toro a donde yo llegué.

Salí en una oportunidad de aquellas montañas para la ciudad, con una pistola Browning en mal estado, con el cometido de mandarla a componer y regresar con ella.

El miedo y el apresuramiento no siempre son buenos compañeros; y digo no siempre, porque en algunas circunstancias cierta dosis

de miedo es conveniente para prepararse..., es conocido que los mejores zapadores son hombres que le tienen mucho miedo al explosivo: de allí que extremen sus medidas en el uso y manejo de los mismos. En cuanto al apuro, hay que partir de aquello de que “no por mucho madrugar amanece más temprano...”, pero también hay que tener presente que “el que se apura coge agua clara”, un justo equilibrio entre los extremos, nos dará la medida del acierto en nuestro accionar cotidiano.

Como era demasiado riesgoso llevar aquella pistola Browning conmigo a la ciudad por temor a las alcabalas del Ejército en Boconoíto, y de la Guardia Nacional y la Digepol, alternativamente, en el puente del río Santo Domingo a la entrada de Barinas, se la dejé en San Hipólito al viejo camarada y luchador Francisco Orta con la recomendación urgente de hacérmela llegar esa misma tarde a la ciudad. Visto que pasaban dos días y la pistola no llegaba, decidí ir personalmente por ella:

- Vamos camarada, búsqüeme la pistola...
- ¿Y cómo te la vas a llevar?
- No te preocupes que yo veré cómo... buscámela...

Cogí una bolsita de papel, de esas corrientes en que los comerciantes le meten al cliente lo que compra, la llené de maíz e introduje en ella el arma. En ese instante, venía llegando un volteo destartado que cargaba granzón para la Colonia Agrícola de Mijagual; mi camarada le dijo:

- Dámele una cola a este gallero...
- Que se embarque... -respondió el chofer.

Cuando íbamos llegando a la alcabala de Puente Páez, el camionero me preguntó

– ¿Hacia dónde se dirige?

– Hacia Barinas... - le respondí.

Frenó y me dijo:

– Aquí le queda bien para coger carro hacia Barinas.

Un escalofrío de miedo estremeció mi cuerpo al solo pensar que me iba a dejar tan cerca de aquella alcabala, aún cuando no la iba a pasar.

– ¿Y para dónde va usted...? – le pregunté.

– Pa' aimismito... más alantico.

– Bueno amigo y si me dio la cola hasta aquí... ¿Qué problema tiene en no dármele ese otro pedacito...?

Aquel trabajador me veía, como si quisiera decir algo, pero no se atrevía...

– Bueno, ya le dije que aquí le quedaba mejor, pero si es su gusto... véngase...

Y arrancó. Al poco andar, veo que enfila hacia adentro del campamento antiguerrillero de Boconoíto en el hato de “La Marqueña”; los soldados le abrieron la puerta y entró llegándose hasta donde se encontraba el pique de granzón en el cual se abastecía y me dijo:

– Hasta aquí llego yo...

Me encontraba pues dentro de la boca del lobo, en medio de aquella cantidad de soldados; a nadie se le ocurrió preguntarme que llevaba en esa bolsa.

Como caminando en zapatos de suela espuma y trancando la respiración para no alterar un solo gesto de mi rostro... enfilé en direc-

ción a la puerta: los soldados me abrieron y salí... Pasé la carretera, coloqué mi bolsita en el suelo y me retiré de ella: me encontraba frente a frente con la pareja de soldados que montaban guardia en la carretera. Mi miedo, que era mucho, me hacía ver a cada instante como si venían hacia mi; yo daba un paso en la dirección de ir hacia ellos, con un cigarrillo que mantenía sin encender entre los dedos, con la intención de pedirles un fósforo si esto sucedía. Cuando advertía que no se movían de su misma posición, me regresaba. Así estuve como cinco minutos...que para mi fueron como cinco siglos; me recordaba en esos momentos de una parodia grotesca y vulgar, que había escuchado para explicar la teoría de la relatividad de Albert Einstein. Por fin llegó mi libertador: un carrito de ruta; agarré mi bolsita y me fui.

Entró el invierno; pasaron los días y las semanas. Apenas si teníamos dos o tres contactos en el área en que nos movíamos: la generalidad de nuestros amigos y partidarios se encontraba sobre la carretera negra o en los pueblos distantes.

Muchas veces planteé al compañero Camacho lo inconveniente de prologar aquella situación y, otras tantas, el camarada me respondía que nuestra estadía en esa zona era provisional, que sólo esperaba los recursos que el partido le había prometido para trasladarse a las sabanas del Alto Apure: era su esquema y nadie lo sacaba de allí... Salía y entraba permanentemente haciendo contactos y se repetían las reuniones...

– Compañero – le decía – admito que las cuestiones fueron así en un principio cuando ustedes se vinieron para acá... pero la situación ha cambiado... tenemos que partir del hecho objetivo de que nos encontramos aquí... y debemos de comenzar a hacer una labor de penetración entre el campesinado como única forma de prolongar nuestra estadía...

Su respuesta era siempre la misma y su idea fija en el Alto Apure.

Un fragmento extraído del informe de este camarada a la Dirección Nacional del partido, un año después de los sucesos que narro, arroja luz sobre el problema; al respecto decía:

“Nos trasladamos a una región selvática cerca de la población de Dolores con la idea de:

- a) Eludir la acción de los cuerpos represivos.
- b) Esperar un parque y mejorar el equipo.
- c) Aumentar el número de combatientes.
- d) Lograr cierto entrenamiento previo: montar a caballo, caminar por el fango y soportar la plaga; éstas son cosas muy difíciles de soportar, cuando no es nativo de la región”...

Lo anterior explica el porqué no emprendimos un trabajo de masas: era tonto iniciar ese trabajo para que, cuando el enemigo nos acosara, tuviéramos que salir corriendo a toda maquina sin poder hacerles frente, ya que prácticamente no teníamos parque; es más, desconocíamos absolutamente la zona y los “Camaradas de Dolores” que nos habían prometido ayuda, estaban atemorizados por la represión”.

Mientras tanto, nosotros al igual que los picures y el resto de la fauna salvaje, nos ocultábamos en aquellas montañas del campesinado que los había en abundancia. Pasamos más hambre que “ratón en caja de clavos”, pues los alimentos en su generalidad eran traídos de la ciudad, concretamente de Barinas, con los riesgos y sacrificios que aquello comportaba: en la zona los teníamos en abundancia pero de ellos no podíamos hacer uso debido al autoislamiento. En cuanto a la cacería, evitábamos disparar para no denunciar nuestra estadía y ubicación en ese lugar.

No recuerdo cuantas fueron las veces que hice ese camino de ida y vuelta hasta la carretera negra en busca de comida, a altas horas de

la noche; me puse tan relancino pasando por el frente de las casas, que ni los perros me sentían sino después que había pasado. Para ello, me quitaba los calzados y con el pie de punta como las bailaristas, lo introducía con mucho cuidado y delicadeza en el fango profundo para no hacer bulla. Otros compañeros también hacían este trabajo.

Así como el amor con hambre no dura, la abstinencia, probidad y honradez no se pueden practicar cuando existen causas objetivas que hacen imposible el cultivo de esas virtudes. El combatiente sencillo, cuando lo aprieta el hambre, no se para en consideraciones políticas, éticas o morales: si encuentra la oportunidad de satisfacerla, come y punto. Los combatientes con mayor nivel político, ideológico y cultural se sobreponen con mayor facilidad a la tentación vital de satisfacer sus necesidades primarias...

Muchas cosas menudas, singulares y risibles que tienen que ver con debilidades de la conducta humana, se sucedieron durante este periodo. Ejemplo de ello, fue el raterismo de alimentos entre los combatientes: no podía ser de otra manera, dado el permanente estado de inmovilidad en que el personal se mantenía y a la escasa ración a que eran sometidos, muy por debajo de sus necesidades vitales. Y es que el guerrillero, como los ganados, mientras se movilizan constantemente encuentran siempre algo que rasguñar. Si se desplazan por el monte van agarrando la cubarra, la jubita, la voladora, el cogollo de Píritu u otra fruta como la joba, el manirito o la manirota y cualquier otra fruta silvestre, con tal y él observe que la comen los monos y las aves. Esta situación irregular me obligó a hacerme dictador.

Siendo, como era, el jefe del economato impuse un castigo cruel, con la anuencia de los otros jefes: consistía en que al compañero a quien le robaran la ración de su morral, se le quitaba lo que le quedaba y se repartía entre el resto en calidad de depósito. Era la reserva de alimentos que cada guerrillero esta obligado a cargar, con

la prohibición expresa y absoluta de no tocarla salvo en extremos casos de emergencia. No debía comer, pues, de ese resto de víveres que se le decomisaban, hasta tanto no llegaran más de la ciudad. Dicho en otras palabras, el compañero que se dejara robar parte de su reserva, se daba por un hecho consumado de que se la había comido. Aquello me partía el alma cuando al amanecer, un compañero a quien yo sabía sano y honrado, me pasaba la novedad:

– Ernesto, anoche me robaron las sardinas y el pote de carne de buey...

– Bueno, te jodiste por güevón... entrega el resto... y ya sabes: de eso no comerás hasta que no venga otra remesa...

Casi no había día en que no se presentaban una novedad de ese tipo. Se daba el caso de muchas criaturas que tenían que meter ese poco de potes en el chinchorro a la hora de acostarse.

Plenos y reuniones del Comando se realizaban a menudo para tratar el asunto e imponer normas y sanciones, de la naturaleza mas variada, tendientes a ponerle coto a aquella situación; no obstante, el robo no disminuía. Me volví un artista buscando los bosques y mogotes más intrincados e inaccesibles, para depositar en ellos las reservas; a veces tenía que pasar por el engorro de ser el único que se encargaba de tal tarea, para evitar que otro combatiente conociera el refugio y aminorar por esa vía las pérdidas, lo que me impedía delegar funciones. Una diligencia que podía hacer un combatiente cualquiera, como era la de buscar la existencia de ración diaria o semanal, tenía que hacerla yo personalmente.

A veces, los compañeros cuando salían a hacer sus necesidades fuera del campamento, se encontraban latas de leche condensada o envolturas de alimentos bien dobladitas metidas entre los mayales y las traían para presentarlas como prueba del robo. Mostraban estos envases unos agujeros tan diminutos, que escasamente pasaba una aguja corriente por el hueco. Por él extraían la sabrosa miel,

más mamando que sorbiendo, para no hacer ruido durante la noche o en las largas horas de centinela.

Habíamos venido observando a un compañero que cada vez que llegaba nueva provisión, pedía permiso para ir a cazar... “cualquier muerganura...”, como solía decir. Después de muchas horas fuera del campamento, escuchábamos un par de disparos y se aparecía sin cacería; decía al llegar:

– Por ‘ay no se encuentra na’... eso está raspao... lo que me encontré viniendo hacia acá... fue un par de guacharacas y las pelé a las muerganuras esas...

Pero “tanto va el cántaro al río, hasta que se rompe...”. Una tarde del mes de septiembre, dos compañeros y yo estuvimos trabajando toda una tarde para hacer una caleta entre unos bosques intrincados de guaica y ñña ‘e gavilán, la hicimos con sumo cuidado de manera de no dejar el más leve rastro de entrada. Simultáneamente con regresar nuestra comisión al campamento, salió el combatiente de cacería como era su costumbre. Rato después, dije a los dos compañeros con quienes había trabajado en la construcción del refugio que fueran por una comida; al poco tiempo se aparecieron:

– Ernesto... se perdió media panela de dulce, una tableta de chocolate y tres latas de sardinas... ahí están las huellas de quien fue...

– Coño, no puede ser... excepto Guadalupe que anda de cacería más nadie ha salido del campamento desde que nosotros regresamos... y ese camarada no va a incurrir en esa vaina...

Los compañeros me vieron con indulgencia y sonrieron con picardía; aquello picó mi amor propio y les inquirí molesto:

– ¿Qué insinúan... que fue el Comandante Guadalupe...?

– No, Ernesto, nosotros no estamos insinuando nada...

A mi se me prendió el bombillo. Les dije:

– Vamos a hacer una cosa: todo el mundo me va a marcar la planta de su bota aquí – ordené, mientras aplanaba un barrial.

Uno a uno fue pisando y marcando las características de las plantas de su calzado; encima de eso, con diminutas varitas medí el largo de cada uno...

– ¡Véngase conmigo!...

Y fuimos a ver la huella del ladrón que los camaradas se habían tomado el cuidado de no desfigurar: no se parecía a ninguna de la que los combatientes habían prefigurado sobre el barro; también medí la otra y era diferente. No había para donde jalar... se trataba del calzado del Comandante Guadalupe, hombre de la Dirección y el único que se encontraba por fuera en esos momentos.

De allí en adelante ya no era un problema de creer sino de hacer. Al solo pensarlo sentí miedo de la reacción de aquel hombre, una vez que yo le reclamara. Por otra parte, mis camaradas entre resignados y expectantes, esperaban de mí una salida en los hechos, más que un discurso dirigido a apaciguar los ánimos. Me dije para mis adentros: “pase lo que pase, es el momento de sentar un precedente y hacerlo precisamente en la cabeza visible de un jefe, el mas bravo y temido... con ello, junto con devolver la tranquilidad a mis compañeros reafirmare mi jerarquía y autoridad...”.

Discretamente, me acerqué a cada uno de los hombres del partido. Les dije:

– Pónganse eléctricos y no me pierdan de vista a los hombres de Guadalupe; yo voy a abordarlo cien metros antes que entre al campamento...

Como a las seis de la tarde venía llegando el compañero; sus ropas estaban emparamadas y pegadas al cuerpo; portaba escopeta y pistola; le salí al paso y le descerrajé un discurso más o menos en estos términos:

– Socio, lo estaba esperando para que conversáramos algo muy grave. De la comida que encaletamos el día de hoy se perdieron unas cuantas cosas y hay evidencia de que el ladrón fuiste tú; así que tú eres el que viene robando los alimentos durante todo este invierno... y te digo lo siguiente: esa comida no es mía ni de Camacho; cuando más, a nosotros nos corresponde una parte ínfima, por la cual no haríamos problema si te la comieras. Pero resulta que has robado a tus propios compañeros que tanto te quieren y creen en ti... Ya ellos saben que tú, su jefe de tanto tiempo, les has robado. Ahora perderán la fe en ti... No obstante Guadalupe el error en los humanos no está en caer sino en no saberse levantar; tengo fe de que quien a sido capaz de enfrentarse en condiciones tan difíciles y desiguales al enemigo, tendrá las reservas morales y humanas suficientes para sobreponerte en esta ocasión a esa debilidad...

Trataba de defenderse pero yo no lo dejaba...

– Nada compañero, acepta que robaste... que lo hiciste con ventaja... que ésa es una conducta normal para los débiles y cobardes... pero no para ti que eres todo lo contrario... bla... bla... bla...

Y por ahí me le fui, levantándolo y picándolo en su orgullo de revolucionario y de hombre, para cauterizar las heridas dejadas en la primera parte de mi intervención.

Aquel compañero mudaba de colores como los camaleones: se ponía rojo, azul, violeta, gris, se le erizaban los bigotes como los de un chorroscos; se encogía, retorció, zapateaba y maldecía adjurando su inocencia. Mientras tanto, no le perdía de vista ni descuidaba un solo movimiento que tuviera que ver con sus manos. Por fin, le dije:

– Perdóneme esa, Francisco... pero tú sabes que tenía que hacerlo. A falta de Camacho tenía que hacerlo yo; pasemos al campamento. No te arreches y reflexiona sobre lo que te he dicho y más nada...

ponte en mi caso ¿qué hubieras hecho tú en mi lugar, de haber sido yo el que me comía los víveres?...

– Voy a esperar al Chino para decirle que me voy... yo no tolero que se me acuse de ratero... en mi vida he sío atracador pero jamás ratero... bla... bla... bla...

Esa noche no dormí; pase toda la noche con la cara pegada al mosquitero y cada vez que la colgadura del compañero se movía, con cuidado me tiraba al suelo con el arma empuñada y lista; pienso que él hacía lo mismo.

Durante dos días no hablé con nadie, ni siquiera con sus compañeros de confianza: eran los efectos de la cura. Al cuarto día fuimos atacados por el enemigo; le volvió el alma al cuerpo como en los mejores tiempos. Tomó todas las providencias y realizamos una retirada en orden, en medio de la mayor fraternidad y camaradería. Nunca más se perdieron alimentos y de allí en adelante aquel compañero fue cambiando hasta transformarse en un camarada de verdad...

Algunos compañeros de la ciudad ingresaron durante ese período; dos salieron muy buenos: Ariel y Santiago, centrales y universitarios. Otros desertaron y algunos pagaron con la vida la osadía a manos del Ejército, como el caso de un combatiente de extracción campesina llamado Valerio, perteneciente a una familia del asentamiento campesino Mijagual, de las muchas que se habían asentado en esa zona, provenientes de los estados Lara, Yaracuy y Falcón. Fue ahorcado por los cazadores, junto a otros colaboradores de Dolores y sus cercanías en el hato de “La Palmita”, propiedad del ganadero Carlos Arne, quien se hizo odioso en la región por la represión que desató contra el campesinado en conchupancia con el Cuerpo de Cazadores. Otros amigos, colaboradores o combatientes que recuerdo desaparecieron en esos sucesos fueron: Rafael Ortega, uno de apellido Benítez (a) Mano Chiquita, el Tuco Goyo y

José Miguel Rodríguez Flores. La desaparición de este último fue transformada en leyenda por la imaginación popular: desfigurado y tuerto, según la conseja, se oculta en zonas remotas de la geografía nacional y, como “el canoero del Caipe”, dicen que “lo han visto pasar sin boga y sin marinero”.

Debido a la abundancia histórica de carnes rojas, el habitante de esas regiones de manera no tan arbitraria, clasificó a los animales entre los que se podían comer y los que no. Congruente con esa clasificación, debido a la escasez de armas de fuego y, más específicamente, debido a la carencia de guáimaras, pólvora y pitón, el hombre separó a los animales entre los que se podían disparar o valía la pena botar un tiro y aquellos que no lo justificaban. Así por ejemplo, entre las aves, de garza morena para arriba eran cacería: gabanes, patos reales, paujices, etc., y también los güiriríes porque de un solo tiro podían caer muchos. Algo semejante sucedía con los animales de tierra o agua: de báquiros y chácharos para arriba se podía disparar; por ejemplo chigüires, venados, dantos, marrano de monte, etc., de allí para abajo, no valía la pena.

En los últimos tiempos, las cacerías de primera han venido escaseando y haciéndose más difícil su captura. Por el contrario, las de segunda y tercera todavía se las encuentra en abundancia, pero la generación adulta de llaneros aún no está preparada mentalmente para hacer uso de ellas.

Nuestro problema principal tenía un nombre: comida. Dentro de ésta, las carnes ocupaban un lugar especial; no debíamos estar rapiñando reses o marranos caseros permanentemente, tanto por la escasez relativa de estas especies como porque la generalidad de los criadores en la región eran pequeños y medianos: traté de resolver el problema por la vía de la cacería menor: osos, monos, puercoespín y otras especies. Habíamos tratado de probar con los araguatos; la gente, fundamentalmente los llaneros, se habían arrechado; el grado de prejuiciamiento y aprensión hacia la carne de

esos animales, llegaba al extremo de ni siquiera permitir que se cocinasen en la misma olla donde se iban a sancochar el arroz, la pasta o los frijoles. Había que complacerlos. En una oportunidad que iba de exploración con los caraqueños, nos encontramos un osito de esos que llaman melero; lo matamos y lo mandé a desollar para cambiarle el aspecto; ya que se advertía que los compañeros cada día se les notaba más pálidos, demacrados y débiles.

– ¿Quién es el cocinero de guardia? –pregunté al llegar.

– Yo... -respondió alguien por allá.

– Bien... coja esa lapa y compóngala para la cena...

Como zamuros tanteando la mortecina, empezaron a acercarse los llaneros; cada uno pujaba o hacía un comentario al ver al animal...

– Ujmmmmm... ¡pija!... ¡que va!; eso no es lapa; si no las conociera yo...

Otro:

– Esa vaina no la como yo; eso es un guache colmenero...

Llegó un tercero que se la echaba de más conocedor:

– ¡La pija!... yo no como esa inmundicia; esa vaina es un mono chupa-huevo... -al verle la parte delantera aguzada.

Y ahora todos a coro:

– Ernesto, déjese de vaina; a nosotros no nos va a obligá' usted a comé esa mierda... ni vamos a permití que se sancoche en la misma perola en donde se va a sancochá la pasta... pues eso sería la última: no nos vamos a comé la carne ¿y nos vamos a tomá la supia? Ni que nosotros fuéramos perros pa está' comiendo porquerías de ésas.

Por nada del mundo fue posible hacerles comer aquellos animales. Sin embargo, cuando los caraqueños sancocharon su osito y después lo sofritaron, aquel guiso despedía un aroma apetecible; algunos llaneritos se acercaban a escondidas de Guadalupe y le decían a Ariel o a Santiago:

– Deme un pedacito a ve a qué sabe...

Ariel y Santiago fueron dos de nuestros mejores combatientes; los dos habían llegado por los canales del Partido, provenientes de la Escuela de Ciencias de la Universidad Central. Una vez que superaron el proceso de adaptación a aquella vida dura y de rigor, se volvieron unos tigres, pero antes de alcanzar tal categoría de felinos, tuvieron que pasar por el estadio de roedores, por la habilidad con que les disputaban las manirotas a estos animalitos. No fueron pocos los casos en que los encontramos cayéndose a carajazos con los picures, disputándose la fruta: lucha de la que siempre salían triunfadores. Era cuestión de gusto verles llegar al campamento, con dos marinotas en cada brazo y una que se iban comiendo, con la cara más “chorriá” que un perico cara sucia.

Una vez que pasaron a las sabanas del Alto Apure, los llaneros del grupo, de cariño, le hicieron innumerables maldades, tales como ponerlos a correr a caballo a toda velocidad, dándoles chaparro a estos brutos por las nalgas a objeto de que los camaradas endurecieran la de ellos. Durante las noches a la luz de la luna, se hacían asados en los que abundaban galápagos, por lo general gordos y huevados en esa época del año. Los llaneros malos y jodedores, de cuando en vez lanzaban a la hoguera galápagos para asarlos sin la circuncisión de ley, procedimiento realizado para sacarles las vísceras. Cuando consideraban que estaban listos para ser comidos, con la mayor seriedad y circunspección decían:

– Este es pa’ Ariel o pa’ Simón... o tome Santiago...

Era motivo de chascarrillo entre los que tenían conocimiento de la

mala pasada, cuando veían como a aquellos camaradas se les sa-
lía por las comisuras una salsa grasosa y verde-amarillenta, cuyos
componentes eran: la manteca derretida que supuraban las carnes,
la amarilla de los huevos y la mierda de esos animalitos. Alguna
propiedad alimentaria debió tener, puesto que los compañeros a
partir de ese momento botaron el mal color y la sutera.

No obstante las soluciones parciales que fuimos dando al proble-
ma del alimento por la vía de la cacería menor, las privaciones de
otra naturaleza más las dificultades que las condiciones naturales
nos imponían, fueron haciendo mella en el espíritu y el temple de
algunos compañeros.

Por principio y ética, soy contrario al uso de la violencia. Siempre
es desagradable usarla en contra de una persona; terrible tortura
es ejercerla contra un camarada, situación que nos lleva al límite
de las pruebas por las cuales nuestra condición de luchadores, en
determinadas circunstancias, nos obliga a pasar.

En una oportunidad me vi precisado a usar la fuerza con uno de
mis compañeros. Chucho Bello, que así se llamaba el combatiente,
era mi paisano y amigo; habiendo sido picado por el virus de la
desmoralización, una mañana no se quiso levantar del chincho-
rro y pasar a formación; esos ejemplos son nefastos para el resto
de los combatientes, sobre todo por la la calidad que teníamos: la
generalidad, sin ninguna formación política o cultural. El primer
jefe, el Chino Camacho, no era hombre violento ni acostumbrado
a vérselas con ese tipo de problemas; al menos hasta ese momen-
to, no estaba preparado para ello. El segundo, Guadalupe, era un
compañero de extracción tan humilde que aún guardaba esa espe-
cie de respeto sacrosanto que el hombre de campo tiene por el de
la cultura citadina. ¿Qué hacer entonces en aquella situación que
presenciábamos impávidos e impotentes, ante la mirada expectan-
te del resto de combatientes quienes quizá estarían predispuestos a
hacer lo mismo, dado que les esperaba una vez procedido al “lista

y parte” era una ración intensa de ejercicios de orden abierto, en medio de tremedales y esteros, con el estomago vacío??. Tome la resolución de enfrentarlo y en posición de arma al pecho le ordené al insubordinado...

– Levántese y pase a formación compañero...

– No sea güevón, yo no paso...

– Que pase no joda, le estoy diciendo... yo no le estoy pidiendo favores: es una orden – y pangán... pangán... dos culatazos y tuvo que hacerlo.

Horas después, los otros dos jefes, resignados, aprobarían mi conducta. Pedí perdón al compañero del problema en otro momento y le expliqué. El camarada me entendió... días después, lo regresamos a la ciudad.

En la primera quincena de septiembre, el Comandante Chino o Camachito se ausentó; estuvo casi un mes fuera planteando los problemas a las autoridades del partido y exigiendo lo prometido.

Entre los combatientes, había uno llamado Adolfo; leguleyo, protestón, adulante y lambusio: un combatiente problema.

Se había matado y salado un venado hacía como dos días y se mantenía la carne al aire libre y a la vista de todos. Al tercer día, Adolfo rechazó el desayuno para sorpresa de todos; igual conducta asumió a la hora del mediodía. El compañero Ariel quien hacía las veces de médico en el Destacamento informó sobre la salud del compañero y me hizo ver la conveniencia de que le diera azúcar o papelón para hacerle unos preparativos, porque entre la cagadera y los vómitos, el hombre se estaba deshidratando.

– Ariel... Ariel... sálvame que me voy a morir... yo ya no aguantó más... ¿no tienes otro poquito de agua de azúcar? – suplicaba Adolfo con una vocecita lastimera.

Ariel entre dientes:

– Ojalá te mueras coño ‘e madre... a ver quien te manda a lambusio...

En la tarde del mismo día, cuando nos disponíamos a hacer la cena, se advirtió la perdida de un costillar del venado. Por investigaciones que se realizaron, se concluyó que la costilla del venado se la había comido de un solo tirón el combatiente: esa había sido la causa de su enfermedad. El centinela que lo había sustituido en la guardia esa madrugada, lo encontró doblado como un perro detrás de una palmera y no había podido responder a su llamado. No obstante, él no le dio importancia al asunto pero si observó que de aquella posición un tanto extraña, Adolfo salió a aplastar unas brasas al rojo que se encontraban sobre el fogón. Es de presumir que habiendo sido sorprendido por la hora de entrega de guardia y como con la leña mojada no pudo hacer fuego rápido, ante la desesperación optó por comerse la carne salada cruda...

Había que sacarlo de emergencia. Coincidió esta salida forzada con la determinación que días antes Guadalupe y yo habíamos tomado, frente a la solicitud de permiso para ausentarse de ese combatiente y de su pariente de apellido Briceño, quienes alegaron que debía ir a la recolección de café de las haciendas de sus familiares, ubicadas en la región de Altamira. Días después, en el caserío “La Barinesa”, Adolfo cayó herido en manos del enemigo. En esas condiciones, montado en un buey, llevó al ejército hasta nuestros campamentos y los ubicó en los sitios que él sabía que nosotros frecuentábamos. La malicia nuestra nos ahorró los momentos desagradables de caer en la emboscada. Con la salida de ese par de combatientes, cambiaba la correlación de fuerzas entre la gente de Guadalupe y los comunistas, o que por tales nos teníamos.

Durante ese mismo período, desertó un caraqueño que había hecho pasantías por la Marina de Guerra; se llevó una de nuestras mejores armas: un FAL. Me lancé en su persecución internándome

por picas y caminos reales. Cuando consideré que había abusado más de la cuenta de la seguridad que me debía, decidí ocultarme. Escogí para ello una ceja de monte bordeada de un lado por un topocho y por el otro, de una enorme calceta o sabana llamada de “la Maporita”. Desensillé mi caballo y lo acomodé a orillas de la sabana para que comiera; mientras tanto, me dispuse a hacer lo mismo cortando una mano de topocho: prendí una pequeña fogata, los asé y me los comí con sal. Cogí la chaqueta, la doblé, me la puse de cabecera y me quedé rendido. ¿Cuántas horas dormí?, no podría decirlo; lo cierto es que cuando desperté el sol ya estaba bajito. Todavía me encontraba en ese estado de sopor, somnolencia y letargo que sigue al sueño profundo, cuando voltee hacía un lado y, para mi sorpresa, observé un rollo de culebra dormida, como a dos cuartas de mi cabeza.

– ¡Pija...!

Fue lo que se me ocurrió decir y en el acto di un brinco “como pollo mordió de rata”. Era una “cuatronariz” que aún así no se despertó. Corté un chuzo y lo agucé y con “paciencia y salivita” le busque la cabeza y se lo encasqueté... sshhhuuuaasss, hasta que dejó de fatigarse. Con el cuchillo y con mucho cuidado me puse a mondarle la cabeza en busca de la bolsa contentiva del líquido mortal; pese a mi cuidado, no pude evitarlo y no sé en qué momento se la toqué, saliéndole un hilillo cristalino como quien presiona un líquido con el embolo de una inyectadota. Casi me dio en los ojos. No sé que hubiera pasado: que me lo responda el doctor Sander Montilla.

En la historia de la humanidad, pienso que no ha habido animalito más calumniado, vituperado, escarnecido, perseguido... y todos los ados e idos que conciba el lenguaje, que las culebras o serpientes y, cosa más rara, como contrapartida, sobre las que se tenga menos información. Pareciera que la maldición bíblica le cayó de verdad, hasta el grado de no interrogarla cuando se le encuentra, sino que con sólo verla... pangán... eres culebra... y eso es sufi-

ciente. La humanidad arrastra un miedo atávico a estos animales; de lo contrario, no se explica que gente que son el producto decantado de varias generaciones ciudadinas y que habitan en urbes donde desaparecieron esos reptiles desde tiempos inmemoriales, al solo verlos por primera vez sienten un miedo terrorífico hacia ellas y se ponen a temblar como si les hubiera dado un ataque súbito de mal de San Vito.

Explorador, leñador, maderero o guerrillero que no tenga cuentos de culebras, no ha sido ni lo uno ni lo otro... ni nada. Ellas constituyen el pan nuestro de cada día, para quien practique cualquiera de esas actividades. Desde niño me interesé por ellas; puedo decir que no les tengo miedo: sólo he matado a las que me han asustado y eso por groseras... Quizás esto tenga su explicación en los cuentos de mi progenitor quien, antes de asentarse en las llanuras de sabana limpia, había hecho pasantías obligatorias por la selva, precisamente por la

“Montaña de San Camilo
matadero de cristianos
donde descansan las muelas
y trabajan pies y manos...
donde no canta ni gallo,
gallinas menos se oían,
donde cantan tres culebras
todas tres en compañía,
una canta en la mañana
y la otra en el mediodía
y la otra a las seis de la tarde
cuando el sol ya se metía...”

Por fin llegó Camacho y, como siempre sucedía con los jefes guerrilleros de aquel período, traía un plan de acción concebido y planificado en la ciudad, conjuntamente con compromisos y promesas adquiridos con los jefes de Caracas, ubicados a cientos de kilómetros de donde nos encontrábamos y desinformados por completo de nuestra realidad objetiva.

– “Compañeros, lo acordado conmigo y la Dirección Militar Nacional de las FALN, es que el 20 de octubre debemos tomar el pueblo de Dolores, tirarle una emboscada al ejército... proveernos de caballos y algún dinero, y retirarnos al Alto Apure...”

Era su viejo plan, ahora supuestamente ungido y aprobado por la Dirección Nacional de las FALN, al cual me opuse con todas mis argumentaciones y recursos.

Del informe que refiero de este jefe, extraje lo siguiente:

– “Me reuní con Ernesto y con Quirife y les expuse el plan de operaciones. Ernesto se opuso al plan en todas sus partes y exponía entre otras cosas que era un plan loco que habían elaborado por arriba y que eran ganas tontas de querer figurar: que era simple exhibicionismo. Que realizar esas acciones traería como consecuencia una feroz represión por parte del enemigo...”

Guadalupe callaba resignado ante aquellas discusiones violentas que se realizaban entre ese jefe y yo. El, por tirar las acciones y abandonar la zona; yo, por realizar el trabajo campesino y quedarnos. Guadalupe era un hombre inculto, pero lo que le faltaba en el dominio de las letras le sobraba en intuición; además, era un buen militar empírico: veterano, previsivo y avezado. Sentía una mezcla de respeto y temor por Camachito, por ser éste el hombre del partido; cuestión que el camarada no descuidaba en recordárselo constantemente. En eso Camacho tenía razón. Actuaba como un político: presentarse como el hombre del partido y recordarlo constantemente en aquellas circunstancias, era algo pertinente

dado el tipo de combatientes con quien estaba viéndoselas. Este recordatorio cotidiano cumplía un efecto mágico: lo suficiente como para dar un alto a cualquier veleidad contraria a la disciplina y a los objetivos trazados... por lo demás, en sentido estricto, yo no era ni representaba al partido en ese Frente no solo por mi proverbial manera de ser de no buscar el favor de los políticos de oficio, sino porque ni siquiera tenía un solo contacto en el escalafón más alto de la Dirección Política.

Existía pues un impasse entre ese jefe y yo que paralizaba cualquier iniciativa en una u otra dirección. Tal situación exasperó al Chino y lo llevó a proferir amenazas de amarrarme y sacarme del destacamento, las cuales no surtieron ningún efecto en mí, tanto por saber que el compañero no contaba con la fuerza suficiente para materializarlas, como porque ya habían pasado los tiempos de dejarme impresionar por ese tipo de blandronadas y amenazas. La intervención del Ejército vino en auxilio para allanar nuestras diferencias y encontrar cauce y salida a la situación planteada. Sucedió así: muy a pesar nuestro tuvimos que iniciar una retirada en dirección a las márgenes del río Chorroco, ante el acoso de que fuimos objeto por parte de comisiones del Ejército las cuales habían hecho unos cuantos prisioneros entre la población local; el resto estaba muy asustada y nos sugerían que nos retirásemos para evitarles males mayores.

Yo sabía de la tozudez del Chino cuando de imponer sus criterios se trataba; por otra parte, no quería avalar con mi presencia la ejecución de aquel plan descabellado y loco y mi estadía continuada allí no contribuía a otra cosa más que a agravar la situación.

Todo frente guerrillero, en el escenario donde se mueve, debe contar con numerosas redes o corrajes, tantas como las circunstancias lo permitan, del centro donde opera hacia sus bases exteriores, si quiere hacerse menos vulnerable al peso de la represión que sobre él se cierne; de esos respiraderos carecíamos hasta ese momento.

Propuse al compañero, con profunda pena, salir del destacamento como combatiente activo y cumplir con esa misión: le hablé no solamente de surtirle de hombres y equipos por la carretera negra sino también por Guasualito e incluso por el río Apure, buscando las vías de un pueblo llamado Santa Catalina. Le pareció maravilloso: concretamos que en lo inmediato le metería seis combatientes para unas armas sobrantes que existían así como de medicinas contra el paludismo, botas y morrales. El compromiso era de urgencia y así se lo prometí cumplir. Era 15 de octubre...

Una vez en la ciudad, me lancé en la búsqueda y acopio de los elementos prometidos, con habilidad y actividad febril.

En la vida subterránea del hampa y de los revolucionarios, todas las combinaciones son posibles y esto lo sabe la policía. Por esa circunstancia, me había hecho amigo de una parte del lumpen de la ciudad de Barinas. A uno de ellos que era jefe de banda, lo había hecho mi compadre. Desde ya quiero decir... que aquella alianza fue nefasta y no se la recomiendo a ningún luchador revolucionario, salvo que se encuentre en el monte y no se aparte de la ley de desconfiar hasta de su sombra... lo cierto es que me habían dateado sobre un dinero en una zona campesina... operativo que por orientación política y ética, pero sobre todo por mi cometido en ese momento, me estaba vedado llevar a cabo personalmente. Busqué a mi compadre y le pasé el dato; se interesó y me pidió dos cosas: una que le prestara un arma, la única que yo portaba; la otra exigencia, que le llevara y señalara el sitio. Me aseguró, sin darme argumentos, que no debía preocuparme por las alcabalas, que iría sobreguro y que por la devolución del arma tampoco debía inquietarme. Este caso digno de Ripley, fue cómico y risible. Me coloqué en el sitio previamente convenido; tenía poco tiempo esperando cuando observé, para mi sorpresa, que se paró una patrulla de la PTJ a mi lado; en el asiento trasero vi a mi compadre riéndose... quien me invitaba a embarcarme.

Al volante iba nada más y nada menos que el inspector jefe de ese cuerpo en la región; a su lado, una exótica y hermosa dama que parecía una quincalla ambulante por la cantidad de prendas que portaba de adorno, quien se interesó mucho por mí. En medio del asiento trasero el otro atracador, simpático y de buena presencia. Al instante advertí la complicidad de los ocupantes de la patrulla. La bandida me controlaba por el retrovisor; se daba de rodillas con el chofer, posiblemente su amante, intercambiándose miradas y sonrisas de picardía al presumirme ingenuo e inocente en esos avatares. Yo me esforzaba en conservar, y algo más, en reforzar tal imagen. Simultáneamente, mi compadre hacía también lo mismo y en la oreja y cagado de risa, me comentó:

– Ellos creen que usted es un gil... y no se les ocurre pensar que a quien llevan aquí es la “tacamajaca ‘e ño’ Liandro...”

Llegados al sitio, hicimos dos pasadas frente a la casa donde estaba el dinero, para permitirme mostrarles el objetivo. Me les bajé y me les perdí... agarrando inmediatamente otro carro hacia Barinas.

En la alcabala de Boconoito pararon el carro de ruta y nos pidieron la cédula a todos, las cuales se llevó el militar para consultarlas con una lista que descansaba en una especie de atril en todo el medio de la vía. Al llegar a la mía, el militar se interesó en observar la cédula con detenimiento, volvió a ver el listado, se movió más de la cuenta como “becerro con chiqui chique”, regresó al carro y preguntó por mí... me observó detenidamente y se regresó al atril; volvió a ver y confrontar con interés. Al final, regresó hacia el carro con la lista, me extendió la cédula y me dijo:

– Qué coincidencias, un poquito más y llegas...

Un error de identificación que aparece en mi cédula colocó una J en mi nombre en vez de G; y una pavada del azar ha hecho que por costumbre mi apellido se escriba con una H intercalada, la cual no aparece en mi cédula; ambos detalles me salvaron de caer en

manos de mis enemigos en esa oportunidad. A falta de aguardiente para controlar mis nervios, pelé por mi cajeta de chimó y me metí una enorme peya entre los dientes...

Pero el susto no terminó allí esa tarde. Llegamos a la alcabala del puente de Santo Domingo, y a la Guardia Nacional se había sumado la Digepol en un operativo; nuestro conductor pasó lentamente como lo manda la ley... Iría como a cuarenta metros de distancia cuando comenzaron a tocar el pito desaforadamente y a hacer gestos para que se detuviera. Se me fueron las bolas al cuello; era la segunda vez en tan poco tiempo. Corrió un funcionario hacia nosotros y dijo al chofer:

– Quiero que te lleves a este hombre hasta Barinas...

Más nunca hasta después de mi legalidad volví a pasar por esa vía, ni siquiera cuando tenía que hacerlo hacia Caracas.

En la noche me llegó mi compadre:

– Compadrito... la cosa se nos cayó por una maldita vieja que se puso a dar gritos y en ese momento iba pasando un camión del Ejército, que nos persiguió... Las armas que habíamos dejado encaletadas en la huida las agarraron.

– Pero maldita sea, compadre... lo que más le había encargado... que vaina me echa usted...

– Pero espérese compadre que todavía no he terminado... La PTJ intervino y pidió la devolución de los revólveres para presentarlos en el tribunal como prueba del delito y ellos los entregaron... aquí le traigo el suyo...

Ese mismo día en el noticiero de la noche, escuché por la radio de varios asaltos practicados por los guerrilleros en la región de Dolores... Los hechos y el comentario, en pocas horas, como el “corrío de Juan Hilario”, andaban de boca en boca por toda la región.

Se había salido con la suya el Camarada Chino... bien porqué las comisiones del Ejército lo hubiesen obligado a tirar aquellas paradas de desesperado o porque sencillamente eran sus intenciones y sólo esperaba que yo diera la espalda para proceder a ejecutar el plan, o por ambas cosas a la vez. Lo cierto es que no esperó los hombres y recursos que con tanto apremio me había exigido y yo prometido cumplir en breve plazo. No obstante, la nueva situación planteada al multiplicarse la vigilancia sobre las carreteras y troncales, insistí en penetrar la zona para cumplir al camarada con los auxilios prometidos. Un inconveniente adicional de última hora vino a sumarse a los expuestos.

Un parcelero de la región de Mijagual donde tenía ocultos los seis nuevos aspirantes a combatientes, me pasó la novedad alarmado de que uno de ellos se había vestido de Guardia e imprudentemente se había dejado ver, llegando incluso hasta salir uniformado hasta la carretera. Me exigió de “por Dios” que se los retirara...

En forma exasperada me dirigí al trasgresor y le reclamé:

– Coño compañero, usted está loco... ¿cómo carajo se le ocurre tal y tal cosa...?

Pedí al campesino me los aguantara. En la noche regresé por ellos; el parcelero me informó que todos se habían marchado, soliviantados por las prédicas del Babo... que no era otro que el combatiente que se había uniformado. Y era la segunda vaina que me echaba, desde nuestra estadia en el Alto Apure.

Se dice comúnmente que quien “inventa la regla, inventa la trampa”; esto parece una ley que se cumple fatalmente. Las alcabalas móviles, aparentemente, son una iniciativa infalible adoptada por el Ejército y otros cuerpos represivos, a objeto de pillar a los que tratan de burlar las alcabalas fijas. En una guerra, sembrada en el alma del pueblo, esas alcabalas, al igual que los bombardeos, resultan inoperantes e inocuas como métodos para controlar y eliminar al contrario.

Aquella noche, en el vehículo de un camarada del Partido llamado Salvador Tedechea, había ido avanzando de Barinas en dirección a Puerto Nutrias, utilizando un procedimiento que habíamos concebido y veníamos poniendo en práctica desde hacía tiempo, para cerciorarnos de que la carretera estaba despejada de alcabalas. No obstante esas precauciones, el imprevisto y el azar siempre estarán presentes en cualquier planificación de esta naturaleza. Llevaba en la maleta del vehículo dos enormes sacas hasta los nepes de medicina, ropas, botas, fornituras y pertrechos. Encontrábame en el pueblo de Barrancas esperando que el mosca me diera la orden de continuar, previo chequeo de la carretera hasta más abajo del pueblo de Sabaneta. Íbamos a millón por enfrente de este pueblo, cuando de repente y sin ningún aviso ni señal sobre la carretera, se nos interponen seis soldados que de santa casualidad no nos llevamos por delante. Dan el ¡alto!... cuando ya casi estamos pasando en frente de ellos y traquetean las armas...

– Para... para... vale y regresa o nos matan... – dije asustado al chofer y éste obedeció al instante... frenó y retrocedió.

– Salgan... manos en la nuca y péguense al carro... coños ‘e madres, que de vainas no nos llevaron por delante... ¿es que ustedes andan purgados?... abran la maleta...

– ¿Qué llevan allí? –tocando las sacas.

Casi llorando mi camarada:

– No, mire señor soldado... es que yo tengo una pulperíita aquí más alantico... y voy apurado porque tengo un hijito enfermo...

– Está bien... cierre... ¿no cargan cigarrillos?...

– Cómo no; eso y cualquier otra cosa más que se les ofrezca... -sacando mis dos cajas de Capitolio que llevaba de bastimento y extendiéndoselas.

– Está bien... váyase pero tengan más cuidado pa’ otra ocasión...

Y nosotros haciendo de tripas corazón, nos largamos en medio de un silencio de muerte. Poco más adelante, llegamos al Vegón de Nutrias, a mi camarada le dio una crisis de histerismo. Frenó violentamente y me suplicó:

– Bájese eso por favor se lo pido, yo no aguanto más; por Dios, entiéndame... yo tengo unos hijitos...

Y por allí se me fue de súplicas y rogativas.

Con una mezcla de lástima y rencor hacía aquel pobre hombre, procedí a sacarle los corotos del carro y lanzarlos a la orilla de la carretera dónde y cómo cayeran. Apenas si había logrado sacar el último saco, cuando aquel individuo arrancó violentamente, sin ni siquiera despedirse o preguntarme si se me ofrecía algo más...

Años después me enteré por uno de los autores de aquel hecho, que habían montado aquella alcabala en contra de su voluntad, por no pertenecer a la unidad militar a ningún cuerpo de la zona, sino que estaban destacados en San Juan de los Morros desde donde habían sido enviados a buscar unos caballos. Disponíanse a dormir cuando fueron sorprendidos por una orden del jefe de que había recibido instrucciones de Boconoíto de montar una alcabala en ese sitio para “darles trabajo”.

¿Qué hacer Dios mío en aquellas circunstancias y con aquellos materiales que eran un cargamento para seis? A esa hora, que serían como las doce de la noche, sin saber que partido tomar, me tendí en la pendiente suave adyacente a la carretera a auscultar como los gatos las luces de los vehículos, hasta cerciorarme que no se trataba de transportes o patrullas enemigas. Casi al amanecer, en aquella posición y soportando picos de plagas que las había por millares, conseguí ser transportado por un sitio llamado “La Raya”; allí me encontré a Ángel María Castillo, dirigente campesino de Acción

Democrática y gran admirador y colaborador de nuestras luchas, quien en un gesto que no olvidare nunca, me prometió que en lo que cayera la noche él entraría conmigo y me ayudaría a transportar el equipo, cosa que cumplió.

Cargados como los bachacos, aquella noche perra entramos a la selva. Caminábamos por el camino real donde el fango negro y espeso hacia casi imposible nuestro andar. El surco dejado por las carretas cargadas a tracción animal nos engullía las piernas hasta las rodillas, teniendo que afirmarnos en un pié y en una vara que llevábamos en una mano para sacar el otro pié. Eso hacia nuestro andar demasiado lento y penoso. Aquella criatura pese a ser un campesino de recia fibra, en apariencia mas fuerte que yo, a cada instante rodaba por el barro y no había terminado de levantarlo extendiéndole la mano, cuando volvía a caer de culo y patas arriba; me hacia recordar una tortuga descansando su cuerpo sobre el caparazón. Pujaba... y le notaba vergüenza en su mirada, pero no profería ningún gesto de dolor o desaliento; caminábamos silenciosos, cada uno sumido en sus meditaciones. Ya al amanecer me dijo:

– Repárame aquí que me arde...

Era una tumefacción a la altura del sacro, consecuencia de la talonera de una bota que le había rozado toda la noche y donde descansaban los cuarenta y tantos kilos de la saca: su orgullo de macho le había impedido exigirme un alto para corregir la molestia. Me dio lástima al verle aquella llaga en la carne viva de la cual manaba sangre y que parecía una matadura en el espinazo de un burro viejo topochoero.

Con una mezcla de dolor y lástima se despidió de mí, al dejarme solo en aquellos montes y calcetas junto a un destino incierto.

– Retírese compañero; no se preocupe por mí... que aquí estoy armado y me conozco bien esta montaña.

No le quedo otra alternativa que marcharse.

Encaleté los materiales y durante trece días consecutivos, echando más travesías que “zorro con mal de rabia”, busqué a mis camaradas. Solo noticias vagas...

– Anoche pasaron por aquí... por Boral les vieron pasar hace cuatro días... por aquí pasó uno de los compañeros que venía picuriao, que se les vino del Perro; en Bongo cortaron unos alambres y se llevaron unos algodones con las patas de los caballos; parece que iban buscando las márgenes del Apure... - y así sucesivamente...

Por donde pasaba iba dejándoles razón de donde podían encontrarme. Envié numerosas estafetas en diferentes direcciones, quienes sólo me traían noticias vagas. Por otro lado, los campesinos más que asustados, estaban aterrorizados y esto era una cuestión seria. Cuando el campesino no siente una causa como suya, en cuyo nombre el guerrillero dice luchar y defenderse, la presencia de éste se le transforma en una especie de espina clavada en el centro del pié. Es un quiste incómodo y extraño a su cuerpo social y por cualquier vía trata de deshacerse de él. Ese era nuestro caso en aquella oportunidad; pero, por extensión, también lo fue en casi todo el resto del país donde operaron los otros frentes guerrilleros. La explicación de este fenómeno es sencilla: si la guerrilla no surge “como la continuación de la política por otros medios”, para decirlo en los términos del estratega de la guerra alemana Karl Von Clausewich, es evidente que lo único que tenían en común guerrilleros y campesinos era el escenario en que el primero actuaba y el segundo vivía. No basta para su penetración, los recursos de adoctrinamiento, de sociología, economía o política. Es necesario que el campesino pase insensiblemente y casi sin advertirlo de un estadio de lucha a otra, como consecuencia de ver truncada sus aspiraciones por los canales regulares o institucionales, creados por el Estado, para ventilar y procesar sus problemas. Es evidente que este no fue el caso cuando pretendimos desarrollar nuestra guerra campesina.

Lo cierto es que durante esos trece días que me tocó deambular solo en el corazón de esas montañas, tenía que ocultarme por igual del Ejército y de los campesinos. De los primeros, porque ese era su trabajo; de los segundos, porque aquellas criaturas acobardadas y aterrorizadas sólo veían en nosotros los causantes de sus desgracias y de las que estaban por venir...

Se decía del Libertador Bolívar... “que era más temible vencido que vencedor... “. Pienso que es un fenómeno o manifestación del espíritu que se da en los hombres por igual, bajo ciertas circunstancias y condiciones. Por eso, muchos actos de heroísmo no son más que hijos de la desesperación. Fueron muchas las oportunidades en que ese sentimiento de jugarme el todo por el todo se apoderó de mí. En circunstancias como la que describo, nuestra existencia se transforma en un estorbo y llega uno a la conclusión de que no vale la pena conservarla.

Estaba cansado de huir, como los tigres acosados o los marranos salvajes perseguidos por la jauría. En tales circunstancias, hasta la más pequeña chamiza que revienta bajo nuestras botas se transforma en un elemento de alarma, o el ave o animal que de rompón sale de su escondite lo hace lanzar al suelo y apuntar en la dirección del ruido; así me encontraba en esos días. De repente, escuche voces abundantes en el centro de una montaña y en la misma dirección me desplazaba por una pequeña vereda. Ipso facto se me vino a la mente: “un campamento del Ejército”...

No estaba para huir; tenía mucha hambre y sabía que ellos tendrían comida en abundancia. Por más que observé no pude percatarme de quien se trataba debido a lo espeso de la vegetación; sólo siluetas que se desplazaban de un lado a otro. Lanzando un grito terrible y con el arma en posición de disparo, en dos saltos salvé la distancia y quedé en medio del campamento...

– Alto, carajos... nadie se mueva porque los mato...

Y simultáneamente, dirigiéndome hacia el monte, ordenaba a mis invisibles compañeros que no dispararan. Una mujer salió corriendo histérica dando alaridos, mientras numerosos ojos me miraban aledados sin saber lo que me pasaba o lo que me proponía. Eran obreros madereros que se encontraban en sus faenas en lo más profundo del bosque. No obstante, advertir mis “molinos de viento” y mi comportamiento quijotesco, sin perder el estado de agresividad pregunté:

– ¿Dónde está el jefe...? Díganle que necesitamos hablar con él...

Vino hacia mí el manso y sumiso contratista, más blanco que una carcoma; le llevé hacia un lado, le expliqué y pedí...

– Como no; para lo poco que usted necesita no era necesario tanto susto –me contestó el buen hombre.

Se trataba de un poco de comida para mí, otra cruda para llevar a mis supuestos compañeros y cocinar más adelante; de ñapa, me surtió de medicinas de primeros auxilios y algunos frascos de repelente Mosquil, con un:

– a la orden, hasta que se le vuelva a ofrecer.

Días después me enteré que el contratista del cuento, tenía por nombre Rafael Domingo Larralte quien trabajaba para una empresa maderera que operaba en la región, entre cuyos socios, según el comentario generalizado entre los habitantes de la zona, se encontraban el doctor Tomas Enrique Carrillo Batalla y el señor Luis Miquilena, quienes a la baqueta explotaron y usufructuaron ese reservorio maderero que era la montaña de “Sangre Toro” para ese momento, y donde nosotros merodeáramos desde el mes de mayo. Al legítimo heredero-propietario un campesino analfabeto de la zona le hicieron firmar un poder, secuestrándole sus documentos originales que con tanto celo guardaba en el fondo de un baúl, con el señuelo de reconquistarle y devolverle sus tierras, cuyo área to-

tal eran ocho leguas (20.217 hectáreas) de bosque intercaladas por calcretas con abundante pastura natural, cosa que no cumplieron pero tampoco se los devolvieron. Al pobre viejo le asignaron el triste papel de guía de esa cuadrilla por una mísera paga, el cual debía internarlos en lo profundo del bosque donde se encontraba la mina de samanes centenarios. El valor de miles de metros cúbicos de madera de esta especie, se los engulleron estos flamantes empresarios por la vía del atropello, el cohecho y la mentira. Meses atrás este campesino me había hecho depositario de estas escrituras, con la intención de que nosotros le ayudáramos a resolver su problema, cometido materialmente imposible para mí en aquellas circunstancias. Muchas cosas de sobrevivencia en las montañas las aprendí de él, a tantos años de estos acontecimientos y sin recordar su nombre, le doy las gracias aunque con espoleta de retardo por sus invalorable lecciones.

Nos despedimos. Pedí perdón a los obreros y un poco de comprensión para mi salvaje actitud. Casi creo que a muchos se les pasó el hambre...

Sin tener otra alternativa que escoger, tuve que salir a la ciudad después de varios días de infructuosa búsqueda.

Los camaradas, esguazando sembradíos, bosques, caños y esteros, habían llegado a las márgenes del Apure y forzaron su retirada en chalana por el paso del Hato Menuito, cuyo propietario de buen o mal grado les facilitó cuanto estuvo a su alcance.

Era finales del mes de octubre. Me aguanté durante un mes en la ciudad al final del cual, ya mis nervios estaban a punto de estallar, de tanto estar metido dentro de un cuarto en espera de noticias y contactos que no llegaban.

No aguanté aquella inactividad: pensé en Guasualito.

– Allá tengo amigos... ellos me facilitarán caballos y baquianos

–me dije- voy a entrarle a esas sabanas del Alto Apure que no conozco... por esos lados...

Así fue. Así lo hice. Como siempre sin dinero, con la férrea voluntad que me distingue y mi buena estrella por delante.

Con caballos robados y dos llaneros voluntariosos por el efecto del alcohol que me suministraron amigos ganaderos, entre los que recuerdo el Bachiller Rafael Hurtado y el ganadero Enriquito Carballo, me interné en esas soledades, caminando de noche para ocultarnos de día. Ya en la madrugada de la primera noche de marcha no aguantaba con el ardor: cargaba el culo esajornao; vellos y sangre coagulada se me pegaban en los pantalones produciéndome un dolor agudo e intenso, como consecuencia de la falta de costumbre y el espinazo de la mula que como una sierra me taladraba las nalgas. Hice saber a mis compañeros de lo insoportable de mi situación y les comuniqué mi determinación de continuar a pie.

– Uste’ está loco; por aquí naide anda a pie... por lo demás no nos rendiría el camino; aguántese un poco más que en tal parte le resolvemos el problema.

Tarde en la noche, llegamos a una propiedad ubicada en las sabanas del hato “El Torreño”; los llaneros me dijeron:

– Aquí es.

Acto seguido se desnudaron y se dirigieron hacía la casa. Aquel gesto de altruismo y desprendimiento para quien no conocían, me hirió el amor propio. Mi conciencia y escrúpulos no me permitieron que aquellas criaturas que iban desarmadas corrieran aquel riesgo por resolverme el problema. Les dije cuando ya se dirigían a la casa:

– Espérenme ahí... yo los voy a acompañar- y me desnudé; con el arma montada penetre con ellos a todo riesgo, con la buena

suerte que la única silla que existía, atine a llegarle primero y le puse la mano... ni un solo perro ladró ni una sola res del ganado echado en el paradero se levantó; tampoco ni uno solo de los durmientes se despertó, pese a existir numerosas colgaduras y desplazarnos en medio de ellas. Hicimos pues un perfecto trabajo de robo en sueños.

Mejoró mi situación del cielo a la tierra e iba sumido en mis soliloquios sobre quién sería el infeliz que amanecería sin silla, objeto tan imprescindible y codiciado como el asiento del chofer en un auto. Pensaba en aquella lección tan extraña y original que esas criaturas habían aprendido en la vida, como era la de desnudarse para pasar inadvertidos ante extraños y animales, cuando escuché un radio. Detuve mi bestia sorprendido y pregunté:

– ¿Y ese radio?

– Nerio que se lo consiguió al pasá' frente a una colgadura... y como no había más sillas...

– Pero bendito sea Dios... si ustedes sabían que íbamos era por sillas; cómo le echan esa vaina a esa gente... ¿saben ustedes cuantos sacrificios harían para comprar ese radio?

– Pegá un chifle a pata 'e palo... eso es lo que les cuesta en Arauca...

Era un Zenit de ocho bandas, nuevecito. Tuve que rendirme una vez más ante aquel imperativo del azar.

La idea que el hombre tiene de las cosas y su forma de proceder frente a ellas son hijas de la necesidad, las circunstancias y el medio que los rodea. Los hombres cuya actividad productiva fundamental tiene que ver con la cría de animales en condiciones rústicas y semisalvajes, no solamente desarrollas más fuerza, agilidad y destreza, sino que también están mentalmente menos predispuestos a pararse en consideraciones sentimentales a la hora de matar, lo cual hacen con la mayor naturalidad y sangre fría.

En la madrugada de aquella noche, acampamos en la orilla de un caño; el hambre atacaba nuestros estómagos. En ese momento se acercó una vaca a tomar agua con su becerro recién nacido, el cual caminaba aun tembloroso, doblando las patitas traseras. Mis acompañantes le dieron caza sin mayor dificultad; la madre intentó defenderlo dando bramidos lastimeros que desgarraron mi alma, por alguna asociación de ideas. Se disponían a matarlo cuando me les interpuse...

– No compañeros, suelten ese becerrito; eso es un crimen... Además compañeros, este cuadro trae a mi imaginación el recuerdo de mi mujer y mi hijo... ¿no será posible ir por uno más grande...?

Me obedecieron. Andaban en pelo y apenas si cargábamos un rejito de unas tres o cuatro brazadas, lo que hacía imposible agarrar la res a lazo. Pelé por el revólver y di un tiro a una ternera: la bala le entró por un pulmón y cayó... en seguida, le entraron aquel par de tigres, cuchillo en mano y comenzaron a sacarle presas sin ni siquiera degollarla, mientras el animal aun lanzaba mugidos de dolor... me trague aquella carne, bajo los efectos mentales de la escena... la becerra berriando...

Seguimos internándonos en la profundidad de la sabana durante tres o cuatro noches. A mis baquianos de ocasión y potenciales candidatos a combatientes, les fue pasando la voluntariedad y bríos que da el alcohol, al agotárseles el combustible maravilloso que, por arte de magia al ingerirlo, allana en nuestra imaginación febricitante el paso de los montes y los ríos. Ahora en vez de compañeros locuaces y dicharacheros, decididos y enérgicos, capaces de arremeter contra un batallón según sus expresiones de la primera noche, los que tenía por baquianos eran compañeros abúlicos y tristes, como chicuacos ahítos. Recordaban sus trabajos y compromisos para con el señor Enrique, mi amigo, pero también se paseaban por las consideraciones y el recuerdo de sus padres y el cuadrado de familia... dejado en el bohío.

Eran manifestaciones que me las conocía de memoria; no necesitaba indagar más detalles:

– Encamínenme hasta “La Piedra” que de allí en adelante estoy en punto habilitado; les prometo que al llegar allí los libero; tengan la seguridad que yo sé que no es cobardía por parte de ustedes por lo cual no continúan conmigo; cuando resuelvan sus problemas que dejaron pendientes me buscan y los recibo.

Fue la fórmula que arbitré para que no me abandonaran a mi suerte en aquellos medios.

En determinadas circunstancias, el revolucionario comete la injusticia de expresarse en forma denigrante y descalificadora, al tratar de sapo, adulante o jala bolas a quien no es más que un leal y eficiente servidor de determinados intereses. Cuando esto sucede, el luchador social parte del presupuesto de que lo que es bueno para el patrón, lo es también para su ángel tutelar, el Gobierno. Es entonces cuando comete el juicio errado de meter en un mismo saco al peón y al patrón, sin advertir que el origen de semejante inversión de valores del trabajador, estriba en su ignorancia y en la educación que se le impartió desde niño a aquel hombre sencillo dentro de determinados parámetros de la sociedad. Esta situación fue la que se me presentó aquella misma noche, cuando llegamos a la entrada de un potrero de una inmensa propiedad llamada hato “La Victoria”. Serían como las dos de la mañana. El humilde celador de aquella puerta tenía por costumbre levantarse a la hora que fuera y, amablemente y con la mayor desaprensión del mundo, hacía una serie de preguntas al transeúnte. Dimos las buenas noches que el viejo nos respondió; a reglón seguido:

– ¿Quiénes son ustedes?

– Somos pioneros que vamos por un ganao...

– ¿De dónde vienen...?

– Del hato “El Torreño”.

– ¿Y dónde van a buscar ese ganao...?

Yo que cargaba un dolor que no soportaba en las nalgas y cintura, no me aguante más y estallé:

– Mire ño' viejo hijo 'e puta, sapo... ¿fue que a usted lo pusieron aquí para interrogar al que pase... en vez de estar durmiendo...? Váyase a dormir carajo o se lo mando a San Pedro... -y le rastrillé dos tiros al aire.

– ¡Ave María Purísima! –fue lo que se escuchó; soltó la sábana y se perdió velozmente en la oscuridad de su bohío como una lechuza. Pienso que por mucho tiempo no le quedaron más ganas de estar interrogando a los viajeros nocturnos.

El amanecer de la tercera noche nos sorprendió en medio de la sabana, perdidos, cuando la bruma lechosa de la llanura aún no se había disipado. Apenas aclaró, divisamos el monte azul en la distancia.

– Echen para allá –les ordené.

Íbamos a todo escape a la dirección señalada, cuando un jinete nos advirtió y, en forma decidida, se nos interpuso como si se propusiera cortarnos la retirada.

– Es el Barinés... Comisario Mayor de la zona –me advirtieron.

El hombre además de bien remontado en un caballo rucio garza morena, traía revólver al cinto y una escopeta sobre el borrono de la silla. Desenfunde la mía y la oculté bajo la manta que llevaba puesta; puse la mula de lado para que no advirtiera mi intención y esperé que se me acercara.

– Salud...

– Saludo –le contesté.

Era un veterano; con solo verme fijamente durante algunos instantes sacó una conclusión y dirigiéndose a mis acompañantes:

– Eso no puede ser muchachos... ustedes llevan corriendo peligro a este señor; además va muy mal remontao –volviéndose a verme con conmiseración.

Dirigiéndose a mí:

– Si usted no lo toma a mal... ocúltese en ese monte; yo mismo lo voy a empuestá por donde no trafica nadie, ni el diablo con sé lo que es... hoy andan de vaquería los piones de Campo Alegre, pero no saldrán pa' esos laos. Cuando caiga la noche mándeme uno de estos hombres... que le voy a entregá un caballo que tengo en depósito a la Guardia... y usted me lo regresa cuando llegue el destino hacia onde se dirige...

Así era el llanero altoapureño: no solamente generoso y espontáneo. También aprendió a no complicarse la vida haciendo preguntas innecesarias. Lo que a su juicio esta a la vista, no requiere de más explicación.

Como además de aquella deuda de gratitud guardo por el Barinés grato recuerdo, no quiero pasarlo por alto y dejar de decir de él algunas cosas. No era propiamente hablando un llanero del Alto Apure; se había refugiado en esos cajones de sabanas hacía más o menos veinte a veinticinco años, por consejos de sus parientes y amigos de su tierra natal en Altamira de Barinas, después de haber despachado a cinco al otro mundo... al mismo día y en un mismo lance, de siete que le enfrentaron, quedando los otros heridos. La justicia lo absolvió por haber actuado en defensa propia, amén de estar de por medio un rico potentado de la región a quien le salvó la vida en aquella emergencia.

En la zona se le quería, como se le respetaba y temía. Y no porque fuera violento y pendenciero; era precisamente todo lo contrario

a la prefiguración que se tiene de los hombres machos. Con sus modales refinados y cultos que rayaban en lo amanerado, era capaz de matar a otro con buenas palabras y sonrisa tierna. Al último que pasó a mejor vida por sus propias manos, lo encontró en una fiesta y sonriendo le dijo:

– Hola, te andaba buscando para enseñarte a ser jembrero.

Y le guardó una pequeña daga en el corazón. Nos encontramos en el penal de San Cristóbal, años después; con la misma amabilidad de siempre me trató. Jamás me habló del incidente... era inocente y su secreto se lo llevo a la tumba.

En el vecindario “La Piedra” y del cual he hecho referencias varias veces en esta narración, di libertad a mis acompañantes para que se regresaran. Les entregué algo de dinero de gratificación y devolví el caballo a mi protector.

Por comentario de los moradores de ese vecindario, me enteré de la ubicación de “la gente”... como el llanero acostumbra a designar algo archiconocido que no necesita que se nombre. Se encontraban acampados en las costas de Laguna Brava, una inmensa extensión de aguas limpias y cristalinas, rica en fauna, que se encuentra enclavada en el Municipio Palmarito; también me enteré que en el seno del grupo guerrillero se encontraban peleados y divididos. El camarada Rogelio González alias Simón, alias Pachanga, conjuntamente con otro combatiente a quien apodaban Calixto, hoy fallecido y cuyo nombre de pila era Osbaldo Montero Plaza de profesión periodista; se habían apartado del Comandante Chino llevándose la gente con mejor dominio del terreno: los cuatreros. En lo fundamental, la escisión se había producido por cuestiones de malos manejos, métodos y estilos para ventilar los problemas y diferencias por parte del Primer Comandante. Del informe del Chino a la Dirección del Partido, extraje lo siguiente: “...considero que hubo extralimitación en el mando, esto debido a que tenía poca ayuda por falta de experiencia de los compañeros...”.

Había pues madurado y hecho crisis aquellas diferencias de concepción, que también alcanzaban a los métodos y estilos de dirección que se habían incoado en las montañas de Sangre de Toro de la región de Barinas y que, para ese entonces, tendieron a personificarse entre el Chino Camacho y mi persona. Hasta ese momento, había servido de colchón amortiguador Guadalupe, a quien querían, respetaban y temían todos, pese a ser un hombre de espíritu cerrado y muy poco dado a la Zalamería: las tres o cuatro cosas que decía, siempre resudaban esencia de sabiduría, y ponderación. No fue mi amigo; no tuvimos tiempo de serlo. Compartí con él su estadio de crisálida, pues cuando de aquella criatura brotó el hombre nuevo, fue para morir y yo no estaba presente. Celebré mil veces en mi fuero interno el no haber estado cuando ese lío aconteció; me aterrorizaba pensar el haber tenido que avalar y cohonestar con mi presencia física aquella división. Ahora el problema estaba planteado en otro plano y con otras ecuaciones y variables.

Como era mi deber, me presenté ante el jefe a quien encontré triste y pensativo. De por sí él era callado y poco comunicativo; cuando profundos pensamientos y meditaciones embargaban su espíritu, más meditabundo y menos comunicativo se volvía.

Me lo encontré semisentado, recostado en la pata de un laurel, con la ametralladora ZK atravesándole las piernas, su canana piel de rusia enchapada amarrada a la cintura de la que pendía una pistola enfundada, con su sombrero “pelo ‘e guama” color araguato puesto a un lado y un cigarrillo prendido haciendo volutas con el humo. Sin cambiar de posición se volteó a verme:

– Qué tal cámara...

Por mi acompañante intuyó que yo estaba enterado, pero yo no me di por aludido. Haciendo esfuerzos para fingir naturalidad, le pregunté:

– ¿Y la demás gente que no la veo...?

– Si te cuento... a Guadalupe lo mataron... en el asalto en el hato de “Mata de Cedral”... todavía no puedo acostumbrarme a su desaparición... en cuanto a Simón, se fue llevándose a Calixto y al resto de los llaneros; tengo información de que se encuentra en Laguna Hermosa... no creo que regresen... tu puedes ayudar mucho en esa dirección... ellos confían en ti e incluso escuché que tenían un dinero para mandarte a buscar... trata de convencerlos para que regresen... y si no lo logras, al menos aspiro que con tu presencia no se vayan a poner a cometer asaltos a diestra y siniestra que nos perjudique, porque no a otra cosa lo van a llevar los llaneros cuatros que carga de compañeros...

Hablamos largamente durante todo el día, hasta que llegó la noche. Pero ni una sola palabra de enmienda. Camacho no había nacido para las autocríticas, con lo que no aludo a la rectificación en los hechos. Pero nada de promesas, bien porque se consideraba con toda la razón de su parte, bien porque su orgullo y formación no estaban hechos para eso.

Observé que aparte de buenas armas, llevaban buena ropa, buenos caballos y buen dinero, que era la colaboración forzada de los hatos Ingleseros y Fuentes.

Antes de continuar quiero dejar enterrado a Guadalupe en este escrito. Por razones obvias en este tipo de vida, nadie habla de sí mismo. En el transcurso de los días, semanas y meses, a fuerza de andar juntos, poco a poco y de manera fragmentaria, uno se va enterando de hechos o partes de la vida del personaje de quien se trate.

La mente, que es inquieta y trabaja sin pausa ni descanso, va almacenando y cotejando datos hasta reconstruir con bastante aproximación la vida y estela del personaje. Un conocimiento más prolijo y detallado es tarea del investigador de oficio. Ese no es mi caso...

Guadalupe o Francisco, tenía por nombre de pila José María Quirife; de origen colombiano, tenía mucho tiempo viviendo en Vene-

zuela y, más concretamente, entre Barinas y Apure y había hecho familia. Tengo entendido que era desertor del ejército colombiano, siendo conductor de un transporte de tropa cuando la violencia azotaba las sabanas del hermano país. En Barinas vivió la vida del submundo del hampa, pero tenía inquietudes políticas y se relacionaba con familias liberales colombianas residenciadas en la región, a raíz de los sucesos del otro lado... por cuenta y riesgo hizo un grupo, lo cohesionó y disciplinó y comenzó a operar a nombre de las FALN.

Cuando fue ubicado en la región de Dolores, llevó parte de su gente que le era de confianza quienes, por diferentes motivos, poco a poco lo fueron abandonando. Paulatina y progresivamente, fue entendiendo los objetivos políticos de la lucha y, de aquella actitud hosca y antisocial de los primeros tiempos, fue cediendo a otra de mayor flexibilidad, fraternidad y camaradería con el resto de los compañeros que venían de la ciudad, a los cuales en un principio tenía profundas reserva y desconfianza.

Llegando al Alto Apure, el proceso de metamorfosis que se venía operando en él había concluido, cerrando filas definitivamente con el resto de compañeros y asumiendo su papel de jefe a plenitud.

Habían llegado al hato “El Cedral”, propiedad de la sucesión Fuentes-Gilly y Guadalupe, como en otras ocasiones, tomó la iniciativa: los peones para un lado, los directivos para otro, parte de los llaneros que se llevaban desarmados iban encerrando la madrina de caballos para remudar bestias, ponía centinelas en varias direcciones y con instrucciones claras y precisas; en fin, no se le escapaba un solo detalle. Podríamos decir que el operativo militar en su totalidad lo asumía él. El resto se dedicaba a otras tareas: arengar a los peones, repartirles las existencias de las bodegas, cosa que se hacía de uno a uno y fuera de la vista del personal directivo, con quien también se conversaba explicándoles las razones que nos asistían para actuar así y exigiéndoles de paso la entrega del dinero y las

armas, para lo cual se procedía a hacer una requisita en las habitaciones de estos señores. Por lo general, nos retirábamos en las últimas horas del día...

Esa tarde, como de costumbre, Guadalupe dijo al encargado Santos Soto:

– Nos vamos a retirar; que no se le vaya a ocurrir a un hijo ‘e puta llanero de ésos ir a dar parte al pueblo... porque vamos a regresar y vamos a tomar represalias contra todos... además vamos a dejar alguna gente oculta vigilando...

Estábamos todavía muy crudos en eso de hacer retiradas ordenadas; por lo general, el pelotón en retirada lo hacía “cagaleriao”. La pauta la imponían los llaneros con su natural carga de viveza y el dominio que tenían sobre sus cabalgaduras; no era raro entonces observar que la cabeza iba entrando al monte, pongamos por ejemplo como a mil quinientos metros o más... mientras existían compañeros que iban retrasados unos trescientos metros, por no ser del arte y tenerles miedo a los caballos que llevaban. Casi siempre eran caballos gordos y recién agarrados...

Así sucedió en aquella oportunidad; creo que los compañeros Simón y Santiago se habían retrasado mucho, cuando Guadalupe desprendiéndose de la cabeza dijo:

– Voy a ir a joropear a aquellos pingos...

Apenas si los había topado, cuando ve que un jinete se desprende del hato en dirección a donde ellos se encontraban. Guadalupe que lo observó dijo a los compañeros:

– Vayan siguiendo; voy a ver que es lo que quiere aquél jodío...

El llanero, a quien apodaban Osito y que tenía un defecto congénito en los brazos, llegó donde Guadalupe y le dijo:

– Vengo por el dinero de mi paga que ustedes me lo trajeron...

– Nosotros no le hemos traído ningún dinero... nos trajimos el presupuesto del hato antes de habérselos entregado. Así que el hato está en la obligación de cancelarles lo que les adeuda... y después de todo ¿Cuánto es tu dinero?

– Son quinientos bolívares – replicó.

– Esta bien; vamos allá donde el Primer Comandante – señalando el monte azul de Caño Caicara, en la distancia – se lo vamos a entregar pero yo debo participarlo...

Se aparearon los jinetes y en lo que se “espanta un rayo”, el llanero peló por un cuchillo “punta de lanza” y se lo empujó por la espalda a Guadalupe a la altura de los riñones. Apenas si se escucharon los disparos que desde el suelo tuvo tiempo de hacerle Guadalupe; sólo se veían en lontananza un jinete que corría y un caballo ensillado sin jinete.

Guadalupe yacía en el suelo con el cuchillo atravesado casi sin echar sangre. Con una mano agarraba la falseta del caballo y con la otra empuñaba su revólver; no tuvo tiempo de usar el fusil FAL que portaba como arma de reglamento...

– Me mató ese coño ‘e madre... traten de salvarme... que quiero seguir viviendo...

Se pensó en varias alternativas, entre otras entrar al pueblo de Quintero y secuestrar un medico de apellido Verdugo para que lo operara. La herida había sido mortal y no dio tiempo para mucho, apenas el necesario para que parte de la gente cortara unas varas con el objeto de hacerle una camilla de transporte.

– Murió por derrame interno –certificó Ariel que sabía de medicina, no sin antes Guadalupe suplicar se le entregase el arma de reglamento para terminar de matarse, petición que no se le satisfizo.

Fue enterrado a cuchillo, sobre las arenas del río Caicara. Pocos días después, lo desenterraron comisiones del Gobierno para cortar las manos y proceder a su identificación.

Del informe de Camacho extraje lo siguiente, a propósito de este hecho:

“...mientras se buscaban unas varas para improvisar una camilla, falleció; con ello, perdimos el mejor hombre del Destacamento llanero. Quirife se había transformado totalmente; tenía plena confianza en mí como miembro del Partido y yo también le tenía absoluta confianza...” Más adelante: “...me afectó mucho la muerte de este compañero, no por lo que era sino por lo que pudo haber sido; amaba la revolución y confiaba en las guerrillas del llano, estaba muy contento y muy alegre y por ello se confió...”.

Habíamos perdido pues, nuestro mejor hombre, a manos de un llanero inválido pero decidido, quien no cesó su galope hasta llegar al pueblo de Mantecal y entregarse a la Guardia Nacional, la cual lo protegió a partir de ese momento, siendo indultado días después por el Ministro de Relaciones Interiores, doctor Gonzalo Barrios, a quien fuera presentado en la oportunidad que este presidiera los festejos de la creación del Distrito “Rómulo Gallegos” del Alto Apure.

En el bolsillo trasero del pantalón de Guadalupe se le encontró una libreta donde llevaba anotaciones día por día, de los gastos que realizaba para el momento de las reuniones de informes y balances.

Varios años después, el mismo Osito en circunstancias parecidas, en el hato “Campo Alegre”, mató de la misma manera a otro guerrillero a quien apodaban el Chigüire, y se apoderó de una ametralladora y a no ser porque desconocía el manejo de la misma, que era de un modelo diferente al que le había enseñado a manejar la Guardia durante el tiempo en que gozó de su protección, se hubiera llevado a unos cuantos más. En esa oportunidad, Osito fue muerto por el compañero José Dolores Zapata (a) Rolando.

De lo que sucedió de aquí en adelante en las sabanas del Alto Apure, nos da una idea el reportaje de la revista capitalina Momento, No. 448, de febrero de 1965, que en caracteres gruesos y sensacionalistas tituló: “SANGRE Y TERROR EN EL ALTO APURE”, y a continuación en una apretada síntesis decía:

“Una ola de terror recorre las vastas regiones del Alto Apure: 40 bandoleros armados con fusiles automáticos y metralletas, roban y asesinan a sus anchas, provocando el éxodo de ganaderos y trabajadores. Francisco Morales, dueño del fundo “Mata de Palma”, fue apresado y acribillado a tiros en la presencia de su esposa y de sus siete hijos. Manuel García y su ayudante perecieron de manera horrenda: los bandidos le pegaron fuego en un hato cercano a Achaguas. No menos de veinte propiedades han sido asaltadas, en una zona que comprende tres Distritos del Estado Apure con una extensión de 50 mil kilómetros cuadrados.

La gente de trabajo se pregunta angustiada: ¿Quiénes son estos bandidos? ¿De dónde proceden? ¿Qué hacen con los centenares de reses que han robado? ¿Trabajan a la vez al servicio del poderoso trust que extiende sus dominios sobre el mercado de la carne?

Los redactores de “Momento” fueron hasta el llano para recoger informaciones vivas entre los propios ganaderos, acerca de este grave problema que ha merecido la intervención activa de la Cámara Agrícola Venezolana”.

Del contenido del reportaje se desprende o se evidencia que el periodista no sólo recorrió la región, sino que palpó el pulso y midió la gravedad de la situación de caos y de anarquía que se vivía.

Refiriéndose a los bandidos, el periodista se pregunta:

“... ¿de dónde proceden, quienes son, qué se proponen? ¿Se trata de cuatrerros? ¿De bandas políticas? ¿De delincuentes

que pasaron las riveras del Arauca? ¿O de hombres bien retribuidos y mejor armados al servicio de quienes tienen interés en sembrar el pánico y provocar el éxodo de ganaderos y de trabajadores?”.

La verdad de todo eso, que en su momento según el decir del periodista, creó confusión entre las autoridades civiles y militares, llegando a pensarse que fuesen “guerrilleros” o “bandas políticas” pero que “tal versión había sido desestimada por los ganaderos, no sólo por las características de los asaltos, sino por la indiscriminación de las víctimas”, estriba en lo siguiente: en los últimos meses de 1964 y primeros de 1965, los llaneros cuatrerros de la sabana, esa masa irredenta y sin dueño de que hablé en el capítulo anterior, acudieron a nosotros por bandadas en procura de armas y orientación, que nosotros no le pudimos dar. Carecíamos de las primeras en la cantidad que nos era requerida y en cuanto a lo segundo, no teníamos la experiencia necesaria y no supimos interpretar el fenómeno en su esencia, amén de que no contábamos con los cuadros político-militares suficientes y calificado, así como el apoyo del partido cuyos cuadros de dirección nunca creyeron en la posibilidad del desarrollo de un basto movimiento guerrillero en la llanura.

Cansados de tomar aguardiente y comer carne en nuestros campamentos volantes, los cuatrerros decidieron abrirse paso por sí solos, llevando en la capotera de sus inquietudes como bagaje político-ideológico, nuestra prédica sorocha y mal hilvanada. Sabían que con dinero, armas y caballos se podía hacer la guerra y que las autoridades y ricos eran sus enemigos. En la consecución de estos elementos cometieron numerosos desafueros, en donde los elementos de retaliación y pases de facturas personales, diferidas en el tiempo, no estuvieron ausentes. Llegó el momento en que se multiplicaban las bandas y no se hablaba sino de la gente de Ferandito, de Venta, de Orellana, de Justo, del Gato y, ¿por qué no

decirlo? También de la de Camacho y Florentino, nombre con el que me designaron desde el primer momento los llaneros, por llevar yo siempre la copla a flor de labios. Como era gente sembrada en la masa popular, no podían ser identificadas ni por el periodista, ni por los directivos de la Cámara Agrícola y tampoco por el Gobierno: sí por los grandes propietarios de la región, quienes por una u otra razón no tenían ningún interés en darlos a conocer, bien por no meterse en líos o porque de una u otra forma derivaban algún provecho. Lo que sí supo el periodista de esos hombres no identificados, fue que tenían: "...su Centro de Operaciones en el Alto Apure y posiblemente una guarida para ocultar las reses a orillas del Guaritico... que las zonas más azotadas habían sido Elorza, Guasualito, Achaguas y el Cajón del Arauca..." y –continuaba su reportaje- "...también se sabía que las correrías de este pelotón de cuatrerros y asesinos se han extendido a otros sectores de los Distritos Páez, Achaguas y Muñoz, que cuentan con una población superior a los 70.000 habitantes”.

Estos bandidos o cuatrerros, como los calificó el periodista, fueron nuestros amigos; no lo negamos, pero no teníamos ningún control sobre sus actividades delictivas aunque sí teníamos sobre ellos cierta ascendencia y así lo entendían los propietarios quienes, en algunas oportunidades, recurrieron a nosotros (Camacho y yo), para que hiciéramos de elemento moderador e incluso castigásemos a algunos de ellos, como sucedió con Fernandito Herrera a quien perseguí y envié numerosos mensajes pidiéndole se entrevistara conmigo, cosa a la que no accedió temiendo le fuésemos a fusilar pues él sabía nuestra prédica en el sentido que las acciones no se dirigieran contra los pequeños y medianos propietarios.

“Entre los fundos asaltados –continúa el reportaje- figura el hato de “La Victoria” de la sucesión de don Daniel García, que tiene 30.000 cabezas de ganado vacuno y más de 10.000 bestias...”. Debió de agregar también que con más de 50.000 hectáreas de exten-

sión. "...el cual prácticamente ha sido abandonado por los dueños. Otras propiedades atracadas por los bandoleros han sido: "Las Piedras", "Caracaral" de la Compañía Anónima Orozco, "La Gloria", de los hermanos Villafañe y "Campo Alegre" de Chui Gabaldón, donde estuvieron solicitando al encargado para fusilarlo..." -y más adelante-: "...De acuerdo con las investigaciones realizadas por los funcionarios de la Cámara, la banda armada está integrada por unos 40 hombres, todos venezolanos, que actúan en pequeños grupos de 8 y 10. En el sector que visitaron tuvieron noticias verificadas de otros hatos asaltados: "El Roble", "El Rosero", "La Trinidad de Arauca", "El Cedral" de la sucesión Fuentes-Gilly, "Caracaro", "San Lorenzo", "Las Palmeras" y "Turagua", centro de cría de la Compañía Inglesa Lancashire, que posee millares de cabezas de ganado cebú y de donde los cuatros se llevaron un lote no determinado de reses y veinte mil bolívares en efectivo..."

Quien se apersona en el terreno se dará cuenta de que la generalidad de las fincas nombradas por el periodista, corresponden a grandes latifundios con miles de cabezas de ganado vacuno y caballar. Luego, no andaban tan errados los cuatros o bandidos en la dirección del golpe.

No podría ser de otra manera, en un estado en donde de 6.463 explotaciones que fueron censadas en el año 1961, con un total de superficie aproximada a los 4.400.000 hectáreas, solo 160 señores tenían acaparadas alrededor de 3.250.000 hectáreas. En otras palabras, el 73% de la tierra estaba en manos del 2,5% de los propietarios, quienes tenían explotaciones con una superficie promedio de 8 leguas (exactamente, 20.217 hectáreas).

Pero en las estadísticas, como en los discursos de los líderes políticos, siempre se oculta la verdad o parte de ella. Como decía Macaulay "las cifras dicen lo que el hombre hábil que sepa manejarlas, quiere que digan".

Es público y notorio que solamente la Compañía Inglesa Lancashire, posee en la actualidad más de 200.000 hectáreas de sabana natural bajo su control y dominio. Propiedades como “El Frío” de Iván Darío Maldonado, la sucesión Fuentes-Gilly, “La Briceñera”, la sucesión García, los Orozco, etc., etc., detentan más de 50.000 hectáreas por cabeza y decenas de miles de vacunos y caballares.

Sin embargo, la tacañería de estos señores salta a la vista cuando “un grupo de propietarios de fundos –según se dice en el ya citado reportaje– se reunieron hace ya algunos meses con el general Nieto Basto, Comandante de la Guardia Nacional, con miras a organizar una fuerte operación contra esas bandas de cuatrerros, pero no llegaron a ningún entendimiento ya que a los ganaderos se les pidió una colaboración muy onerosa: contribuir con una inversión de Bs. 1.500 mensuales por cada hombre que fuera utilizado en la campaña (para cubrir los gastos de salario, uniformes y alimentación), además de suministros de vehículos (Jeep, helicópteros y caballos) con sus gastos correspondientes”.

Sabíamos por los peones de los hatos que cada vez que se acercaba una tropa del Gobierno de a pie, el dueño de la propiedad mandaba a ocultar las madrinas de los caballos útiles dejándoles escoger entre el perraje: caballos viejos, flacos, flojos, machiros y resabiados...

Me despedí del lado del Comandante Camacho casi convencido de que en mi papel de mediador muy poco podría hacer, presunción que se afirmó en mí cuando en la madrugada llegué al campamento de Simón; me recibió muy alegre, con un discurso más o menos así:

– Cámara... te estábamos esperando... teníamos un dinero para mandarte a buscar... te recibimos como jefe pero con una condición... al lado del Chino no regresamos más. Se volvió un dictador, no escuchaba sino a los hermanos Antonio y Rigoberto Ramírez, que le jalaban bolas... gastó el dinero a diestra y siniestra

en aguardiente y poniendo fiestas, sin rendir cuentas a nadie... los llaneros se lo están comiendo; por cualquier favor que nos hacían, les pedían dinero y él los gratificaba con creces... imagínese que ha llegado a pagar caballos hasta por cien bolívares... los llaneros lo adulan tanto que cuando se mata una res le asan la ubre y aquellas otras vísceras que tienen propiedades para parar el machete... y él no lo impide...

Y así sucesivamente:

– Así que hasta que no venga algún dirigente de Caracas y se reúna con nosotros, no volveremos a su lado; por ahora tenemos montada una operación de un ganado con estos llaneros que vez, para ponernos en un dinero pues el Chino se quedó con todo...

Efectivamente, había como catorce llaneros cuatreros con una res despresada, ensartándola en asadores. El que parecía ser el jefe de la banda, un hombrecito chiquito, catire y diente de oro llamado Justo Villanueva, se me acercó muy zalameroso ponderando mis virtudes que él decía conocer. Me dijo:

– De ahora en adelante... usted será nuestro jefe...

Le correspondí en la misma forma.

Por delicadeza hacia Simón y los otros camaradas no pregunte absolutamente nada en qué consistía la operación del ganado: ¿de quién era?, ¿adónde se iba a llevar?, ¿Quién o quiénes eran los compradores? y, sobre todo, ¿cómo íbamos nosotros en relación a los llaneros en cuanto al reparto del dinero? En el transcurso del día, me enteré que íbamos mitad y mitad; que nosotros poníamos las armas y ellos los jinetes.

Como a las dos de la mañana, calados de frío hasta los tuétanos, ensillamos y echamos una travesía en dirección a un sitio llamado “Mata ‘e Pulido”, al cual llegamos casi amaneciendo; nos

ocultamos en una mata hasta que aclarara más. De pronto, se oyó la voz de Justo:

– Vamos, ya es la hora...

Distribuyó la gente, dio instrucciones a cada quien, qué rumbo se iba a tomar y la ubicación que cada uno debía llevar en la madrina. A mi me puso de culatero. La operación se llevó a cabo con perfección sincrónica; los llaneros se abrieron en abanico a todo escape, cual una carga de caballería en la guerra; ipso facto, habían reducido dentro de un bolsón como cien reses. Hacer eso y echarlas a correr fueron dos cosas simultáneas; llegaron al Caño Guaritico y zumbaron la madrina en un solo tropel y corre... corre... corre... solo se escuchaban los gritos y un:

– No lo paren hasta que se cague... no lo paren hasta que se bostee... ya comienza a gasofirse...

Y así se fue esa masa de hombres, reses y caballos rodando como remolino por la sabana abierta, en medio de una enorme polvareda gris. Cuando los camaradas guerrilleros logramos pasar el caño apenas si divisamos la tolvana en lontananza.

Profunda impresión dejó en mi espíritu la acción de esa mañana, ejecutada con tanta precisión por aquella manada de bárbaros. Cuando les di alcance, se ocupaban de sacar el ganado de pobre o las que llevaban hierros o señales que les eran inconvenientes, para la transacción comercial ya palabreada.

– Nada más que el ganao del Banco... vayan dejando solo el hierro del Banco –se afanaba aquel jefe beduino en precisar.

Días después me enteraba que se trataba del hato de “El Rosero”, sobre el cual pesaba una hipoteca.

Entre doce y una de la tarde, se detuvo el ganado a orillas de unos esteros tapizados de bora y hierba fresca; se divisaban abundantes

manadas de chigüires, muchos venados y aves por millares de diferentes variedades y colores en sus plumajes. Los llaneros sacaron un ternero de la madrina y lo descuartizaron. Fue a parar en una hoguera, junto con un marrano de los que llaman cajuque que habían agarrado, como seis cachicamos y unos cuantos Galápagos a los que hacían una incisión en el trasero y sacaban las tripas. Comimos hasta hartarnos; el resto, fue pegado en las ancas de los caballos.

Llegados a orillas del caño Balza, el jefe de la banda, dirigiéndose a mí, dijo:

– Mire, jefe, de aquí en adelante es peligroso que ustedes continúen... yo voy a retirar las armas largas a la gente y continúo con puro revólver... no se preocupe que en no más yo haga el negocio regreso... de aquí en adelante con mi gente me doy abasto...

No me quedó más que decirle:

– Bueno hermano, si eso es lo convenido, está bien... usted sabe que el trato no lo hizo conmigo sino con Simón.

Así fue, esperamos un día y otro; al tercer día como nadie se aparecía, empezó a olerme a carro. Una mezcla de angustia y arrechera se fue adueñando de mí al solo pensar que se hubieran burlado de nosotros, tanto más cuando escuchaba a diario las felonías de que había sido objeto Camacho por parte de éstos bandidos. Al cuarto día de espera burlada, no aguante más y estallé; reuní a los compañeros y les dije:

– Mire compañeros, vamos a hablar claro... ¿Qué tipo de compromiso fue el que ustedes hicieron con esa gente? Y, más concretamente, con Justo... ¿Qué garantía existe de que no nos embarque y se burle de nosotros...? ¿ustedes lo conocen bien?

– Bueno, no... ellos andan con nosotros acompañándonos desde que pasamos al Apure en octubre pasado... hemos hecho juntos

varias operaciones y hasta el presente no les vimos nada malo; el trato que hicimos con ellos fue de palabra, basado en la buena fe... ellos están interesados en ayudarnos –me respondió Simón.

– Bueno, díganme una cosa... y... de no resultar así como ustedes piensan ¿Qué creen que debemos hacer...?

– Bueno, cámara, tenga paciencia... no se vaya de las primeras... a lo mejor han tenido inconveniente en la venta del ganado que nosotros no sabemos...

– Hasta las cuatro de la tarde del día de hoy les doy plazo para que esa gente se presente o manden un emisario; de lo contrario, me reservo el derecho de proponerles algo que llevo en mente...

Convinimos en eso; como en la tarde no se presentó nadie los volví a reunir y les dije:

– Compañeros, no se hagan más ilusiones; esos coños ‘e madres se burlaron de nosotros y especialmente de ustedes. Propongo que de inmediato salgamos a darles cacería y donde los encontremos los matamos... no nos queda otra salida; debemos hacernos respetar... yo no soy Camacho; ya a mi me jodieron bastante el invierno pasado; es más, si ustedes no se atreven a hacerlo yo solo lo hago... solo quiero el consentimiento de ustedes...

Aquellas fueron unas deliberaciones largas y difíciles en donde hubo argumentaciones y contraargumentaciones de lado y lado. Al final se impusieron ellos: Simón y Compañía. La esencia de su argumentación consistió en lo siguiente; que era el primer caso de esa monta que se presentaba, que el sujeto era muy prestigioso y tenía muchos partidarios en la zona, que la comarca no estaba suficientemente informada de la vaina que el bandido nos había echado y, por tanto, no tendríamos elementos de cómo justificar semejante proceder de nuestra parte y, finalmente, que fusilar a Justo Villanueva en ese momento traería como consecuencia

echarnos los cuatrerros o parte de los mismos contra nosotros, lujo que no nos podíamos dar en semejantes circunstancias en que nos encontrábamos. La argumentación era irrefutable y yo respeto las decisiones que se toman por mayoría. No obstante, conseguí de ellos que al menos me permitieran ir a la guarida del bandido a conversar personalmente con el y exigirle, cuando menos, la entrega de los revólveres. A esto, accedieron Simón y los otros; no sin antes advertirme, casi a coro y llamándome por el nombre que por razones de seguridad, había adoptado en esta fase de la campaña:

– Mucho cuidado con una vaina, Ernesto.

Les prometí respetar lo acordado, salvo que se tratara de defender mi pellejo. Como cargábamos catalejos nos fue fácil advertir en la distancia, que el bandido tenía apostados centinelas montados sobre unos árboles y en los madereros de corral de palo a pique. Sabíamos en que dirección de la sabana auscultaban. Monté en mi caballo, desasegué el arma y abrí el broche de presión de la otra que llevaba en la cintura. Di un gran rodeo ocultándome entre la maleza y arbustos de una ceja de monte; burlando a los centinelas me puse como a cien metros de la casa que quedaba en un banco de sabana limpio. Con el caballo a todo lo que daba y el arma en posición de disparar, me llegué a la puerta del bohío en donde encontré parte de los hombres de la banda quienes, debido a su estado de borrachera y la sorpresa, no tuvieron tiempo de moverse; sólo Villa tuvo voluntad y tiempo de llegarse al cuarto de donde, simultáneamente, salió una mujer sin mediar palabras:

– Dígale a Justo que salga...

– Mire... pero es que él no se encuentra...

– Nada, dígale que salga que le vi cuando entró... y si no para hacerlo salir...

Salió el bandido y le dije:

– Salgamos para afuera de la casa.

Y dirigiéndome a los otros:

– Nadie se mueva...

Como ya no iba por dinero, me limite a decirle:

– Sin más explicación, búsqume los revólveres...

– Jefe, estoy apenado con usted pero es que he tenido algunos contratiempos... el comprador aún no ha regresado con el dinero de Barinas... quiso darme un cheque y no se lo acepté... le dije que trajera el dinero en efectivo... y en cuanto a los revólveres, Arcadio, Pedro, Eusebio, cada uno carga el de él y en éstos momentos andan para sus casas llevando algunas provisiones a sus familias con algún dinero que yo les di y que me adelantó el comprador...

Se trataba de los cuatrerros Pedro Rattia, Arcadio Rattia, y de Eusebio Moreno, miembros de la banda.

– Bueno, está bien; búscame el tuyo; con los otros me arreglo después... pero eso sí... no te muevas de aquí.

Envió a la mujer por el revólver, el cual lo trajo junto con una bella faja araucana enchapada en plata, la que el bandido me extendió no se con cuantas palabras obsequiosas y de cortesía, no sin antes haberme percatado de la intención de descerrajarme un tiro a boca de jarro; si no lo hizo, fue por no estar seguro si le quedaban balas sin disparar en el tambor debido a que en medio de la borrachera había estado haciendo tiro al blanco; tiene que haberlo lamentado porque al sacar el tambor y vaciarlo, se dio cuenta de que todavía le quedaba una sana y en posición, momento que yo aproveché para arrebatarme el arma. Fue una situación de suspenso que duraría un minuto largo; el hombre pasaba la vista de la mía al revólver, mientras yo reconcentrado y en la posición del felino para asaltar su presa, con el fusil atravesado detrás de la nuca y con el dedo metido en el gatillo, giraba mi vista de la cara del bandido hacia los otros a quienes controlaba con el rabillo del ojo.

A partir de ese suceso, en mis relaciones con los llaneros cuatrerros de la sabana más nunca pequé por blando, sentimental o pendejo... en todo caso, si se me pudo acusar de algo, sería de exceso de rigor y mano dura.

Nos habían pues jodido un grupo de cuatrerros de la manera mas risible y pendeja; les prestamos las armas, nos pusieron a cuidarle el ganado y se llevaron el botín. Y menos mal que no nos tocó combatir, lo cual hubiese sido el colmo de la burla; ante dos o tres conatos de alarma que se suscitaron aquel día, la disposición de los bandidos había sido la de huir dejándonos el paquete, lo que me llevó en un descuido de ellos, a decirle a mis compañeros:

– Pónganse moscas... que ésta gente no demuestra ninguna disposición a pelear en defensa del ganado...

Días después, en la costa del caño Guaritico, mantuve la última entrevista con Camacho quien, más allá de nuestras diferencias, fue fraternal en grado extremo: me pasó un dinero y me manifestó su disposición de dirigirse a Zamora buscando el pie de monte de la cordillera andina, por los lados de Santa Bárbara, Abejales o Punta de Piedra; ese era su rumbo, exigiéndome que le prestara al combatiente Mapanare como baquiano para que lo encaminara hasta la manga de Palmarito, a lo cual accedí. Por el contrario, yo le manifesté que enrumbaría hacia abajo... buscando los cajones del pueblo de Guachara.

Ya en camino, buscando las sabanas del Bajo Apure, me había ido acercando a uno de los tantos caseríos que se encuentran sobre las márgenes del río Orichuna, con la intención de llegarme furtivamente hasta la población de Elorza. Había tomado todas las medidas de ocultamiento y seguridad que aconsejaban las circunstancias, para no dejarme ver por nadie antes de cumplir el cometido. Con el “sol de los venados” y por veredas poco transitadas que yo conocía, me desplazaba en un pingajo de bicicleta, de tal manera de

encontrarme cerca del pueblo cuando cayeran las sombras de la noche. En una curva del camino me encontré a un campesino llamado Ramón Carrillo, a quien distinguía por su lengua viperina y suelta. En años pasados, había vivido una amarga experiencia con él a consecuencia de su “boca ‘e jarro”, al habérmele franqueado ingenuamente entre palos. Antes de hacer mi diligencia, de haberseme puesto en la disyuntiva de tener que ver a alguien y escoger, era a este, precisamente, al último entre todos los habitantes de esa costa, a quien hubiere querido encontrar aquella tarde. Pedaleaba con la cabeza metida entre el manubrio con el objeto de hacerme menos reconocible; no obstante, dado que el hombre estaba casi montado en el camino, por más que quise, no pude dejar de mirarlo y saludarlo:

– Que tal, Ramón – y seguí mi camino.

¿Qué hacer Dios mío ahora que este hombre me vio? ¿Desistir del viaje? ¿Dar un rodeo y regresarme? ¿Esperarlo y suplicarle que de “por Dios” no fuera a decir que me había visto? ¿Amenazar con matarlo si hablaba? Y... ¿hasta qué punto se iba a dejar impresionar? En cualquier caso, ya el daño estaba hecho.

Me debatía entre estas conjeturas buscando que partido tomar, cuando advertí que estoy frente a un cementerio con su carga de silencio, misterio y quietud que le son característicos, propicios a las citas del miedo y de la muerte...

Todos los cementerios son lúgubres, depositarios de una sobre carga de magia; pero aquellos ubicados en los campos y poblados lo son más. Los campesinos embrutecidos, sienten una especie de éxtasis en su presencia y se les pone la piel de gallina cuando pasan al lado de uno de ellos. En las tardes silenciosas y plomizas, que precede a las lluvias de las entradas de agua, no se observa el más leve movimiento en las hojas y ramas de los árboles en la umbría que, por lo general, rodea a éstos camposantos. La única manifes-

tación de vida en el paraje, viene dada por el atolondrador canto de las chicharras. Los moradores pasan sin voltear a verlos y cuando consideran que han pasado el perímetro de la aureola de misterio y embrujo que supuestamente los rodea, comienzan a caminar apuraditos. El conocimiento y dominio que uno tenga sobre estas cosas esotéricas relacionadas con muertos, aparecidos y espantos, ayudan mucho al que huye si sabe sacarles partido. Eso hice: saqué el arma y me la coloqué en sitio visible y me oculté detrás de unos mangos centenarios del cementerio, entre los conos de sombras que proyectaban su ramaje y pensé “ese viene por mí... “

Habrían pasado tres minutos de estar en aquella posición oteando el camino, cuando lo veo que viene cieguito siguiéndome los pasos como perro picurero. Cuando no observó más el rastro de la llanta de la bicicleta, se desconcertó y se detuvo, mirando hacia todos los lados y hurgando el monte a ver si me conseguía el rastro. Yo había tomado la precaución de levantar la bicicleta en peso para evitar que encontrara el “matao”. Estando él en su búsqueda, afanado, yo sin salir de mi ocultamiento y con voz de ultratumba le pregunté:

– ¿Qué se te perdió, Ramón...?

Aquel hombre casi se desmayó; observé que el aliento casi lo abandonó: miraba hacia las tumbas.

Al cabo de un momento salí:

– Soy yo Ramón...no te asustes... sabes mi situación y sé que tú eres el único amigo que tengo de confianza en estos medios... necesito un favor de ti y sé que me vas a complacer... por aquí no confié en mas nadie.

– ¿Y como que será, Florentino...? – me preguntó “mas cagao que palo ‘e gallinero”.

– Mañana a las doce de la noche te digo...

– Pero no me vas a matar Florentino... no le vas a hacer daño a mi familia... - y se puso a llorar como un niño con voz quebrada y temblorosa mientras yo trataba de calmarlo.

– Me extraña Ramón; tú me conoces a mi y sabes que no ando matando a nadie... y menos a ti y a tu familia que tan bien se han portado conmigo... tú sabes que yo no ando en eso. La vaina mía es contra el Gobierno.

Al fin lo calmé y como insistiera en saber por adelantado en qué era lo que me iba a servir, le dije para tranquilizarlo que lo que quería de él era que me llevara al hato de “Las Delicias” por caminos ocultos. Pero eso sí, que debía esperarme a las doce de la noche frente al tranquero de su casa, porque si no lo hacía tomaría represalias contra su familia. Convinimos en eso... nos despedimos y hasta me dio doce bolívares en plata sencilla. Lo hizo de corazón...

Hice las diligencias a mis anchas en el pueblo; dormí y pasé el día en él y en la noche siguiente repasé el Arauca y regresé temprano. Llegué adonde mi gente, les dije que ensilláramos y nos retiráramos inmediatamente. Tenía la certeza que antes de la media noche de ese día, Ramón Carrillo no hablaría...

Allá debe estar esperándome todavía sobre la puerta del tranquero, que fue el sitio convenido...

Nos acercamos a un sitio donde vendían víveres y licores a las orillas del caño Orichuna, en el vecindario de “Mata de Caña”. Había una dama en el lugar, recién llegada de la ciudad; era tan aseadita y pizpireta que, de tanto ver machos, me pareció una miss. Le hice insinuaciones de amor a las que, por supuesto, accedió: dinero, juventud y autoridad son potenciales condicionantes ante quien alguien difícilmente se resiste y menos tratándose de damas. Sólo nos quedaba esperar la llegada del manto oscuro de la noche, propicio a las cuitas de amor a la luz de las estrellas.

Nos surtimos de víveres suficientes de reserva, tomamos y brindé a todo el que quería comer y beber, incluyendo a los niños con dulces y caramelos. Muchos de mis compañeros envidiaban encontrarse en mi lugar. Llegó la tarde y di la orden para marchar y ganarle tiempo al tiempo porque la ruta era larga. Iba ensimismado en un pensamiento fijo: ¿Qué pensaría la dama que allá me estaría esperando?... y yo tan lejos que iba en una dirección contraria. En eso se me acercó el compañero Simón y me comentó:

– Cámara... ¡que hembra tan buena!... ¿Qué te dijo?

Y le conté. Mi respuesta cayó al camarada como un caldero de manteca hirviendo; hizo un movimiento brusco sobre el freno del caballo para retirarlo de mí y exclamó:

– A vaina cámara... usted como que lo que tiene es una debilidad... ¡cuando si hubiera sío conmigo!... no la hubiera perdonao...

Era verdad: él no habría perdonado. Muchas veces lo había hecho y otros también... previo permiso y sugerencia de extremar las medidas de seguridad y de regresar al campamento antes de las cinco de la mañana. El hombre sencillo de pueblo no se complica su vida con muchos rollos mentales... asume esas situaciones con la misma naturalidad con que se toma un vaso de agua...

Rumbo hacia abajo... pasamos unos días merodeando y haciendo relaciones públicas en unos vecindarios llamados “Mata de Caña”, “Banco del Medio”, “Rincón Hondo” y “La Baicera” en donde cometimos muchas imprudencias que pudieron habernos costado la vida: tomábamos aguardiente, íbamos a fiestas, poníamos sancochos, etc., etc.

Un día que tomamos aguardiente a “bordón perdido” en un hogar, acompañados de muchos vecinos y hasta enamorados de las muchachas, observé que la dueña de la casa andaba toleteando unos guineos; se me ocurrió y le pregunté:

– Doñita... ¿y qué va a hacer con esos animales...?

– Es para hacerles un sancocho a ustedes –me respondió.

– No hombre, doña... como va a matar sus animales habiendo tanto ganado por aquí... Dígame: ¿Dónde se encuentra el ganado de los ricos...?

– En las calcetas de Laguna Verde –respondió Reinaldo, uno de los presentes.

– A ver acompáñame...

– Le advierto que el ganao es muy mañoso... don Ernesto.

Salimos. Pasando por debajo de un cimbraportal, llegamos al borde de una calceta esteraíta de ganado; cuando el rebaño se percató de nuestra presencia, en tropel avanzó hacia el monte. Apenas si quedaban las últimas tres reses de la manada en fuga y que aún no se habían metido al monte, cuando le despache una bala de FN – 30 “a la si pega”... de repente, una res se detiene como si estuviera emborrachada.

Daba vueltas y vueltas en una sola dirección, hasta que cayó, le llegaron mis acompañantes y se pusieron a buscar el tiro por donde le había entrado y busca... busca... y nada. Ya yo empezaba a tejer pensamientos raros, como por ejemplo que la res había muerto de un infarto al escuchar la detonación, cuando un llanero exclamó:

– ¡Aquí esta el tiro!... carajo compa... usted sí que tiene puntería... le dio donde le apuntó como para no echar a perder el cuero...

Yo callé: la bala le había entrado por el ojo y no tenía orificio de salida; encima de eso, la res había cerrado los párpados, razón por la cual no se le veía la entrada de la bala.

Es en esa vida donde se ven cosas y casos ripleyanos. No fue éste el primero ni el último que me sucedió, pero los dejaré para su debido momento. Había disparado sin apuntar...

Dos o tres días después, nos encontrábamos en las sabanas y médanos de Araguayana, en aquellos parajes donde José Antonio Páez había empuestado, depositado o asentado en 1816 los restos de aquellas familias nobles de Bogotá que habían huido hacia los llanos orientales colombianos de la persecución de Morillo, en el intento de este jefe por pacificar la Nueva Granada. Allí se encuentra el asiento de un hato llamado “Santa Juana”, propiedad de los hermanos Zapata: hombres laboriosos y buenos amigos, solidarios y hospitalarios como la generalidad de los llaneros. Llevaba una recomendación para ellos y me recibieron a las mil maravillas. Lo primero que hicieron estos señores una vez que conocieron nuestra situación, fue proceder a empuestarnos. Una vez en el sitio preseleccionado, me dijeron:

– Tenga la seguridad de que por aquí no transita nadie... ni el diablo...

El sitio en cuestión consistía en una minicalceta, en cuyo centro existía una pequeña laguna tapizada de bora, bebedero obligatorio de los animales del monte. Apenas si acabábamos de desensillar los caballos y ya puestos a comer, cuando se apareció un venadito a tomar agua; fue tan tentadora la ocasión que Simón me dijo:

– ¿Le tiro, Ernesto...?

– Dale...

Acertó el disparo. Nos pusimos a limpiar el armamento; nos encontrábamos cabizbajos, concentrados en nuestro trabajo de espaldas hacía el monte, cuando de repente sentí un ruido, como quien toca madera, casi en la pata de la oreja... voltee lentamente y cuál no sería mi sorpresa cuando vi un locho casi oliéndome el ala del sombrero; con el mayor cuidado y sigilo que el lector se pueda imaginar, metí una bala en el tambor y cerré la masa. Lentamente saque el revólver hacia mi espalda y disparé, acertándole el tiro en medio del pecho. El animal del susto, brincó por encima de nosotros y fue a caer en el mismo sitio donde había caído el disparado

por Simón. Poco después, se apareció un tal Yúa para enterarse del origen de los disparos, encontrándose con los dos venados. Le sugerimos que se los llevara para componerlos. Este hecho casual y el de la res, nos regó la fama de buenos tiradores a unos cuantos kilómetros a la redonda. Aún hoy se habla de nuestra puntería...

No es posible que un animal salvaje quien tanto miedo tiene al hombre, se le acercó a uno en la forma del caso descrito. Eso sucede generalmente, cuando adoptando el hombre cualquier posición que no sea la normal, refleje y transmita a los animales una silueta informe, que nada tenga que ver con la figura humana a la cuál él esta condicionado y de la cual huye. Es requisito indispensable para que se produzca el fenómeno, el que uno se encuentre en sentido contrario a la brisa. Dos anécdotas más ilustrarían lo anterior.

En aquella oportunidad en la cual el Barinés ofreció auxiliarme con un caballo, permanecía yo en cuclillas, atento y concentrado en el canto de los alcaravanes que levantaban súbitamente el vuelo en la dirección de la casa hacia donde se dirigían mis dos acompañantes en busca de la bestia; hacía conjeturas sobre la veracidad de aquella máxima de los indígenas de que cuando “cuando ‘l alcaraván canta... es gente o zorro que la ‘panta”. De pronto, al volver a la realidad atraído por un ruido, advertí que me encontraba rodeado literalmente por una manada de chigüires, la cuál se barajustó cuando me paré asustado.

En otra ocasión, presencié una apuesta entre un llanero llamado Ramón Armarios a quien había hecho mi compadre, y otros, cuando nos encontrábamos sacando ripio de una mina en un sitio llamado Lambero. La apuesta consistía en llegarle a tiro de escopeta a un grupo de venados que pastaban en la sabana limpia, como a quinientos o seiscientos metros de donde nos encontrábamos. El llanero de marras se desnudó y comenzó a avanzar de culo... cuando había caminado en esta posición unas decenas

de metros, los animalitos sorprendidos avanzaron curiosos hacia aquel esperpento; tan cerca se le pusieron que hizo el primer disparo tumbando sin dificultad a uno. Los otros se espantaron con la detonación pero no corrieron mucho, regresando otra vez en la misma actitud de curiosidad. Hizo el llanero un segundo tiro y tumbo a otro... y los hubiera matado a todos si no me pongo a gritar para que el resto se espantara y se alejara... con dos ya era suficiente para ganar su apuesta.

Es evidente que el miedo de los animales al hombre es ancestral y comenzó cuando éste los empezó a molestar y matar. El producido por la detonación de las armas de fuego es más reciente. Su instinto de conservación en nuestros días se ha afinado tanto, que es suficiente que vea a un humano con algo en la mano que se parezca a una escopeta para que enseguida huya, pudiendo darse el lujo de observarlos de más cerca si ellos ven al hombre desplazarse sin este aditamento. También suele suceder que su condicionamiento está dado por el hombre a pie y no de a caballo, tal cuál sucede con los ganados acostumbrados a ser manejados con hombres montados, que huyen de las personas a pie y viceversa.

Lo cierto es que en dos o tres oportunidades disparé a venados a menos de quince metros, dándome el lujo de errar varias veces y permaneciendo ellos en la misma posición mirándome como alelados, hasta que por fin daba en el blanco.

Consigno el hecho porque me llamó la atención; no estaba acostumbrado a tanta mansedumbre de esos animales en su condición salvaje.

Algún día, en la evolución y devenir histórico de nuestra sociedad, quiero y espero la amistad de éstos y otros animalitos no agresivos, con las nuevas generaciones de niños que ineluctablemente nos sucederán en la cadena infinita de los cambios, del movimiento y de los tiempos...

Había apretado la represión y, las comisiones del Ejército y Guardia Nacional se multiplicaban, consideramos procedente abandonar la zona conforme a nuestro plan preestablecido de internarnos en el Bajo Apure.

Es una ley universal que los hombres ensanchan su mundo de conformidad con sus vivencias, cultura y las tierras que hayan recorrido. En correspondencia, surge una mentalidad que nos depara hombres localistas cuyo universo es el terruño donde han nacido y se han criado hombres regionalistas, nacionalistas o internaciona-
listas, hacia donde se perfilan y apuntan nuestros ideales.

Los llaneros de la sabana son hombres localistas y sólo en ella se sienten seguros: nada ni nadie de buenas a primeras les obliga a abandonar su región. Como la generalidad de los combatientes que me acompañaban tenía esas características, decidí que nos dispersáramos no sin antes surtirnos de algunas cosas que necesitábamos en una factoría inglesa. Sólo cuatro de esos llaneros accedieron a encaminarme un pedazo más afuera del perímetro de sus correderas, hasta que pasara las riveras del río Arauca por los lados de San Ramón y Santa Juana, cerca del hato “La Trinidad de Arauca” de José Natalio Estrada.

Nuestras acciones contra esas factorías perseguían, para los que actuábamos en función de ideales, esencialmente dos objetivos: el político, que venía dado por la buena acogida que daban peones y propietarios criollos a la toma y posesión de ellas, y el económico, que se reducía, en lo fundamental, a decomisarles las armas y el dinero.

No sucedía lo mismo con los cuatrereros que nos acompañaban; para ellos las cuestiones giraban en este orden: caballos, sillas, marotas, espuelas, frenos, jáquimas, tapaojos, etc., etc.; de allí en adelante, empezaban a interesarse por algún dinero, un radio, ropas, vestidos u otros adminículos, sobre todo cuando comenzaban a recordar a las esposas, novias, amigos, etc.

Habíamos advertido que siempre se presentaban riñas entre los guerrilleros de ocasión por el reparto del botín; para evitarlas, dictamos una orientación general: nadie debía sentirse dueño o propietario de lo que agarrara, hasta que se procediera a un reparto equitativo de acuerdo con las necesidades y el comportamiento que había demostrado cada uno. Con esa finalidad, tomábamos la providencia de fijarnos bien, en lo que llevaba cada quien antes de entrar en el hato.

En la ocasión a la que me referiré, en chanza y mamadera de gallo dije a uno de esos llaneros:

– Arcadio... sabes que ese fieltro y ese freno no lo traías ayer...

Al llanero no le gustó la jodedera, pero no le di importancia. Veníamos descorchando botellas y más botellas de licor: uno de los grandes errores en que incurrimos a menudo.

Llegamos a un sitio llamado Camburital, en sabanas del hato “Mata ‘e Cedral”, cerca de donde nace el río Matiyure; allí decidimos dormir, dejando el reparto para el día siguiente. A los llaneros se les ocurrió que debíamos comer carne fresca y se disponían a caerle a tiros al ganado. Me negué a ello, puesto que acabábamos de comer en abundancia: tampoco aquello gusto a Arcadio. No me aguantaba la pea y apenas me tendí, quede rendido... mi compañero Simón tenía por norma que si yo estaba tomado, él no lo hacía... en previsión de cualquier cosa; no obstante ésta feliz y acertada medida de prudencia, era pesado de sueño.

Cuando amaneció observé unas conchas de balas de revólver disparadas y pregunté:

– ¿Quién disparó anoche y con que finalidad...? Vamos... los pongo en confesión si no me lo dicen...

– No don Flor... fue que usted antes de acostarse dio la orden de

que si pasaba ganado cerca, tratáramos de matar una res para comer – contestaron a coro.

– Mentira, bandidos; no pude haber dado esa orden porque acabábamos de comer cuando acampamos aquí.

Dejé las cosas así, pensando que tal vez pudo haber sido como ellos decían. Mandé a colocar los materiales para proceder a reparárselos; observa algunos de los llaneros escondiendo falsos, frenos y otras cosas y les dije:

– Acá, Pedro, ponga eso aquí que no es suyo... usted Guate, ese falso no lo traía ayer... Arcadio, pase ese fieltro para acá, no sea pícaro... ¡carajo!...

Aquella bestia humana Arcadio Rattia, que venía cargado contra mi persona y bajo los efectos del alcohol de la noche, peló por una cuchilla y blasfemando todo tipo de groserías se me vino encima: los compañeros saltaron y forcejearon con él hasta quitársela. Yo sencillamente veía y esperaba con la ametralladora montada.

– Este jipato coño ‘e madre que se la da de más hombre que los demás... déjenmelo... suéltenme que yo sí le bebo la sangre a ese hijo ‘e puta... yo sí le voy a enseñar a regaña a los hombres.

Y berreaba y barquineaba sujeto por sus compañeros. Pasó el incidente. Se efectuó el reparto y nos despedimos...

Al año justo del incidente relatado, un llanero leal y amigo, camarada Ramón Armario, que se había hecho mi compadre, en una entrevista que tuvimos me dijo:

– Compadre, aquí le traigo al guate Segovia para que le cuente lo que pudo haber pasado en Camburital aquella noche que allí durmieron... para esto lo he esperado durante todos estos meses... y he reclamado a mi compadre Guate que fue muy mal hecho el no habérselo contado en su oportunidad...

– ¿A ver Guate, cómo es la cosa... de qué se trata...?

– Gua, don Flor, que esa noche que dormimos junto a la laguna de La Barretera, Arcadio logró convencer a su hermano y al otro llanero pa' que los matáramos y los descuartizáramos allí mismo; decía saber de unos pozos profundos en el caño del Rosario donde no los encontrarían más nunca... al último que llamaron para consultá fue a mí... Yo me resistí, tratando de convencerlos: les decía que como le íbamos a echar esa vaina al hombre que se ha portao como un padre pa' nosotros... nos da comía, ropa, armas, dinero y le vamos a paga con eso... ellos empecinaos me decían:

– Tu si eres güevón y jalabolas, Guate; tu no ves que a ellos naide los reclamaría y ahorita están mogoyos... fíjate... y pan, pan... le hicieron dos disparos sobre la cabeza a Simón pa' probame que no se despertaría... fue en ese momento que cogí el M-1 de Simón, lo monté, los apunte y les dije: el que me de un paso adelante lo mato... y así los mantuve toda la noche a raya hasta que amaneció.

De escuchar el cuento se me erizó la piel, pues existían antecedentes de esos crímenes; monté en cólera:

– Piazo e güevón... ¿Por qué tú no me lo avisaste...?

– Porque usted estaba muy rascao...

– Le hubieras avisado a Simón...

– Es que si yo lo llamo... él lo hubiera levantao a usted y yo no se lo que hubiera pasao...

A partir de ese momento me impuse la tarea de localizar a esos cuatrerros para ajustarles cuentas. Ya no se encontraban en esas sabanas: se habían pasado para el otro lado por no sé qué otras tropelías que habían cometido. Se trata una vez más de los ya conocidos hermanos Arcadio y Pedro Rattia, quienes en circunstancias parecidas le habían quitado la vida a Juan Mechita,

compañero de banda, cuyos restos fueron a parar a los pozos profundos del caño Caicara

Como se desprende del relato anterior, ni supimos ni pudimos darle una orientación y encuadre para los objetivos que perseguíamos a aquella masa irredenta de llaneros cuatrerros, tanto por que la proporción de los revolucionarios conscientes de lo que perseguíamos con respecto a ellos nunca excedió el 20%, como por no contar nosotros con la suficiente experiencia y carecer de estructura de Partido. Fuera del botín material inmediato más nada les interesaba; no podía ser de otra manera en hombres políticamente incultos y sin ninguna práctica de lucha social organizada. Lo de ellos eran los caballos, el ganado, sillas, cobijas, sombreros, ropa y algún dinero. Mucho hicimos en no permitirles excesos en nuestra presencia, cosa a la cual siempre estaban predispuestos. Del informe del camarada Camacho, extraje lo siguiente:

“...Toda esta gente que anduvo con nosotros, en principio hablaban de botín y nada más; luego, además de hablar del botín, hablaban de emplomar (emboscar) a la Guardia...”.

Es bueno señalar que no fuimos nosotros quienes creamos ese caos de tropelías y bandidaje. Cuando más, cumplimos un papel catalizador; pero el descontento de hecho existía y se mantenía latente ante nuestra llegada, aunque tenía otras formas de manifestarse y expresarse. Ya lo había observado en mis primeras correrías en la región.

De nosotros haber logrado encauzar apropiadamente esta gente en dirección a nuestros objetivos políticos, otro gallo hubiera cantado. El Gobierno se encontraba en un estado de indefensión tal en la región, que le hubiera sido sumamente difícil, en poco tiempo, montar una infraestructura, con capacidad para enfrentarnos. Pienso que el gobierno se dio cuenta rápidamente de esta situación que aceleró el trazado de las carreteras y vías de comunicación mo-

dernas que hoy conocemos, conjuntamente con el establecimiento de algunos cuarteles en forma permanente y el fortalecimiento de otros, estratégicamente ubicados, en las zonas adyacentes, tales como los de Elorza, Boconoito, el Fuerte Tabacare en Alto Barinas, algunos que se encuentran en la vía de San Cristóbal y la ampliación de los Comandos del Cantón, Santa Bárbara y Guasualito. Y nadie me llamaría a mal, si digo que los productores y habitantes del Alto Apure tienen que agradecernos indirectamente esa carreteras y los hacendados y empresarios de Barinas y otros pueblos de la región, darnos las gracias por la relativa abundancia de mano de obra apureña para explotar de que han podido disponer en los últimos tiempos.

El ensanchamiento demográfico de la mayoría de esos pueblos es el producto del éxodo no planificado ni dirigido, que se produjo en la década del sesenta y primeros años del setenta como consecuencia de la represión indiscriminada que practicaron el Ejército y la Guardia Nacional en esa zona para aislarnos de nuestra base social.

En honor a la verdad histórica, que no es otra la que me interesa, tengo que reconocer que cometimos errores y excesos o, al menos, permitimos que se cometieran pudiendo haberlos evitado. Ello se debió, fundamentalmente, a que nos dejamos llevar por la voluntariedad de los llaneros cuatreros quienes con el objetivo de justificar cualquier tropelía contra un enemigo personal, por lo general un mediano productor, que no se metía en vainas ni las toleraba; inventaban que era un chismoso, Comisario Mayor, que tenía armas en su fundo y si no, que disponía de abundante dinero, cosa que en la generalidad de los casos resultaba mentira: no eran más que subterfugios para conseguir nuestro consentimiento y aval. Parodiando, era la misma forma que, según la canta local, procedía Heriberto Fuentes Gilly, poderoso terrateniente de la región quien, según refiere el juglar, corría de su terreno a los arruinaditos que tenían un ranchito en piernas, síntomas de ser muy flojos, pero

también corrían a quienes tenían grandes haciendas de agricultura y ganados, porque “nadie le ha dao permiso pa’ para esos case-rones”. Era exactamente la posición de quien se saca el pipí y lo enseña a otros y les dice:

– “El que me lo vea es porque le gusta... y el que no es porque se lo ha zumbao...”

En general, no buscamos el combate a la ofensiva; sólo nos limitamos a defendernos y esto se debió tanto a la baja calidad de nuestras armas, en relación a las que portaba el enemigo, como por ser muy pocos para empeñar combates, pues, si bien los llaneros cuatrerros nos acompañaban a algunas operaciones, nosotros les teníamos desconfianza a la hora de combatir. Y no era un problema de cobardía por parte de ellos; era un problema del dominio de la técnica del combate y de tener confianza en el armamento. Observamos que su seguridad, antes que del armamento, la hacían depender de los remos de sus caballos. Fueron muchas las oportunidades que ante una situación de emergencia, montaban en sus caballos velozmente y se pintaban...

CAPÍTULO V

AÑO 1965

Alto y Bajo Apure

Sabanas y Selvas de Barinas

Los hospitalarios y generosos hermanos Zapata, en retribución a nuestra amistad, me hicieron un bello presente: una cantimplora forrada en cuero repujado, el cual ellos trabajaban con mucha delicadeza. Además de eso, nos hicieron entrega de dos laticas de café Imperial con bastimento, cada una de ellas con un alimento diferente, bien preparada y condimentada. En una de ellas, un arroz blanquísimo como la sal de bautizar junto con trozos de venado; en la otra, un pollo asado. Era cuestión de elegir que comer primero y que dejar para mañana. El camarada Simón me dijo:

– Coño, Ernesto, se parece a los pollos que hornea mi mamá; ¡la pinga!, vamos a comernos ésto primero... tengo tiempo que no como un pollo así... doradito.

Le lancé un discurso contra la gula y terminé haciéndole un llamado a la previsión:

– Mañana tendremos también hambre y no sabemos si vamos a encontrar; si guardamos el pollito tendremos la seguridad de que comeremos algo bueno...

El compañero terminó por aceptar mi consejo... al día siguiente, como a las once de la mañana, acampamos a orillas de una laguna bajo el cono de sombra que proyectaba un grande y hermoso matapalo, de follaje verde intenso en medio del estío; desensillamos los caballos y tomamos las provisiones para disfrutar a nuestras anchas del rico banquete que nos esperaba.

– Busca agua en la laguna, mientras yo voy acomodando el pollo –le dije.

¡Ay, jueputa!, cual no sería mi sorpresa al ver que el pollito estaba verde violáceo y con mal olor... quería desaparecerme antes que llegara el compañero con el agua y supiera la noticia. Cuando le comunicué la novedad, de santa vaina no me cayó a tiros.

Después de ese almuerzo frustrado, deambulamos mi compañero Simón y yo durante varias noches en los cajones de sabanas, costas de lagunas y caños que se encuentran ubicados entre el río Arauca y el Cunaviche y entre éste y el Capanaparo. Aquel par de quijotes que se turnaban el puesto de espaldero, no podían calificarse propiamente de guerrilleros; eran sencillamente un par de sonámbulos que caminaban en dirección al este, siguiendo la estrella del día o cualquier otra ubicada en esa dirección, para salvar el pellejo. Durante las noches, muchos fueron los sustos que durante esa travesía recibimos de los fuegos fatuos de la sabana; a veces los tomábamos por linternas o focos de vehículos que enfilaban en dirección a nosotros, quienes al sentirnos descubiertos, según nuestra presunción, echábamos a correr sin dejar de voltear de hito en hito e intercambiar impresiones. Desaparecida la luz y con ella nuestro miedo, regresábamos al camino abandonado sin descuidar el tener presente de que mano lo habíamos dejado.

Caminábamos... caminábamos siguiendo la estela blanca de polvo dejada por las llantas de los vehículos que en diferentes direcciones cruzan la sabana para esa época del año. De repente:

– Cámara... aquello si es un carro.

– Pero si no se le oye motor, Simón... – y me quedaba viendo y oyendo fijamente.

– ¡La pinga, cámara!... si es.

– Está bien... échate hacia la derecha... vamos a dejar que nos pase por la izquierda; no olvides que el camino lo dejamos a esta mano...

– Corre... corre... que viene hacia nosotros...

Parábamos la carrera y volteábamos a mirar, pero la luz había desaparecido y así, sucesivamente, nos ocurría varias veces durante la noche.

Objetivamente, ese fenómeno óptico de las luces que se da durante las noches, tiene su explicación en los fuegos fatuos, en las candelas propiamente dichas y en el reflejo de la luz de los astros que semejan focos o linternas “ahí mismito”. Pero también existe una causa subjetiva: para el que huye en la sabana abierta durante las noches, en lo fundamental su vida depende del trabajo y función que desarrollan dos sentidos, la vista y el oído. Con la primera se alerta de la luz y del color blanco; con el oído ausculta, diferencia y selecciona los ruidos que le trae la brisa. La intensa concentración en esas dos direcciones, es la causa de muchas deformaciones y engaños.

En mis años de escolar me había tropezado con numerosos condiscípulos que hablaban de los hatos de sus padres enclavados en las profundidades de la llanura apureña. Albergaba entonces la esperanza que de encontrarme un antiguo condiscípulo al azar en esos medios, automáticamente tendría que ser un señor de bien; sin duda allí encontraría refugio y protección.

Los niños cuyos familiares disponían de pocos recursos, nunca hablaban del llano adentro. Por ello, había concluido que sólo una parte de los hijos de los pobres, los que vivían en la ciudad o en sus cercanías, iban a la escuela. Mi razonamiento, lógico y sencillo, no me traicionó.

Una de esas noches, nos sorprendió el amanecer entre dos grandes propiedades a orillas del Arauca. A la primera, por ser demasiado señorial, la pasamos abiertos afuera... echándole cortafrío a sus alambradas. Cuando amaneció, detuve a un campesino que se desplazaba por el camino real, me lo llevé aparte y lo interrogué:

- Cámara... ¿cómo se llama esa propiedad que se encuentra allí?
- señalándola.
- Es el hato “El Piñal”... no me suena... ¿y aquella otra?
- Es el hato “Santa Marta”.

– “Santa Marta”... “Santa Marta”... ese como que si me suena... ¿y quién es el dueño?

– Ese fue el hato del señor Luciano Silva, pero él murió.

– ¿Y él no tenía un hijo llamado Santiago?...

– Si, como no... Santiaguito; él es el que está al frente del hato. Ahorita pase y lo vide... allí mismo en la puerta ‘e tranca.

– Está bien... muchas gracias...

Y se marchó. Regresé donde Simón y le dije:

– Carajo, hermano, la propiedad que se encuentra mas adelante pertenece a un ex condiscípulo y amigo... al que no veo desde hace muchos años... yo voy abordarlo.

Enfilé mi caballo en esa dirección y me encontré a mi amigo en la misma posición que lo había descrito el campesino. No lo veía desde hacía más de veinte años; pero al instante lo reconocí, no así él a mi. Después de saludarlo y hacerle una chuscada de que iba a hacerlo preso, me le identifiqué y expliqué mi situación. Me escuchó sin inmutarse. Me recibió y acogió con manifestaciones de cariño y ternura. Llamó a su esposa Ursula e hijos y la actitud fue la misma. A partir de ese momento, todo se nos hizo más fácil...

A través de este amigo y a instancia mía, establecí contactos con otros productores de la región; entre ellos, con el amigo Aquilino Díaz (a) Macho Amarillo, propietario del hato “San Vicente”, uno de los tantos lotes en que se fraccionó aquel grande y antiguo latifundio que se llamó hato “La Yagua”, cuyo dueño fuera en su momento el General José Antonio Páez. Con este amigo acordé mantenerme en su hato en calidad de peón sin sueldo, cosa que hice durante varias semanas.

Aquilino había sido mi condiscípulo en las aulas escolares y nuestra amistad se había prolongado en el tiempo, sin importar

las motivaciones diferentes y caminos contrapuestos por donde nos llevó la vida.

Como buen llanero, era hospitalario y amplio: por encima de la ideología o credo político estaba la amistad. Era también muy apegado al precepto, rasgo dominante del carácter regional, de que “el coroto no es del amo sino de quien lo necesite”.

El amor tiene tantas acepciones como inclinaciones el género humano. Todas las manifestaciones del amor tienen en común la sublimidad y el darse y entregarse sin tasa ni medida. De tanto echarle cabeza, uno llega a la conclusión de que toda obra grande en la vida se hace con amor. De las tantas manifestaciones que él tiene, por ahora me interesa una: el amor pasional, que es el que se profesa en otra persona del sexo opuesto, que tiene su expresión inicial más ostensible en el besarse y abrazarse, su continuidad y su conclusión en las relaciones sexuales y su culminación en el orgasmo. Por él se hacen prodigios y nos esmeramos en los medios para su satisfacción y complacencia. La forma más grotesca y vulgar de la grafía de registrar el fenómeno la hace el hombre sencillo cuando dice que “un pelo ‘e culo jala más que una yunta ‘e buey”... o lo expresa en forma romántica o poética en la siguiente copla:

*El marrano busca el barro,
el burro busca el polvero
y una mujer cariñosa
jala más que un buey yuguero.*

Una tarde, como a la hora en que duerme el burro, regresaba a galope y cantando como de costumbre, de la jornada diaria de faenas de llano que me había autoimpuesto para justificar mi estadía allí. Me disponía a colocar la silla en el “cuarto de pícaro” que se me había asignado y cuál no sería mi sorpresa, esta vez grata, que en vez de encontrar mi hamaca mugrienta, solitaria y maloliente como todos los días, me encontré en ella a mi esposa y mi hijo, a quienes hacía

en Caracas. Esta vez vino a mi imaginación el atentado septembrino que hizo exclamar al Libertador, una vez superado el incidente: “queréis matarme de gozo ya que no he muerto de dolor...”

Había recorrido aquella criatura con su hijo a costas casi mil kilómetros para verme, habiendo tenido que usar en el trayecto casi todos los medios de locomoción de que se vale el hombre para vencer y superar las distancias. Aquella ternura, de no haberme conocido y amado, quizás nunca se le hubiera ocurrido traspasar los estrechos linderos de la parroquia en que había nacido. Sin embargo, impelida por ese duende sagrado e imperioso que llaman amor, se valió de automóvil, avioneta, jeep, caballo, fuera de borda y, finalmente, de sus paticas para llegar a aquel rincón oculto de la geografía donde yo me encontraba. Son los pocos momentos de éxtasis y relax que le dejan a uno aquella vida azarosa e incierta. Justo premio y merecida sanción que nos prodiga el Dios de la casualidad.

Como había llegado mi esposa, Aquilino se esmeró para que no faltara comida, especialmente la carne que, por antonomasia y excelencia, es el alimento del llanero. A la mañana siguiente de llegar mi compañera, dio la orden:

– Silverio y Alfredo... vayan y busquen una res para matarla... ustedes saben dónde...

En la tarde tenían un novillo pegado a pata de palo, como de catorce arrobas.

– Aquilino... allí trajimos uno que tenemos pegao a pata ‘e palo; ve a ve que te parece...

Fue y se quedó mirándolo; como no le parecía, hizo un gesto desplaciente y dijo:

– Vayan y busquen otro... con ese solo no alcanza...

Fueron los llaneros y trajeron con mucho sacrificio otro novillo chavero de la misma alzada y también lo pegaron a pata ‘e palo.

– ¿Alcanza con ése?...

Y mi mujer, que sólo iba a pasar ocho días, acaso si comía cien gramos de carne por ración...

Todos nosotros cuando fuimos niños sentimos fiebre ante cualquier juguete novedoso, y la agitación se apoderaba de nuestro espíritu buscando repetir la experiencia.

Ensilábamos el caballo “Caja de agua”, el de mayor alzada que tenía mi amigo en la madrina y, como la familia bíblica, montábamos en él dando paseos por la sabana. Aquel niño espoleado hasta el vértigo por su primera experiencia de jinete, no se cansaba de repetirme:

– Papá... ensilla ‘aballo... papá... ensilla ‘aballo...

Buscaba complacerlo ensillándole un burrito que tenía más a mano, pero él no se dejaba meter gato por liebre.

– No, no papá... ése no... ‘aballo feo...

– ¿Y por qué no te gusta éste?, si es lo mismo...

Y me repetía que no, tratando de hacerme comprender que era muy chiquitico, tenía los dientes feos y las orejas muy grandes.

Pocos días después de la partida de mi esposa, me llegó una correspondencia; por ella se me informaba que venía una gente de San Fernando a entrevistarse conmigo. Mi problema consistía en hacerlo sin levantar sospechas y no comprometer a mi amigo Aquilino.

– Cámara... tengo este problema y no hallo como resolverlo...

Se quedó pensando y al cabo de un rato:

– Yo se lo voy a arreglar.

Y se fue al pueblo; en la tarde vino contento y me dijo:

– Está todo arreglado... lo único que nos falta es la carne.

Nos embarcamos en un carro y marchamos para el pueblo. Por el camino, con una bala de veintidós, le dio un tiro a un mamantón y como éste no cayera, le pasó el Jeep por encima.

Casi entrando al pueblo me enseñó un minifundo, al lado del cual se encontraba un topochalito. Llegamos y me presento a los dueños; dio las últimas instrucciones y me dijo:

– Cámara... usted se queda aquí; yo paso pal pueblo a buscá los invitaos...

Y se apareció con toda la gente representativa del poblado: el teniente, el juez, el cura, el jefe de la policía, el médico y los tres o cuatro comerciantes más importantes. Al llegar se dirigió hacia mí y en voz baja me dijo:

– No temas nada... que para ellos, tú eres el asador; mantente al lado de la carne. Aquí esperaremos a tus camaradas...

Llegó la gente... les presentaron al asador de la carne, se cayeron bien y fraternizaron...

Jamás hice otra reunión política rodeado de mayor seguridad y con mejor ambiente...

Días felices y tranquilos pasé en aquella propiedad, por el trato que se me dispensó. Muchos amigos me visitaron, tanto de San Fernando como de los pueblos de las inmediaciones, una vez que restablecí contactos y ubiqué mi paradero. Pasaba los días escribiendo cartas a amigos y conocidos, haciendo relaciones públicas entre los humildes moradores de aquellas localidades y ayudando al dueño de la propiedad en sus quehaceres diarios.

A finales del mes de marzo, recibí en ese hato a un compañero de

apellido Forniato (a) el tigrito, a quien conocía desde mis tiempos de estudiante de Ingeniería. Venía de Caracas y tenía tiempo tratando de localizarme por orden del partido. De manos de él recibí una pequeña esquila cuidadosamente redactada y firmada por el Comandante Bracamonte, jefe de la Comisión Militar Nacional del Partido, a quien no conocía ni llegué a conocer. Debía trasladarme para el 20 de abril a un sitio ubicado en el extremo suroeste de la Selva de Ticoporo, a cientos de kilómetros de donde me encontraba en esos momentos.

Por el tigrito me enteré de una serie de sucesos que habían acaecido en el mundo, en el país, en el partido y en los Frentes Guerrilleros durante esos meses de deambular en la sabana, por él me enteré de la muerte de los compañeros Héctor Rodríguez Armas y Julio César Rodríguez, a los quienes me referí en páginas anteriores.

Mi compañero de andanzas, el gran Simón, disfrutaba mientras tanto de unas merecidas vacaciones en San Fernando donde nadie lo conocía; había salido hacia esa ciudad desde los primeros días de nuestra llegada al ható.

Para cumplir la orden recibida debía dirigirme a Barinas, siguiendo la vía Guachara, El Yagual, Achaguas, Mantecal, Bruzual, Barinas, Santa Bárbara y de allí a la selva, donde se hacían esfuerzos por cuarta vez para reestructurar el Frente Guerrillero de los llanos.

Con dos baquianos de la sabana, hice de noche en jeep el recorrido en dirección a las cercanías de Mantecal. Uno de ellos cargaba un sombrero que llamaba mi atención y al cual echaba vistazos de hito en hito. Como el guía advirtiera mis miradas, me dijo:

– ¿Le gusta?... es suyo... que lo aproveche...

– No, compañero... usted lo necesita más que yo... déjelo...

– Ya le dije que se lo regalaba y ese es mi gusto... no me lo desprecie porque me le ofendo...

Ante tanta insistencia, tuve que quedarme con la prenda: un Borsalino cinco X, con una inscripción por dentro: MM. Merchi Maldonado.

Le puse mucho amor al sombrero; me quedaba bien y me sentía coqueto con él. Posteriormente, al llegar a Ticoporo, le hice un barbiqueo con los colores del pabellón patrio. Podía olvidar cualquier cosa, menos el arma y mi sombrero.

Todos los seres humanos sentimos predilección por algunas prendas de uso. El conjunto de preferencias cambia con las culturas y estás en función de las necesidades. Para los habitantes de la llanura, entre todas, el sombrero ocupa un lugar especial y se considera un irrespeto merecedor de la peor sanción, el que se coja de burla a esa prenda del llanero. Forma parte entonces de su personalidad. Tanto es así, que cuando reafirma su independencia y libertad exclama:

*Sobre la paja la palma.
sobre la palma los cielos,
sobre mi caballo yo
y sobre yo mi sombrero.*

En ese momento, tuve conciencia de cuánto comportaba para aquel llanero el precio de aquella renuncia.

Al pasar por Achaguas me ocupé de reclutar a algunos combatientes y les di las instrucciones de seguir las rutas normales para juntarse conmigo en la ciudad de Barinas.

Pasando por el hato “El Frío”, entramos a comprar algo para matar el hambre y nos encontrábamos comiendo galletas y potes, cuando empezó a fallar la planta de alumbrado de la propiedad. El dependiente salió a averiguar la causa de la falla y yo, sin pensarlo dos veces, con una mano me impulsé por encima del mostrador ante la

mirada atónita de mis acompañantes. Bajé cuanto se me ocurrió de los estantes y dije a mis compañeros:

– Metan en el carro...

En un santiamén, hice el salto de regreso con la agilidad de un gato. Mis acompañantes, no acostumbrados a estas cosas, aún no se habían repuesto de la sorpresa: les reclamé imperativamente:

– ¡No joda!... metan en el carro –y tuve que ayudarlos.

– ¿Cuánto es, señor?...

– Paguen cuatro cincuenta...

Y arrancamos. Muchos kilómetros después fue cuando a mis compañeros les volvió el alma al cuerpo.

Como estaba previsto, mis acompañantes me dejaron en las inmediaciones del pueblo de Mantecal.

En 1945 teníamos lechería a orillas de un río llamado Apure Seco. A un primo de mi edad se lo llevó un tío para el Alto Apure: tierras lejanas y remotas para nuestra imaginación infantil de campesino veguero, donde según el decir la tierra se juntaba con el cielo, no se ordeñaba en los rebaños, los jinetes dormían arriba de los caballos y las reses se asaban “con to’ y cuero”:

*Donde los toros eran bravos
y no se corrían con gritos
y ellos los amarraban
con concha de manirito.*

Era como decir la Cochinchina.

A pesar de que yo llevaba como dos años corriendo en esas sabanas, no había podido ubicar a mi ubícuo pariente pese a lo mucho

que de él se hablaba y ponderaba como llanero listo y charrasco; era escurridizo como las guabinas y vivía como el judío errante. Donde yo llegaba y preguntaba, me respondían:

– ¡Ay, Don!, anoche se fue de aquí... si hubiera venío más ante se topa con él; de toas maneras búsquelo en El Muelto, puee que se dé la mano con él...

Y ya en El Muerto y después de vencer la resistencia y aprehensión de don Eustaquio Leal, el dueño del fundo que lleva ese nombre:

– Mire... yo le voy decí la veldá, catire... por esa luz que nos está alumbrando, si es cielto que ese hombrecito durmió jacé como tres noche... pero cuando él se escabuya... no dice a naide pa' onde ni hacía onde va a chocá... de toas manera ¿usté no lo busco en la Mata e Joso?... mire que puee está pa esos lao... pero si usté se quiere topa con él, de segurito que se lo encuentra po esos lao de Palmarito y si no, él es bien seguro en esos cachales de la Victoria. A veces rumbea hacia La Trinidad de Orichuna, hacia los laos de Mata 'e Charro abajito, en esas costas de Caño Jesús... puay le pueden da razón... bien seguro... puay siempre se arrancha gente buscá puel Gobierno...

Siempre era lo mismo. Me había echo a la idea de no buscarlo más.

Aquel día llegué a un hato llamado “Mata de Mamón” del guate Mon Bona. La deshidratación y sed que siguió al aguardiente bebido en abundancia en compañía de los baquianos que me habían acompañado hasta las cercanías de Mantecal, me llevaban muerto de sed, como quien ha cenado con pescado salado.

Me dirigí al perímetro que encontré:

– Bueno día...

– Buenos días... pase adelante, amigo...

– Mucho gusto... Me llamo Ernesto Guerrero... para servirle... ¿dónde se encuentra el dueño del hato?

– El ahorita no se encuentra aquí... pero si quiere espérelo... no debe ‘ilatá...

– Regáleme un vaso de agua.

– Como no... ¿no quiere café?

– Sí, si por querer es que estoy vivo... ¿no será que me puedo chupar unas naranjitas de esas?...

– ¡No faltaba más!...

Y comenzó a tumbar y a pelar naranjas y yo a chupar con fruición y avidez.

– ¿Y el amigo como que viene seco... y estrasnochao?...

– Así es.

Llegó el dueño del hato a quien conocía y nos pusimos a conversar; el llanero no se apartó de nuestro lado.

– Que hombre tan atento tiene usted aquí... desde que llegué no ha hecho sino complacerme hasta en mis más pequeños deseos...

– ¿Y ustedes no se conocen? –dijo el propietario.

– No...

– Mucho gusto... Ernesto...

– Díaz... -respondió el llanero.

– ¡No me vayas a decir que tu eres Donato!... –y advertí en los suyos los ojos de mi tía Isolina.

– El mismo que viste y calza.

Allí nos abrazamos y nos echamos a llorar y a recordar tiempos idos y familiares. Me ofreció dinero que no le acepté, pese a que no cargaba. Llevé en mi mente la imagen de sus ojos tristes y el feliz y casual reencuentro, el resto del camino.

Llegado a Barinas, a través del Comité Clandestino del Partido, recluté otros combatientes. Entre los prospectos que me presentaron para que los conociera, les hablara y los preparara, estaba el Babo... “mi dolor de cabeza de otros días”. Hice un gesto de negativa con la cabeza al ver nuevamente a ese ciudadano y dije:

– ¡La pinga, camarada!... a ese hombre no me lo llevo yo: “el que se pela una vez, le queda la concha floja”.

El dirigente del partido, camarada Arístides Araujo (a) Irisma me convenció hablándome de la ley de los contrarios y demostrándome por esa vía que lo malo es susceptible de convertirse en bueno.

– Tal vez tenga razón – me dije. Está bien, me lo llevo otra vez.

De los muchos hombres que me prometió Achaguas, jefe montonero local del Bajo Apure, solamente se apareció con un solo combatiente, un pastor evangélico, ladino, de palabra fácil y capacidad verbal para convencer, que se hacía llamar Matiyure por su origen ribereño, del nombre de este río del Bajo Apure. Su nombre Agustín Montoya, cuyo aporte fue decisivo en la campaña que se inició esa entras de agua, en la dirección de ganar para nuestra causa la voluntad de los moradores de esa comarca, en su mayoría practicantes del culto evangélico y, con quien reñí arrechamente en los primeros tiempos por razones de carácter, superado el impasse nos hicimos amigos para siempre.

Ubicados en Santa Bárbara como quien dice “a pata ‘e jeta”, siguiendo el curso del camino teníamos que andar esa noche no menos de cuarenta kilómetros a pie, hasta salir a los claros de las sabanas de Paiva. Eran las instrucciones que tenía el guía: no detener

reclutas a medio camino para evitar que los campesinos, aún no contactados, se enteraran.

Apenas si habíamos andado unos ocho kilómetros por pajonales y fango, cuando el Babo comenzó a resistirse murmurando y profiriendo insultos y maldiciones a “Jesucristo y su Corte Celestial”. Más resistido que el ganado barcino, llegó un momento que de culo se zumbó en el barro e histérico lanzaba blasfemias terribles, desgarrando el silencio sepulcral de la media noche con sus alaridos. Nunca sentí más cerca la tentación como en ese momento de matar un hombre al arma blanca, para evitar la delación de los disparos. La paciencia del guía y del compañero Achaguas lo fueron llevando poco a poco:

– Ande camarita... camine otro poquito... nos va a coger el día aquí, camarita... - se esforzaba el gigante de Achaguas en persuadirlo.

El señuelo de unos supuestos caballos que se encontrarían “más alantico” cumplió su efecto: el Babo se fue dando detrás de la promesa. De repente, como que le parecía mucho el tiempo andado y los caballos sin aparecer, volvía a entrar en trance y como picado de raya se tendía nuevamente dando alaridos y comenzaba:

– Coño ‘e la madre... maldito sea Cristo y su Corte Celestial... yo como que estoy maldito, no joda... cada vez que intento ser guerrillero lo menos que hago es eso... me fui pal Alto Apure y lo que me daban era un par de taparas pa’ busca agua entre unos barriales; tenía que embarrarme hasta las narices de fango que parecía un Babo, antes de poder encontrarla... después me fui pa el Charal y Juan Vicente lo que me puso fue a molé fororo, dizque pa’ tené reservas pa’ seis meses... y no me despegaba del molino hasta que no estaba al rojo vivo de tanto darle vuelta al mango, ya lo que parecía era a king Kong del grueso de los brazos que no me cabían por las mangas de las camisas... todos los maíces que cosecharon los campesinos de esa zona, ese año tuvimos que tostalos y

molelos en fororo... ahora me vengo paquí y lo que me ponen es a rejendé fango... como si máma hubiera sio mula...

Tuvimos que dejarlo cuando se dio cuenta de que no había caballos por ninguna parte y regresar al siguiente día por él.

Nos recibió el Chino a la entrada de las sabanas de Paiva en el Distrito Ezequiel Zamora del Estado Barinas; su trato fue cariñoso y cortés para conmigo, aunque discreto y diplomático. Hablamos muchísimas cosas e intercambiamos impresiones sobre otras, tantas como las que nos habían ocurrido en el transcurso del tiempo que teníamos sin vernos. Por él me enteré que el partido había enviado un cuadro de la Dirección Nacional para jefaturar a partir de ese momento el Destacamento. Se trataba del compañero Francisco Prada Barazarte, a quien conocía de vista, trato y comunicación desde hacia varios años, aunque jamás había sido mi jefe militar directo. Él se había reincorporado después de haber sido absuelto por el Consejo Permanente de Guerra de la ciudad de San Cristóbal. Debíamos llamarlo de ahora en adelante el Comandante Arauca. Sabía que hasta entonces era nuestro jefe político-militar honorario más inmediato, por los muchos esfuerzos que había hecho en la dirección de desarrollar y consolidar el Frente de los Llanos desde la periferia. Sus méritos adquiridos en esta dirección no estaban en discusión. Para el momento de mi llegada se encontraba fuera del Frente cumpliendo tareas de dirección.

Me preguntó el Chino Camacho por el aspirante a guerrillero que habíamos dejado atrás y le dije que era el Babo.

– ¿Para que te lo trajiste, Ernesto?... si tú sabes como es de conflictivo ese compañero...

Para finalizar me dijo:

– La otra gente se encuentra del otro lado del Suripá con Ariel; anda e incorpórate allá.

No me dijo “anda y toma el mando” como correspondía a mi antigüedad y jerarquía. Entendí en ese momento que volvería a “ser piñón después de haber sido dueño de hato”. Era lógico que así sucediera; me presenté sin tropas y este detalle, que no es tan menudo cuando de refrendar una jefatura se refiere, era el rasgo definitorio y tangible de que había perdido la partida. Sin embargo, eso no me alarmó ni me quitó el sueño; entendía y aceptaba la nueva situación como volteretas del destino y venía a mi imaginación aquellos versos del corrido de Florentino y el Diablo, que dice:

*Lo que se perdió no importa
si está de pie él venció,
porque el orgullo indomable
vale más que el bien vendido...*

Confiaba en mí y eso era más que suficiente.

Globalmente hablando, habíamos aprendido mucho. Desde los primeros momentos, advertí que se actuaba con seguridad y precisión como correspondía a quienes ya conocían y dominaban el oficio. Gracias a la inteligencia y capacidad del Primer Comandante, así como a la experiencia colectiva, especialmente del núcleo que ya teníamos una experiencia acrisolada, las cosas comenzaron bien. Los buenos métodos y estilos en la forma de conducir y dirigir hicieron lo demás.

Con fino tacto se hizo un trabajo de penetración entre el campesinado, se entrenó militarmente al personal, se exploró y reconoció la zona de manera ininterrumpida, se dictaron cursos de formación política y doctrinaria, se elaboraron algunas propagandas y se mantuvo un contacto periódico con los núcleos de Dirección del Partido de San Cristóbal y Barinas y, a través de éstos, con Caracas. Tan afinada estuvo la actuación del mando que hasta los tres o cuatro grandes propietarios de la localidad, a quienes con justicia y propiedad debíamos reconocer y aceptar como nuestros enemigos

de clase, no solamente los neutralizamos sino que además los pusimos a colaborar con nosotros.

Pero nuestro trabajo de penetración y captación no se detuvo allí, sino que hasta a la Iglesia Evangélica la pusimos a colaborar con nosotros a través de su Pastor, al grado de que la avioneta de la Misión Americana nos servía de correo y de mensajera. Este trabajo en pinzas fríamente concebido, planificado, dirigido y ejecutado llevó al jefe del puesto militar más cercano a establecer una especie de entente con nosotros: cuando por razones de servicio tenía que permitir la salida de un piquete de guardias que le era requerido por problemas de abigeato o cualquier otro motivo, nos mandaba a decir con anticipación con el objeto de que nuestra gente no incursionara hacia esos lados y evitar crearse una situación incómoda y creárnosla a nosotros. Todo pues marchaba como quien dice “viento en popa”.

Hubo momentos en que nuestra habilidad para maniobrar, especialmente la del Primero y Segundo Comandantes, pareció agotarse y, junto con ella trancársenos el serrucho, al tratar de estar bien con Dios y con el Diablo. Valga decir: hubo momentos en que nos fue sumamente difícil conciliar, o cuando menos atemperar, el enfrentamiento y choque producto de intereses contrapuestos e irreconciliables que se presentaban entre los habitantes y productores de la comunidad y que nos inducían a tomar partido por uno u otro bando. Sin embargo, logramos sortearlos felizmente para satisfacción nuestra y la tranquilidad de las partes en conflictos.

Tal fue el caso de un rico propietario llamado Remigio Rosales, dueño del hato “El Ave María”, quien hizo contacto con nosotros y mantenía relaciones inmejorables con la intención oculta de ponernos a su servicio, para que le ayudáramos a vigilar indirectamente sus rebaños que eran numerosos y cuyo control sobre los mismos era muy precario, tanto por su número como por la extensión del territorio en que pastaban. Los cazadores furtivos que se adentra-

ban en la selva provenientes de los pueblos o vecindarios de Santa Bárbara, Pedraza la Vieja, Capitanejo y otros, en vez de andar pendejeando en busca de animales de monte que tanto abundaba en la zona y arriesgarse a que los picara una cuatronariz, lo que hacían era internarse en uno de los tantos cruceros que dejaron las petroleras en esa selva, salían a los claros de la sabana de Paiva por unos rincones llamados El Miedo, le daban un tiro a cualquiera de las reses de don Remi y se la llevaban despresada. Esa fue la razón por la cual este señor, con el mayor agrado y voluntad, nos había empuestado en esos lugares sin nosotros advertir tan hábil como legítima maniobra de su parte.

Don Remigio Rosales era un llanero “aguatao” del piedemonte andino, de recia fibra, guapo, decidido, abstemio y trabajador incansable. Celoso de su autoridad, no permitía que se le discutieran sus órdenes: era “esto” y eso debía hacer. Desconocedor de las finanzas modernas, prefería atesorar locha a locha, céntimo a céntimo, lo que capitalizaba en buena ley. Se cuenta de él que salía bien de madrugada para hacer los ochenta y cuatro kilómetros en mulao, ida y vuelta, que separaban su propiedad del pueblo más cercano y venir a desayunar a su casa, a objeto de no verse obligado a tomarse un fresco.

Una tarde triste y lluviosa cualquiera de entradas de agua, se me acercó don Remigio:

– Mirá Ernesto, quiero hablá contigo... porque dentro de todos se ha dicho que tú eres un hombre guapo y criminal experimentao... y lo que yo quiero de ti es que me mates a Ernesto, un tocayo tuyo que es mi yerno... dizque anda buscando abogados para exigirme la herencia que le corresponde a mi hija que está casada con él... y eso no lo tolero yo porque a todos los enseñé a trabajá y me heredaran cuando yo muera... quinientos bolívares te voy a da si me lo matás...

– ¡Coño, no!... ¡la pinga, don Remigio!... a usted lo informaron mal. En primer lugar, yo no soy ningún criminal... usted me va a perdonar... pero debiera saber que nosotros no andamos en eso. Nuestra lucha es contra el Gobierno, por lograr que algún día todos vivamos bien... pero nunca resolviendo problemas personales...

Se quedó callado y no volvimos a hablar más sobre el tema. Debí inspirarle confianza para sus propósitos por mi color jipato, las oscuras cuencas de mis ojos hundidos por el hambre, el “estrasnocho”, el insomnio y mis pómulos angulosos.

Semejante proposición hizo semanas después al Comandante Arauca, pero entonces a propósito de los ladrones “comevacas”, cuando consideró que no le estábamos haciendo bien el trabajo. Llamó al Primer Comandante y “a boca ‘e jarro” le dijo:

– Mira, Arauca... yo les voy a regala quinientos bolívares por cada oreja de “comevaca” que ustedes me presenten.

El flaco se le cagó de la risa, pero de manera tan convincente le razonó que el señor entendió sin que por ello quedara conforme. No obstante, continuó manteniendo las mejores relaciones con nosotros.

Más allá de la explicación satisfactoria, el Flaco Arauca convino que a lo más que podría llegar con él en defensa de su patrimonio, era reorientar a los ladrones come ganados en otra dirección. El estuvo de acuerdo con esa sugerencia y el mismo nos suministró el hierro, la señal y el nombre del dueño de los ganados a los que podíamos dar luz verde para cuatrerear. Se trataba de una mancha de ganado perteneciente a los hermanos Alarcón, testafierros de una firma comercial ubicada en Caracas. Creo que se trataba de la compañía Beco-Blohm. Pacto que cumplimos: fue una salida inteligente...

Cuando sobre los horizontes de la Patria haya desaparecido la lucha de clases y nuevas generaciones de historiadores no prejuiciados

por las luchas contemporáneas, se dispongan a la reconstrucción de nuestro pasado histórico, tendrán que darle un trato diferente a ese raro espécimen de productor rural, que los ha habido en todas las épocas y rincones de la geografía nacional. Porque si la caracterización del hombre nuevo que nosotros los revolucionarios prefiguramos incluye, entre otras virtudes, el ser trabajador, honrado, desprendido y sobrio; y en cierta medida, aquellos productores en el medio rural, han encarnado con su práctica silenciosa, parte importante de estas cualidades, sin descuidar por supuesto el incremento de sus bienes “para que haiga”, pero haciéndolo de manera tal que se comportan más como buenos administradores, que como dueños dilapidadores, que se enseñoreaban en el lujo, el derroche, la ostentación y el confort. Tareas productivas que adelantaron simultáneamente con una práctica de solidaridad social, con sus peones y vecinos.

Es evidente que no debería equiparar esta especie de pater-familia de nuestro pasado histórico, con los corruptos y truhanes, que han levantado el pedestal de su fortuna por la vía de la succión del excedente de la renta petrolera, del manejo y control de operaciones financieras oscuras, haciendo uso de sus relaciones sociales y políticas.

Una tarde, Camacho, otros compañeros y yo nos desplazábamos por uno de los cruceros que dejaron las petroleras y que, con el tiempo, habían devenido en caminos de pícaros. En la penetración, nos encontramos una “rosa furtiva” o tumba en medio de la cual se levantaba un ranchito recién construido, entramos y nos dimos cuenta de que allí vivía y dormía alguien. Camacho me dijo:

– Ernesto... quédate y vigila a ver quién es... yo continuaré con el resto de la gente y de regreso te pasaré buscando.

Así lo hice: me retiré en el linde del monte espeso y encaramado arriba de unos árboles derribados me puse a esperar y vigilar. Mu-

cho tiempo después, se apareció el Robin Hood: venía cargado de carne y con sus ropas ensangrentadas; lo interrogué y fraternizamos. Era montañés de los pueblos del Sur de Mérida y se llamaba Mateo; en una de esas me dijo:

– Como son las cosas en la vida... me interné en esta selva hace varios meses, a objeto de no verme más envuelto en esos conflictos entre guerrilleros y soldados... Yo vivía en La Azulita: un día se aparecieron unos jóvenes que nos dijeron que eran guerrilleros; al poco tiempo, llegó el Ejército y aquello fue terrible... no se podía vivir. Ahora me vengo para acá y me doy la mano con ustedes... que sea lo que Dios quiera...

Después de esa conversación, me retiré a mi puesto de observación anterior. Era casi de noche cuando me percaté que venía llegando Camacho; no consideré necesario reunírmele enseguida, sino que dejé que llegara al rancho del campesino. Cuando vi que Camacho sacó al hombre en actitud nada amigable, interrogándolo:

– ¿Dónde ésta?... ¿Dónde?... que no lo veo. ¿Por qué carga usted esa ropa llena de sangre? Dígame...

Cuando vi que la broma iba en serio, me puse a gritar. El primer pensamiento de Camacho fue que el campesino me había matado y se disponía a fusilarlo...

Marchamos hacia el campamento base. No acabábamos de quitar los morrales, cuando escuchamos una tirazón, pensamos lo que debíamos pensar: los camaradas Guácharo, Ramón y Miguel, quienes habían salido de comisión, se encontraron con el enemigo. Nos dispusimos a ir en su auxilio.

Lo que había sucedido era que los compañeros se habían topado con una manada de marranos o cochinos de monte, también llamado marrano azul, animales gregarios que se desplazan en lotes de ochenta, cien y más.

El cazador veterano cuando se encuentra con una manada de cochino de monte, toma posición arriba de un árbol y dispara a los últimos del lote; jamás se le ocurre hacerlo sobre los que la encabezan. Nuestros camaradas, desconocedores de esta práctica, se atoraron y dispararon sobre los primeros ejemplares. Hacerlo y venírseles la manada encima fueron dos cosas simultáneas. Los compañeros se defendieron haciéndole más disparos, lo que enervó más aún a los animales; por fin, encaramados en un árbol, se quedaron quietos hasta que se calmó la tormenta y los marranos siguieron su camino, no sin antes haber quedado algunos de ellos tendidos en el campo de batalla.

Nos tocó caletear la carne de aquellos animales... y hacer una salazón. Esa tarea no estaba programada.

Con respecto a las buenas relaciones que llegamos a establecer con los grandes propietarios de esa zona, siempre he pensado que uno de los factores que, conjuntamente con nuestra elasticidad para estirar la diplomacia, especialmente la mostrada por el Flaco Prada, fue el que estos productores en su mayoría hombres sencillos, descendientes de montañeses, que en un pasado lejano sentaron reales en estos medios inhóspitos y aislados de lo que podría llamarse civilización, acumularon sus fortunas que les sirven de pedestal sobre la base del trabajo perseverante, buena administración y prácticas de vida que rayaban en el ascetismo, en lucha simultánea contra los elementos naturales. Disciplina, hábitos y virtudes como herencia genética, transmitieron a su descendencia.

El estudio de las ciencias sociales que se adentre en la investigación de los vericuetos de la vida de esas comarcas, se encontrará frente a un caso atípico. Los machos, monógamos por necesidad, engendraron abundante prole en un mismo vientre y la educaron dentro de los cánones de sencillez, modestia y sobriedad, ignorantes de los vicios, el lujo y el confort, sin ese sentido exclusivista y

excluyente de la propiedad. Por tales razones, les tenía sin cuidado el monto de la dote o patrimonio que debía tener el o la pretendiente de sus hijos, trazándose más bien por las condiciones morales y de trabajo de futuro consorte.

Pienso que rápidamente asimilarían el cambio social y las nuevas relaciones de propiedad que éste implica, hasta llegar a transformar sus comunidades en emporios de riqueza y dicha... como los pueblos ubicados en las estepas del Don.

Mi antiguo subalterno Ariel, trocado por obra de la circunstancia de mi nuevo jefe militar inmediato, ejerció su jefatura con respecto a mí con la naturalidad que lo hacen los hombres sencillos y de bien. Nada de grilletes o revanchas, ni de reacciones o de actitudes descompuestas o mezquinas. Tanto Ariel como Santiago eran sencillamente dos pimpollos en embrión del nuevo liderazgo político-militar que se perfilaba y que necesitábamos.

Por la fuerza natural de la costumbre Ariel no daba un paso sin consultarme, cosa que hacía con la mayor naturalidad del mundo, a lo que yo correspondía de la misma manera. No me costaba ninguna dificultad obedecerle; mis años de lucha me habían acostumbrado a eso. Pero como “para que existan putas deben existir cabrones”, un día se hizo presente la maledicencia, la intriga y la mezquindad en el seno del equipo.

Antes de mí llegada al campamento que jefaturaba Ariel, ya lo había hecho un compañero de Caracas a quien llamaban Marcos Pinto cuyo nombre verdadero era Edilio José López Peña; yo lo había conocido desde mis tiempos de estudiante en el liceo “Luis Espelozín”. No era mi amigo; no compartimos el mismo curso: yo le iba por encima.

La tarde que me incorporé a ese campamento se encontraban desuartizando una res. Debí de haberse comentado mucho mi lle-

gada, sobre todo entre los combatientes que provenían del Alto Apure, para que el compañero Marcos cuando me viera exclamara:

– ¿Este es el Ernesto que tanto han ponderado?... yo creía que era otro... Este lo conozco yo desde hace años... ya me tenían el sombrero lleno de cabos –rematando con un gesto de actitud displicente, como quien dice “no valía la pena tanta expectativa”.

De este mismo compañero salió días después la primera intriga dirigida a crear rivalidad entre el compañero Ariel y yo, cuando este me consultara no se qué cosa, cual había venido siendo su costumbre desde que llegué. En la siguiente reunión, el compañero Marcos, adoptando una actitud de censor romano, en voz clara e insinuante preguntó:

– Bueno, Ariel... yo quiero que aquí se me aclare... ¿quién es el jefe? porque cuando yo me vine para aquí me dijeron que el jefe eras tú y no Ernesto... por lo demás, eso fue la resolución de una plenaria que se debe respetar... sin embargo, yo veo que para todo tienes que consultarle a Ernesto...

Ariel, con toda la pureza y candorosidad de su alma, le respondió:

– Mira, Marcos... tú y todos saben que el jefe soy yo, pero como quiera que el compañero Ernesto es un veterano y tiene más experiencia en estas cosas, es lógico que lo consulte... por lo demás, yo no veo nada malo en eso.

Todos los compañeros asintieron y tomaron por lógica y normal aquella respuesta.

No obstante, el énfasis claro y categórico que Ariel puso en su aclaración, el compañero Marcos Pinto no cesó de intrigar contra mí; era como una especie de celo o rivalidad oculta que no me había planteado. Marcos no se cansaba de ponderar sus méritos militares e intelectuales, explicando hasta la saciedad las innumerables

acciones en que supuestamente había participado en la ciudad de Caracas, hasta recibir como premio a sus méritos el grado de Capitán de las FALN.

La actitud de odio y envidia de ese compañero hacia mi, llegó al extremo de transformarse en una conducta enfermiza; cuando no estaba instigando, inclusive en los más altos escalones del mando, la cogía por ridiculizarme con el remoquete de “prusi”... aludiendo con ello a la Escuela Militar Alemana en su forma ajustada e inflexible de concebir y practicar la disciplina y, por tanto, mofándose de mi modo de actuar.

Si yo pedía la palabra:

– Pidió la palabra prusi... vamos a ver qué va a decir prusi...

Si yo venía llegando:

– Viene haciendo su entrada al campamento prusi... un aplauso para prusi...

Todo cuanto yo hacía y decía era utilizado por ese compañero para ridiculizarme y ponerme en burla ante el colectivo. Nunca me había encontrado con un caso más extraño; en verdad no me gustaba; pero, por otra parte, no hallaba como evitarlo.

Era bastante moreno, casi podríamos decir que un hombre negro. En una oportunidad, busqué establecer un puente de convivencia con él y ganármelo de amistad, a ver si no me jodía tanto: sinceramente, ya me tenía acobardado. Un día le dije:

– Ven acá, negro... vamos a hablar...

Más vale que no:

– Negro será el coño ‘e tu madre... sucio... remamagüevo... sal para ver si tú eres un hombre... sal pues coño ‘e tu madre... -esponjándose como un verraco.

No le salí. Años después se convencería que no había sido por miedo; tenía otros motivos para no hacerlos... y es que la gente a veces, no sé por qué, saca conclusiones falsas.

¿Cómo le va a tener miedo a una individualidad el que ha sido capaz de enfrentar tantos peligros? Pero no siempre la gente lo entiende así. Fue el caso de este compañero.

Los camaradas Francisco Prada Bazarte (a) Arauca y David Ernesto Ostos (a) Camacho, Primero y Segundo Comandantes, respectivamente, del Destacamento, no ignoraban aquella situación, de tirantes que existía entre éste combatiente y mi persona. En cierta medida la dejaban correr, quizás por considerar que no era competencia de un Comando de Guerrilla andarse metiendo a ventilar cuestiones personales: al fin y al cabo, no alteraba la vida y las tareas del Destacamento. Sin embargo, un día se vieron en la obligación, motu proprio, de tomar cartas en el asunto. Lo llamaron a una reunión en mi presencia y lo amonestaron en estos términos:

– ¿Qué se ha creído usted? Con su conducta de burla ha molestado demasiado al camarada Ernesto... ridiculizándolo y exponiéndolo al desprecio... tenga en cuenta que el compañero es un jefe... a quien usted y los demás deben respetar y obedecer.

Claro está que cuando la amonestación se produjo, también había comenzado a llegarles agua a su conuco: no se que mala especie había hecho correr ese compañero entre el personal contra uno de estos dos jefes y se había entrometido en documentos y conversaciones secretas o confidenciales cuyo dominio y manejo estaban reservados a la Comandancia. Fue un error de procedimiento en que incurrieron este par de jefes al permitir exceso de confianza a combatientes nuevos, como fueron los casos de Francisco, Guácharo, Marcos y Matiyure, pero muy especialmente a estos dos últimos por encima de los que teníamos un currículum avalado, por una práctica en el jalonar del tiempo y de la lucha, pero que no

les éramos afectos, quizá porque tampoco nosotros les rendíamos pleitesía. Pienso que así lo entendió después el primero de estos jefes, el cuál sobrevivió a aquellos sucesos.

Por fin llegó el momento de discutir un plan de operaciones que sirviera de guía para lanzarnos en campaña. El plan que nos fue presentado estuvo precedido de profundas consultas e intercambios de puntos de vista entre el Primero y Segundo Comandantes; los demás no contábamos para nada o cuando más, lo hacíamos tangencialmente durante el proceso de gestación.

Recurro a “El Dieciocho Brumario” de Luis Bonaparte, para apuntalar lo que a continuación diré:

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo las circunstancias elegidas por ellos mismos. (...) La tradición de todas las generaciones muertas oprimen como pesadilla el cerebro de los vivos y cuando éstos aparentan dedicarse, precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionarias es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena.

El flaco reunió su Estado Mayor formado por los siguientes compañeros: él, quien lo presidía, el camarada Camacho, Francisco Jiménez (un algodonero de Barinas), Santiago, Ariel y yo. Era un plan quijotesco; no desmerecía en nada de la figura ni de la mentalidad del flaco. El plan se desarrollaría en tres fases: la primera parte debía realizarse en Barinas y las otras dos en Apure, en un lapso de cuatro meses. Para tal efecto, había procedido a dividir el personal en tres Brigadas o Destacamentos; en realidad, escasamente alcanzaban a la categoría de escuadras, atendiéndonos a la división clásica de los ejércitos regulares.

El Destacamento “Humberto Méndez Figueredo” estaba al mando de él y tenía de segundo al compañero Francisco. Un segundo Destacamento que llevaba el nombre de “Carlos Novoa Guerrero”, lo jefaturaría el Chino y llevaría al Guácharo de segundo al mando, este combatiente descendiente en línea directa de marqueses, cuyo cuerpo y talante hacían honor al pájaro del cual tomó el nombre para seudónimo; es de origen trujillano del pueblo de Escuque y su verdadero nombre José Pumar Paredes, en honor a la verdad este camarada era sereno en las dificultades y muy bueno en el combate; y un tercer Destacamento, “El Negro Primero”, que presidiría yo; como reemplazante me dieron un gigante feo llamado Achaguas a quien escasamente yo le daba por el cinturón. Cuando hacíamos formación y al frente de mi Escuadra tenía que colocarme, Achaguas, viendo por lo alto, haciéndose el güevón, preguntaba:

– ¿Y dónde estará el pijita ese jefe mío?...

Después, como advirtiéndome:

– ¡Ah!, si aquí está... era que no lo veía...

Pienso que me lo dieron como reemplazante porque en confesiones que hacía grado treinta y tres a un antiguo escudero, ahora cesanteado de sus funciones y a punto de liberarse de su tutela espiritual, hecho que él no había advertido, le decía:

– Matiyure... tenga mucho cuidao con esa gente... aguántelos mientras nos mantengamos aquí... téngame al día sobre lo que ellos dicen y piensan... por lo demás, no se preocupe que una vez que crucemos el Apure yo mato a Arauca, al Chino, a Francisco, Santiago y a todo el que se me oponga... al resto de la gente me la llevo pa’ Colombia por el Meta... allá tengo muchos amigos y armas, traeremos mucho ganado pa’ cambiá por dinero; de un solo tirón lo haré rico a usted y a su familia...

Esa cantaleta se la repetía a Matiyure cada vez que la ocasión los juntaba y de tanto repetírsela y retransmitírsela este a Camacho y

a Arauca, estos como que terminaron pensando: “la pinga... si la vaina es así que me va a matar a mí, al Chino y cada vez mete a uno nuevo en la cuenta... y en ella nunca aparece Ernesto, entonces lo mejor es ponérselo de segundo, que a ese si estamos seguros que no lo va a matar... debe ser por lo chiquitico”.

A propósito de este segundo jefe que me dieron por reemplazante diré algunas cosas antes de continuar, por ser un personaje digno de antología y un raro espécimen de los que se encuentran uno entre un billón y aparecen cada mil años. Antes de morir ya era una leyenda viviente en los territorios que lavan las aguas del Bajo Apure.

El camarada Achaguas, a quien en otros territorios lo llamaban “Tigre Taparú”, de un lejano ascendiente árabe había heredado la curva de la nariz y su predisposición para la práctica de “anticuario”; de sus antepasados inmediatos, la estatura de los antiguos filisteos. Con paciencia jobiana había logrado hacerse una maletera de las que comúnmente usan los llaneros para andar a caballo y que amarran detrás de la silla. A falta de cuero, la fabricó de lona y plástico: una verdadera joya de la artesanía, que cualquier aprendiz de industrial hubiera patentado. Aquella maletera ordinaria y estrambótica como su persona, comenzó a llenarla de cuanto cosa llegaba de la ciudad a la Guerrilla; como en las boticas del pueblo, se encontraba de todo: chinchorro, mosquitero, cobija, plásticos, libros, medicinas, jabones, nylon, anzuelos, linternas, pilas y aguardiente; pero sobre todo, ropas. Cuando la generalidad de los guerrilleros hacían esfuerzos para desprenderse de trastos y cosas para alivianarse, Achaguas hacía lo contrario: observaba no se cuántas cosas que debían quedarse y él sentía lastima porque se perdieran:

– Cámara... yo me voy a llevá esta mudita... usted no sabe, camarita, si más adelante alguien la necesita...

Y metía y metía camisangos y pantalones de todos los tamaños, calidades y colores. Si le quedaban largos, cosa que era muy difícil:

– Esta se puede recortá, camarita...

Si le quedaba corto:

– Carajo, camarita... si tiene buen ruedo... y da pa' sacale, camarita... y yo tengo una tía que lo sabe jacé...

Y chupulún... a la maletera. Cuando fue a montar aquella mudanza en ancas del caballo, por poco lo “esrenga”... con otras cositas que colocaba delante de la silla, más parecía que fuera montado arriba de un dromedario. Llegado a las chiquiticas, en medio de la persecución del Ejército, “cuando mono no carga a su hijo”, mandó todo a la mierda y se quedó escotero para andar más rápido.

Quien pretendiera equiparar el tono de su voz en proporción con su estatura cuando se disponía a escucharlo por primera vez, tomaba posición en la dirección de asegurarse en el terreno en previsión de las ondas que emitiría aquella voz de trueno: su sorpresa no tenía límite cuando lo que escuchaba era una vocecita cantarina y tierna, más dulce que la nota más suave de un violín. Había pues un marcado contraste entre su descomunal figura y el timbre musical de su voz de niño.

De los apureños heredó su capacidad para la fantasía y la mentira inocua, la ternura del cachorro y la rudeza del toro. De los indígenas, la virtud de curar con yerbas y brujerías acompañando los sahumeros con ritos y rezos en voz baja como los piaches.

En una oportunidad, nos desplazábamos por una sabana con el agua baja, en el hato “Mata de Palma”. De repente, alguien se llevó un avispero vaquero que tenía su casa en una matica de barote. Dichos animalitos, como las abejas africanizadas, no solamente pican muy duro sino que tienen la propiedad de lanzarse en cambotes, varias decenas de metros alrededor en persecución del que las haya importunado. Los niños de esas comunidades crecen llevando pico de avispa, cosa que les sucede a diario cuando se disponen a ponerse

en sus tejos, a objeto de chuparles su sabrosa miel. Hasta se transforma en una especie de diversión cuando alguien se adelanta en el camino, tumba de un terronazo a una de esas casas y las avispas pagan con los que vienen detrás, que nada tiene que ver con su desgracia. Esta práctica infantil hace que los organismos de los habitantes de esas regiones desarrollen una especie de anticuerpo, que neutraliza la dosis de ácido o veneno que inyectan estos insectos en el momento de la picada, sin provocar tumefacción o hinchazón alguna. No sucede así con los niños o adultos de las ciudades, cuyo organismo se defiende mediante una enorme hinchazón alrededor del sitio donde fue introducido el aguijón, que en algunas personas sensibles puede extenderse a todo el cuerpo produciendo una especie de parálisis acompañada de fiebre delirante.

Lo cierto es que las avispas del relato picaron a unos cuantos, inclusive a Achaguas quien, después de una carrera corta, se detuvo y sacando un espejo que nunca le faltaba en el bolsillo de la camisa, comenzó a mirarse en el sitio de la cara dónde había sido picado; acto seguido, comenzó a torcerse la nariz. Solidario y tierno como siempre frente a las desgracias de sus compañeros, se dirigió a Arauca y le dijo:

– Cámara, Arauca... tome... véase en este espejo y tuérase la nariz pa' el lao contrario donde se produjo la picá... pa' que esté vea que no se le jincha...

– No jodas, Achaguas... ya vienes tú con tu güevonadas; déjate de vainas.

– Bueno, cámara... yo se lo estoy diciendo es por su bien... pero si usted no cree lo mejor es que no se lo haga.

Excepto a él, a todos los demás se le formaron rosetones enormes. En otra oportunidad, nos encontrábamos acampado un grupo en una casita abandonada en medio de una sabana. Yo cargaba un dolor de diente que no lo soportaba; se me formó un absceso y la boca

se me puso como la de un cochino trompa larga. No había nada que no me hubieran recomendado para calmarme el dolor, que yo no hubiera hecho: desde pastillas hasta creolina, chimó y buchets de agua caliente. Y el dolor nada que se me quitaba.

– Ay... ay... ay... carajo, coño ‘e la madre... qué dolor tan arrecho...

El camarada Achaguas, viéndome en aquel trance de desesperación, me dijo:

– Camarita... yo lo voy a curá; aguántese un sartiquito que voy a di a aquel hato a buscá aguardiente...

Ensiló su caballo, se marchó y regresó después de un buen rato; mi dolor seguía igual.

Como quien pone las manos para beber agua; me las lleno hasta rebosármelas de aguardiente claro:

– Ahora camarita... sáquese todo el aire que tenga en los pulmones... ¿ya?... ¿ya?... bien, ahora usté va a absorbé por la nariz duro y con fuerza...

Mientras tanto, él agarraba cogollitos de plantas, miraba la bóveda azul del cielo poblada de estrellas y decía cosas que yo no le entendía; de ese estado de éxtasis lo sacó el berrido que yo pegué:

– Shuaasss. ¡ay!, ¡coño ‘e la madre!... ¡ay, carajo!... ¡qué mierda tan arrecha!; la pinga, Achaguas, tú me vas a matar con tus remedios...

Del jalón tan fuerte que di, el líquido me salió por la boca; aquella esotérica, monstruosa y horrible cura, la sentí como si una llamada de candela o un hierro caliente me lo hubieran metido por las fosas nasales y me lo hubieran sacado por la garganta. Confieso que de haber tenido la más leve idea de lo arrecho y doloroso que comportaba aquella cura, jamás me la hubiera hecho prefiriendo continuar con el dolor de diente.

– No se espere, camarita... tenga paciencia... ya usted va a ver que eso lo cura... ¿cómo se está sintiendo...? ‘ta aliviado... ¿verdad?...

Efectivamente, se me calmó el dolor de dientes y con él se acabaron mis quejidos; pero la cara no me la sentía, toda se me había insensibilizado. No deseo a nadie esta experiencia. Con todo, el compañero cumplió...

Doy rienda suelta a mi imaginación y fío a mi memoria la dura tarea de reconstruir el famoso plan de campaña del Comandante Arauca que, con el pomposo nombre de Segunda Campaña de Invierno “Luis Emiro Arrieta”, nos presentó en el hato “Ave María” y que debía cumplirse en el período septiembre-diciembre de ese año.

Más o menos, la cuestión sería así: en la primera fase, el Destacamento “Humberto Méndez Figueredo” conjuntamente con el Destacamento “El Negro Primero”, tomarían el caserío de Capitanejo, acción cuyo filo fundamental sería propagandístico. El Destacamento “Carlos Novoa Guerrero” asaltaría el hato del Coronel Roa, donde, según los informes, había un gran armamento; de allí se desplazaría al hato “Jobito”, donde debería apoderarse de remontas para los tres Destacamentos y arrearlas a un sitio llamado El Potrero, en las cercanías del río Suripá, en el cual previamente se habrían depositado las monturas y demás enseres personales y al cual deberían converger los otros dos Destacamentos. De allí arrancaríamos en una campaña relámpago y le caeríamos al pueblo de Maporal, de donde me desprendería yo con mi Destacamento y tomaría o tirotearía al pueblo de Palmarito, en el Estado Apure. Mientras tanto, los otros dos Destacamentos se dirigirían a tomar el pueblo de Boca de Anaro y Canaguá, luego se desplazarían al hato de “La Calzada de Páez”, donde me les uniría. El Flaco continuaría hacia Pedraza o Ciudad Bolivia y el chino y yo, al frente de sus Destacamentos, iríamos en dirección al Apure a tomar el pueblo de La Estacada, antiguo Rincón Hondo de las luchas independentistas. En ese punto nos dividiríamos el Chino y yo y tomaríamos

rumbos diferentes. El y su Destacamento pasarían hacia el Distrito Arismendi y allí atacarían e incendiarían el gran latifundio “Mata de Bárbara” de Nelson Rockefeller. Mientras tanto, “El Negro Primero”, en las grupas del viento, caería sobre el pueblo de Guasimal, Municipio Queseras del Medio, en el distrito Achaguas. Nos reencontráramos en el sitio de La Piedra en el Municipio Trinidad de Orichuna, el 20 de diciembre para dirigirnos hacia las costas del Meta y rematar en el pueblo de Puerto Páez, hasta detenernos en las playas del Orinoco, cuyas aguas caudalosas eran las únicas en capacidad de parar y enfriar tan gigantesca bola de incendio revolucionario que ya, de refilón, para entonces habría creado un conflicto internacional con Colombia.

Algunos camaradas, como en trance hipnótico, las miradas perdidas y las bocas abiertas por donde les destilaba un hilillo cristalino de saliva, no advirtieron cuándo fue que las moscas les cagaron queresa en las bocas: tal era su grado de concentración, escuchando la exposición magistral de aquel plan de campaña napoleónico.

Desde mis tiempos de estudiante en el liceo “Luis Espelozín”, cuando un compañero se me acercó y me dijo:

– Cámara... a mi me gusta esa profesora; yo tengo ganas de ir a su casa, me la pego y me vengo...

...No había escuchado tanto simplismo.

Es evidente que el flaco era un personaje de novela en esos años; la pesadilla delirante de sus antepasados andinos oprimía sus neuronas con la fuerza de un martillo hidráulico.

Su imaginación fértil era tal, que tenía el don de anticiparse con muchos codos de ventaja al tiempo en sus planes y propósitos de guerra.

Para aquellos tiempos, había ingresado un combatiente que había hecho pasantías por la Marina de Guerra; por ello, se acostumbró

a llamarlo “El Marino”, aunque su verdadero seudónimo era “Mariano”; también le decíamos “Jiuve”.

Concibió el flaco entre sus planes de guerra, que tendríamos una flota fluvial y hasta le dio el nombre se llamaría la Flota Caribe de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. Llegó a más: el Almirante o jefe de la Flota Caribe sería Mariano.

En una oportunidad, en las sabanas del ható “Agua Linda”, teníamos que pasar un caño, cosa que hacíamos en riguroso orden militar. Pasaba la vanguardia y tomaba posición de combate del lado opuesto. Le seguía el cuerpo de la escuadra y, más atrás, el equipo de retaguardia que se mantenía a distancia prudencial. Estando en eso, se escucho una voz:

– Se está ahogando... se está ahogando... ¡auxilio!... que se ahoga... corran que se está ahogando...

Se desbarató el orden y corrimos al caño en procura de los auxilios pedidos. Para sorpresa nuestra, era el Marino que se estaba ahogando con el agua al pecho. La jodedera y mamadera de gallo fue indescriptible, al constatar que el Almirante de la Flota Caribe se estaba ahogando en un buche de agua.

El Flaco Arauca era un hombre serio y circunspecto; su rol histórico lo tomaba muy en serio. Nada de jodederas. Redactaba y confeccionaba sus proclamas recostado a la pata de los árboles y pasaba horas y horas corrigiéndolas y puliéndolas. Igual de exigente era cuando se trataba de su presentación definitiva. Como el papel era sumamente escaso, había que aprovecharlo al máximo: cada ejemplar de la proclama podría ser el llamado al corazón de un llanero para que viniera a engrosar nuestras filas libertadoras.

Un día se apareció arrechísimo y nos formó: con los dedos en pinza, pelo por un papel con el cual alguien se había limpiado el rabo... era una de sus flamantes proclamas...

– Esto es un abuso... es un irrespeto y falta de conciencia del compañero que hizo esto... el compañero que lo hizo esta de más en este Frente... por lo menos le puede salir fusilamiento...

El último chiguete que le echó el tunante, fue donde decía: Firma: Arauca, Primer Comandante del Frente Guerrillero de los Llanos Ezequiel Zamora, de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional... Los compañeros en formación, se pellizcaban las piernas y se mordían los labios, tratando de ahogar las carcajadas.

Y para terminar esta breve reseña anecdótica que involucra al Primer Comandante Arauca, relataré lo siguiente.

Un peo no fétido es un gascito inofensivo, sometido a estrangulamiento por los intestinos, que se niega a morir. La fisiología del peo no escoge rangos ni oportunidades. Antaño, las señoras encoquetadas de la alta sociedad caraqueña que sufrían de flatulencia, se hacían acompañar a los actos sociales de una negrita a quien se la llamaba “La paga peo”. Pese a ser algo tan normal, todos sentimos pena cuando somos advertido de nuestros peitos... por lo demás, “un peo no se le niega a un amigo”, se dice comúnmente. Y “guerrillero que no se tira peos, no es guerrillero”.

En cierta ocasión, al flaco Arauca se le salió uno en voz alta entre los combatientes: hombre austero y circunspecto, se puso rojito... El Almirante Mariano advirtiéndolo su embarazo:

– Mmmmm... ayayay... aquí cargo el palo donde canta esa chicharra...

El flaco muerto de la arrechera y atuzándose sus bigotes rojizos, se volteó a verlo:

– Tenga mucho cuidado ¿oyó?... que le puede salir cara su mamera de gallo; le puedo hacer pagar cara su gracia...

El sin oficio que agarre por entretenimiento medir sobre un mapa las distancias, ida y vuelta, contempladas en la Segunda Campaña

de invierno “Luis Emiro Arrieta”, se dará cuenta de que suman miles de kilómetros. Suponiendo que no hubiese sido ningún contra-tiempo, el lector estará conmigo que era un periplo difícil de cubrir en el tiempo convenido hasta para un pegaso celestial, con todo que no comen paja ni toman agua. Se salvó de tener que rectificar José León Tapia porque de haberse realizado esa campaña en los términos previstos, hubiera tenido que retirarle el título a su libro dedicado a Pedro Pérez Delgado, “El último hombre a caballo”.

Todos los elementos mecánicos, de transporte y comunicación de la guerra moderna estuvieron ausentes a la hora de confeccionar ese Plan, el último que a la usanza del siglo diecinueve se presentó en el siglo veinte.

Por supuesto, me opuse al Plan. Fui el único que lo hizo; pero, como en oportunidades anteriores, no dispuse de fuerzas para materializar esa oposición. Al final, el Plan se aprobó tal y como había sido presentado. Una vez más, fui yo el vencido en la mesa... y, días después, desgraciadamente vencedor en el terreno.

Se llevó a cabo la toma de Capitanejo y la del ható del Coronel, donde se consiguieron unas armitas pipurrias; también nos llevamos los caballos del ható de “Jobito”, propiedad de un musiú de apellido Neker, heredero de la sucesión Carrero.

Una vez remontados, en un acto lleno de alegría, vistosidad y colorido, enrumbamos en dirección Sureste siguiendo el camino real veranero, para esa época cubierto por esteros y robales. Muy poco pensamos en las primeras horas de marcha el duro final que nos esperaba; la generalidad de los compañeros tomaban aquello como el final de una jornada dominguera de campo. Recuerdo que pasando el río Caparo por el paso de Toro Pintao, mi inseparable compañero de mucho tiempo, Simón, me hizo a un lado y señalando a un grupo de combatientes me dijo:

– Ernesto, en el primer envío que nos dé el Ejército... quedará aquel... - señalando a Ramoncito, un campesino tachirenses de las regiones de El Nula- aquel otro, aquél está por verse... –señalando al Guácharo– ...aquel judiíto sí... -señalando a un Guerrillero recién incorporado llamado Pastor- ...del resto, el Chino, tú y yo; no meto la mano por más ninguno...

Efectivamente, su condición de combatiente veterano le había desarrollado un ojo clínico tan fino, que su apreciación resultó certera en un cien por cien. No se encontraba entre ese grupo escogido al voleo ni el compañero Santiago ni tampoco Ariel quien, quince días antes en un desplazamiento que hacíamos por la selva, tuvo la desgracia de que un bejuco de picaton le montara su ZK, descerrajándole un tiro a la altura del muslo.

Sensible fue para nosotros la pérdida de tan apreciado como querido compañero y mucho fue lo que el sufrió al despedirse de nosotros. Con mil y tantos sacrificios logramos mantenerlo en casas campesinas amigas bajo vigilancia permanente, hasta que logramos arreglar todo lo relativo a su salida. Esta la hicimos en hamaca hasta muy cerca de la carretera negra, haciéndolo acompañar de un joven médico de apellido Thurupial que habíamos hecho venir desde la ciudad de Mérida; éste, antes de su partida, nos recetó a todos haciendo las recomendaciones pertinentes al mando sobre todos y cada uno de nosotros, en cuanto a la salud se refería.

Nuestra próxima cita, con el viento soplando a nuestro lado, y última de nuestra iniciativa militar, fue en el pueblo de Maporal, el cual se tomó atendiendo a un plan fría y finamente concebido y ejecutado limpiamente con la precisión de un reloj. Por su importancia en el desarrollo de nuestro Plan de Campaña y los hechos y vicisitudes que acaecieron una vez que nos encontramos en él, lo voy a dividir en dos fases: antes y después de la toma.

Antes de llegar el grueso de la gente a las márgenes del caño de Los Burros, el flaco envió una patrulla, desde el hato “Carrao”,

al mando del compañero Matiyure para que asegurase el paso y procediera a detener cualquier embarcación que en una u otra dirección se desplazase; una de ellas debía servirnos para llevar el equipo de hombres que se había escogido para esta misión. El plan era agarrar por sorpresa al enemigo para que cuando se diera cuenta, ya nuestros compañeros estuvieran desembarcando en la calle principal del pueblo y a pocos metros del puesto de policía.

Al compañero jefe de la misión que se le encomendó la tarea de asegurar el paso del río, se le pasó por alto destacar uno o dos hombres en una casa ubicada a pocos metros más abajo del paso en previsión de cualquier cosa. Son los imprevistos del azar que el cerebro humano no puede contemplar en una planificación, cuando más, prever por vía del cálculo de las probabilidades. En el lapso entre la llegada del resto del personal a la orilla del río y la partida del equipo escogido para la misión, hizo acto de presencia en una voladora en la casita más abajo del paso uno de los propietarios más poderosos de la región, el señor Bruno Contreras, quien al enterarse de lo que sucedía y de quienes éramos, reembarcó, dio la alarma en el poblado y, sobre la marcha, siguió rumbo a la población de Palmarito para dar el parte y traer refuerzos. Sin pérdida de tiempo, el equipo embarco siguiéndole los pasos a la voladora de Bruno Contreras; a poco andar la embarcación que los conduciría al poblado, Achaguas se dirigió al motorista y le dijo:

Cámara... atrácame aquí un sartiquito que tengo ganas de cagá...

Matiyure, quien había sido durante años su espaldero y confidente y que le conocía todas las mañas y no lo perdía de vista, lo siguió y observó que del bolsillo de la chaqueta extrajo un cuartito de aguardiente blanco y tucún... tucún... tucún... de un solo tirón se lo tomó...

– Achaguas... ¿qué estas haciendo?

– Uummm, uummm... cámara, no se meta usted en esa broma que eso es un remedio...

Mientras tanto, el resto del Destacamento, la mayoría, dando un rodeo después de abordar los caballos en el caño, hicimos nuestra entrada por tierra y en sentido opuesto, llevando con nosotros arrebiatados los caballos de los compañeros que habían hecho el trayecto por agua. Todo salió a la perfección, excepto que cuando los compañeros llegaron, el terrateniente ya se había marchado del poblado, obviamente.

Como cargábamos walkie-talkie estuvimos todo el tiempo informados de las incidencias y novedades del grupo tomista; llegamos pues al poblado con la mayor desaprensión posible, alegres, cantando y haciendo chistes.

A partir de ese momento, la gente se embarbascó. Sólo el Primero y el Segundo Comandante estaban en lo que andaban... el resto, nos volvimos un culo, yo entre ellos, bien porque en pocos minutos le cojimos el gusto “a las delicias del poder”, bien porque nuestros espíritus estaban de a toquecito después de varios meses de abstinencia, limitaciones y privaciones de todo tipo, o por que el mando bajó la guardia o porque la gente del pueblo, después de los primeros momentos de reserva natural en esos casos, se abriera con nosotros como un paraguas; quizás por todas esas cosas a la vez.

Lo cierto es que a partir de determinado momento, nadie daba cuenta a nadie: fue un fenómeno colectivo y sin causa aparente... Sólo Prada y Camacho y alguno que otro más, se encargaron de la Prefectura y desde allí realizaron algunas tareas, hablando con la gente representativa, con los policías desarmados, con el Prefecto, rompiendo algunos expedientes incoados contra algunos llaneros de sabana que así nos lo habían exigido, etc., etc., etc.. Del resto, cada quien andaba por su lado y metiéndose donde le daba la gana.

Ilustraré con mi caso. Yo no sabía dónde andaba mi gente; de repente me encontré con Hermes, un combatiente andino de mi Escuadra, quien andaba pintando las paredes con un atomizador,

consignas alusivas a nuestro movimiento y el nombre de la operación. Me empaté con él y seguimos por una calle; más adelante nos encontramos al gigantón de Achaguas dentro de un pequeño comercio en el cual, como en las boticas del pueblo, se encontraba de todo, incluso aguardiente. Allí se desarrolló la siguiente escena: entramos Hermes y yo y saludamos; Achaguas se adelantó a presentarnos:

– Señores, conozcan al Capitán Ernesto y al Teniente Hermes...

Como había llegado primero, presumimos que se había presentado como Comandante. Por otra parte, no andaba muy lejos de la realidad pues, hablando con propiedad, entre todos era el único que tenía pinta de Comandante por lo que la gente a quien más le paraba bolas era a él... ¿Y no iba a ser?; imaginemos a semejante esperpento así: pantalones militares de campaña, camisa beige de Oficial, una chaqueta verde oliva rellena de algodón como una cuarta de espesor, de esas que usan en el Polo los exploradores, un sombrero de ala ancha con la vuelta hacia arriba como el capullo de la flor del topocho a objeto de impedir que el agua se le empozara: este último aditamento le alargaba como medio metro más arriba, haciéndolo aparecer más alto de lo que realmente era. Llevaba botas verdes encuerdadas hasta la rodilla, una fornitura con su dotación de balas y un revolvón que más parecía una escopeta recortada, enfundado en el pantalón a la altura del ombligo. Después de aquella presentación, dije a los curiosos:

– Señores... Ernesto y Hermes para servirles... sin rango... aquí todos somos iguales...

Achaguas me hizo a un lado y me recriminó:

– Camarita... no me haga queda en un feo... esto en lo que andamos es cosa seria... como me va a desmentí de esa manera...

– No Achaguas... déjate de vainas... tu sabes que aquí somos todos iguales...

No pasó más nada. Al regresar con Achaguas al mostrador:

– Doñita... bájeme una de esas botellas de ron Tres Añejo...

– ¡Ay señor!... nosotros no tenemos licencia para vender licor al detal...

– No se preocupe doñita... que la licencia la cargo yo aquí... - cacheteando el fusil que había colocado sobre el mostrador.

Ante tan contundente como irrefutable argumento, a la señora no le quedó otra alternativa que bajarle la botella y otra y otra: fue pidiendo hasta llenar una cantimplora que parecía una botona de gas.

Sería como la una o dos de la tarde cuando hace acto de presencia una comisión de la Guardia Nacional, traída del pueblo de Palmarrito por el terrateniente Bruno Contreras. El incidente sirvió para poner de manifiesto lo precario de nuestra coordinación y disciplina, así como la falta de afinamiento en las relaciones de autoridad que debe existir entre superiores y subalternos: entre los que mandan y los que obedecen.

Acudimos al combate en el mayor desorden y desconcierto; cada uno lo fue haciendo en la medida que se fue enterando en el sitio en que se encontraba: comiendo en una casa de familia, dando un discurso político a un grupo de vecinos o tomando aguardiente como era mi caso y el de Achaguas o, sencillamente, jembreado, porque hasta para eso daban las circunstancias.

Aquella mijarra de hombre que era Achaguas, quien cargaba mas tragos de la cuenta, entró de pié al combate por todo el medio de la calle, haciendo disparos con la trompetilla del fusil hacia arriba, a cuarenta y cinco grados...

– Soy el Comandante Achaguas y estoy rezao, nojoda... y a mí no me entran balas...-pun... pun... pun... - avancen coños e' madres – pun... pun... pun...- pa que vean que a mi no me entran balas...

Llegó un momento en que se le acabaron las balas que tenía en el almacén y si no lo mataban los Guardias lo íbamos a hacer nosotros porque aquel energúmeno se había colocado precisamente en la encrucijada de los disparos que iban y venían de lado y lado. La gritería era enorme:

– Achaguas, tiéndete que te van a matar... quítate, Achaguas que te van a matar...

– No sea pendejo, camarita que a mi no me mata naide... no sea pendejo, cámara, mire que estoy rezao... Matiyure, ven acá hijo, que se me encasquilló el fusil... Venga Matiyure hijo... que este bicho no quiere serví pa' más na' ...

El comandante Camacho:

– Pero coño de la madre... Matiyure, anda y aparta a ese hombre que lo van a matar como un pendejo... dile que se tienda... ¡Empújalo!... ¡Tiéndelo!...

Y Matiyure llegándole por detrás logró que se arrodillara, que era tanto blanco como estar de pie. Dábale golpes desesperados al peine con las balas de punta, para hacerlas entrar en el almacén.

– Esto se encasquilló, Cámara... esta vaina no sirve pa' más na' ... de bolita que se jodió...

Matiyure:

– Pero coño, Achaguas, no sea bruto... si así no es... le estás metiendo el peine al revés... dame acá que así no es...

– ¡Cómo que no va se?...va a enseñar a su pápa a jacer hijo...

El combate terminó y Dios protegió al inocente. La retención y captura de los miembros de las Fuerzas Armadas de Cooperación, casi a las entradas del poblado, tuvo una connotación especial que, días después, por poco le cuesta la vida al compañero Marcos Pin-

to a quien se le había encomendado la tarea de instalar una alcabala aproximadamente a un kilómetro más abajo del poblado, siguiendo el curso del río Caparo; por inexperiencia o cobardía, abandonó el puesto, dejándose impresionar por los gritos lastimeros y suplicantes de un niño, hijo del propietario, quien rogaba a viva voz que no dispararan contra su padre que venía al frente de la comisión.

Pese al desconcierto nuestro al acudir al combate, a la patrulla de la Guardia no le quedó otra alternativa que rendirse ante nuestra superioridad numérica.

Debo reconocer que, violando normas expresas y de observancia obligatoria para con nuestros eventuales prisioneros de guerra, di un puntapié por el trasero al Jefe de la Comisión, una vez ésta se hubo rendido, actitud que fue acremente recriminada por el Chino en el momento y por el Comando en pleno posteriormente; conducta sin precedente en mi, tanto por no haber sido jamás ganado para el odio individual contra nadie, como por ser contrario al vejamen y humillación de los hombres rendidos. Sólo se explica por llevar entre pecho y espalda más tragos de lo conveniente.

La Comandancia fue en extremo generosa para con los militares detenidos, no despojándolos de ninguna de las prendas personales que portaban y, cuando lo consideró conveniente, dándoles algún dinero y consiguiéndoles transporte para que regresaran a su Comando. En cuanto al propietario-guía que era gordo y zaporreto como un tonel, cuenta la fábula que, como los chigüires, fue a dar al fondo del río desplazando tal volumen de agua que puso en peligro por las olas las viviendas de las comunidades ribereñas cuyos hombres, en su mayoría pescadores de agua dulce, una legua río abajo se disponían a acopiar arpones de veinte varas para dar caza a un manatí encantado, según decían haber visto en las tres oportunidades que sacó la cabeza en el trayecto el ganadero para respirar.

Hasta allí duró nuestra iniciativa militar, perdiéndola de tal manera que no logramos reconquistarla jamás. No podía ser de otra mane-

ra; en el terreno de la realidad, hasta ese momento tenía vigencia objetiva el fantástico plan presentado por el Comandante Prada días atrás en el hato “Ave María”. La única forma de retomarla hubiera sido contramarchando en la misma dirección por donde habíamos aparecido, insertándonos nuevamente en nuestra base social en donde teníamos pleno dominio del terreno. Pero no sucedió así: la suerte estaba echada y nos internamos en unas zonas bajas y pantanosas, inhóspitas y deshabitadas, que ni siquiera los ganados transitaban en esa época del año.

El mando enemigo, tomado por sorpresa por la rapidez de nuestros golpes simultáneos y a decenas de kilómetros de distancia entre los objetivos, se paseaba por las consideraciones de las posibilidades de un ejército guerrillero que habría invadido desde las fronteras colombianas. Esto lo llevó a afincarse con todos los hierros y a extremar los recursos, tendiéndonos un cerco táctico una vez que tuvo información precisa de nuestra ubicación, cosa que no le fue difícil tanto por los interrogatorios a que había sido sometida la gente por donde pasábamos y que no tenían ningún interés en ocultar nuestros movimientos, como por serle fácil desde el aire por la aviación de reconocimiento, al dejar las patas de nuestros caballos unas cucotas de caminos, pruebas irrefutables de nuestra presencia y rumbo por no transitar los ganados esas localidades en tal época del año.

Habíamos pasado el río Suripá y posteriormente un brazo de éste llamado el caño del Babo, cuando el Comandante Arauca nos llamó a cónclave: se trataba de ajustarle las cuentas al compañero Marcos Pinto por su abandono inexplicable de la delicada posición que estaba obligado a defender en el pueblo de Maporal.

Era evidente que el agrietamiento de las relaciones entre ese compañero y los dos jefes superiores del mando como consecuencia de la actitud intrigante y casquillera por parte del primero, actúan como grilletes a la hora de este ajuste de cuentas.

Con trazos finos, el primer Comandante cuadró su estrategia que debía culminar con el fusilamiento de ese compañero. Precisamente el último de los combatientes por quien yo hubiere metido la mano, elemento este que estuvo presente en el Comandante Arauca a la hora de su planificación. Tal hecho quedó de relieve y de manifiesto cuando fui el último en ser consultado habiendo obtenido el consentimiento de los otros tres.

Presumía ese jefe que mi aprobación se daba por descontada, dadas las malas relaciones entre el combatiente y mi persona, como quedó demostrado en páginas anteriores. Sin embargo, las cuestiones no resultaron así:

– Por cuestiones de principio –dije– me opongo a ese fusilamiento... en este momento las reservas personales entre ese combatiente y mi persona no cuentan... Razonaré el porqué: primero, el compañero Marcos Pinto en el escalón de mando no era el más indicado para tan delicada misión... por encima de él, estábamos tres jefes de Destacamento y sus respectivos reemplazantes; el compañero apenas si iba como Jefe de Operaciones en el Destacamento comandado por mi persona... cualesquiera de los seis anteriores nombrados era el llamado para comandar esta misión, a falta del Primero y Segundo Comandante. En segundo lugar, es responsabilidad del jefe o de la jefatura ir personalmente y seleccionar el sitio para la emboscada, dando las instrucciones precisas en el terreno sobre las diferentes alternativas que se puedan presentar y las opciones correspondientes... si defender la posición a como dé lugar... si retirarse y en qué forma hacerlo... si enviar uno de los hombres que lo acompañaban a avisar una vez hayan advertido la presencia del enemigo, etc. Nada de eso sucedió... Por lo tanto –terminé– los primeros fusilados debemos ser nosotros... y en especial usted y usted... –señalando al Primero y Segundo Comandantes.

En ese momento el compañero me debió la vida... jamás le hice ese comentario.

Nos enzarzamos pues entre los montes y calchetas que median en el cajón ubicado entre los ríos Suripá y Ticoporo buscando la manera de pasar éste último, cuyos pasos reales se encontraban tomados por el enemigo. Por otro paso nos era poco menos que imposible lograrlo, y ya lo habíamos intentado. Estábamos como quien dice anclados, sin baquianos, sin conocimiento del terreno y sin amigos, entre otras cosas porque allí no había gente.

Mientras tanto el enemigo no nos perdía de vista e incursionaba por el aire, a pie, a caballo, por los ríos y por todas las formas que les era posible. Son los momentos que en el ajedrez preceden al jaque mate.

Intensas horas de angustia vivimos en esos días, condenados a movernos en un entorno como los ganados amarrados a pata de botalón. En una de aquellas tardes, dejándome arrastrar por el sentimentalismo, cometí una imprudencia torpe que vino a agravar nuestra situación y, muy especialmente, la mía con respecto al conjunto, que de por sí ya no era buena.

Sucedió así: todos los caballos permanecían a pata de palo; sólo debían comer, y eso a ratos, durante las noches; en su defecto, hacerlo sobre la marcha. Sentí lástima por el mío y tomé la iniciativa de agarrarlo de diestro y sacarlo a un pequeño prado, no obstante que una avioneta hacía pasadas rasantes intermitentes sobre la copa de los árboles. En una de esas pasadas, el piloto o su ayudante advirtieron mi caballo; ellos lo llevó a hacer una maniobra para cerciorarse de su descubrimiento, tiempo que aproveché para ocultarlo; pero el daño ya estaba hecho. Ipso facto, hizo acto de presencia un helicóptero más bajo todavía, en la dirección del sitio que le había señalado la avioneta. Y no cesó su búsqueda hasta que no hubieron caído las sombras de la noche.

Todos, unánimemente, censuraron mi imprudencia y yo sin poder defenderme: no tenía explicación y, mucho menos, justificación posible.

Un nuevo e inesperado incidente se sumó al anterior aquella tarde. Apenas si acababa de oscurecer y el helicóptero había dejado de volar, cuando se ordenó sacar todos los caballos a la sabana limpia para que comieran algo. Mientras tanto, una Patrulla al mando de Camacho hacía contactos en un fundo llamado “El Orticero”, perteneciente al hato “La Calzada Páez”, con miras a cerciorarse de la ubicación exacta de las tropas enemigas.

Con la mayor desaprensión del mundo, a los caballos ensillados se les puso a pastar sueltos en medio de aquellos plagueros. Sólo el gigante de Achaguas, hombre veterano y previsivo, hizo ver lo inconveniente de que los animales permanecieran así y mantuvo el suyo agarrado por la punta de la falseta.

– Arauca... dígale a la gente que agarre los caballos... cuidao con un barajuste... –y repetía como un disco rayado– agarren los caballos muchachones... tengan cuidao con un barajuste...

Nadie le paraba bolas a aquella ave agorera, incluyendo al Comandante.

Y como si tuviera boca de santo: el rozar por el jarrete de un caballo una falseta fue la señal para que aquella manada de brutos, como obedeciendo a una orden, arrancaran a correr en una sola estampida sin darnos tiempo a hacer nada por impedirlo. Apenas si le echábamos el tropel cuando caían en los terrenos fangosos y los esteros. No solamente se llevaron las monturas y las maleteras con todo y lo que iba adentro, sino también radios, mantas, cauchos impermeables e incluso algunas armas de combatientes que, de manera desprevenida, habían dejado colgando sobre el pescuezo de las sillas. Junto a esas cosas tan necesarias, también se llevaban nuestras esperanzas y parte de nuestro juicio.

En medio del claroscuro y guiándonos por el instinto y la intuición, seguimos el rastro de nuestras cabalgaduras encontrando aquí una manta, más allá la pala de un estribo, más adelante un

radio y así, sucesivamente, íbamos detrás de la estela de objetos que nos señalaban la dirección y rumbo que la madrina había seguido en la estampida.

Marchábamos silenciosos y apesadumbrados, interrumpido solamente por el ruido de las palmadas con que espantábamos la plaga y por el latiguillo monótono y sentenciador del compañero Achaguas:

– Yo lo sabía... se los venía diciendo; agarren los caballos... pero no me hicieron caso... eso es pa' que aprendan, muchachones...

Con ello agujijoneaba nuestras almas como la picadura urticante de los alacranes.

La circunstancia de ser caballos de madrina permitió, conforme al instinto gregario de estos animales, que donde se paró uno se paró el resto. Se habían detenido en un embudo y paso obligatorio de ganado formado por la intercepción de una alambrada y la punta de un menuital.

Los sermones autosuficientes y preceptoriales de Achaguas, que no habían cesado en todo el trayecto, agotaron mi paciencia y estallé en cólera:

– ¡Cállese, carajo!... ¡cállese, nojoda! O le meto una ráfaga... -montando el arma- shiiito... no le permito una palabra más...

Contra su voluntad el compañero obedeció.

En aquellas circunstancias de perros cuando nuestros cerebros y atormentados espíritus rayan en el umbral de la neurosis, no se que hubiera sucedido si el compañero hubiera dicho una palabra más... como siempre ocurría en esos casos, pedí posteriormente las disculpas que debía al compañero, haciéndole ver lo inoportuno de sus discursos en aquellas condiciones.

Al poco rato, llegó la comisión capitaneada por el Chino y nos dispusimos a marchar inmediatamente, desplazamiento que hici-

mos en forma de abanico para evitar las huellas de los caballos, al ponerlos a marchar amontonados en la misma dirección.

No nos rindió el camino; no podía rendirnos, tanto por carecer de baquianos que nos guiaran en una dirección determinada y sitio conocido, como por conservar un orden en la dirección del desplazamiento en medio de los esteros y maramarales de la sabana.

Como a dos o a tres kilómetros del sitio donde habíamos sido descubiertos por la aviación de reconocimiento aquella tarde, nos dispusimos a acampar y a descansar el resto de la noche. Ya en la madrugada, se ordenó a los llaneros agarrar una res en medio de la oscuridad que poco después asaríamos para calmar nuestros rugientes estómagos.

Con el día volvieron sobre nuestras cabezas los pájaros de acero, rugientes y amenazadores. Quien no esté acostumbrado a aquel suplicio se ve afectado en pocas horas en su sistema nervioso, privándole del reposo y apetito.

Serían como las cinco y media de la tarde, cuando la fauna de vida diurna se dispone al regreso a sus dormitorios para disfrutar de su descanso, cuando el Comandante Arauca me ordenó ir a un topochal para proveernos de algunos racimos de esta musácea. Nos desplazábamos por dentro del monte a la orilla de la sabana, cuando un helicóptero, semejante a un cigarrón, vino a posarse como a veinte metros de nosotros. Era el momento propicio para un ajuste de cuentas. No me importó que aquella no fuera mi misión; son cosas de la guerra y encuadra dentro de la autonomía y discreción que cada jefe, por insignificante que sea, debe llevar dentro del porsiacaso de sus iniciativas.

Me dispuse pues a darle caza para lo cual esperé que sus esquíes se terminaran de posar sobre el suelo. Lo hizo y el piloto abandonó la nave tomando las sesenta y tantas mil precauciones. Abrió las compuertas y miró el suelo, fijamente, durante algunos instantes;

bajó y doblando cuanto daba su cuerpo, lentamente avanzó un paso y otro... otro... como perro picurero cuando pierde el rastro de su presa; gradualmente y casi sin advertirlo, se fue retirando de su pajarraco de hierro...

Mientras tanto yo, de quien dependía la orden de fuego, con los nervios crispados por la emoción y tragando más saliva de la necesaria, esperaba cada fracción de segundo que avanzara el militar rastreando un pedacito más en la dirección de alejarse de la navebotín, codiciada por nosotros en aquellas circunstancias.

Así nos encontrábamos Achaguas, Marcos, Maximino, Rubén y no recuerdo cuál otro, con los dedos sobre el gatillo y con la respiración trancada que precede las infinitésimas fracciones de tiempo del disparo. Pasaban por mi mente imágenes de mi adolescente vida campesina y me decía:

– Como cambian los tiempos... cuando niño a estos caballitos del diablo me los ganaba de sigilo, paciencia y sutileza inmovilizándoles sus alas entre el índice y el pulgar... ahora que soy grande tengo que recurrir a estos aparatos que escupen candela desde la distancia para hacer lo mismo...

No me aguanté más y cuando consideré que había llegado el momento di la orden de ¡fuego! Pero “se me fue la presa ¡no joda!, después que estaba en el plato”. “Como el picure cuando el cazador lo pela y da en la manirota que se roe”... de la misma manera el militar dio un salto y salvando la distancia que lo separaba de su aparato con una agilidad de felino montó, lo puso en marcha y levantó disparando al voleo en la dirección que provenían los nuestros. Cometí la imprudencia de salir del encubrimiento y pecho al descubierto me le fui encima, cogiéndole con mi tetilla derecha uno de sus dardos. “Ban-gan”... y el chorro de sangre. Nueve impactos de los nuestros fueron a estrellarse en la coraza del aparato, pero ninguno fue a dar en las partes vulnerables o sobre los cuerpos de los tripulantes.

Desde entonces recuerdo al Capitán Calica Liendo, que así se llamaba el piloto de la nave, no por un parentesco de sangre sino por un hecho del mismo líquido.

El único que no disparó en esa ocasión fue el compañero Achaguas; el instinto de conservación que es innato a las especies vivientes le hizo internarse algunos metros en lo profundo del bosque, durante el escaso minuto que duraría el tiroteo. En su descargo quiero decir lo siguiente: jamás ha pasado por mi mente sacar una conclusión negativa sobre este compañero de quien he tenido pruebas referenciales y presenciales sobre su valor personal. Es peregrina y superficial cualquier conclusión o juicio que pretenda ser absoluto y definitivo sobre una individualidad, tomando como base reacciones y conductas episódicas ocurridas en los hombres en circunstancias parecidas. Comúnmente se dice: que “de asalto no hay hombre guapo”. La versatilidad de la vida humana y lo inaprensible de las circunstancias que rodean a un hecho, sobre todo para quien no se encuentra en el escenario de los mismos, moralmente nos inhabilita, para hacer juicios lapidarios de valor sobre conductas y reacciones de los combatientes en el marco estrecho de fórmulas estereotipadas y simplistas.

El revolucionario que no sea capaz de analizar cada fenómeno, de la naturaleza que este sea, en cada instante del discurrir de la existencia del mismo, corre el riesgo de detenerse a razonar en el vacío.

Los problemas de cobardía o guapeza de los hombres son tan viejos y manidos como la propia existencia del género humano y para explicárnoslo en cada situación concreta, debemos de tomar en cuenta factores culturales e históricos, elementos de carácter biológicos y condicionantes del momento. Creencias políticas, morales y religiosas intensamente sentidas, el hábito al ruido de los disparos y detonaciones en forma sistemática, conocimiento y dominio del arma que se tiene entre las manos que nos devuelve la sensación de confianza, peculiaridad de las circunstancias que rodearon

el lance, y como corolario de lo que antecede, el pleno dominio y autocontrol de nuestros cerebros y emociones.

Por lo general, los combates en la primera etapa guerrillera no llevan más de tres minutos, tiempo que necesita el combatiente para condicionarse. Durante ese lapso es posible, y comúnmente suceden, reacciones instintivas de huida o de cobardía aparente entre los bisoños. No así sucede con el veterano y avezado, que antes de entrar al combate se encuentra anímicamente preparado. Achaguas se había visto en innumerables lances personales, pero no en combates de esa naturaleza.

Regresó a auxiliarme aquella tarde el camarada Orasma, con profunda vergüenza y es sabido que este sentimiento es consustancial con los hombres de honor.

De este extraordinario combatiente de la llanura, se expresa José Pumar Paredes (a) el Guácharo en sus memorias los siguientes términos: "...José Antonio Orasma, el Comandante Achaguas. El era de Achaguas, extraordinario tipo, medía como dos metros, un hombre muy valiente, maravilloso, con un buen comportamiento a la hora del combate y tenía una gran cantidad de cosas esotéricas, de brujería, etc....".

Regresamos al campamento sin los topochos y dimos la novedad. Se me inyectó una antitetánica y se me puso una venda en cabestrillo; como era ya oscuro, decidimos marchar con la misma incertidumbre de la noche anterior.

La falta de iniciativa es una muerte disfrazada y el preludio de las derrotas. Se pierde cuando el mando no prevé soluciones optativas dentro del abanico de las probabilidades.

Conjuntamente con el amanecer del día siguiente se multiplicaron las naves de reconocimiento, síntoma de que habían decidido empeñarse a fondo contra nosotros. El combate decisivo era

cuestión de horas. Estábamos cercados y todas las posibilidades de escape ya tomadas.

El súbito aparecer de los avioncitos, casi a ras de la vegetación, traían a mí memoria recuerdos de mi infancia cuando becerreando todas las tardes con un peón de mi padre, éste al ver aparecer una avioneta me decía con la mayor naturalidad y circunspección:

– Esa avioneta debe está poniendo en ese monte... porque todas las tardes se espanta del mismo lao...

Y volteaba a mirarme con la seriedad que le era característica, sin advertirle yo ningún rictus de malicia o de picardía en su mirada. Como en verdad yo observaba en lontananza como si hubiera levantado de los árboles y precisamente a la misma hora que íbamos en busca de los becerros, terminé por hacerme a la idea que era verdad. Me exprimía los sesos imaginando de que tamaño serían sus huevos y cuanto más grandes que los de los pavos, babas o caimanes, los de mayor tamaño que hasta ese momento habían visto mis ojos. O como sería el nido y cuan grande los pichones, concluyendo que mamá avioneta necesitaría cazar muchos pescados para arrojárseles en el buche, tal como lo había visto hacer a las garzas y a los gabanes con sus crías. Jamás se me ocurrió pensar que fuera un aparato mecánico, cumpliendo su horario fijo y su permanente y pre-establecido corredor aéreo.

Entre doce y una de la tarde las avionetas se serenaron y comenzaron a volar en semicírculos, precisamente en el sitio donde había transcurrido en incidente con el helicóptero la tarde anterior. Hasta allí todo era hilaridad, jodedera y mamadera de gallos entre el personal de combatientes. A las avionetas se agregaron dos avioncitos de mayor volumen, y esto no gustó mucho; nuestra ignorancia colectiva, en lo que a aviones de guerra se refería, y la tendencia humana a buscar y encontrar explicaciones piadosas a las cosas en situaciones de aprieto y de emergencia, y a dar por verídico lo que

a cualquier tunante se le ocurra, siempre y cuando lo que inventado no trasluzca potencial agravamiento de nuestra situación, nos llevaron a dar por cierto que eran aviones comerciales, y fue lo que se le ocurrió decir a un majadero. Asintieron todos y la jodedera continuó su curso.

De repente, los supuestos avioncitos comerciales, cual oripopos planeando en el espacio, parecieron detenerse y por su vagina ecllosionaron un hilillo de gotas como si estuviera orinando.

– Mira... mira... mira lo que botan... parece como si estuvieran cagando – decían los llaneritos, los mas sorprendidos por la novedad.

Diez segundos después... “Ban-gang”, “ban-gang”, “ban-gang”... con la velocidad del rayo. En seguida, lanzándose en picada “ratatata... ratatata... ratatata...” ¡pija!... más rápido que inmediatamente, como por arte de magia, nos desaparecimos todos. Hasta yo, no sé en que momento me abracé a una palmera sobre el perfil de un barranco, cual una pereza tratando de subirla, mirábale con ojos de súplica y desorbitados como pidiéndole perdón a sus hojas esbeltas, desafiantes e indiferentes a todo cuanto sucedía a su alrededor. Sentí vergüenza cuando me di cuenta de mi ridícula posición y al confrontarla con la de mis jefes quienes fueron los únicos que permanecieron erguidos e impávidos, en la misma posición en que se encontraban antes de empezar a estallar las bombas. El resto de la gente, como los chigüires... chupulún... chupulún, se zumbaron al río que, por suerte, no era muy profundo, ganando la orilla y perdiéndose en el monte. Es la diáspora que produce todo acontecimiento no vivido ni presentado. En informe que presentara el Comandante Arauca en febrero de 1966 a la Dirección Nacional del Partido, a propósito de este suceso, dice lo siguiente:

... a las 12:30 del día 28 de septiembre, dos bombarderos F-80 (auxiliados para el reconocimiento por dos helicópteros), lanzaron 16 bombas explosivas de gran potencia y

efectuaron 19 raides de ametralladoras, sobre la zona en que la tarde anterior disparamos contra el helicóptero. Durante el desarrollo de la acción se produjo la siguiente situación: ninguno de los de allí presentes habían estado nunca bajo los efectos de un bombardeo sorpresa, situación que en algunos degeneró en pánico – los menos – que los llevó a incumplir las órdenes, con grave riesgo de ser alcanzados; y ansiedad expectante en los más, que los llevó a recurrir perplejos ante el comando – que también lo estaba – y a moverse automáticamente ante las directivas lanzadas...

Minutos después, “como los pollitos alrededor de la gallina cuando los asusta el gavilán”, nos encontrábamos evaluando nuestra situación y viendo a ver qué resolución tomar y qué caminos coger.

Como alelados, con los rostros tristes y las miradas perdidas, como quien se dirige a lo desconocido y debe enfrentarse a lo peor sin saber de que se trata, decidimos dividirnos y separarnos esa misma noche. Muchos teníamos el presentimiento de que nunca más nos volveríamos a ver después de aquella separación, presentimiento colectivo que el Camarada Comandante pareció intuir y que sintetizó en estas frases de despedida que, con lágrimas en los ojos, dejó caer gota a gota en nuestros corazones:

– Si por alguna circunstancia no nos vemos más... y tuviéramos que rendir nuestras vidas en combate... que cada quien lleve en la tranquilidad de su conciencia que lo hizo en el cumplimiento de su deber...

Para muchos, esta premonición resultó verdad. Desde hacía varios días estábamos derrotados; el bombardeo de esa tarde y la subsecuente separación fue el referendo de aquella afirmación.

Pero la derrota no había sido el producto de un combate militar porque, salvo algunas deserciones que se habían producido en los últimos días, el equipo se mantenía completo. Era algo peor:

era la más terrible de las derrotas, la que se lleva en el espíritu, la que nos impide siquiera defendernos. Muy graneaditos éramos los que estábamos dispuestos a rendir caras nuestras vidas de allí en adelante. Camacho y yo con sus respectivos Destacamentos, debíamos hacer el suicida camino de regreso hacia el caño del Babo; no había otra alternativa dado nuestro desconocimiento del terreno y en medio de ríos y caños crecidos que nos impedían cualquier otra travesía.

Para el amanecer del jueves 7 de octubre, a pocas horas de haber-nos dividido y separado por caminos diferentes, fuimos localizados cuando bordeábamos la calceta donde se encuentra el asiento del hato “Cerrito Conchero”, desde un puesto de observación que atalayaba sobre un molino. Más rápido que inmediatamente teníamos una avioneta rondando sobre nuestras cabezas para anclarnos, dado que con nuestros caballos era poco menos que imposible desplazarnos por la vegetación espesa.

Corrimos hacia el monte a ocultarnos bajo su fronda y esperamos; ipso facto estalló la primera granada sobre nuestras cabezas y otra... y otra... casi por instinto de conservación, la gente hizo lo que le ordena la lógica y el instinto: amarrar su caballo y retirarse lo más posible. Cada quien hizo lo que creyó mejor. Por mi parte, bajo los efectos del miedo, me introduje como un ovillo entre las aletas del tronco de una ceiba, cerré los ojos y me puse la amatrelladora en la cabeza. Me hizo recordar el chiste de la viejita con el borrachito cuando éste le tocaba las nalgas y ella presumía se trataba de un ave terrorífica que, según se decía, andaba por el mundo sacándole los ojos a la gente y en su desespero se tapaba la cara con sus manos y le decía: “Puay si... puay si... pájaro bobo, pero por los ojos no...”. Igual hacia y pensaba yo en aquel trance amargo al colocarme el arma sobre la cabeza. Tuve tiempo de serenarme y observar que las granadas estallaban a muchos metros sobre el suelo casi en los cogollos de los árboles y, algo más, contarlas: en total fueron treinta y siete.

Cuando cesaron de estallar me levanté y silbé... volví a hacerlo y así...unas cuantas veces, hasta que no me quedó más remedio que gritar: “Ey... ey... ey...”; por fin me respondió una voz lejana. Volví a gritar, ahora por los nombres: “Camacho... Achaguas... Guácharo...” y así sucesivamente. Volvió a responderme la voz:

– Aquí, camará...

– Dónde... ¿quién es?

– Soy yo... Rubén...

– ¿Dónde estás hijo?

– Aquí...

Y me le voy acercando; era un llanerito, el más pijotero de la partida quien se había metido de cabeza en unos colchones de gamelotal encañao y, como los avestruces, lo que se le veía era el culito... De allí lo saqué...

– ¿Dónde está el resto de la gente?

– No lo sé, camará...

– Bueno, agarré su caballo y vámonos; yo le dejaré un papel al Chino sobre su caballo...

A partir de ese día, aprendí lo que se debe hacer en esos casos cuando uno es sorprendido y atacado por los aviones en la sabana limpia: correr al monte, amarrar la bestia con nudo corredizo llanero y retirarse lo más que se pueda. Inmediatamente que pase el avión ametrallando, regresar velozmente por él, y retirarse a galope y así, sucesivamente, hasta perdersele.

Así fuimos haciendo el compañerito y yo en la dirección de retirarnos lo más pronto y poner de por medio la mayor distancia del sitio donde fuimos sorprendidos, si no queríamos vérnosla con la infantería.

Nos colocábamos en el lindero del monte, le cazábamos el pase a la avioneta o al helicóptero y cuando estos iban sobre nuestras cabezas arrancábamos a correr a toda velocidad hasta ganar el monte opuesto y así, sucesivamente.

También aprendimos que es más peligroso ocultarse en el monte espeso que hacerlo en el lindero de la sabana, en las innumerables matas o pequeños montículos que se encuentran al borde de la misma. Esto porque observábamos que cuando él o los aparatos se disponían a batir la zona o segmentos de una selva de galería, la primera pasada la hacían por todo el centro, regresando por un borde y siguiendo por el otro. Jamás llegaron a tener tanto parque como para batir miles de matas o montículos.

A la andanada de granadas piñas que nos obsequiaron como desayuno, le siguió un almuerzo con Energas de mayor poder explosivo y radio de acción de sus fragmentos. La onda expansiva de una de ellas casi me sacó de cuajo de un chinchorro donde me disponía a echar un camaroncito, mientras esperaba que se reportara el resto de la gente, en tanto mi compañero se mantenía vigilante. Nadie apareció...

Era tarde en la noche y resignado a mi separación definitiva de los demás camaradas, le dije a Rubén que abandonáramos el sitio de espera en dirección al itinerario trazado. A poco andar nos alertaron con la primera palabra del último santo y seña que habíamos convenido. El no haberla olvidado nos salvó de pasar un mal rato.

Inolvidables por lo dramático fueron aquellos momentos del reencuentro; nos daban por muertos y no sólo aparecimos vivos sino descansados y a caballo. Éramos los únicos que habíamos logrado salvarlos. Mis pobres compañeros, cual semejante bandada de paticos yaguazos, lucían apeñuscaditos, tristes y desesperados, metidos entre los pastizales. No habían reposado ni comido en todo el día y era el segundo que no lo hacíamos. Las últimas raciones de

carne magra y maloliente la habíamos ingerido la noche anterior, casi en estado de descomposición. Muchos andaban descalzos por resultar más saludable andar con los pies al aire libre sobre los estribos de la silla, a objeto de evitar el sancochamiento y ensajornamiento de los pies a causa de la humedad y falta de aire.

La rapidez con que abandonaron los caballos no les dio tiempo a colocarse las botas. Habían sido castigados de manera inclemente por los millares de espinas punzantes que se haya en los bosques. Realmente, el estado de los compañeros era lamentable y lastimoso. Todos querían los caballos; cada quien se afanaba en supiritar al otro, ponderando hasta el infinito lo lamentable de su estado físico pero especialmente de los pies. Pero la realidad que es muda y tiene cara de perros, nos decía que eran dos los caballos y muchos los pretendientes.

Hasta Achaguas, aquel gigante de piedra, se afanaba en convencer con su vocecita cantarina:

– Cámara... créame; mire como cargo los pies...

– Bueno, Achaguas... y qué vamos a hacer si así andamos todos; además, compañero, ¿no le da a usted vergüenza andarse con lamentos?... precisamente usted que toda la vida ha andado robando ganados descalzo y que debe tener el cuero de los pies endurecido... ¿Qué queda para los compañeros de la ciudad que no están acostumbrados a esto y, sin embargo, no se quejan?...

Dije eso con la hiel en la boca. No tolero la queja ni el lamento desgarrador cuando la medicina no se encuentra al alcance y, mucho menos, tratándose de hombres que siempre se han jactado de su dureza. Pues carajo... aguante o termine de matarse.

Efectivamente, lo que le había ocurrido al compañero Achaguas durante el día, tenía trazos y ribetes tragicómicos; las coquetas y elegantes botas de días atrás no resistieron la prueba de aquel

día, dejándole la planta al descubierto y luciendo el resto como un escobillon de barrer techos. La tortura causada por los chuzos y espinas sobre su desguarnecida planta, lo obligó a recurrir a un procedimiento ingenioso.

Con unas polainas de cuero que había tenido la previsión de quitarme en la mañana embutió sus pies, como quien envuelve una hallaquita de maíz, cosiéndolas por delante y por detrás; con las salientes que sobraban del resto de la polaina aguzadas hacia arriba y que alcanzaban como una cuarta de cada lado, daba la impresión de llevar metido cada pie dentro de una carabela en miniatura. Le resultó el remedio peor que la enfermedad. Mientras probó lo seco no hubo novedad, pero una vez que se metió en los fangales se quedaba atollado. Si los tapones de paja eran fuertes deslizaban como con esquíes, pero si se le hundían los pies entre un tapón, entonces no los podía sacar y se repetía la misma situación. La desesperación de verse abandonado en aquella triste situación, le obligaba a pedir auxilios:

– Camarita... venga ayúdeme a jalá... no me deje aquí, camarita... usted sabe que yo me he portao bien con usted...

Los codiciados caballos a esas horas de la noche se transformaron en un problema de estado una vez que amaneció. Debíamos salir de ellos a como diera lugar y hacerlo de tal manera que no existiera una sola posibilidad de ser vistos o encontrados por nuestros enemigos; para ellos pues, el amanecer era un problema de muerte ya que nuestras vidas estaban por encima de la de ellos.

Aprendiendo a renunciar y asumiendo a plenitud los retos que el destino nos depara, es como se vive intensamente... y yo me jacto a mi edad de haberlo hecho. Que escena más conmovedora fue cuando el Mando sentenció a muerte a aquellas criaturas inocentes, pero no solamente a la pérdida de la vida sino que en un parágrafo aparte se podía leer: "...y a ser descuartizados y sus cuartos a ser

lanzados a un pozo infesto de caribes... para que purguen con su pena el delito de habernos cargado sobre sus lomos...”. ¡Madre mía!, al final aquello casi provocó un tumulto entre el personal de llaneros. Jamás se me habría ocurrido pensar y mucho menos presenciar cuanto de su sangre y de su carne constituían estos animalitos para el habitante de esas regiones. No fue posible hacerlo; los llaneros se interpusieron de manera tal que llegó un momento en que estuvieron dispuestos a morir con ellos o a matarse por ellos. Tuvimos que rectificar conmutándoles la pena por la de ser enyugados como ovillos a la pata de unos árboles y amarrarles sus hocicos para que no relincharan y murieran de inanición. Fue lo que más pudimos lograr de aquella gente.

El sentimiento de los llaneros hacia los caballos es proindiviso: se extiende al conjunto, silla, freno, bozal, falseta, sudaderos, etc. Los llaneros como no pudieron llevarse los caballos, se repartieron las prendas sin ocurrírseles pensar en el engorro que aquello significaría. Era cuestión de diversión ver disputándoles a las lianas aquellos trastos cuando volvieron a comenzar los bombardeos: como los perros arrastrando un cuero, algunos de estos compañeros hacían esfuerzos para llevárselos consigo. Pero como ocurre en las chiquiticas, “cuando mono no carga a su hijo”, llegó un momento en que se acercaban los helicópteros disparando y el apremio de correr era tanto que terminaron por soltar su presa no sin antes voltear a mirarlas muchas veces... con dejos de resignación y tristeza.

En lo más terrible de los bombardeos y el ruido ensordecedor del volar incesante de los helicópteros, el compañero Achaguas, con los nervios hechos un guiñapo y con una sobredosis de su reserva de aguardiente entre pecho y espalda, llegó un momento en que se lanzó a la sabana limpia y como “el toro cotizo” pitando, los apuntaba y gritaba:

– Venga... baje, nojoda, ño coño ‘e madre, pa’ que nos igualemos de hombre a hombre... Bájese pa’ que nos igualemos... que así es

que pelean los hombres... de lo contrario es hacerlo con ventaja... y eso ya es una cobardía...

Tuvimos que hacerle entrar en razón y exigirle que volviera al monte...

Volví a quedarme atrás y solo en esta ocasión. La explicación es sencilla: venía el aparato vomitando su carga de muerte y los compañeros hipersensibilizados hasta lo indecible por lo ocurrido el día anterior, huían despavoridos por el centro del monte, presumiendo la salida lógica a aquella situación.

Llegó un momento en que el compañero Marcos Pinto, con los ojos desorbitados de terror me preguntó:

– ¿Qué hago Ernesto?

Que le iba a responder si yo mismo no tenía la solución. Pero como quiera que todo jefe tiene que dar una respuesta a un subalterno, sobre todo en aquella situación o circunstancias parecidas, no se me ocurrió más que ordenarle:

– ¡A la sabana...!

El combatiente obedeció instintivamente pero como se viera tan desguarnecido en el mogote que escogió, echó a correr como los demás por el centro del bosque y en la dirección de los otros.

Hay momentos de la vida en que la lógica no funciona en el cerebro humano y circunstancias como las que describo son una de ellas. Los compañeros presumían andar más veloces que el aparato, cosa que es un absurdo, y lo hacían en la misma dirección que este se desplazaba por el aire, precisamente en la misma línea que el batía. Por otro lado, el miedo hace presumir al combatiente que en el aparato existe una especie de ojo biónico que lo descubre todo. Como desde el escondite en que se encuentra él observa un amplio panorama, sin advertir que su mirada no se detiene a discernir los

detalles, no concluye que lo mismo sucede a quien va en el aparato. Subjetivamente, se siente descubierto y echa a correr.

Lo que sucedió momentos después cuando volví a reunirme con ellos, por poco me cuesta la vida y no estuviera echando el cuento. El Comandante Chino se dirigió a mí en una forma que más que un reclamo era una súplica.

– Ernesto... te volviste a quedar atrás...

– ¿Y que quieres tú que yo haga? Tu sabes que la solución no es correr... dije a la gente que se echara a la sabana y nadie me obedeció...

– Bueno, Ernesto y que vamos a hacer... tenemos que correr con ellos... Yo lo que te pido es que me los ayudes a parar...

– ¿Y cómo...? si a quien obedecen es a ti...

Los compañeros venían manejando la especie de que yo era el culpable de todo, desde el día en que me dejé ver el caballo con la avioneta y los disparos que había hecho al helicóptero. No se les ocurría pensar que el culpable de todo era la guerra, que con o sin aquella imprudencia en que incurrí o el incidente posterior del helicóptero, nuestra situación no hubiera cambiado mucho. Que, a fin de cuentas, lo que nos estaba sucediendo eran gajes del oficio. Nada de eso pasaba por sus mentes: el culpable de todo era Ernesto y nada ni nadie los sacaba de esa lógica sapuna.

Fue en ese momento de paroxismo colectivo cuando el compañero Matiyure dijo:

– El culpable de todo es Ernesto... vamos a matar a ese coño ‘e madre...

Y se me vino encima con el arma apuntándome en posición de disparar. Como obedeciendo a un mandato colectivo, un grupo de ellos se me abalanzó con la misma agresividad y determinación en los rostros a dar cumplimiento a lo sugerido por Matiyure.

A tantos años de aquellos sucesos y haciendo abstracción del temor surgido del prurito pequeño –burgués de qué dirán, confieso que no me asusté. Y el mantener la calma y sangre fría me salvó la vida.

– ¡Ah, me van a matar!; ¿ustedes están locos...? Les pido que lo piensen bien no se vayan a arrepentir mañana...

Fue en ese momento cuando aquel jefe atormentado a quien aún le quedaba un rasgo de lucidez, dijo:

– ¡Dejen quieto a Ernesto...!

Automáticamente, cesó mi capilla ardiente. Retiraron sus armas amenazadoras; solo Marcos Pinto se atrevió a desafiarme todavía...

– A este coño ‘e madre no le obedezco yo más órdenes... de aquí en adelante obedezco sólo al Chino... tú no eres mi jefe...

– Está bien, Marcos...

Se escucharon unos disparos que no habían salido de nuestra gente.

– Matiyure y Guácharo... vayan a ver el origen de aquellos disparos... -ordenó Camacho.

Pensé... “esa misión debió de habérmela dado a mí...”, pero no dije nada. Me llamó a parlamentar y a consulta el Comandante; lucía triste, cansado, apesadumbrado: un cadáver con vida. Es en estas circunstancias de coyunturas extremas, ya en el límite de nuestra resistencia, cuando nos da por filosofar e interrogarnos a nosotros mismos. Toda nuestra vida y la participación que en los momentos trascendentes y relevantes tuvimos, como una película interminable pasa por nuestra imaginación. Llega uno a la conclusión de que no valió la pena tal o cual actuación o incidencia nuestra en determinado hecho o suceso, que estuvo matizado con ingredientes de mezquindad, zancadilla o viveza para obtener algún beneficio

político, material o afectivo. Porque “el día de pagarlas nadie es tramposo”. Se concluye que somos seres insignificantes, más pequeños que un comino y que todas las glorias o bienes a que uno pudiera aspirar como individualidad, caben en un granito de arroz. Que lo único grande y trascendente de nuestra actuación es aquella que se sumó al torrente colectivo y contribuyó con su esfuerzo al grande y supremo ideal del bien común. Si llegamos a sobrevivir a aquel vía crucis, de allí en adelante estaremos mejor preparados para enfrentar la vida y nuestras reacciones y actuaciones frente a hechos y hombres estará matizada de tolerancia y comprensión, sin alharacas y sin fanfarrias. No vale la pena pues abrirse paso a codazos con nuestros semejantes por el prurito de supiritarlos, al margen de las aspiraciones immanentes de los pueblos.

Con profundo sentimiento de tristeza y pesar, el Comandante Chino se dirigió a mí:

– Ernesto... estamos pasando por unos momentos difíciles... coño, Ernesto, yo quiero que nuestras relaciones sean mejores... tú siempre te me opones o me llevas la contraria y eso no esta bien...

– Bueno, cámara... ¿y qué quieres tú que yo haga...? si mi apreciación sobre determinada situación concreta es diferente a la tuya... ¿qué quieres o esperas de mí? ¿que no te lo diga...? ¿que no te lo haga saber...? ¿que no me oponga...? entonces ¿qué sentido tienen nuestras consultas...? ¿para qué somos Jefes o Comandantes...? ¿que sentido tiene la dirección colectiva...? dime, tú quieres que de aquí en adelante no te diga nada... Bueno, vamos a hacer una cosa a partir de este momento: no me consultes nada... Por Dios, por mi honor y por lo más sagrado para mí... ordéname que yo te obedeceré de corazón, así sea la cosa más absurda. Yo te obedeceré pero eso sí... no me consultes nada porque no tiene sentido; si me pides una consulta y yo te doy mi opinión, terminas haciendo lo que tú crees... ¿Qué sentido tiene entonces esa consulta?... dí-melo... ponte en mi caso... ¿verdad que es así?...

Confieso que eso se lo dije con el corazón en la boca. Era sincero; no era un discurso para salir del paso. Estaba dispuesto a cumplirlo. No quería contrariar a aquel hermano a quien tanto había llegado a estimar y a valorar. Entendía que esa era su naturaleza y estaba dispuesto a complacerlo, en la misma forma que ya lo había hecho un año antes, en las montañas de Sangre de Toro, cuando le dejé el campo libre.

– Vamos a continuar... ¿cómo crees tú que debemos hacerlo?

– Ya te dije que no me pidieras opinión... como a ti te parezca, para mí esta bien; ordena y nada más... Ahora, yo en mi caso lo haría así... separaría las dos Escuadras entre treinta y cincuenta metros... y diez entre hombre y hombre...

– Está bien... vamos a hacerlo así... y yo voy adelante con mi gente...

Marchábamos por un terreno fangoso, al descampado, con agua a diferentes niveles del cuerpo. El andar era lento y penoso; nuestras energías vitales habían llegado a su final. Una escena inolvidable por lo conmovedora se produjo aquella tarde: jamás había presenciado un caso más patético de rendimiento y humillación en un ser humano. Marcos Pinto marchaba delante de mí; de repente, vi que se desmangurrilló como un muñeco en el estero fangoso y cayó de rodillas; volteó sus ojos suplicantes hacía mí y anegados en lágrimas me dijo:

– Ernesto... ya no puedo más... no hallo qué hacer... ayúdame, sácame de aquí...

La actitud inesperada de este combatiente, de talante arrogante y actitud prepotente, mantenida durante varios meses y hacía pocos minutos había dado la última demostración de soberbia y odio hacia mí, desafiando mi autoridad, me dejó confuso: no podía entender que fuera precisamente a mí a quien recurriera en aquellos

momentos supremos de su agotamiento e indefensión en procura de auxilio. Como quien ve mariposas vibrátiles de varios colores después de haber recibido una pedrada en el cerebro, de la misma manera, súbitamente, me vino una ráfaga de ira e instintivamente hice un medio giro al cuerpo, colocando el cañón de la ametralladora en dirección a la frente del combatiente; tal sería mi mirada de fuego delirante y fugaz, que el compañero la captó con ojos de terror. En esa fracción de tiempo, dominé mi ímpetu y rectificué mi reacción instintiva y malévola...

– No te preocupes, Marcos... que todo saldrá bien...

Extendí mi brazo sano con la intención de levantarlo, agarrándolo por debajo de un sobaco. Fue en ese preciso instante que el compañero, como arrepintiéndose de su gesto de debilidad, hizo un supremo esfuerzo y me dijo:

– ¡No me toques!... –esquivando mi brazo extendido.

Y echó a andar como un autómatas, rejendiendo el agua y el fango con una potencia espasmódica increíble.

Desde el vientre de nuestra madre nos hemos gestado, nacido y crecido dentro de un ecosistema del cual no nos podemos sustraer y dentro del cual permanecemos inmersos aun en contra de nuestra voluntad. Flora, fauna, animales domésticos y hombres forman una globalidad que se implican y se condicionan mutuamente. Todos y cada uno son agentes emisores o receptores del cambio y las mutaciones que incesante y permanentemente se están produciendo en la naturaleza. Somos pues, principio y fin del universo que nos rodea.

Habíamos agarrado el camino en cualquier punto de su trayecto. El graznar inconfundible y chocante de las guacamayas aquella tarde inolvidable, tenía un significado especial para los campesinos y específicamente para mí, cultor y observador empírico de

la naturaleza y sus manifestaciones. No sucedía así para el resto de los compañeros nacidos en las ciudades o en otras latitudes no boscosas o selváticas donde se encuentran esos pajarracos de vivos y bellísimos colores.

Venía mal. Instintivamente, de hito en hito, me volteaba a auscultar, como si esperara una puñalada por la espalda. Reacción y manifestación que se acentuaba en mí, mientras más desapacible y bronco retumbaba el clarín desesperado de alerta de las guacamayas. No me aguanté más y dejé correr la voz de:

– ¡Alto...!. ¡Alto...! ¡Alto...!

Se fue transmitiendo la voz interminable hasta llegar al Primer Comandante, receptor deseado e intencionado de mi SOS; ordené a mi interlocutor más inmediato:

– Comuniquen al Chino que deseo hablarle...

Llegó a la altura en que yo me encontraba:

– ¿Qué te sucede, Ernesto...?

– Coño, cámara... el chillar de las guacamayas me trae mal... para mí es gente que nos sigue... es más. Pienso que es el Ejército...

– ¿Qué propones...?

– Hacernos a un lado y darles una batida en este claro... donde no se podrán tender por la altura del agua.

El sitio era ideal: una lengüeta de monte que se internaba en el estero. De haber empeñado el combate en este sitio no tenían escapatoria posible; como güires les hubiéramos dado caza.

El compañero meditó con el índice entre los labios y la mirada sombría...

– Cámara... ¿por qué no terminamos de llegar hasta la orilla del monte...?

– Esta bien; sigamos...

Cumplí así mi propósito de no hacerle la más mínima objeción. Llegamos al lindero del monte que daba al caño. Todos se tendieron de muerte menos yo.

– Matiyure y Aparicio... lléguese a la orilla del paso y aseguren la canoa...

Me mantuve de pie con mi brazo en cabestrillo. Sin saber por qué, abrí mi maleta y saqué una camisa de pana color verde, regalo de mi tía Isolina en el pueblo de Camaguán y que aún no había estrenado después de tanto tiempo de cargarla; llevaba el emblema de unas águilas rojas sobre los hombros y una leyenda: US ARMY. Quería lucirla en aquella ocasión. En ese momento, me llamó Marcos Pinto:

– Ernesto... sácame, te lo ruego...

– Está bien, Marcos... ya te lo prometí pero será después que pasemos el Apure... por ahora, tú ves que no se puede...

– Arrópame los pies ¿quieres?, que me están molestando las mosquillas. Sentí profunda ternura y lástima por el compañero al ver el estado en que se encontraban sus pies: había botado el hollejo, los bellos salían pegados en la media y lucía la carne viva... Agarré la camisa que me disponía a lucir y le envolví los pies con ella. El cloc... cloc...cloc... de un carroo cercano me tenía nervioso. Terminé de envolver los pies del compañero y di un vistazo a vuelo de pájaro al personal: los vi a todos rendidos, tendidos sobre el suelo. El Comandante, semirrecostado en la pata de un guásimo y estiradas sus piernas cuan largas eran, reposaba con su sombrero “pelo ‘e guama” sobre el rostro.

Con el brazo sano me ayudé a levantar sobre las ramas de un caruto para poder mirar por encima de un puñado de barotes: venía ha-

ciendo su entrada la primera avanzada de un piquete de guardias, ahí mismito... ¡pobrecitos!, lucían también cansados. Casi pedían permiso a un pie para avanzar el otro. Pensé: “si le comunico al Chino lo que pienso es suficiente para que haga lo contrario... ¿Qué hacer...? Por si o por no se lo voy a decir, no vaya a ser que sea esta la última vez...”.

– Compañeros... el Ejército... Chino... levántate...

– ¿Dónde...?

– Aquí mismito...

– ¿Qué crees que debemos hacer...?

– Darles combate... vienen muertos de cansancio...

Marcos, Iván, Hermes y no recuerdo quiénes más:

– ¡No, Chino...! Vamos a la costa del caño...

Y corrieron desbarajustados y en tropel.

Me crezco en las chiquiticas... no tengo porque ocultarlo. No me pliego a la estampida surgida de hechos o experiencias que me toca vivir por segunda, tercera o cuarta vez... como el rayo, monté una alcabala en el medio del camino y comencé a arrebatar armas de mejor calidad y rendimiento a los que sabía no iban a utilizarlas y se las entregué a los tres o cuatro que me miraron con ojos de confianza y fe. Con ellos, retrocedí un poco más y los ubiqué en patas de palo racionalmente escogidas al voleo.

– Ni un pasó atrás... y esperen que dé la orden...

En ese preciso instante, hizo su entrada la avanzada:

– ¡Fuego!...

Y ratatata... ratatata... ratatata... se me encasquillo un UZI Para-

bellum y pelé por el revólver. Se me acabaron las balas... y pelé por una granada GT-1... pangán...

Se hizo un silencio de muerte y creímos haber asegurado la victoria.

– Están listos... carajos...– dije, y de un brinco con la velocidad de un rayo cubrí los pocos metros que me separaban de una leve hondonada del terreno, a la cual me lancé de cabeza. En el breve trayecto del desplazamiento, una rama me derribó el sombrero. Había perdido una reliquia sagrada, hija del cariño. Vino a mi imaginación el recuerdo de mi guía... Merchí Maldonado. Decidí recuperarlo; me le quedé mirando fijamente:

– Tan cerca que está –era lo que pensaba.

Mi situación era lo más incómoda: con el brazo derecho en cabestrillo, con el portametraladora en el hombro izquierdo y el revólver en la misma mano, con el que me disponía a retirar mi sombrero querido... Hice el primer intento y en ese momento:

– Ratatata...

¡Pija!... volví a mi posición de encubrimiento. Ahora el fuego nos venía por la espalda...

– Lo dejo o no lo dejo... coño, tan cerquita que está.

Resolví hacerlo por segunda vez y saqué medio cuerpo estirando el brazo y...

– Ratatata... ratatata...

– ¡Muesca...! -y me regresé nuevamente. Ahora se me había quedado también el revólver...

– ¡La pinga!... que se pierdan los dos... y así fue: por “un clavo saca otro clavo, entre ambos quedan adentro”. Me retiré añorando mis prendas perdidas, pero la tercera vez no debía de intentarlo.

Sería por aquello del tercero que enciende el cigarrillo con el mismo fósforo... De repente: ratatata... ratatata... ratatata... nuevamente sobre nuestras espaldas...

– Coño camaradas... -gritando en voz alta- ustedes están locos carajos... nos van a matar... no disparen más... ¡paren los fuegos...! ¡coño que paren los fuegos...!

Y ratatata... ratatata...

– Coño vale, Simón, Ramón, Fulano échense a un lado, sálganse del ángulo de tiro que esos camaradas nos van a matar...

En medio del estruendo de las armas y las detonaciones, desde lejos y a media voz escuchaba la palabra: rinda... rinda... rinda...

– No hay para dónde jalar... -pensé- los compañeros están pidiendo la rendición de alguien.

Comencé a dar gritos:

– Ríndanse, coños ‘e madre... ríndanse nojoda que no les vamos a hacer nada... ríndanse que están cercados... Simón, Ramón, Fulano... a la orilla del caño que los compañeros se tomaron la otra margen... y están haciendo fuego de apoyo con la intención de que nosotros pasemos.

A millón corrimos hacia la orilla del caño y en esto vemos al combatiente Hermes que parecía un Chigüire padrote en la costa de aquel caño, dando alaridos desesperados tratándome de aclarar que no éramos nosotros quienes debíamos intimidar la rendición, sino los que debíamos rendirnos. Otro pelotón del enemigo ocupaba la otra orilla del caño: habíamos sido encerrados entre dos fuegos.

– Coño, Ernesto... tú estás loco... mira como nos están matando a los compañeros... nos rendimos... nos rendimos...

¡Muesca!, cuando me enteré de la realidad. Los que estaban llevando plomo del bueno eran mis compañeros, los mismos que no ha-

bían querido pelear minutos antes en mejores condiciones. Ahora tenían que hacerlo en la peor de las situaciones que nunca hubieran esperado y deseado: dentro de una pequeña canoa en medio de un caño de aguas muertas, sin ningún abrigo o cobertura para protegerse y el armamento, en medio del apresuramiento, lo habían zumbado como un bojetico de leña en la punta de la embarcación. Excepto el Comandante, más nadie tenía con que disparar. El resto se había transformado en un blanco fácil de fuego cerrado de las comisiones del Gobierno.

Como el lector podrá imaginar, en semejante estado de indefensión a aquellas criaturas no le quedó otra alternativa que chupulún... chupulún... chupulún... zumbarse al caño, tratando de regresar a la orilla en medio del fuego nutrido de las armas enemigas. Solamente al Comandante le estuvo vedado hacer lo mismo: además de no saber nadar, se había embarcado con todos los arreos militares encima: uniforme, fornituras, cantimplora pero, sobre todo, las pesadas Frazzani amarradas hasta arriba y su inseparable ZK.

El camarada disparó hasta que le acompañó el último aliento de vida, ordenando y sugiriendo al resto de los compañeros a no rendirse. Se dice que habiendo recibido el disparo mortal que le segó la vida, el compañero en el último aliento zumbó la ametralladora por la borda para evitar cayera en manos de sus enemigos.

A todas estas, Achaguas quien no había podido embarcarse, ponía una nota tragicómica en el fragor del combate según como unos jodedores me lo relataron después. Cual un danto, se desplazaba en una escasa franja del terreno donde hizo un camino, yendo y viniendo, gritando:

– Soy el Comandante Achaguas... y estoy rendío... y pan gán, hacía dos o tres disparos y volvía a gritar...

– Soy el Comandante Achaguas... y estoy rendío... no me disparen a mí solo... no me disparen a mi solo... que se me acabó el parque...

Con lo que quería significar que se le había acabado el aguardiente. Y los tiros que escuchaba que parecía dirigirse a él solo, con lo que aceleraba el proceso de rendición, venían dado por el entrechocar de la cantimplora de aluminio vacía con los broches de presión de la fornitura...

Así rindió su vida el camarada David Ernesto Osto, (a) el Chino, (a) Camacho, (a) Mateo, natural del estado Aragua y, si mi memoria no me falla, nacido en el pueblito llamado Los Colorados o Tierra Colorada. Más que amigos fuimos camaradas que nos respetamos y valoramos por encima de nuestras diferencias y estilos; jamás se degradó a la mezquindad y a la revancha cuando el viento del mando transitoriamente sopló a su favor. Corredor fino, de piernas de gacela, jamás quiso pasar por las horcas caudinas de la humillación de que le enseñaran a nadar; cuando alguien se lo proponía y le hacíamos ver la conveniencia del dominio de esa especialidad, prefería retirarse del montón en los cursos obligatorios y agarrado a una rama, rítmicamente comenzaba el plum... plum... plum... sin soltarse de las manos.

Cuando en nuestra Patria soplen mejores vientos y nuestro pueblo se remonte al firmamento a volar como los papagayos, quisiera ver una estatua ecuestre del Comandante Camacho erigirse sobre las sabanas altoapureñas: tierras, caballos y gente que tanto amó. No importa el monto de sus acciones militares...

El Nacional del sábado 9 de octubre de 1965 reseñó el hecho en los siguientes términos:

...seis guerrilleros muertos y otro devorado por los caribes...después de tomar por asalto el caserío Maporal, en el Distrito Pedraza y robar 23 caballos en un fundo situado en el vecindario Jobito, un grupo de guerrilleros sostuvo el encuentro con efectivos del Ejército, con saldo de siete muertos y un herido...

En realidad, fuera del Comandante Chino, por las razones anotadas, y un combatiente llamado Apóstol Ibáñez, alias Maximino, quien quedó atravesado por el tórax, el resto logró ganar la orilla y salvar sus vidas. De los perdidos y extraviados en medio de la derrota, el compañero tachirenses de apellido Rey a quien se le conocía por el seudónimo de Iván o el Camarón, fue la otra baja por muerte que tuvimos.

La forma como murió este compañero y que me fuera reseñada meses después, me llamó la atención por lo que no dejaré de hacer una consideración. En la lucha revolucionaria y, más específicamente, en la lucha guerrillera, tuve la oportunidad de conocer dos tipos muy parecidos de combatientes cuya compañía no la procuré y ni siquiera me agradaba que se parasen cerca.

El primero de esta categoría, es el que hace el orgasmo leyendo literatura de mártires, cuya admiración por el martirologio la subliman de manera tal que casi quisieran estar ocupando el puesto de los muertos. Se autopreparan a través de esas lecturas como potenciales candidatos a engrosar tales galerías. Con frecuencia repetía a mis compañeros de confianza, para referirme a algunos de esos especímenes:

– Ese carajo... lo que quiere es morirse.

El otro tipo de combatiente que es candidato a morir temprano, es aquel que deja el armamento en cualquier parte cuando se acampa o vivaquea, o que no le hace un cariño de limpieza si no está el jefe encima. O, por ejemplo, que se desprende de sus ropas si las lleva mojadas para ponerlas a arear, quedándose en interior; o las botas tiradas en cualquier parte... y, en el caso particular de los llanos, el combatiente que no le pone cariño a su caballo ni se cerciora si quedó bien asegurado a la hora de ponerlo a pastar.

Este último fue el caso del compañero Iván; fueron incontables las veces que reñí con él por su falta de interés y la desaprensión con que tomaba las cosas.

– Mira, Iván... ¿Dónde pusiste el arma?

– Allá, Camarón...

– ¿Dónde tienes la ropa?...; ¿Dónde pusiste el arma?... ¿Dónde acomodaste el caballo?

– Allá están...

Y seguía chupando su gajo de caña... sin voltear a mirarme.

– Coño, compañero, vaya a recogerla y póngaselas... usted no sabe si de un momento a otro nos toca echar una carrera...

– Mire, Camarón... usted si jode; no me joda tanto... no sufra y haga lo mismo...

Fue de los que logró salir con vida de aquella tarde infernal de fuego y agua, pero su individualismo y falta de fe en las soluciones colectivas, se lo llevaron a la tumba. Sucedió así: cuando por los gritos de Hermes y mi vista constaté la realidad de lo que estaba ocurriendo a nuestras espaldas, me chací hacia un lado gritando:

– Nos rendimos... nos rendimos... estamos rendidos, no disparen más...

Con el objeto de aliviar la presión del fuego al resto de los compañeros que, por una u otra razón, aún no habían logrado salir del caño y nadaban. Abriéndose paso con el pecho en medio del sálvese quien pueda que traen consigo las derrotas, logramos encontrarnos con Iván que corría en la misma dirección que lo hacíamos nosotros. Cuando él vio que dos llaneritos, Rubén y el Zorro, optaron por lanzarse al caño precisamente para el mismo lado en que se encontraba el segundo pelotón de atacantes, mientras el resto seguíamos el curso de la vegetación ribereña tratando de alejarnos lo más posible del sitio del combate, Iván se detuvo y, como toro jalado entre dos sogas, determinó:

– Yo como que me voy mejor con estos llaneritos...

Se desprendió del grupo y echó a correr en dirección a ellos. Los llaneros, mejores de agua que él, salieron al otro lado y se le perdieron, quedándose solo. Deambuló sin rumbo durante dos noches; a la tercera reventó a una casa, en donde guindaban muchas colgaduras, pidiendo comida. Con una granada en la mano y en forma amenazante se puso a preguntar:

– ¡Alas, toches!... díganme si son amigos o enemigos... o lanzo esta granada...

El tiempo invertido en el discurso, lo aprovecharon los guardias para dispararle y quitarle la vida.

Militarmente hablando, el viernes 8 de octubre de 1965 habíamos sido liquidados. A los muertos se sumaban los prisioneros Matiyure, Marcos Pinto, Guillermo Fonseca (a) Aparicio de nacionalidad colombiana, y los fugitivos Guácharo, Simón, Ramón, el Zorro, Rubén, Achaguas, yo, etc., etc. Para los sobrevivientes, terminaba pues un tipo de vía crucis para comenzar otro en circunstancias y condiciones diferentes.

Habíamos cometido un gran error táctico-militar, al abandonar la zona donde teníamos nuestra base social y de la cual partimos un día en forma definitiva. Deberíamos haberlo hecho en forma transitoria, cuando más, siguiendo el curso de la carretera negra del piedemonte andino, en una u otra dirección a los pueblos de Abejales, San Antonio de Caparo y Punta de Piedra, buscando las reservas forestales del río Caparo o la selva de San Camilo. También fue factible haberlo hecho hacia el Noreste, en dirección a Pedraza siguiendo el curso de la gran reserva forestal de Ticoporo. Si las circunstancias así lo hubieran permitido y las necesidades militares exigido, deberíamos habernos desplazado alternativamente al flanco oriental de la sierra nevada merideña.

Como los malos toreros, “faenamos bien y rematamos mal”; tuvimos “entradas de caballo bueno y salida de burro cansado”.

Con respecto al Comandante Arauca, debo reconocer, en honor a la verdad, que pese a su escasa experiencia en el terreno militar, desde que llegó se manejó con la propiedad de un dirigente político veterano. Realizó trabajo político entre la masa campesina, no descuidó la propaganda, se preocupó del entrenamiento militar del personal (tarea que descansó fundamentalmente en mi persona) e incluso llegó a elaborar un proyecto de decreto ley acerca de la distribución de la tierra en la llanura. No importa que haya sido una excrescencia mental de sus cavilaciones y con poco asidero en la realidad. Fue el primer intento serio y realista en el cual yo participaba.

El mentir, el fingir, el pregonar una especie malsana para obtener algo, tiene un límite: traspasado cierto umbral, retruca contra quien los lanza o los pone a correr. Es una ley universal que los únicos objetos que le caen bien a todo el mundo, son las joyas y objetos de más valor estético y económico.

Aparte de Marcos Pinto, el otro que me tenía odio en ese frente de los Llanos “Ezequiel Zamora”, era el combatiente Babo o Pito Sánchez. Los antecedentes, el lector ya los conoce. A manera de autocrítica debo reconocer que no soy un santo, ni algo que se le parezca. Cuando detento el mando y la autoridad, los ejerzo a plenitud y asumo las consecuencias que de su ejercicio se desprendan. No hago ni me interesa hacer política en esas circunstancias: ordeno y punto. Este estilo no gusta ni agrada a los que les gusta la guachafita ni a los que jamás han sentido la necesidad de autodisciplinarse.

Como instructor militar, me agradaba que los compañeros tuvieran sus reflejos en un punto y se mantuvieran eléctricos para que hicieran frente a cualquier eventualidad que se les presentase. Así, si nos desplazábamos por un camino, de rompón y cuando menos lo esperaban los compañeros daba un grito y hacia un disparo... pan gán...

– El enemigo... tenderse...

Después me levantaba y revisaba la posición de los compañeros, a ver si lo habían hecho siguiendo las enseñanzas e instrucciones: pares a la derecha... impares a la izquierda. Al Babo le molestaban sobremanera aquellas prácticas de combate inesperadas; carcomido por el odio, la arrechera y el rencor, un día que llegó el Comandante Arauca y se reunió con nosotros para informar y enterarse de las novedades, el Babo se quejó:

– Mire Arauca... yo le pido que me saque del lado de Ernesto... porque aquí va a suceder una desgracia... o él me mata a mí o yo voy a terminar por matarlo a él. Ya yo no soporto esas tenderas cuando vamos en marcha. Claro, pa' él es muy bueno porque si vamos por una sabana llena de agua, él como va 'alante una vez que llega al banco seco, grita... ¡tenderse!; él lo hace sobre la tierra, pero nosotros tenemos que zumbarnos en el agua mojándonos todo... lo que nos queda es la cabeza afuera como los babos...

En una ocasión se daban clases sobre el uso y manejo de la granada. Creo que se trataba de la granada Livia I, salida de los talleres del Partido Comunista y, por consiguiente, de uso y manejo desconocido para quien no fuera de la organización. Achaguas no lo era. Amén de que era de los primeros lotes que habían salido de la fábrica y se habían enviado a los diferentes frentes.

– A ver... todos los combatientes saquen su granada y colóquenla en la mano derecha...

– Ahora, cada quien saque la cupilla y levante la tapita... allá Achaguas, que sucede que no saca la suya...

– No cámara... si yo conozco estas bichas demasiao... ni que fuera la primera vez que yo ando en guerra... cansao estoy cámara de jugá con esas bichas...

– Mire, Achaguas... usted no puede conocer esta granada porque

es la primera vez que se fabrica este modelo... y esas las hace el partido y por lo demás este es el primer lote que sale de la fábrica... -ripostó el Primer Comandante Arauca.

– Que vaina cámara... usté lo que quiere es jaceme desencomodá esa bicha... tanto trabajo que me ha costao en jacele la malla pa' que no se me pierda...

Terminó por no sacarla: le tenía miedo y no quería reconocerlo. Con nylon le había hecho una malla que más parecía una tapara encabuyada de las que hacen los pescadores en el Orinoco y los ríos apureños. Con el mismo material le había enyugado al cinturón para inmovilizarla.

No tenía disposición para usarla, como efectivamente no las usó. Años después, las vendió con las siguientes instrucciones para usarla:

– Camarita... usté agarra un pedazo de ruana y lo empapa bien empapao de gasolina... en ella la envuelve y la deja acostáita que ella estalla... se incendia... y borra los rastros...

Hubo determinados momentos en que el mando pecó por exceso de confianza, al permitirle acceso a documentos calificados como confidenciales o secretos y a conversaciones reservadas a ese nivel, a compañeros recién iniciados por encima de aquellos veteranos ya probados.

También se toleró el chisme y las cuitas malsanas en detrimento de las consideraciones y respeto que a algunos se nos debía, exponiéndonos a la burla y subestimación del resto. Se minó así, descuidada e insensiblemente, nuestra autoridad dentro del conjunto de combatientes.

Posteriormente me enteré, y debo también decirlo, que el Comandante del operativo militar con el que nos tocó combatir, un tal Mayor Silva, se portó con honor y extremada generosidad

para con sus prisioneros y heridos. Contravino así directrices expresas de su superioridad de que “guerrilleros capturados, guerrilleros fusilados”.

– Quiero que digan mañana... que el Mayor Silva las instrucciones que tiene es la de fusilarlos... pero que el Mayor Silva no se degrada fusilando prisioneros... -en esos términos, este militar inteligente y de honor se dirigió a los prisioneros delante de una formación del personal bajo su comando.

Llegó a más tan pundonoroso oficial: regañó al prisionero Marcos Pinto quien, desde los primeros momentos de su captura y en su afán de ganarse el favor de los militares, pretendiendo por esta vía atenuar el rigor en los interrogatorios que lo esperaban, se expresó en forma por demás asquerosa y cobarde del Comandante Guerrillero muerto. El Mayor, viendo el cadáver del Comandante Chino...

– Qué hombre tan valiente... no debió de haber muerto; los hombres valientes no deben de morir de esta manera...

Marcos Pinto:

– Mi Mayor... ése lo que era un coño ‘e madre...

El Mayor:

– Profesor, usted perdone... usted puede ser muy profesor pero yo no le permito que se exprese así de ese hombre... porque en la forma en que murió merece mi respeto.

Este combatiente, en los días subsiguientes a su captura, se degradó hasta el último peldaño de la desmoralización.

El irse de las primeras y el no saberse aguantar, para el que subjetiviza hasta el paroxismo lo desconocido y de conformidad con este presentimiento obra y actúa, a veces se transforma para bien o para mal en un camino sin regreso. En este proceder tiene su origen muchos de los traidores y delatores de todas las épocas.

Marcos Pinto, ese pobre compañero que había caminado de espaldas a la vida, que hasta esos momentos cruciales y terribles había vivido el mundo de los objetos invertidos, desde esos primeros instantes de su captura se lanzó por la pendiente de decir más cosas de las que debía decir, o de hacer cosas que la moral y dignidad prohíben a los prisioneros revolucionarios frente a sus captores o carceleros: como ejemplo, eso de andar puliéndole las botas a los guardias cuando estos les tocaba pernoctar fuera del Cuartel, por algunas lochas de recompensa.

Compartiendo aquel calvario se encontraban otros compañeritos con menos formación política, cultural o ideológica que él, y que entre tumbos y trapiés tuvieron un comportamiento más o menos digno.

Cuando pasaron los días y llegó la lucidez, la tranquilidad y serenidad al espíritu del combatiente Marcos Pinto, se dio cuenta de que el anzuelo se lo había tragado muy profundo. Entonces comenzó su camino de regreso. Pero en vez de hacerlo como lo hacen los hombres de honor, sencillos y honrados, lo hizo siguiendo un camino tortuoso y enfermizo, como los tuberculosos y lazarinosos embrutecidos de otros días.

Comenzó con una labor de ablandamiento para con esos compañeros, en los siguientes términos...

– Lo que soy yo no voy a ser tan pendejo, para dejarme matar... oigan: ustedes saben que yo soy ficha del Partido desde Caracas y desde hace muchos años... ustedes saben que yo tenía acceso a las conversaciones y documentos secretos del Comando... por todo esto, yo puedo dar fe que Arauca y Camacho no andaban buscando ningún bien de los pobres... esa era la pantalla para atraer partidarios y gente que lo siguiera como ustedes... pero a ellos lo que les importaba era su bienestar personal, igualito que lo que hacen los demás políticos, quitar aquellos para colocarse ellos..., después que hubieran logrado sus objetivos, les darían cuatro patadas por el culo y se olvidarían de ustedes...

Uno de esos combatientes prisioneros era Matiyure, quien profesaba cariño y fe ciega a aquel par de jefes, especialmente a Arauca. Dicho combatiente era demasiado candoroso y crédulo, tenía un carácter irascible y por tanto proclive a las reacciones más inesperadas y tormentosas, tomó muy en serio la prédica calculada y destructiva de Marcos Pinto. Se sintió defraudado, manipulado y engañado por aquel par de jefes, objetivos hacia donde apuntaba el casquillo del delator, que lo llevó a tomar la determinación de mandar a llamar al Jefe del SIFA en el cuartel y le dijo:

– Mire, yo no he dicho a usted todo lo que sabía... pero el Profesor Marcos Pinto me ha convencido de que Arauca y Camacho nos querían utilizar como tontos útiles para lograr sus objetivos y fines personales... entonces yo no tengo por qué guardarles ningún tipo de consideración...

Y vaya usted a saber amigo lector, lo que le comunicó de Sobornal...

CAPÍTULO VI

*Finales del AÑO 1965
y meses de enero, febrero
y marzo de 1966*

Los sobrevivientes del combate de aquella tarde abandonaban un calvario para comenzar otro. ¡Qué terribles son las derrotas!; sobre todo, para los combatientes no experimentados. De allí aquella célebre frase del Libertador Simón Bolívar cuando decía:

El soldado bisoño cuando es derrotado por primera vez, lo cree todo perdido porque la experiencia no le ha demostrado que el valor, la tenacidad y la constancia corrigen la mala fortuna...

Como el buen jugador que sabe ganar y perder sin inmutarse, el luchador revolucionario y, más específicamente, el guerrillero, debe asumir las derrotas como gajes del oficio; de la asimilación positiva o negativa de sus experiencias, dependerá su actuación en futuros eventos y sucesos de la misma naturaleza. Puedo decir sin temor a equivocarme que un soldado, jefe, líder o dirigente político no lo es tal, hasta que no haya sufrido derrotas porque es en la adversidad donde se prueba y temple el espíritu del jefe o luchador social. Por eso se dice que el revolucionario tiene dos grandes maestros que lo enseñan y lo guían en la vida: la experiencia que le enseña como hacer las cosas y los errores que haya cometido para no repetirlos.

En mi tierra hay un refrán que dice que “cuando uno está de mala hasta los perros lo mean”. En la tarde, después de aquella derrota en el paso de Rosalía, sobre el caño del Babo, la situación de los sobrevivientes fugitivos era como la que pinta aquella copla:

*Un hombre pobre y sin plata
y sin nada que vendé...
tenía de muerte la madre
y de parto la mujé...
y la justicia en la casa
que lo venían a cogé.*

Estábamos derrotados, con todos los inconvenientes y vicisitudes que las derrotas comportan: sin botas, sin mosquiteros, sin chinchorros, algunos habían perdido sus armas en el combate, yo andaba herido, extraviados y obscureciendo en medio de los tremedales infestos de abundantes y mortificantes plagas y demás alimañas ponzoñosas. Por encima de todo, la generalidad de los sobrevivientes libres había perdido la fe.

Aunque mi situación no era diferente a la del resto, sentí profunda lástima por mis compañeros, que no podían rejender más aquellos maramarales intrincados de uñas de garza, guaica y caporunales entretejidos, sin ninguna linterna con que alumbrarnos y ni siquiera con qué hacer candela; dije a mis camaradas:

– Vamos a pasar la noche aquí como podamos... en lo que amanezca veremos...

Se tendieron en el barro como los marranos, y millares de zancudos cayeron sobre sus rendidos cuerpos. Permanecí mucho tiempo de pie vigilándoles el sueño y observándoles cómo instintivamente se retorcían sus cuerpos, tratando de conseguir un poquito de paz de los mosquitos. Tomé la decisión y me puse a cortar hojas de platanico; cuando ya tenía un montón bastante grande, comencé a montárselas encima, hasta que quedaron completamente cubiertos. Literalmente, los enterré en hojas de los pies a la cabeza. Después hice lo mismo para mí; me tendí igual como lo habían hecho ellos y con el brazo sano comencé a montarme hojas encima hasta quedar totalmente cubierto. Entre sueño y vigilia, pudimos recuperar un poco de las energías que necesitábamos para el día siguiente. En cuanto amaneció los levanté...

– Camaradas... levántense... vamos a buscar un sitio por donde pasar este caño ahorita mismo... porque dentro de poco vendrá el helicóptero a bombardear este lado...

Llegados a un sitio donde parecía ser menos abundante la vegetación acuática y las márgenes menos enmontadas, les dije:

– Por aquí puede ser compañeros... ¿Quién se atreve a ir adelante...?

Hubo un momento de incertidumbre y vacilación e instintivamente como en un acuerdo tácito nos miramos las caras. Todos sentíamos miedo... El miedo que inspiran las aguas negras, profundas y tranquilas. Había hecho la pregunta necia, como quien espera ser relevado de pasar de primero en aquel trance amargo; esperaba de mis compañeros un rasgo de compasión con mi pregunta, utilizando mi brazo enfermo como pretexto y argumento inapelable y convincente para ocultar mi miedo. Visto que nadie se pronunciaba, sentí arrechera conmigo mismo y vino este pensamiento a mi cabeza: “¿Quién me manda a güevón: no y que soy el jefe pues?; ¿para qué lo soy entonces...? ¿No son acaso los jefes los que deben ir adelante en los momentos de dificultades...?. Bien hecho... ahora jódase, Comandante Ernesto...”.

Y terminando con ese soliloquio interior, me quité los arreos y la ropa y chupulún... me zumbé al caño, no sin antes abrimme paso con mucho esfuerzo en medio de la vegetación ribereña que acompaña el curso de estos caños. Braceaba en el curso libre de obstáculos, cuando en unos de esos giros con que acompañaba la cabeza al nado, observé una pijoleta de caimán, que se me ocurrió en el primer momento una troza de jobo aboyada; se lanzó raudo hacia mí cortando velozmente las aguas tranquilas, con intenciones nada amigables. Pegué un grito desesperado de auxilio hacia mis acompañantes que no podía ser atendido; desesperadamente, nadé en dirección hacia donde había salido y llegando a los primeros ramos que los árboles ribereños retratan sobre la flor de las aguas, me agarre de ellos y comencé a trepar como las iguanas. El insolente saurio me persiguió hasta allí y yo con el aliento entrecortado por la emoción del susto y el esfuerzo muscular supremo, no pude menos que recordar aquel lance en que se vieron un blanco y un indio cuando se les volteó la canoa: el blanco, una vez que se aseguraron en medio de la corriente, exclamó:

– Compae indio... demos gracias a Dios que nos salvamos...

Y el Indio:

– No compae blanco... dé gracia al ramo que lo agarramos...

Salí a lo seco trepando por el cañón de una rama gacha, donde mis atormentados compañeros me esperaban ansiosos para indagar y enterarse del origen de mis gritos. En medio de mis explicaciones, exclamé:

– Coño ‘e la madre... que no me mataron los carajos esos ayer tarde... para que se venga a desayunar conmigo ese hijueputa caimán...

Y revoloteaba en medio de mi imaginación, la copla llanera:

*Ni a tiros que yo me pare
rascao a la orilla del río,
porque yo no ando buscando
lo que no se me ha perdío
que un caiman viejo araucano
me ponga de sinfonía.*

Y me imaginaba atravesado por la cintura en las fauces de aquella fiera, dándole rítmicamente a mis piernitas como quien está aprendiendo a nadar, mientras el caimán buscaba la tierra, la poyata o el saliente de playa donde la tradición dice: “batuquea a sus víctimas antes de comenzar a engullirlos...”.

Caminamos un poco más y, como no nos quedaba otra alternativa y el tiempo apremiaba pues dentro de poco según nuestros cálculos comenzarían a bombardear esa margen del caño, decidimos atravesarlo contra viento y marea. Me lancé de primero al caño; di unas tres o cuatro pancadas para ahuyentar a los caribes o cualquier otra alimaña. Poco después me seguiría el resto. El combatiente Her-

mes fue el último en hacerlo. Para ello, agarró las pertenencias que nos quedaban y las colocó dentro de un plástico; con él, hizo una especie de bolsón y, cual una balsa, la depositó suavemente en el agua y comenzó a empujarla hasta hacerla atracar suavemente en la margen opuesta. Este mismo procedimiento fue utilizado por el General José Antonio Páez en la Guerra de la Independencia, para pasar la pólvora y el parque utilizando cueros de res.

Caminábamos sin rumbo definido, tristes y desesperanzados; durante las primeras horas de la mañana lo hicimos dentro del monte anegadizo en zonas de desparrame. En las últimas horas de la tarde salimos a tierras altas y descampadas, pequeñas cejas de monte interceptadas por calcetas.

Habíamos avanzado y, sin saberlo, nos ubicamos debajo de una matica, a la orilla de un camino real. Estábamos deliberando en voz baja si comernos crudo o no un becerrito recién nacido, porque ni había leña seca ni teníamos como encender fuego. El becerro estaba todavía mojado, pues la madre aún no lo había lamido y ni siquiera se había tragado los pares, fisiología que nosotros habíamos interrumpido con nuestra llegada. De repente, un gavilán “venaero” lanzó su clarín de alerta tan inconfundible como infalible mensaje de peligro. Condicionado como estoy a este tipo de manifestaciones de las aves y animales de mí llano y sabedor y receptor de sus mensajes, se me erizaron los pelos y sentí miedo. Hice gestos a mis camaradas en señal de no moverse, mientras me disponía a indagar la causa que motivó el piyío de alerta de aquel centinela de la llanura. En ese momento, observé que un pelotón de tropas se desplazaba a pocos metros de nosotros. Nuestra inmovilidad absoluta nos salvó de pasar un mal rato porque, de habernos descubierto, no disponíamos de un solo abrigo en que parapetarnos para empuñar combate.

Con su piyío oportuno en aquella tarde silenciosa y triste, que siguió a nuestra derrota del día anterior, el gavilán salvó dos vidas:

la del ternerito recién nacido y la nuestra. No es tan mala entonces como pintan esta calumniada ave de rapiña habitante sempiterna de nuestros bosques y sabanas..., por lo que no nos queda más que concluir que las aves predadores suelen también tener alma...

Advertirnos del peligro que corríamos casi a la vera del camino, rápidamente nos desplazamos hacia el monte espeso, instante en que comenzó nuevamente a martillar un helicóptero.

Por una de esas raras casualidades de la vida, muy comunes por lo demás a darse y repetirse en este tipo de lucha, atinamos a encontrar a Rubén y al Zorro, los llaneritos pijoteros, quienes se habían desgajado del grupo de los derrotados aquella tarde del combate. Para nosotros fue una especie de bendición del cielo, aquella feliz casualidad de interceptar la línea de dirección que seguían estos compañeritos en su despavorida huida, a que los habían obligado los primeros ban-gán del helicóptero.

Como los tigres cebados hambrientos que una vez que agarran la cacería entre sus mandíbulas y al verse sorprendidos ya no la sueltan, así aquellas criaturas no abandonaron una totuma pajjisa llena de pasta y topocho sancochados que se disponían a comer cuando les fue interrumpido su opíparo banquete por el bronco retumbar de las granadas. De Sobornal llevaban un kilo de caramelos y unas maltas que habían logrado comprarle a un chicharronero quien se desplazaba con su comercio ambulante por las aguas corrientosas del Suripá.

¡Pobrecitos!... fueron generosos; su reacción fue de alegría y satisfacción y, sin advertirles el más mínimo gesto de reticencia y mezquindad, nos invitaron a compartir sus alimentos que ahora, en vez de dos, debían repartirse entre siete comensales.

Ibamos para tres días de no ingerir alimentos con sal. Sólo cogollos de plantas y frutas del monte habían entretenido el rugir de nuestras tripas hasta esos momentos. En esas circunstancias, a

nuestros estómagos les sucedió lo que al rico avaro... que mientras más tiene, más quiere. Es un hambre de nunca acabar, llegando un momento que de tanto echarle, si uno sigue comiendo, el organismo se transforma en un volcán en erupción de gases fétidos que se expelen por arriba y por abajo.

Es en esos momentos donde adquiere su mayor connotación y relieve aquella orientación de Perogrullo del Presidente Mao: “Cuando hay bastante, comer poco y si hay poco, comer poco...”.

Un grupo de coporeros vespertinos nos hicieron el favor de pasarnos hacia la margen Sur del río Suripá, una vez caídas las densas sombras de la noche. Con una orientación adicional, nos despedimos de aquellos humildes y solidarios pescadores y nos enfilamos en la dirección del caño “La Tigra” que desemboca en el Apure, recorrido que hicimos atravesando aguas pútridas y pantanosas, infestadas de sanguijuelas, de las que nos libramos gracias a unos limones que los llaneritos habían tenido la previsión de llevar.

Cansados y somnolientos, a altas horas de la noche hicimos contacto con una casa ubicada en las márgenes de ese caño caudaloso en aquella época de invierno. Nadie nos respondió; entramos y la revisamos y pese a encontrar las sobras de comida hecha de esa tarde en las perolas del fogón, ninguna persona la habitaba. Fuimos a una segunda y la misma situación; luego a una tercera y cuarta y no logramos encontrar ni un alma.

– Que sea lo que Dios quiera... me dije para mis adentros y di órdenes a los compañeros de acomodarse como mejor pudieran. No montamos centinelas: estábamos muertos de cansancio y abandonados a lo que sucediera. Me tendí sobre una Campechana colgada en uno de los corredores de la vivienda y, con el sueño en vigilia, logré dormir y reposar algunas horas.

A las cinco de la mañana dije a mis compañeros que se levantarán y nos ocultamos en el monte a vigilar. No hubo necesidad de

mucha espera; a poco se apareció un canoero, quien nos informó que habían sido obligados a desocupar sus viviendas esa tarde y recluirse en medio de un islote porque los soldados les habían hecho saber que en las primeras horas de la mañana bombardearían. Se produjo el mismo fenómeno de la estampida de otros días. Los llaneritos, como ganados de rochela, se alzaron logrando llevarse con ellos a un andino a quien llamábamos Ramón simplemente.

Confieso que el hombre acobardado es una cosa seria y de la misma manera que una sola res pierde a un rebaño, un combatiente acobardado y desmoralizado en los momentos de pánico, tiene más fuerzas y argumentos para convencer con su actitud derrotista que aquellos que logran conservar la serenidad y la calma.

Esta vez también yo tuve que correr... correr... correr... como los desafortunados llevando en mi mente el espectro de la muerte o la captura. Nunca olvidaré que esa mañana, cansado de correr, el compañero Simón mi amigo y camarada de tanto tiempo, en el límite de su agotamiento, nos dijo:

– Cámaras... no aguanto más... pero no se preocupen por mí... sálvense ustedes... sólo les pido que me dejen el arma para morir con ella...

Y pese a saber que abandonaba mi deber, escuché sus pedimentos y explicaciones y continué corriendo junto al resto de mis compañeros. Meses después y con razón, me pasó factura por haberlo abandonado. Por fortuna, nada sucedió y tuvimos tiempo de volvernos a reunir en las últimas horas de la tarde, gracias al mismo campesino quien, en acto de solidaridad, volvió por nosotros al anochecer y llevándonos con él al islote donde se encontraban hacinados el grupo de familias.

Allí volvimos a comer; se me lavó y curó la herida con “aceite de palo”; nos hicieron un avío y nos prestaron su mejor embarcación para llegarnos remando hasta el otro lado del Apure, con el

compromiso de dejársela amarrada en el sitio en donde atracáramos. Ellos irían por ella antes del amanecer. Ese compromiso no lo cumplimos.

Justo atinamos a atracar donde el Zorro, Rubén y Ramón lo hicieran horas antes. Coincidentalmente, y sin saberlo nosotros, se habían hecho prestar otra embarcación.

Resulta difícil incumplirle a quien se ha portado tan bien y ha sido solidario con uno. Esta regla de oro justa y sencilla no es fácil mantenerla en circunstancias como las que describo. Sabíamos que estas embarcaciones eran las joyas más preciadas para esos moradores en aquella época del año y que de la mejor buena fe, se habían desprendido de ellas para auxiliarnos. Pero, una vez utilizadas y llegados al otro lado del Apure, pesó en nosotros la incertidumbre de si tendrían tiempo de ir las a buscar a la hora convenida; de no ser así, seguramente las vería el enemigo desde el aire. En tal caso, rastro y pista segura para continuar en nuestra persecución. Optamos finalmente por hacerles un nudo en sus bozas y dejar que se las llevara la corriente. Nos internamos rápidamente en la vegetación ribereña y nos acostamos en medio de una fogata que prendimos para que los zancudos y demás alimañas se alejaran y nos dejaran un poco en paz.

Dormí a sobresaltos, como quien tiene la conciencia sucia. El entorchador cadencioso de las embarcaciones que al garette se desplazaban río abajo, siguiendo el curso de la corriente, se llevaba parte de mi reposo y tranquilidad.

– ¿Dónde irán...? ¿Cuánto habrán andado hasta el amanecer...? ¿y si, por desgracia, coincide que cuando amanezca las canoas van llegando frente al hato Suripá, precisamente donde tiene montada su base de operaciones el enemigo...?; ¿qué conclusiones sacaré el mando cuando los centinelas reporten que un par de embarcaciones apersogadas y sin gente se desplazaban agua abajo...?; ¿por

qué nos precipitamos en dudar que los campesinos irían por ellos a la hora que habían convenido con nosotros...? ¿no fue acaso una ligereza de nuestra parte, como consecuencia del pánico que nos había calado hasta los tuétanos...?

Todas esas interrogantes pasaban por nuestra mente a esa hora. En todo caso, ya no había que hacer; pasara lo que pasara la suerte ya estaba echada. Al final de cuentas nos encontrábamos en el Apure, tierra de promisión, santuario y refugio de los débiles, de los perseguidos, de los aprendices de Libertadores. Así ha sido desde los más remotos tiempos, tanto para los habitantes del centro y de las costas del territorio venezolano desde que se inició la trata indígena y la institución de la esclavitud entró en crisis, como para los habitantes de la cordillera andina. Allí fueron a parar la mayor parte de las colectividades indígenas que habitaban los Llanos Occidentales, Centrales y Orientales que se resistieron a dejarse esclavizar por el conquistador y colonizador. Hacia allí se dirigió parte importante de los negros cuando decidieron abandonar a sus amos. También allí fue a parar parte de los guerrilleros patriotas en los años más críticos de la República. Allí encontraron refugio y protección un número considerable del patriciado neogranadino cuando la suerte le fue adversa en 1816 en territorio colombiano y también allí consiguieron reposo, tranquilidad y paz toda una gama de delincuentes que, por una u otra razón, en los diferentes períodos de nuestra accidentada vida republicana han tenido que vérsela con los gobernantes de turno. Tenía razón un Sargento de carrera de apellido Márquez Guerrero, quien piloteaba un helicóptero, el que al enterarse de los descabros que sufrimos en las selvas y sabanas al Sur de Barinas, exclamó:

– Menos mal que escoñetamos a esos carajos... antes de que pasaran al Apure... porque si hubieran pasado completos, más nunca les hubiéramos visto luz entre esa cuerda de pícaros... -refiriéndose a los habitantes de las sabanas alto apureñas.

Nuestra idea era internarnos en el Apure pues, mientras más adentro uno se encontraba, más seguro se sentía. Al principio lo hicimos siguiendo la línea del telégrafo, con la esperanza de que caminando en esa dirección, de un momento a otro, cortaríamos la carretera o camino de tierra por donde se enlaza el pueblo de Palmarito a otros poblados y vecindarios ribereños.

Antes de emprender la travesía, di la baja a los llaneros Zorro y Rubén a pedimento de ellos. Les di el “llano libre”; inmediatamente, agarraron la sabana abierta.

A esas alturas nuestra salud se encontraba muy menguada; nuestros organismos habían acusado el golpe de aquella vida irregular, de tal manera que al que no le daba fiebre, sufría de cagaderas y vómitos, amén de que los pies estaban en una situación imposible, castigados por esa especie de erizo que deja la candela en el verano, después de consumir la macolla de la paja sabanera.

La primera noche de la travesía siguiendo la línea del telégrafo, nos amaneció en una mata cercana a un hato llamado “Los Quitasoles”, en la que buscamos ocultamiento y protección hasta que terminase de aclarar y orientarnos. Como viera que algunos compañeros masticaban espaguetis crudos, me entró uno de esos ataques de arrechera y angustia que me dan cuando veo se extrema la miseria por culpa de nuestra indolencia y apatía; dije a mis camaradas:

– Voy a explorar a ver si logro encontrar la carretera...

Según nuestros cálculos, no debía pasar muy lejos. Efectivamente, así era; apenas salí de la mata me di la mano con ella. La agarré hacia arriba pensando: “Voy a ver si encuentro alguna casa para exigir un poco de comida”.

Al mucho andar, comencé a ver un conjunto de construcciones blanquecinas, lo suficientemente sólidas y ordenadas como para darme una idea que no se trataba de un fundo cualquiera. Por expe-

riencia sabía que ese tipo de construcciones son las últimas, cuando se anda en las condiciones como en las que andábamos, a las que uno debe acercarse en busca de solidaridad y protección. La razón es sencilla: son las casas de los hatos, residencias temporales o moradas de los grandes propietarios absentistas y, por tanto, centros o estaciones de llegadero y vivaqueo de las diferentes comisiones del Gobierno. Como en otras ocasiones de mi vida de guerrillero huilón, decidí llegar a ellas a todo riesgo y a como diera lugar. Me dije: “pero lo que es aquí... o me dan para vivir o consigo para morir”.

Como siempre, tomé todas las precauciones del caso e hice mi marcha de aproximación con el mayor sigilo. Observé detenidamente los movimientos y las características del personal. Tendido sobre una campechana, estaba un señor sexagenario con pinta de patriarca: sus cabellos blancos, su piel rosada y bien cuidada, con pantuflas, bermudas y un mandador en la mano derecha con el cual se empujaba para mecerse. Pensé: “Ese es el dueño”.

Y sin meditarlo dos veces, me dirigí hacia él; tan rápido fue mi desplazamiento que no tuvieron tiempo de advertirlo, sino cuando ya estaba entre ellos y en presencia del abuelo...

– Salud... soy guerrillero y vengo en son de paz... nadie tema...

Pero tenía el arma en posición de disparo...

– Quiero hablar con el dueño... ¿es usted, verdad...?; venga, quiero hablarle...

Me introdujo en el corredor sellado de un caserón confortable; me le franquee y le expuse mis pretensiones y lo que de él esperaba. Se portó de lo mejor; por él me enteré que sus apellidos eran Vlasco Trujillo, natural de la ciudad de Mérida y dueño de esa hermosa y rica propiedad llamada hato “Mata de Banco”.

Un deber de gratitud me obliga a consignar en el relato los apellidos de este ciudadano propietario, tanto porque me prodigó todo tipo de atenciones como porque me curó mis heridas poniendo en ello todo el cuidado, como saben hacerlo los abuelos buenos. No entrañaba su gesto una solidaridad política y así lo entendí: era así, solidaridad sencilla y espontánea, desnuda y humana que nace con el hombre y se prodiga a quien sufre.

Comí de sus alimentos hasta saciarme; me dio postre de casco de guayaba y agua fría y cristalina; un lujo en aquellas soledades. Me revisó la herida y me la curó; una vez que consideró había hecho la digestión, me propuso ponerme una penicilina, a lo cual accedí de no muy buen agrado. Temía que me drogara o, cuando menos, me durmiera. Así creo que lo entendió cuando blandiendo la inyectora y el frasquito aún sellado, se esforzaba en razonarme:

– Eso lo tiene muy feo... con esto se le sanará. Le matará la infección... pero si usted no quiere...

Su mirada y su cabellera me inspiraron confianza; la atención que me había prodigado y sus razonamientos convincentes hicieron lo demás. Al final, como Tío Tigre hizo con Tío Conejo, le dije:

– Pónela pues...

Me colgó un chinchorro en un cuarto fresco y libre de mosquitos: una bendición que no había sentido en tantos meses... por supuesto, me quedé dormido; lo hice durante varias horas como tenía muchos días que no lo había hecho. Hasta ese momento no había dicho nada sobre mis compañeros. Al comunicárselo casi le dio un infarto: se había hecho a la idea de que era yo solo. Repuesto de su sorpresa, indagó por el paradero del resto y enseguida envió un jinete musculoso y bronceado por los rayos del sol, con un costillar asado y abundante yuca sancochada. Mancio, que así se llamaba o apodaba el llanero, no tuvo necesidad de caminar mucho: los compañeros venían llegando por la misma ruta que yo había seguido en la mañana. Ahora estaba oscureciendo.

Referiré un hecho curioso por lo casual. En el momento de la presentación, observé que el combatiente Hermes se quedó retrasado y dio la espalda. Como me extrañara su gesto inusual, me le acerqué y le pregunté:

– ¿Qué pasa camarada? ¿Por qué no conoció al señor?... venga para presentárselo; tan bien se ha portado...

– No Ernesto, yo lo conozco a él desde Mérida... y conozco a su familia... en una oportunidad, tuve una pelea de calle con un hijo de él... se metió la mamá y llevó también... esa es la razón por la que no quiero que me reconozca...

Antes de despedirnos nos regaló un par de alpargatas andinas para cada uno y un poco de carne para que lleváramos de bastimento. Enfilamos rumbo al Sur franco, hacia un caño llamado Manatí. Nos amaneció en el vecindario La Candelaria, en donde fuimos recibidos con muestras de cariño y simpatía.

Encontrándome como quien dice en mi patio y un poco restablecido de salud y de ánimo, concebí la idea de adelantarme solo dejando a mis compañeros en buena compañía. Para ello, me proveí de un caballo con un vecino de la localidad, quien me hizo el favor de prestármelo aperado. Ese caballo ensillado era todo su capital; pese a eso, no tuvo reparos en entregármelo. Le había hecho promesas de que le sería devuelto y se la había dado con garantía de mil por cien; tenía esa certeza y él tampoco lo dudó cuando le hice saber hacia dónde me dirigía y a quién me proponía tocar en demanda de auxilio: eran nombres conocidos y familiares para ambos, además de amigos comunes.

Me había hecho la ilusión, y tenía motivos de sobra para hacérmelas, de que pronto como en los buenos tiempos, tendría caballos para mí y mis acompañantes, hamacas, mosquiteros y dinero. ¿Y por qué no iba a pensarlo...?, si se trataba de los mismos llaneros amigos nuestros de los años 63, 64 y bajadas de agua y verano

del 65. ¿qué podía haber cambiado en la manera de ser de esos ciudadanos en tan poco tiempo...?. Pensaba: “Con Juan Darío y Carlos Farfán, Antonio, Juan Guido y Rigoberto Ramírez, consigo los caballos; con los viejos Ruperto Ribas y don Eustaquio Leal el dinero; con los gatos José, Luis y Ramón Moreno consigo las sillas o las mando a comprar... por chinchorros y mosquiteros ni hablar...”. Toda una constelación de llaneros de la sabana en quienes confiaba hasta la muerte, por habérmelo demostrado con hechos tangibles en años anteriores de nuestras correrías volantes por esos territorios.

Pero “una cosa piensa el burro y otra el que arriba lo arrea...” Había pasado algo cuya experiencia hasta ese momento para mí eran referenciales, producto de mis lecturas en los libros, pero jamás vivida en carne propia, cuando más tangencialmente. La gente estaba acobardada y no quería saber nada de nosotros. Y es que cuando los guerrilleros alborotan una zona y luego se la abandonan al enemigo sin combatir, dejando a nuestros aliados, amigos y protectores a su suerte, con la llegada del Ejército, se enseorea la represión, la persecución, la muerte y la tortura entre los habitantes de esas comunidades indefensas, después de la partida del grupo armado. La gente termina por acobardarse y su miedo le cala tan profundo hasta transformarse en una reacción instintiva de rechazo, a la sola presencia de la misma gente que fueron causa y motivo de sus desgracias.

Sentí el vacío de aquellos moradores, acaso si me veían con lástima, pero ya no existían el sentimiento de solidaridad militante y la alegría de otros días. Muchos habían emigrado para siempre; apenas si los más viejos se mantenían en sus casuchas devoradas por el monte; como sombras, casi ni se dejaron ver pese a conocerme demasiado o, precisamente, porque me conocían.

Ahora no existía la voluntad para obsequiarme el plato de comida solícito y diligente o la frase optimista y cariñosa de otros días. Re-

gistré todos esos cajones entre el Balza y el Guaritico y la actitud de reserva y desconfianza fue la misma; ya no encontré un baquiano ni quien saliera voluntariamente a ayudarme a remontar. Apenas si conseguí una pobre hamaca y eso después de tanto suplicar y de dar lástima; se me oprimía el corazón y casi se me hacía un nudo en la garganta de ganas de llorar, por el sentimiento de frustración que me embargaba. En ese recorrido no sólo no conseguí caballos, sillas, dinero y colgaduras conforme a mi inicial esquema mental, lo que es peor, perdí el caballo con todo y silla que me habían prestado y la hamaca que había conseguido. De milagro no perdí la vida a manos de una comisión de la Guardia Nacional, al ser sorprendido reposando a plena luz del día en el rancho de uno de esos cuatreros. En el pasado, eso hubiera sido poco menos que imposible: habría tenido la información de manera espontánea y voluntaria a tiempo, casi desde el mismo momento en que cualquiera de estas comisiones salían de su Comando o Base de Operaciones. Rápidamente se transmitía la información hasta alertarnos donde nos encontraríamos, y no una información vaga e imprecisa sino de lo más completa: número, armamento, tipo de remonta o medio de desplazamiento y hasta el rumbo probable hacia donde se dirigían las comisiones y con qué misión.

El caso que refiero sucedió así. Regresaba acongojado hacia donde había dejado y debía encontrar a mis compañeros; llegué a las orillas del caño Balza, a un humilde ranchito “empiernas” y techo de palma oculto por los cuatro vientos de la vista de transeúntes y viajeros, perteneciente a un cuatrero llamado Antonio Ramírez; pregunté a la señora en el momento de pasarme la canoa para abordar el caballo:

– Doñita... ¿dónde está Antonio...?

– Pa’ llí... pa’ onde José del Carmen matando una res... él no debe irlatá... espérelo.

– ¿Y cómo anda el movimiento de Gobierno por estos lados...?

– Si usted supiera... tienen días que no se acercan puaquí... en días pasaos, cuando se escuchaban esos truenos hacia los laos de Zamora, fue cuando se acercaron puaquí esos bichos llamaos delicóteros... que se posaban en el aire como los caballitos... y zumbaban como los cigarrones...

En eso llegó Antonio con una sarta de carne fresca:

– Carajo, don Flor... ¿y usted nuevamente puaquí...? Ya había teñío información suya... dizque hasta herío y que viene... Se ve como cansao... ¿no será que se echa una reposaíta...?: si quiere le cuelgo...

– Mira, Antonio... ¿y cómo anda el movimiento de guardias por aquí...?

– Si usted supiera don Flor... no se oye na'... y aquí espreocúpese porque pa' estos laos no entra ni el diablo y menos ahora... con ese invierno como está... de toas maneras pa' que usted no esté espreocupao por na' yo voy a procedé a quitá la canoa del paso y a zambullila... que así na' ni que vengan pidiendo canoa... con sólo no vela, buscan otro paso y los otros dos quedan bien retiraos: uno por la lucha y el otro puel muelto...

Me colgó la hamaca y me quedé rendido con mi carga de pesares. Ya estaba el sol bajito cuando escuché una bulla del otro lado; bajo los efectos del letargo que sigue a los sueños profundos, tuve la voluntad de preguntarle al cuatrero:

– ¿Quién pide canoa del otro lado Antonio...?

– En tuavía no he visto... pero debe sé Eusebio y mi compadre Justo... pero yo les voy a decí que no hay...

La respuesta del llanero me tranquilizó y continué en la misma posición del sueño. Un chapoteo de agua y una voz de mando que venía del otro lado, me hicieron mirar hacia el caño y, para sorpresa

mía, vi dos nadadores que vienen braceando; de pronto hicieron pie y comenzaron a avanzar hacia fuera quedando al descubierto sus armas cortas enfundadas. Cuando traté de incorporarme ya los tenía a mi lado: eran dos guardias nacionales. Salí del mosquitero con la mano derecha dentro del bolsillo donde empuñaba el arma, listo a disparar si hacían mención de desenfundar las de ellos o abrir los broches de presión. Mi pinta de guate maletero les desconcertó: un sombrero de cogollo a lo guijarro cubano, camisa manga larga anudada a la altura del ombligo y los pantalones largos que llevaba les reafirmó en su convicción, por no ser el atuendo cotidiano del llanero común. Tan azorados y desconcertados se encontraban ellos como yo; mientras tanto en mis adentros: “Los mato o nos los mato”...

Y venía a mi imaginación el desplazamiento del operativo militar con toda su fanfarria, aún no desmovilizado del hato de “Suripá”... pero sobre todo, mis camaradas que había dejado en las costas del Manatí a quienes sabía con sus pies ulcerosos y llenos de postemas. Pensaba: “los puedo matar y me salvo... pero revelo el rumbo de los sobrevivientes que tanto celo e interés hemos puesto en mantener en secreto... y los pobres camaradas Ramón, Guácharo, Hermes... ¿cómo se van a defender...?, enfermos y sin conocer la zona ni a nadie”.

Una voz de mando que venía del otro lado nos sacó de aquel estado de duda y de tensión:

– Uno que agarre la mujé y los caballos... el otro que se venga con la canoa...

– Quédese allí, guate... no se vaya a mover de allí... - dijo por fin uno de los militares dirigiéndose a mí, pero en cuanto se retiraron a dar cumplimiento a sus misiones, barquinié como las lapas cuando le yerran el tiro y me tendí lo más rápido que daban mis piernas.

- Pan... pan... pan...

Y caí... agarrado milagrosamente por un alambre que me prensó en la rodilla. En mi desesperación, cuando me sentí alcanzado por los guardias, cogí y me chací en dirección al caño de abundante vegetación en sus márgenes. Aún no me explico con qué velocidad pasó el resto de la comisión y en seguida con sus Madzen montadas, zambumbiaban la orilla del caño en la dirección del último rastro que había hecho en el barro donde me había resbalado.

– El hombre va herido... porque cuando le tire cayó... -decía uno de los militares que había pasado primero...

– Pues está aplanao... búsquenle la nariz... y donde se la vean, denle... -dijo otro.

– Alas, no José... ¿hasta cuándo vamos a buscar a ese pingo?; pos carajo si el toche iba herido... ya se lo comieron los caribes...

– Ese carajo es gocho –pensé yo- cómo se ve que no sabe que en el llano en el invierno no hay caribes...

A todas esas, en mi desesperación, como me fue imposible abrirme paso en medio de los bejucos y la vegetación, no encontré otra salida que agarrarme con los muslos y los brazos del árbol más grueso y dejar el rodete que va entre el labio superior y el entrecejo fuera del agua, haciendo esfuerzos abrazado como las perezas para que el agua no me aboyara.

El nivel de la lámina de agua donde me encontraba no daría más que a la altura de los muslos y en un rodetico de escasos cinco metros a la redonda buscaban los militares y me encontraba yo. Llegó un momento en que montado un guardia sobre mis piernas y apoyando su mano sobre el tallo del árbol, hacía comentarios sobre mi extraña desaparición mientras mis piernas se hundían en el cieno blando y fangoso por el efecto de la presión ejercida con su peso. Yo ladeaba mi cuello como lo hacen las tragavenados alrededor del árbol para mantener siempre oculta mi nariz.

Subjetivamente, me di por rendido; antes de hacer efectiva mi entrega, saqué el revolver que portaba y de punta lo enterré en el barro blando. Había sacado casi la cabeza cuando, en ese instante, vino a mi mente la charla de un jefe guerrillero de la sierra en donde según él, el Presidente Mao Tse Tung hacía la observación y sugerencia de que el combatiente guerrillero debía aguantar un infinitésimo tiempo más en el combate, porque no se sabía si ese era el preciso momento que el enemigo estaba esperando para darse por derrotado. Me volví a zambullir súbitamente y en ese instante...

– Vámonos sobre los caballos y la mujer... que ese toche se lo comieron los caribes...

Hasta ese momento, nunca había pasado por mis manos un libro del Presidente Mao: una de sus enseñanzas recibidas de segunda mano me salvó de caer preso o fusilado en aquella oportunidad. Años después, ya en la cárcel, a pesar de haber sido estigmatizado ese líder a raíz de los excesos de la Revolución Cultural, me dispuse a leerlo y aprendí muchas cosas sencillas que, en la vida normal, uno atropella y pasa por alto.

De recordar y escribir estas cosas casi siento que reedito el momento y me embarga profunda tristeza. Recuerdo que apenas se retiraron los militares, yo hice lo mismo; me abrí paso a través de la fronda y gané el curso limpio y correntoso del caño. Allí cometí la estupidez de sacarme la cartera donde aún me quedaban veinte billeticos morados de a diez bolívares, mi cédula de identidad y los retratos de mi esposa y de mi hijo, como si hubiese querido salvarlos del diluvio, y me los coloqué en el bolsillo delantero de mi camisa. Cuando llegué al otro lado ya no me acompañaban.

Llegué al otro lado del caño sin revólver que, en mi prisa, no tuve tiempo de desenterrar, sin mi papel para que pudieran identificarme si moría, sin los rostros de dos seres queridos que alimentaban mi espíritu y sin el resto de dinero que aún me quedaba. Minutos

antes había perdido el caballo y la silla del amigo y la hamaca que me habían regalado, con los cuales nos hubiéramos podido turnar los cinco que quedábamos.

Qué rico es sentirse así. En ese estado de anonadamiento espiritual no se siente miedo, ni se odia y ni siquiera llorar se puede aún queriéndolo, porque no sale el llanto. Casi sin tomar ningún tipo de precaución, avancé resueltamente hacia donde se encontraban los guardias, esta vez caño por medio, pero con la ubicación invertida. Medio parapeteado detrás de un encubrimiento, me puse a mirar y a escucharlos en todos sus detalles. Trajeron los caballos y ensillaron uno con la silla que encontraron: la mía. Allí montaron a la mujercita, las perolitas de cocina las despachurraron y a mi hamaca le echaron cuchillo de cabuyera a cabuyera; finalmente, uno sacó una botellita de gasolina y roció la casita que minutos después ardía como una tea. Antes de despedirse, hicieron unos cuantos disparos hacia donde me encontraba porque unas guacharaquitas deladoras comenzaron su silbidito gutural, señal infalible de la presencia de gente:

– Escuchen, el caño ‘e madre está allí... donde silban esa guacharacas asustadas...

Y acto seguido:

– Ratatata... ratatata...

Pero yo había tomado mis precauciones...

Montaron y se retiraron. Yo pase el caño nuevamente, me monté arriba de un árbol y los seguí con la vista hasta perderlos. Fui por mi revólver, lo desenterré, lo limpié y me dirigí a la casa de José del Carmen, en donde horas antes Antonio mi amigo descuartizaba la res.

– Tómese ese plato de caldo... cómase esas presas rapidito y váyase, porque los hijos de perra esos estuvieron aquí y se metieron hasta debajo del fogón... dizque buscando comunistas...

Esa última frase me preocupó y llamó la atención; hasta ese momento seguía pensando en la posibilidad de que me hubieran tomado por un guate maletero. Pero ahora con lo de comunista, me obligaban a extremar mis precauciones y movimientos. Rápidamente, me lancé al río y lo volví a pasar hasta que hubo entrado la noche; entonces decidí repararlo nuevamente, ahora para dirigirme en dirección hacia donde había dejado a mis compañeros días atrás.

El cuatrero Antonio cuando advirtió que era el Gobierno quien pedía paso en el caño, desapareció. No lo volví a ver aquella tarde.

Me lancé a la sabana limpia en medio de la oscuridad de la noche y del vendaval, cuya brisa batía la lluvia a muchas millas por hora.

Con mi carga de pesares a cuestras iba rejendiendo la lluvia, el barro y el pajonal; llevaba el revólver en la mano dispuesto a cualquier cosa... De repente, choqué con un hombre que caminaba a gatas. Pegamos un grito simultáneo y me disponía a disparar cuando...:

– ¡Ay... ay...!, no me mate... no me mate... don Flor...

– ¿Quién es...?

– Soy yo... don Flor... soy yo, don Flor... por Dios no me mate...

Era el bandido Antonio quien después de correr aquella tarde una vez que se percató que era el Gobierno, fue por su maletera que al igual que la silla permanecía en el monte, como acostumbraban durante aquel período la generalidad de los habitantes varones de aquellas comarcas. Había colgado en un ranchito destartado y deshabitado ubicado en un banco de aquellas sabanas. Es de presumir que escuchó el ruido de mi desplazamiento, pero la ventisca le impedía ubicar el rumbo exacto que yo llevaba; lanzándose fuera del bohío, de salto en salto, atinó a caer en la misma dirección mía produciéndose la colisión y lo que quedó anotado.

Conseguí a mis compañeros en un sitio llamado “Mata e Musiú”, varias jornadas de camino más acá de donde les había dejado el día

de mi partida. Sensible fue para mis camaradas las malas nuevas; sobre todo, lo relativo al estado anímico de los llaneros y, muy especialmente, para el compañero Simón quien no terminaba de entender cómo amigos queridos y hasta compadres de sacramentos, hubiesen tenido esa conducta fría y huidiza para conmigo.

Poco a poco en los días subsiguientes, a lo que iban dando los pies de algunos compañeros, nos fuimos dejando rodar Balza abajo. Nos estacionamos en medio de unas islas selváticas que dejan entre sí, varios brazos y desparrames en que se bifurca ese caño, frente a una gran mata que los moradores de la localidad denominan “Mata ‘e Loro”, enclavada en las sabanas del Hato “Vulvereño” propiedad de una sucesión con apellido italiano llamada Guarino.

Con actividad febril me lancé durante varios días en la dirección de visitar amigos y comunidades distantes, a objeto de procurarme recursos y ver si por esta vía levantaba la moral del grupo y retomábamos la iniciativa perdida.

En el radio de acción de un kilómetro a la redonda, se encontraban cinco o seis casitas cuyas familias, muy pobres en lo substancial, vivían de la caza y de la pesca que compartían con nosotros. Conscientes de lo criminal que comportaba aquella conducta nuestra de permitirles que compartieran con nosotros sus magros alimentos de subsistencia, me impuse como tarea a objeto de alivianar la carga y contribuir con algo a aumentar el stock común de alimentos, matar una res cada cuatro o cinco días y compartirla con las familias de las casitas donde nos cocinaban y nos alimentaban. Ya aquella situación me iba cansando: subjetivamente, esperaba una mayor colaboración de mis compañeros en la dirección de ayudarme a alivianar un poco las tareas y que no fuera yo quien tuviera que hacerlo todo. El estado de desidia y abandono de los camaradas llegaba al grado de ni siquiera ir por un litro de leche de vaca que había contratado para los que se encontraban más enfermos, y donde además podrían proveerse de cañas, naranjas y algunas otras cosas.

En dos de los compañeros, Simón y Ramón, las enfermedades eran manifiestas y visibles; por ello, se hacía necesario el reposo absoluto pero, a los otros dos, Guácharo y Hermes, les observaba aparentemente sanos. ¿Por qué razón entonces no colaboraban, aunque no fuera más que en las cuestiones más elementales? Un día me decidí a protestar...

– Oigan, camaradas... ya me encuentro cansado; paso dos o tres noches viajando, haciendo diligencias; cuando llego y debiera escoger ese día para descansar, resulta que se acabó la carne en los hogares y tengo también que salir esa noche en busca de ganado... cómo es posible, usted, Guácharo, que se ve sano y usted Hermes también, que ni siquiera puedan ir donde don Eustaquio a buscar el litro de leche para los compañeros enfermos...

– Es que yo me encuentro enfermo aunque no parezca –me respondió el Guácharo y se me vino encima con una determinación reflejada en su rostro tan firme y agresivo que no admitía réplica. No me quedó más que decirle:

– Está bien compañero... si usted lo dice debe ser así.

La enfermedad la llevaba por dentro; es la enfermedad de la psiquis, en los humanos sometidos hasta el límite de su presión por los pesares.

Me conocía de memoria esas reacciones y sabía de sus consecuencias cuando se forza la barra en estos casos. El combatiente que pierde la fe en tales condiciones, desarrolla un instinto de agresividad cien veces peor que el de las fieras acosadas. Es el límite de la lucidez y el umbral de la neurosis. La mejor medicina en esos casos es abandonarlos a los momentos de reposo y de quietud absoluta y al libre albedrío de sus cavilaciones.

Cuando el combatiente es orgulloso y tiene textura y raza de los hombres de cría y, por añadidura, conciencia de la historia y de su

rol, no les es fácil dar su brazo a torcer. Era el caso de este par de compañeros. Querían irse: habían perdido la fe y, con ella, la moral para seguir resistiendo en aquella lucha incierta y sin perspectivas a la vista, situación por lo demás perfectamente lógica y humana pero que no se atrevían a plantear.

Por los otros dos compañeros había ido obteniendo informaciones fragmentarias de lo que pensaban los camaradas desmoralizados, lo cual me había permitido hacer un cuadro clínico de su salud espiritual. Yo hacía todo lo imposible por impedirles una conversación formal conmigo, para lo cual procuraba estar el menor tiempo posible a su lado y, cuando no podía impedirlo, andaba con “cara ‘e perro”. Hacía todo este teatro para impedir que los compañeros me pidieran la baja, pues les había pesado en su calidad humana y, por experiencia, sabía que combatiente de tal tipo, una vez que les pasa la tormenta, su aporte y utilidad a cualquier empresa son invalorable. Por fin, una tarde, Hermes...

– Ernesto, quiero hablar contigo...

– Pero no será ahorita... -le respondí.

Estaba seguro que el Guácharo, aunque reventara no lo haría... el tiempo que gané haciéndole esperar, lo use también para prepararme.

Había llegado a una conclusión y tomado una resolución. A Hermes lo complacería en su pedimento, que sabía se trataba de la baja, y al Guácharo se la propondría indirectamente pretextando una misión importantísima y vital en relación a futuros planes, que sólo él estaría en capacidad de realizar con éxito. Esto último no era una invención o coartada mía, pero podía esperar. El filo principal de mi propuesta iba dirigido a que el camarada saliera sin herirle su susceptibilidad y pudiera así, recuperarse física y espiritualmente.

Llegó el momento en que dije al compañero Hermes:

– Ahora sí podemos hablar... vente tú también, Guácharo, que quiero hablar contigo.

Habló Hermes:

– Ernesto, yo he perdido la fe en la guerrilla de los llanos... según el Ché, estos son terrenos desfavorables para nosotros... si decido reincorporarme voy a El Charal... pero ahora no prometo nada... en todo caso, quiero irme... quiero que me des la baja y me proporciones la salida... ya no creo en esto... ni siquiera en ti... he perdido la fe...

Tanta franqueza me satisfizo; la ley es que los combatientes cuando se quieren ir lo hacen utilizando subterfugios de la naturaleza más variada. El camarada en su exposición fue al grano, claro y crudo sin ninguna ambigüedad o ambivalencia en sus palabras. Por lo demás, era lo que yo esperaba de él: no me defraudó... era muy joven, apenas si llegaba a las veinte primaveras. En ese momento recordé aquel día en que el compañero como buen andino tenía aspiraciones largas y como pollo tenía buenos botones, se paró como un pichón de cóndor mientras desfilábamos y exclamó:

– Dentro de poco tiempo seré yo el jefe de todos estos pendejos.

Ahora teorizaba acerca de la inviabilidad de la guerrilla de los llanos para justificar su salida... Después de los sucesos ya descritos, fue que se enteró que “el cambur verde manchaba...”. La inexperiencia y juventud a veces nos obliga a decir cosas que la vida no las devuelve y nos obliga a tragárnoslas.

En cuanto al Guácharo, le dije:

– Tengo una misión para ti... busca a Arauca en las selvas de Barinas; explora con él las vías y modos de cómo juntarnos... Espero respuesta para el mes de diciembre... en las casas de doña Hilda viuda de Medina, Enriqueito Carballo y Ramón de Jesús Bazán...

en los pueblos de Mantecal, Guasqualito y Palmarito... adonde mandaré estafetas periódicamente.

Al compañero le satisfizo en extremo mi proposición.

– Eso sí, compañeros... -dije a manera de epílogo- les agradezco lo siguiente: a partir de este momento voy a prepararles la salida del Apure buscando la vía de Puerto Nutrias... pero mientras se mantengan aquí, cumplan con las pequeñas tareas y obligaciones, sobre todo en el cuidado de los enfermos... y algo más: quiero que cesen esas conversaciones desmoralizadoras con los otros compañeros acerca de la viabilidad o no de la guerrilla en los llanos...

Lo prometieron y cumplieron al pie de la letra. Días después abandonaban las sabanas apureñas por el sitio “El Palaciero”, entre los pueblos de Quintero y San Vicente, en un fuera de borda expreso: el dinero me lo prestó el ganadero José Gómez, dueño del hato “La Nietera”.

Se habían cumplido las predicciones del camarada Simón en el Paso de Toro Pintao, a orillas del río Caparo: de dieciocho y veinte hombres que habíamos salido de las sabanas de la Calzada Páez al mando del Comandante Camacho, ahora sólo éramos tres: él, Ramón y yo. Pero el grupo que quedó en Barinas al mando del Comandante Arauca, tampoco corrió mejor suerte. Según informaciones posteriores, para el 20 de diciembre del mismo año, ya no quedaba ninguno en ese territorio.

Al día siguiente de la salida de los compañeros Guácharo y Hermes, reuní a los dos compañeros que me quedaban y a manera de tanteo les dije:

– Ya ven... ahora sólo somos tres... esto se acabó. Quiero que pongamos las cartas boca arriba... eso sí, ante todo espero de ustedes sinceridad y honradez; si ustedes quieren, nos disolvemos: a usted Ramoncito lo pongo en el Táchira... lo mismo que a ti

Simón te pongo en Barinas... yo veré que hago después... quiero oírlos... habla Ramoncito...

– Toche, hombre... para dónde voy a ir... yo no tengo planes particulares. Nos quedamos aquí, buscamos a los cuatreros y con ellos empezamos a operar... a la berraca hermano, yo voy con usted hasta la muerte...

Tiempo después, ya en la cárcel, supe la infausta noticia de que este combatiente fue asesinado al machete conjuntamente con el Comandante Lino Martínez, alias “El Chema”, por un grupo de forajidos para robarlos cuando se encontraban dormidos. Sus cuerpos fueron desapresados y sus cuartos lanzados a los caribes en las aguas tranquilas del río Caparo Viejo.

Le tocó el turno a Simón:

– ¡Púyote! Ernesto; me extraña que me hagas esa pregunta a mí... Tú me conoces y sabes que peor la hemos pasado.

Vamos en lo inmediato a remontarnos y volvemos a reunir a nuestros amigos... tenemos armas y salud... con nuestra experiencia nadie nos meterá el pie...

Así fue. Salimos a remudar caballos. Pero antes de continuar mi relato, quiero aclarar para el lector en qué consiste esta operación y cuál es su importancia. Para ello, me valdré de un símil. De la misma manera que el guerrillero urbano antes de realizar una operación de envergadura procede a procurarse de vehículos, utilizando una vía no violenta y de la forma más sigilosa y menos problemática que se pueda, así mismo con semejantes procedimientos el guerrillero en el llano y, por extensión los cuatreros, proceden a remudar los caballos cansados o a remontarse cuando lo hacen por primera vez, a objeto de no utilizar los propios en sus fechorías. Un caballo fresco y descansado es la garantía de que no los van a dejar a pie en una de esas soledades, en cuyo caso lo pasarían muy

mal. Dicha operación se efectúa generalmente durante las noches, para lo cual se recauda anticipadamente información acerca de las madrinas de caballos de los diferentes hatos cercanos: hacia dónde pastan, si los están trabajando o no, si son buenos o malos, si los hay en abundancia y, finalmente, si es fácil su captura. A veces se sale a la aventura cuando no se tiene esa información a mano y puede suceder, como nos ocurrió muchas veces, que nos cogía el día y no nos habíamos podido remontar, pasando la noche echando travesías largas de una propiedad a otra, de unos potreros a otros, justamente por no saber con seguridad dónde se encontraban los caballos mansos de madrina.

En épocas de tumulto y desasosiego en las áreas rurales, como lo fue aquella que estoy relatando, es peligroso acercarse a las casas de noche así uno vaya con la mejor intención del mundo. El clima de tensión reinante obliga a tomar sus previsiones antes de abordar hasta a los mas mansos de sus moradores. El que se encuentra dentro del bohío lleva todas las de ganar, porque mira y precisa a uno desde la oscuridad teniéndolo como blanco fácil y en situación desventajosa.

La ley para el que huye es tener una información prolija y detallada sobre todos y cada uno de los habitantes de las comarcas, a saber de qué son capaces y qué se puede esperar de ellos...

Precisaba yo un corral en la cercanía, donde me proponía encerrar una madrina de caballos, de la cual escogería varios ejemplares para remontarnos. Unos llaneros, voluntariosos de ocasión, a coro dijeron:

– Vamos donde Bartolo, que no dirá que no... es un hombre bueno y charrasco...

No le conocía personalmente; cuando más le habría visto. Al llegar delante de su fundo, observé que se encontraba una gandola; dije a mis compañeros:

– Dejen que yo le llegue solo y solicite el permiso; no me conviene que a ustedes los vean...

Un lapsus y bolserías mías, porque de todas maneras los iban a ver cuando aclarara dado que eran estos llaneros quienes iban a bregar con los caballos.

Me fui primero a un caney donde colgaban unos gandoleros y los revisé mirando a través de sus mosquiteros. Después me acerqué a la casa y por la hendidura de una puerta veo luz prendida; a poco se abrió y salió una mujer que se dirigió a la bomba manual de sacar agua; con mucho guillo me le acerqué y observé que se lavaba la bizcocha.

– Estaban haciendo el amor... -deduje.

Cuando hubo terminado, me le acerqué:

– Señora... no se asuste que es gente buena... dígame a su marido que necesito urgente conversar con él...

Entró al cuarto y enseguida oí que le preguntó a la mujer:

– ¿Quién es el que habla allí...?

– Yo no lo conozco... es un hombrecito jipato que quiere urgentemente hablar contigo...

– Pásame el revólver... porque a esta hora no negocio con nadie...

Salí corriendo y dije a mis compañeros que se mantenían a prudente distancia:

– Retírense y llévense mi caballo que el hombre está rascado y viene armado...

– ¿Quién es el que quiere hablar conmigo? – dijo el hombre, que parecía un murciélago por la forma en que traía la cobija la cual

él creía lo estaba cubriendo, pero que en realidad solo le servía de telón de fondo: traía los brazos en jarro y en una mano portaba un revólver niquelado y pavón blanco y en la otra, una lámpara de querosén encendida y, sobre cada mano, junto con los objetos traía agarrada las puntas de la cobija...

– Bartolo, soy yo...

– Pero quién es yo...

– Bueno, chico, un amigo... que vengo de parte de don Fila...

– No... yo no tengo negocios con don Fila y mucho menos a estas horas... mis tratos los hago de día...

Mientras tanto, detrás de la trompa de la gandola, yo no le perdía de vista los movimientos de la mano del revólver. Era una situación difícil porque no quería matarlo, pero tampoco quería que lo hiciera él a mí. A todas estas, si le decía que era la Guardia, no sabía como iba a reaccionar porque siempre lo andaban buscando. Si le decían que eran los guerrilleros o Florentino, temía que escucharan los durmientes que a esas horas debían de tener las orejas más paradas que un venado. Tampoco debía retirarme porque al hacerlo le daba mis espaldas indefensas. Con mucho cuidado, sin que él lo advirtiera, procedí a quitarme el barbiquejo para dejarme la cabeza libre del sombrero y poder quitarme la manta con facilidad, de manera que el hombre advirtiera la ametralladora.

– Soy yo... veme bien... soy tu amigo...

Y schuuuuuassss... me quité la manta y dejé la ametralladora al descubierto...

– ¡Ay mi madre...!

Y se espantó en veloz carrera hacia adentro, volviendo todo a la oscuridad porque del susto se deshizo de la lámpara... tiempo que

gané para retirarme en veloz carrera hacia mis compañeros, quienes de manera expectante se disparaban el show desde la penumbra. Ya en la distancia, sentimos como el hombre descargó el contenido de su arma al aire como para asustar. En represalia y para que no estuviera borracho cuando de él necesitaba la guerrilla, procedí a cortarle la cerca de sus potreros y proveerme con sus mismos caballos.

En unos de esos días de mi regreso a los claros de Laguna Hermosa después de habernos remontado, el combatiente llanero Zorrito, quién ya había pasado el aturdimiento de los bombardeos, se me presentó nuevamente. Decidí utilizarlo de allí en adelante como mensajero.

Al llegar a ese vecindario, lo primero que hice fue visitar a un amigo, gran admirador mío. En esa ocasión, me hizo entrega de unas riendas de freno que las había tejido única y exclusivamente para mí: no sé cuanto tiempo las había guardado, hasta poder entregármelas personalmente cuando yo volviera a aparecer. Por venir de quien venían, las estimaba en alto grado; por lo demás, eran muy lindas.

Un día le encargué una misión al Zorro que debía cumplir ida por vuelta en una noche, para regresar amaneciendo. Como él no tenía remonta decidí prestarle la mía, con la siguiente condición:

– Zorro, te voy a prestar mi caballo con todo y silla; eso sí, búscate un freno... porque el que tengo no te lo voy a prestar...

Como pusiera peros... y yo necesitaba de verdad la diligencia, decidí prestarle también el freno. Cuando llegé de madrugada salí a recibirlo muy contento, con la intención de felicitarlo por lo fundamental que se había portado y a enterarme de los resultados de la diligencia. Instintivamente, puse mano en las riendas del freno para acariciarlo cuando enseguida advertí que se encontraban cortadas a cuchillo y empataadas en nudos toscos y vulgares. Mi cólera no tuvo tamaño y lo increpé con la intención de meterle un chaparro:

– ¿Y eso cómo fue? ¿Por qué la cortaste, gran carajo?; lo más que te pedí que me cuidaras... mis riendas...

Por fin le di chance y el granuja contestó:

– Fue en El Pablero que me bajé... y el caballo metió una mano entre las riendas... busqué gente pa' que me ayudaran a sacarle la mano y no pudimos y visto que el caballo se estaba esnucando... Capuano sacó un cuchillo y las cortó...

– ¿Y de la misión que te encomendé... qué razón me traes?

– No pude llegar... porque en Los Carpinteros me salió una gente... me hicieron unos tiros que yo respondí y tuve que regresarme...

– Coño 'e la madre que tú no quieres servir pa' un carajo... dame acá la pistola...

Le faltaba la caserina; la había botado. Mi cólera no tuvo medida: por poco no me muero de una congestión cerebral. Cuando me volvió la lucidez le dije:

– Te me vas... te vas, coño 'e madre... no quiero verte... no quiero verte y te cuento... Pásame la ametralladora Simón pa' matá a este carajo.

Arrancó a correr y no le vi más. Para siempre prescindí de él... Desde que salió esa noche de nuestro campamento a cumplir su misión, se arranchó enamorado, a tomar aguardiente en una casa.

Al finalizar el mes de noviembre andábamos remontados en buenos caballos y sillas y con un nuevo pero veterano combatiente, el llanero Nemesio Venta quien decidió compartir aquella vida con nosotros.

El 14 de diciembre, como quien dice ya para despedirse el año, sostuvimos un encuentro con la Guardia Nacional en Laguna Hermosa, a orillas del río Caicara. Esta vez la suerte estuvo de nuestro

lado. Sucedió así, aquel día fuimos a los potreros de un hato llamado “Mata de Charro”; amarramos como alrededor de diez caballos, los arrebiatamos y salimos en dirección a nuestra guarida que quedaba ubicada en la margen del Caicara, entre “Hato Viejo” y una fundación llamada “Hato Viejito”; llegamos casi amaneciendo. Existía una especie de ensenada en la sabana y allí metimos los caballos para ocultarlos de la vista de los transeúntes.

Habíamos hecho un atol y nos disponíamos a comerlo, cuando por la margen contraria del caño se nos apareció un llanero y nos alertó sobre una comisión de la Guardia que se dirigía hacia nuestra guarida siguiendo un muleto que se nos había escapado sin nosotros advertirlo. La Guardia ignoraba nuestra presencia allí.

Cuando salieron al claro de la calceta, se dieron la mano con la caballada que acabábamos de traer y, para suerte nuestra, cometieron la tontería de contarnos por el número de caballos que, en total, alcanzarían a quince o dieciséis, cuando en realidad nosotros no éramos más que cuatro.

Al primer cruce de disparos me puse a dar órdenes de mentiras:

– Simón, córtales por allá... Ramón... corre a la pica con la demás gente y no los dejes salir... Por aquí van unos... córtales allá adelante... -y así sucesivamente.

Como no eran más que cuatro o cinco los que habían hecho su entrada detrás del muleto, pensarían que éramos muchos y se dispersaron en el monte en desaforada carrera; salimos al borde de la sabana limpia y nos topamos con los caballos ensillados de los que se habían dispersado. La otra partida de guardias que venían en auxilio, nos tomaron por sus compañeros y se abalanzaron a todo galope en dirección a nosotros. Como en las películas, les empezamos a tumbar los caballos al no dar blanco en los jinetes; cuando advirtieron su error no les quedó más alternativa que zumbarse de cabeza... bipupe... bipupe... bipupe... bipupe... era lo

que se escuchaba. Como los babos asoleándose. Quedaron en lo limpiecito mientras nosotros teníamos el lado del monte. Como eran muchos y nosotros muy pocos, no podíamos atenderlos a todos; era el tiempo que ganaban algunos de ellos para irse de culo de macolla en macolla de paja, hasta colocarse fuera del alcance de nuestros fuegos. Mientras nosotros nos concentrábamos en los que en la carrera se habían tendido más cerca.

Pese a la hora y media que duraría el tiroteo no pudimos hacerle sino dos bajas, durante la cual a mi se me encasquilló la UZI y a mi compañero Simón se le acabaron las balas del M-1; llegó un momento en que tuvimos que mantenernos con un par de carabinas. En el paroxismo de nuestra desesperación, dije a Simón:

– Aquel no se mueve... anda y quítale el arma... Vete dando un rodeo y flanquéalo que si se mueve lo controlo desde aquí...

El compañero se dirigió a cumplir la orden cuando, de repente, se encontró con otro agazapadito detrás de un montículo de paja; ante la sorpresa, el camarada se tendió quedando separados como por un metro de distancia. Simón quiso dispararle pero no tenía proyectil en la recámara, ni en la cacerina, ni en ninguna parte; tampoco en el revólver. Ese tiempo lo aprovechó el guardia para vaciarle la cacerina completa de su Madzen pero con tan mala suerte para él, que erró los treinta y dos tiros abriéndole una zanja como a una cuarta de la frente. Quizás esto se explique porque el guardia, del susto, disparó completamente tendido y sin apuntar, haciendo descansar la ametralladora sobre el peine curvo enterrado en el suelo. Pero las sorpresas no terminaron allí; como el camarada no se le podía auxiliar por encontrarse en la línea de tiro, le grité:

– Simón... Simón... recuerda la granada... tírale la granda...

El camarada se arrancó la granada, la destapó y la zumbó. Se produjo el estallido y retumbó el eco en lontananza; se levantó una nube de polvo y cuando esta se asentó, los dos estaban vivitos, mi-

rándose frente a frente, pese al encontrarse los dos dentro del radio de acción del artefacto. Siempre he pensado que quizá ese milagro se produjo porque, encontrándose tan cerca, quedaron dentro de la sombrilla o ángulo muerto de la granada.

Se recogieron los heridos y se les prestaron los auxilios que a nuestros alcances se encontraban, procediendo de inmediato a enviar gente en bicicleta, el vehículo más rápido de que podíamos disponer, a dar parte al pueblo de la Trinidad de Orichuna para que vinieran a auxiliarlos.

Del botín de ese día usamos lo que nos sirvió, lo que para nosotros revestía mayor utilidad; el resto se lo repartieron los llaneros que comenzaron a llegar una vez que hubo cesado el retumbar de las detonaciones. En una de esas maleteras donde guardias, guerrilleros y cuatrerros cargan sus pertenencias personales, encontramos una planilla que decía:

“Misión: Contrainsurgencia...”

Después de algunas estratagemas a las que recurrimos en el transcurso de esa tarde con el objeto de confundir a los vecinos, nos dirigimos a la costa de un caño llamado Caño Jesús; de allí, a la costa del río Orichuna, lo más cerca de la población de Elorza, hasta que aminoró el lapso más álgido y crucial de la ofensiva, cosa que se efectuó la víspera de la Nochebuena de Pascua.

Tomando, comiendo, bailando y preparando las condiciones para hacer otra maldad, pasamos el resto del mes de diciembre en las cercanías de los pueblos de la Estacada y Rincón Hondo.

Andábamos escasos de dinero y nuestra fuente de abastecimiento, el gran latifundio inglés, lo tenía en la cantidad que nuestras necesidades lo requerían. Con esa idea, dejé a mis compañeros en el vecindario Banco del Medio y solo, de noche y por travesía, me llegué hasta el Municipio Trinidad de Orichuna, a orillas de cuyo río tenía muchos partidarios y amigos.

Recuerdo que me amaneció a orillas del caño El Rosario, un poco antes del fundo “Flores Verdes” cuyo propietario don Blas Urbina era amigo mío. Allí esperaba desayunar y pasar el día hasta que viniera la noche. Poco antes de llegar a esa propiedad, me encontré con una manada de chigüires; les alcancé antes de meterse al monte y atrapé a uno de sus cachorros. Me senté en la pata de un laurel y me puse a hacerle cariño: una ráfaga de ternura estremeció mi alma al sentir que su corazón latía más de la cuenta por el susto y sus ojos saltones, como si hubieran querido salirse de sus cuencas, me veían con una mirada expresiva y triste. Pensé en mi hijo y se me salieron las lágrimas; lo largué para que fuera a unirse con su mamá y me le quedé mirando al malagradecido, hasta que su diminuta silueta se me perdió en la distancia.

De donde mi amigo partí en la noche. En la tarde del siguiente día, tenía conmigo entre diez y doce llaneros escogidos, dispuestos a cualquier cosa. La primera operación antes de marcharnos era remontarnos. La realizamos en la fundación de “Palma Sola”, perteneciente al hato “Tabacare” de don Alberto Alvarado, en donde cogimos una buena parte de los caballos que necesitábamos; la otra, nos la proveímos del hato “Las Carmelitas”. Se dejó algún dinero para la alimentación de la familia de estos llaneros más necesitados y con ellos marché rumbo abajo, hacia donde cantan las tururas, hasta donde nos amaneciera.

Convine con los llaneros en que cada uno debía de ponerse un nombre que, a partir de ese momento, usarían y se llamarían única y exclusivamente por él. Al principio lo tomaron a mamadera de gallo; más, después asintieron y andando, andando, vieron la utilidad de proceder así. Se pusieron los nombres más singulares y extraños. Cada quien lo hizo escogiendo la palabra que en la vida le había llamado más la atención.

Antes de amanecer, di la orden de coger una ternera para asarla en las primeras horas de la mañana, comer durante el día y llevar el

resto de bastimento. Antes de proceder a asarla tomé la previsión de montar una ronda de centinelas que vigilaran en las diferentes direcciones. Escogí el primer turno apuntando en la dirección que seguía el cauce del caño El Rosario, mirando hacia un hato llamado “La Concepción” cuyo propietario era el ganadero Cipriano Veguee que nos quedaba cerca.

Apenas si habían prendido la candela y se disponían a colocar los asadores en su alrededor, cuando se apareció un jinete en la dirección que yo montaba guardia; enseguida otro... otro... en total, eran como dieciséis.

Dije a los compañeros:

– Apaguen la candela y cada quien se coloca en la pata de un palo... - dejando que los jinetes se acercaran hasta donde estaban los caballos amarrados y desensillados. Y encontrábanse haciendo conjeturas sobre las manchas de sangre que llevaban los caballos cuando:

– Alto, carajos... soy el comandante Florentino, jefe de la Fuerzas Armadas de Liberación Nacional en el Apure y nada deben temer... porque no andamos haciendo mal a nadie si no se meten con nosotros... la sangre que ven en los cuadriles de los caballos es de una res que terminamos de despresar... por cierto no pertenece al hato de “La Concepción”... se la cogimos al Cedral...

– Y si hubiera sólo del hato está bien comía... –respondió quien parecía ser el jefe de la peonada.

– ¿Y cómo se llama usted?

– Cipriano Calzadilla, pa’ servile... estoy a la orden pa’ servile en lo que pueda...

– Ah... con que usted es el dueño de este aeropuerto donde aterrizan aviones que desembarcan tropas para perseguirnos...

– Bueno, usted tiene que entendé lo siguiente: somos los que disponemos del aeropuerto más grande y seguro de por aquí... el Ejército nos lo pide prestao pa' caé y nosotros no podemos decile que no... sino autorizalo, lo que no implica complicidá...

– Está bien, señor Calzadilla; tiene usted razón... ahora dos cosas más: primero que hasta el momento son los únicos que nos han visto; si dentro de pocas horas se sabe de nuestra presencia por aquí, tengo que concluir que la delación o el rumor salió de esta gente que usted carga y por lo tanto lo hago responsable a usted...

– Es así... se lo prometo que nada se sabrá...

Dirigiéndose al personal:

– Ya escucharon... el que yo sepa que ha hecho algún comentario aunque se a a la mujé... lo mato...

– Segundo, señor Calzadilla... yo envió muchos correos y moscas por travesías porque no pueden ni deben hacerlo por los caminos reales... ahora bien, sus campos volantes andan armados y suelen abordar a los viajeros que no se desplazan por los caminos de costumbre... participación que le hago para que los campos volantes lo tengan presente y sepan que esta gente, pese a no andar haciendo daño a nadie, cargan las instrucciones de defenderse...

– Está bien... será tomada en cuenta esa observación...

Le invité a compartir con nosotros la carne asada, cosa que rehusó dándome las gracias y nos despedimos ratificando su amistad o, cuando menos, su neutralidad.

Asamos rápidamente la carne, comimos, pegamos el resto y nos retiramos como a una legua del sitio hasta esperar la noche.

Entre quince o veinte días acampamos en un recodo del río Arauca llamado el “Rincón de los Güires”, cerca de un sitio denominado

San Ramón, en terrenos del hato “La Trinidad de Arauca” del ganadero poeta José Natalio Estrada. Mientras, recogíamos la información de la llegada del presupuesto del hato “Los Cocos” de la Compañía Inglesa que, al decir del infidente, era donde llegaba la masa de dinero que después se distribuía al resto de las posesiones del mismo consorcio.

En el momento que tuvimos la información precisa, hicimos la marcha de aproximación acompañados de baquianos buenos conocedores de la región, llegando a eso de las cuatro de la mañana. Como en ocasiones anteriores, desnudos uno de los baquianos y yo, hicimos un recorrido por las instalaciones de la gran propiedad en previsión de ver si había personal de la Guardia durmiendo, cosa que era común en estos hatos.

Teníamos previsto que aclarara; mientras tanto mi gente se mantenía en sus puestos, alertas y vigilantes. Comoquiera que el encargado general de la propiedad se disponía a salir en su vehículo a esas horas, me decidí a abordarlo:

– Usted es el señor Gustavo Ferrer... ¿verdad?

– Sí, a su orden...

– Bien, estás detenido para una averiguación...

– ¿De qué se trata...?

– Tú lo sabes... estás metido en una conspiración contra el Gobierno... ¿Dónde están las armas...?

– Creo que se trata de una equivocación... bueno, yo si tengo armas pero son permisadas...

– Anda... búscamelas... entrégamelas...

Y me hizo entrega de algunos revólveres, escopetas, rifles y una ametralladora Beretta de dos gatillos, virgo, que nunca había disparado...

– Ajá, bandido... ¿dónde está el permiso de esta...?

No lo tenía.

– Bueno, mira Gustavo: nosotros no somos del Gobierno; somos guerrilleros de la Fuerzas Armadas de Liberación y no le andamos haciendo daño a nadie gratuitamente; venimos aquí porque es una propiedad extranjera que ha amasado su fortuna explotando y rapiñando a los llaneros, con la complicidad de nativos como tú... No obstante eso, te garantizo respeto a tu vida, la de tu familia y lo que te pertenece a ti; pero eso sí, me entregas todo lo de la Compañía que nosotros necesitamos... comienza por entregarme los dineros...

– Trato hecho...

De la peonada que dormía en el caney, se fue uno corriendo en medio del susto y el desbarajuste de los primeros momentos. Pasamos un rato hablando con los peones, como siempre hacíamos, dándoles una explicación de los objetivos de nuestra lucha; repartimos parte de la existencia de las bodegas y nos dispusimos a marchar.

Como era costumbre, los guerrilleros eventuales dispusieron a cargarse de las bodegas como si tuviesen la certeza de que aquello era una mudanza legal y como, si en vez de caballos, dispusieran de un camión. Cargaban con cobijas de pelos, sombreros, ropas, víveres, medicinas para humanos y animales y cuanto vaina se les ocurría. Hasta los enseres de una humilde maestra se querían llevar, cosa que impedí.

Recuerdo un incidente que, por su relevancia, relataré a continuación. Requisando, los llaneros habían dado con una mochila de fuertes de plata que parecían ser ahorros o una colección de esas monedas, propiedad de la esposa del encargado. Era una cantidad bastante grande; el llanero que se la consiguió se la encaleto sin participar a nadie. Como quiera que yo había dado garantías de respetar los bienes particulares, la esposa del encargado se me acercó

y haciendo uso de esa garantía se dirigió a mí una vez que se dio cuenta de que habían desaparecido sus ahorros:

– Comandante... usted habló de respetarnos lo que nos pertenecía a nosotros... me han llevado una mochila de fuertes que son mis ahorros personales... y que es una colección.

Comencé a preguntar a los compañeros Simón y Rompellano, quienes tenían responsabilidades; como no me dieron razón, formé todo el equipo y les hablé:

– Oigan compañeros... se ha perdido un dinero que pertenece a esta señora y en ello va comprometida nuestra seriedad y credibilidad; yo les hablé bien claro antes de llegar aquí: que de y contra la Compañía todo; contra su personal directivo o de obreros nada... así que me aparece ya ese dinero o procedo a hacer una requisita...

– Aquí está una mochila... -exclamó un llanero colombiano llamado Casanare.

– Señora... ¿será ésa?

– Sí, esa es...

– Venga... recíbala... está bien, retírense cada quien a su puesto... -dije al personal y me quedé con la señora y el llanero; por curiosidad, abrí la mochila y vi en ella un billetico de quinientos bolívares...

Tomé el billete entre mis manos y dije a la señora:

– Usted me habló de una colección de monedas; este billetito está de más en esa colección; vamos a dárselo al llanero en premio por su honradez... -y se lo entregué.

Mandé a los compañeros que procedieran a desensillar y a soltar los caballos y al baquiano que nos sirvió de guía hacia el hato “Los Cocos”, un tal Alfredo Rebolledo, quien al principio se nos ven-

dió por bueno, resultando a la larga cobarde y delator, lo despedí esa misma madrugada; previamente acordamos con él volvernos a encontrar esa tarde, con la finalidad de que nos guiase un pedazo del camino de regreso, al menos hasta donde nosotros ya éramos conocedores. Convinimos que colocaría una cruz de madera en el camino a objeto de precisar su ubicación.

Al encargado don Gustavo Ferrer le ordené:

– Póngame esa camioneta full de gasolina... chequéele el aceite, agua y todo... que no se vaya a quedar por falta de alguno de esos elementos... y usted mismo me va a llevar a la otra propiedad inglesa, al hato “La Bendición Ramera”...

Se colocaron en el cajón de la camioneta nuestras pertenencias y todo aquello que los llaneros habían considerado a bien llevar y marchamos.

En el trayecto, pasamos frente a la cruz de madera que nos servía para ubicar el paradero de Alfredo sin advertirla. Tampoco él se percató cuando pasamos, ya que no nos esperaba en carro.

Llegamos a la otra propiedad sin novedad; requerimos al encargado, un tal Míster Kique, de origen argentino según decía y, como en la ocasión anterior, dije que me entregara las armas y el dinero; desconectamos el sistema de fonía con que dichas propiedades reportaban las novedades del día a la casa rectora ubicada en Valencia. Además, procedimos a desinflar los cauchos de los vehículos. Después de eso, mandé a todo el personal de peones así como a todo el que fuera llegando a pasar a la sala de la casa del directivo del hato: nada tenía que envidiar en cuanto a aseo, orden, confort y lujo a la mansión de cualquier millonario o ejecutivo caraqueño. Un detalle llamó mi atención: aquellos peones nunca habían traspasado aquel umbral. Como los burros o los caballos no acostumbrados al cemento, aquellos peones instintivamente se resistían a pisar aquel recinto pulido como un espejo, el cual no estaba hecho

para los callosos y agrietados cueros de sus pies. Al final, cuando los emplazaba:

– Pase... suba... -lo hacían dando un saltico y se quedaban temblando como ganado con chiqui-chiqui...

Como la musiuva me viera con malos ojos y a los peones allí sentados en sus muebles mullidos con cara y rictus de asco, le dije:

– Vamos musiuva... póngase a bajar copas de esas que están allí, coja una botella de whisky escocés y póngase a repartirle a los llaneros que ellos también tienen derecho... musiuíta hija... aprenda para el día que se le ofrezca.

Aquella mujer me veía como si hubiera querido comerme, pero “cuando el tullío va de culo, no hay barranco que lo ataje”. El musiu en cambio era más dócil o, cuando menos, más inteligente y receptivo; quiso ganarme de velocidad con unos caballos cuando le pregunté:

– Musiu... ¿y esos caballos?; voy a necesitar unos caballos de la propiedad para remontarme con mi gente...

– Ché... pero esos no le sirven... son caballos que se están trochando...

– No joda, musiu... tú como que crees que yo soy güebón... Vamos, Rompellano y Janeiro, comiencen a amarrar caballos y a ensillar pa’ todos...

Eran dos buenos llaneros y compañeros de alta estima y confianza. Di la orden y continué hablando con los peones y directivos, entre otras cosas, de lo que haríamos con esas propiedades y semovientes de alcanzar el poder. Cometí la pendejada de descuidar y dejar a los llaneros que había mandado a ensillar, a su libre albedrío. Salí con el musiu al patio del hato y nos encontrábamos intercambiando impresiones sobre sus experiencias en las llanuras venezolanas en

relación con la pampa argentina, cuando de repente observé un avioncito Piper que reventó casi en los cogollos de un samán...

– Musiú... ¿y ese avión...?

– Eh, ché... a veces ellos pasan bajitos a ver si se encuentran pasajeros que quieran viajar...

Me puse a observar el avioncito que andaba planeando cuando, de repente, hizo acto de presencia otro que pasó rasante.

– La pinga, musiú... éstos no son ningunos avioncitos buscando pasajeros... ese es el Gobierno que anda en busca de nosotros... camina pa' dentro...

La rápida información la obtuvo el Gobierno por aquel peón que se fue del hato “Los Cocos”, quien no paró su carrera hasta el hato “Santa Rita”, propiedad del ganadero apureño, descendiente de libaneses Abrahán Bezara, donde existía radio y dieron el parte.

Bajo llave, los encerré a todos en una pieza. Fui hacia donde estaban los llaneros encargados de la tarea de ensillar y cual no sería mi desesperación y arrechera cuando observé que apenas si habían ensillado un par de caballos, precisamente los de ellos. Lo habían hecho con tanta parsimonia, escogiendo apero por apero y pegando tantos guilindajos, que más que caballos parecían un par de dromedarios. Su individualismo les impidió ensillarlos en serie, como lo exigían las circunstancias. El resultado era que ahora, momento de emergencia y de correr, los que habíamos estado ocupado en otras tareas nos encontrábamos a pie...

– Pero coños ‘e madre... ensillen esas mierdas rápido... yo no los mandé a estar escogiendo caballos ni aperos...

Con el mayor apremio logramos ensillar a duras penas los caballos, menos para un combatiente que se quedó a pie; por suerte, venía llegando un llanero peón del hato en una yegua trochada y,

viendo el aprieto en que nos encontrábamos dijo:

– Cámara... llévese ésa... -y el guerrillero montó.

Uno de los avioncitos botó su carga humana en la sabana afuera, mientras el otro nos tenía controlado desde arriba. A partir de ese momento lo que se volvió fue a corre-corre; “aquí caigo, aquí levanto...”: ellos por el aire y nosotros por el suelo. Y... pangán... pangán... pangán... de arriba para abajo y de abajo para arriba. Al llanero de la yegua trochada, compañero Nemesio Venta, le alcanzaron la bestia; en ese momento grité:

– Déjasela... amárrasela en lo limpio para que la vean y vente... corre... corre...

Me proponía con ello dejarla como señuelo, para que se entretuvieran en la creencia de que el resto nos encontrábamos allí, paré a un llanero que corría desaforado y apuntándole con el arma le dije:

– Párese carajo... monte en el anca al compañero...

Antes de continuar, quiero dejar constancia de un fenómeno que, por lo repetitivo, siempre me llamó la atención a lo largo de esta lucha. De la impresión de que cuando los combatientes de los bandos opuestos no se odian a muerte, ninguno de ellos tiene interés en enfrentarse al otro y entablar combate, prefiriendo valerse de una señal para advertir al contrario que huya y evitar la matazón o derramamiento de sangre. Fueron numerosas las oportunidades en que de parte y parte rehuíamos el combate, casi podría decirse que en inteligencia tácita. Es como si cada cual estuviera pensando: “La cosa no es contigo, pero si te metes llevas” o “La cosa no es con ellos... déjalos que se vayan”.

En la oportunidad que reseño, nos encontrábamos en un sitio llamado la tapa de Gamarrita, con los caballos del otro lado de una cañada y el que comandaba del lado del Gobierno a sabiendas de que nos encontrábamos allí, retardó el tiempo necesario el avance

de sus efectivos haciendo más bulla de la necesaria, a objeto de advertirnos de su presencia y hasta nos permitió que repasáramos la cañada con el agua al pecho hasta posesionarnos de los caballos y retirarnos.

Los llaneros que nos acompañaban en esta oportunidad que no eran los mismos de la zona de Barinas, rápidamente le cogieron terror al paso rasante de esos avioncitos, sobre todo por el impacto y las detonaciones de las granadas fragmentarias.

Otra lección que aprendí esa tarde fue que gracias a cargar caballos acostumbrados a trabajar en los montes, pudimos desplazarnos con facilidad por debajo de la fronda ocultándonos de la visibilidad de los avioncitos. Esto no hubiese sido posible de haber cargado caballos acostumbrados a trabajar en la sabana limpia y descampada, que en la carrera se desplazan con la cabeza levantada: a cada instante hubieran estado guindados del pescuezo por las lianas. En cambio, el caballo acostumbrado a trabajar en áreas semiselváticas desarrolla un instinto y habilidad increíbles para evadir estos obstáculos, aún en plena carrera, desplazándose por lo general con el pico casi pegado al suelo como los caballos burreros cuando se les extravía la madrina o el hatajo de burras.

El combatiente tachirenses Ramón no estaba habituado a jugarle a la candelita a los ramos y obstáculos que, a cada instante, se presentan cuando se corre dentro del monte. El jinete veterano procede a acostarse sobre el pescuezo del caballo y a cambiar alternativamente el tronco de un lado a otro, de conformidad con la dirección del obstáculo que se desea evitar. Llegó un momento en que lo encontré güinchado por el pescuezo con un bejuco de mazamazo, pero no fue tan bolsa porque no soltó el caballo el cual permanecía levantado en sus patas traseras frenado como el caballito del ron Pampero.

El miedo colectivo al peligro común, se traduce en semejantes circunstancias en elemento galvanizador de la unidad y disciplina.

Días atrás, estos llaneros estaban siempre predispuestos a la conducta anárquica e individualista así como poner peros y murmurar ante las instrucciones y órdenes que se les impartían. En estas horas, se transformaron como por arte de magia en los combatientes más dóciles, circunspectos y disciplinados. Y es que:

*Pa chigüire puya 'e guafa,
para morrocoy candela,
y pa' un llanero bolao
un buen chaparro melao.*

En el caso que narro, los avioncitos hicieron las veces del chaparro para disciplinarlos.

A todas estas, el baquiano bandido Alfredo Rebolledo, habiendo sido atacado por el hambre en el sitio de espera, optó por sacrificar un ternero con el objeto de comer y guardarnos. Cansados de esperarnos, se decidió a hacer fuego y asar la carne, justo cuando los avioncitos comenzaron el jaleo. El piloto de uno de ellos advirtió la columna de humo que salía del monte, le pasó rasante y le lanzó unas cuanta granadas. El hombre pensó: “Si por la carne es, aquí se las dejo”...

Y montó en su caballo y se retiró.

Como estaba previsto encontrarnos, yo no había hecho problema en hacerle entrega de nuestro cortafrío, el único que cargábamos, para no andar buscando falsos o pasos reales.

Como las cosas no se dieron como habíamos acordado, a la hora de la emergencia, sentíamos la necesidad de nuestro aparato. No obstante, enrumbamos en dirección de la primera línea de cinco pelos de alambre que nos cerraba el paso y que tenía una extensión de varios kilómetros. La casualidad quiso que nuestros primeros jinetes, al azar en la rauda carrera con que nos desplazábamos, le llegaran justo al tranco de la línea donde minutos antes el baquiano

había cortado los pelos de alambre y pudimos pasar sin necesidad de bajarnos, sin contratiempo alguno.

Fue tan veloz y rápido el desplazamiento que hicimos que al amanecer del siguiente día de esos sucesos, sino estábamos a más de cien kilómetros de aquel escenario, no estábamos a menos: y a caballo esa es una distancia fabulosa.

El enemigo planifica en un lapso prudencial descargar sus efectivos en los cuatros puntos cardinales, dentro de un radio de acción medido en kilómetros bastante grande, dentro de cuyo perímetro consideran que se encuentran los elementos objeto de su persecución, viniéndose desde allí rastrilleando en círculos concéntricos en dirección al sitio donde ocurrieron los hechos. Sin embargo, durante ese lapso ya nos encontrábamos fuera de ese radio de acción.

En las horas y días siguientes de haber vivido la experiencia con los avioncitos, todos los pensamientos, inquietudes, desvelos y pesadillas de los llaneros giraban en torno a esos aparatos. A la mañana siguiente, nos encontrábamos amontonados como una bandada de chigüires, dentro de una mata a orillas de una laguna; de rompón, se hizo presente una de esas pequeñas naves, bajitica. Todos voltearon a mirarla, yo lo hice hacia ellos y les observé el terror pintado en sus rostros y los ojos desorbitados “como chivos comiendo tamarindo”.

Al otro día, nos encontrábamos haciendo lo mismo en las sabanas de la fundación llamada “Providencia” perteneciente al hato “El Cedral”: todos estábamos tendidos, rendidos de cansancio. Pasó un avión a gran altura que tenía su corredor aéreo por encima de la mata en que nos encontrábamos ocultos. Al unísono, los llaneros se pusieron de pie, algunos hicieron la mención de correr, otros casi se abrazan a los árboles y desde esa posición espiaban el cielo. Incluso hubo uno que se le ocurrió decir:

– Está parao... porque casi no se mueve...

Era su miedo: el avión volaría como a unos quince mil pies de altura.

Para finalizar el día, di la orden de marchar pegado al monte: eran las últimas horas de la tarde cuando, de repente:

– La aviación... Y corre... corre... chupulún hacia el monte...

Era una voz repentina de alerta, pero también era una orden, un mandato. Al igual que el resto corrí pero faltando poco para entrar al monte, me entró una ráfaga de vergüenza por aquello de que uno debe saber de quien corre y me volteé no viendo avión por ningún lado; en cambio, si vi un enorme “golillú” que volaba en picada en lontananza sobre las costas del río Matiyure, en dirección adonde nos encontrábamos; uno de los llaneros, avergonzado, exclamó:

– Carajo, don Flor... hasta dónde hemos llegao... a espantanos hasta de los gabanes: y días atrás nosotros le chalequeábamos...

Pensar que estos eran los mismos llaneros que días atrás, cuando yo les decía: “Compañeros... tiren al monte rápido... mas rápido compañeros que están pasando muchas avionetas...”, en las oportunidades en que volteaba en mi apresurado andar, los sorprendía burlándose de mi. “Nadie aprende en cabeza ajena”: siempre será así y no puede ser de otra manera.

En el último sitio del que partimos esa tarde, sucedió un altercado entre Rompellano y yo, por la supuesta pérdida de unos potes. Se había agotado la reserva que cargaba el resto de los compañeros y llamé a ese combatiente, quien era el único y último que debía cargar; hizo entrega de un stock muy escuálido que yo consideré no debía ser:

– Rompellano... pero eso no es todo lo que se te entregó.

– Compa... eso fue todo lo que usted me entregó antenoche.

– No... no, no puede ser... a todos les di igual... diga que se la

comió... sea hombre carajo, que los hombres cuando cometen un error deben reconocerlo...

Al igual que Guadalupe en el monte de Sangre de Toro, primero lo increpé acremente hasta hacerle estallar, después le desmenucé el problema delante del colectivo para rebajarlo a los ojos de sus compañeros y, finalmente, le di un consejo de cómo debía comportarse de allí en adelante.

El compa abjuró de su inocencia en todas las formas que sabe hacerlo un hombre inocente. Pero yo no me retracté de la forma como había procedido... para mí lo había cometido y punto. Años después supe que había sido injusto aquella tarde: a él le había dado las sobras de los potes que no alcanzó a la cantidad que di a los otros... para él mis disculpas después de tantos años...

Confieso que sentía miedo del llanero después del incidente, porque además de valiente era fino con el arma. Cuando llegó la hora de marchar, dije a mis hombres de confianza que uno de ellos se colocara a la retaguardia y no me lo perdiera de vista y al otro que se le pusiera a un lado. Así marchamos hasta que cayó la noche y sucedió lo de la pérdida de mi caballo.

A la segunda noche de los sucesos, nos encontrábamos un poco más tranquilos en las sabanas del hato "El Cedral" después de muchas horas de no haber pasado un bocado fuerte por el estómago. Decidí que debíamos matar una res, despresarla y pegarla en ancas de los caballos para asarla en el sitio donde nos proponíamos acampar.

En medio de la oscuridad de la noche, los llaneros lograron enlazar un maute; en el momento en que lo despresaban, un llanero me pasó la falseta de su caballo para que se lo tuviera mientras él ayudaba. Como el que a mí me había tocado era un caballo muy brioso y quizás recordando lo que el invierno pasado nos había sucedido en las sabanas del hato "La Calzada de Páez", decidí reasegurar

los caballos procediendo a juntar los dos cabrestos y echarles un nudo de mono. Justo sucedió lo que había pensado y no esperaba: mi caballo que era rucio blanco, “cintura e lión” y de buena alzada y, por añadidura, extremadamente brioso se asustó con el rollo de la falseta y se espantó, encabritándose de tal manera que no puede contenerlo y... ¡paf!... se reventó el cabresto, llevándose todo excepto el armamento y el dinero. Dentro de mi maleta llevaba además del chinchorro, mosquitero y ropa, libros, documentos y anotaciones personales.

Salió un “brazao” de llaneros en persecución de mi caballo en la oscuridad de la noche y en medio del tropel de miles de reses y caballos. Sabía que extremarían la búsqueda pues se trataba del caballo del jefe. Por fin, después de varias horas de correr de un lado a otro, se rindieron: no había sido posible localizarlo. ¿Qué hacer? ese ¿Qué hacer? en aquellas circunstancias y momentos comportaba una razón de Estado. Se hizo un silencio imponente en espera de qué decisión tomaría, cosa que retardé a propósito, en forma calculada.

– ¿Qué estarán pensando los llaneros? –me decía- ¿cuál de ellos estará pensando que quedará sin caballo... para resolverle el problema al jefe?

Por fin hablé:

– Allá, Guaicaipuro... Bájese de ese caballo y entrégueselo a Manuel... y usted, Manuel monte el caballo de Guaicaipuro...

Manuel (Nemesio Venta), era un llanerito descarnado y cargaba un caballo pequeño. En cambio, Guaicaipuro (Juan Gómez), cargaba un caballo grande y bien comido.

Una vez que se llevó a efecto el cambio y los llaneros se encontraron a horcajadas en las respectivas sillas, monté en ancas del caballo de Manuel y:

– Vamos compañeros... que siga alante el Cabito (Carlos Rivero)...

Nadie dijo una sola palabra pero sabía que en lo más profundo de sus corazones bullía un millón de aplausos y reconocimientos para mi comportamiento y determinación: pocas horas después me serían recompensadas.

Decía Marx en *El Dieciocho brumario* de Luis Bonaparte que “... la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos...”; algo parecido me pasó con los caballos de los héroes. Desde niño había observado en las estampas y acuarelas que los caballos de nuestros próceres eran, por lo general, blancos o rucios y, por añadidura, gordos. Yo me consideraba jefe y por tanto debía de cargar uno parecido: yo no iba a ser más pendejo que ellos. Los caballos que más se parecían al prototipo de las pinturas, en el Alto Apure, eran los padrotes o sementales de los hatajos. En esa dirección enfilaba mis pasos a la hora de remontarme o remudar, contrariando la advertencia y aclaratoria de los llaneros de que “esos bichos son unos bueyes”. Eran como se dice en los medios civilizados “pura pinta...”. Pero nada me hacía cambiar de idea: ése era el tipo de caballo en que yo debía andar montado. Obligaba a mis compañeros llaneros a pasar horas y horas corriendo en la sabana abierta hasta lograr capturar uno de estos ejemplares, lo que lograban con mucho esfuerzo, al precio de cansar a los de ellos y después de realizar un procedimiento de joyeros hasta lograr tarabitearlos... una vez capturado, les decía:

– Ahora quiero que me lo paseen...

A lo que los llaneros obedecían de buen o mal grado.

Muchos fueron los sin sabores y amarguras que nos hicieron pasar este tipo de brutos por culpa de mi capricho, necedad e impertinencia. No solo arriesgaba la vida de mis compañeros llaneros al obligarlos a que me lo pusieran en condiciones... antes de entregármelo, proceso que por lo general comportaba brincos y corco-

veos durante varios días cada vez que se le iba a montar, dándose el ridículo y grotesco espectáculo que, siendo el caballo para mí, solo me conformaba con verlo y ver la prestancia del llanero en él: mientras tanto, yo me resignaba a andar en el nada esbelto caballo de cuatrero. Además, cargábamos con nosotros un dolor de cabeza permanente y un verdadero delator, especie de venganza de padrote por obligarlo a cumplir una función para la cual no había sido preparado o educado... si acampábamos, el animal caminaba en dirección y rumbo a su abandonado harén mientras sus otros compañeros, que no tenían la envidiable función de ser cabeza de familia, comían tranquilos y a sus anchas, y sus jinetes dormían; de tal manera que cuando por cualquier razón teníamos que salir apresurados, yo andaba perdido en la inmensidad de la sabana buscándole rastros al mío, mientras el resto del personal tiempo ha que estaba en condiciones de marchar.

Y era un delator, porque cuando aquel animal pisaba los predios de su coto era un solo relinchar y, de tanto hacerlo, terminaba por escucharlo sus esposas y armándose una algazara de amor entre las hembras y el macho transitoriamente ausente, que únicamente era posible aminorar cayéndole al animal a palo por el hocico. Los moradores de aquellas comarcas cercanas adonde pastoreaba aquel hatajo, al sólo escuchar los relinchos intermitentes del padrote y la respuesta de sus yeguas, automáticamente se decían:

– Por ahí anda la gente...

De habernos estado esperando la tropa enemiga, concedora de estos secretos, muy mal lo hubiéramos pasado... Y todo por un capricho, hijo de una ilusión, producto de una edad, unas pinturas y lecturas... Con la experiencia de esa noche... terminé por cogerle el consejo a los llaneros...

Llegados a una pequeña playa que al retirarse las aguas deja el río Caicara, oculta de la vista del que se desplace por la sabana, llamé a los compañeros Simón y Rompellano y les advertí:

– Camaradas, quiero dormir... no quiero que nadie me despierte hasta que mi organismo no lo haga por sus propios medios... Asen la res en el mayor silencio y cómansela... no me llamen para comer. Además, quiero que monten una pequeña guardia hasta que amanezca...

Así fue; todo se cumplió al pie de la letra... Al otro día, cuando el sol estaba ya alto y unos rayos del mismo me daban en la cara, me desperté por mis propios medios. Iba para las setenta y dos horas que no dormía completo, acaso si a raticos: los nervios no me lo permitían.

Me levanté livianito y contento y apenas me senté en la hamaca, vi una mula amarilla pegada a pata de palo frente a mi colgadura; sorprendido, pregunté:

– ¿Y esa mula?

A mi pregunta se me adelantó Rompellano quien se mantenía a distancia prudencial de donde estaba colgado y, con rostro de felicidad, me respondió:

– Esa es suya compa, la traje pa' usted...

– Coño. Compadre... ¿y a dónde fue usted a buscar esa mula a esas horas...?

– A unos potreros cerca del pueblo de Mantecal...

Aquel gesto para conmigo no lo podía creer; estaba como aturrido, precisamente por venir del llanero con quien había reñido la tarde anterior a causa de los potes de la ración, sobre las costas del Matiyure.

Después de aquella agradable sorpresa, decidimos cambiarnos de lugar adentrándonos más en la espesura. Era el momento de la separación de los llaneros: hasta allí, como en otras oportunidades,

nos acompañarían. Para todos era un día en el cual la alegría se confundía con la tristeza y las promesas alternaban con los juramentos. Pero al jefe le faltaba un trago amargo por pasar que, desde hacía muchas horas, era objeto de sus cavilaciones tratando de buscar e implementar una salida. Se trataba del problema del dinero sobre el cual todos estaban pendientes. Me horrorizaba pensar en la pretensión del reparto igualitario de las bandas. Pero, por un lado, atendiendo a realidades tenía que tomar en cuenta que, hablando con propiedad, los revolucionarios de conciencia no éramos más que tres; en cambio, ellos pasaban la docena. Por otra parte, entendía que nadie se embarca en una empresa sin esperar algo a cambio, juicio que adquiría más validez si tomaba en cuenta que gran parte del botín que habían tomado para sí en el ható “Los Cocos” había quedado sobre la camioneta. Y finalmente, todos eran padres de familia y tenían personas a su cargo.

Durante el primer día de corre-corre y en los momentos de paz que nos permitían los avioncitos y el personal de tierra, había tenido la previsión y tomado la decisión de hacer un reparto del dinero aparentemente al voleo. Para ello procedí de la siguiente manera: comoquiera que los billetes venían en pacas y en series numeradas tal cual salen de los Bancos, llamé a Simón mi compañero de confianza y, entregándole la mochila del sencillo, le dije:

– Saca un puñado de monedas y cuéntalas... ponlas aquí... - señalándole donde ya se encontraban pacas de cien, cincuenta, veinte y diez bolívares.

Una vez hecho eso en varios montoncitos, comencé a llamar a los llaneros, uno a uno:

– Urdaneta, a quien coloquialmente se le conocía por el remoquete de Guate, y cuyo nombre de pila es Ramón de Jesús Segovia, combatiente muy bueno, leal, sincero y obediente, fue al primero que llamé... venga... tome... cargue ese dinero... Cuéntale, Simón.

– Tantos miles... con ochocientos cincuenta y seis con cincuenta y cinco céntimos...

– ¿Está conforme...?; si quiere cuéntelo...

– No hay pa' qué...

– Venga acá, no se me vaya todavía... oiga bien lo que le voy a decir... ese dinero no es suyo, es de la Revolución... así que no se haga ilusiones con él... ¿estamos?...

– Está bien... - y se marchaba.

Así lo fui haciendo con todos. Pero, una vez que me daban la espalda, les anotaba la cantidad con céntimos y todo.

El día de la partida hice lo mismo para darles el dinero que me proponía entregarles: fui llamando uno a uno, atendiendo a su jerarquía o ascendencia que tenía sobre el resto; tomaba en cuenta además, la diligencia y trabajos extras que habían desarrollado durante la campaña a objeto de premiarlos, conjuntamente con una felicitación... Todos entregaron el dinero completo, sin faltar una puya...

El que recibió más dinero fue mi compadre Ramón Armario (a) Rompellano, porque era un jefe nato, lo había ganado con su trabajo, comportamiento y celo, previo discurso de por qué no procedía al reparto igualitario como ellos lo esperaban:

– Nosotros no somos una banda de ladrones... somos revolucionarios... El dinero pues, pertenece a esa causa... que en estos medios la represento yo como jefe... así que la guardia y custodia de esos dineros me corresponde primeramente a mí...

También le hice entrega de un dinero adicional para que me pagara unas deudas contraídas con propietarios de los lados de Elorza y Trinidad de Orichuna.

El otro que recibió más dinero fue el compañero Janeiro quien secundaba el liderazgo natural de Rompellano; a aquel le hice entrega de mil trescientos bolívares. Al resto, los arreglé de mil doscientos por cabeza...

Todos quedaron conformes. El lector coincidirá conmigo en que fue una cantidad exigua, aun tomando en cuenta el precio del dinero para ese momento.

Obtuve más de ellos: logré hacer que me entregaran de buenas maneras los cuatro mejores caballos, argumentándoles de la siguiente manera:

– De aquí voy rumbo a Zamora, hacia zonas que no conozco y en donde no abundan los caballos como por aquí... ustedes son llaneros y pronto se remontarán en cualquier sitio, a la hora que lo requieran... ese no es nuestro caso...

Con las armas hice lo mismo: las cortas se las dejé para su uso personal; para las largas, en su mayoría escopetas y rifles, dejé encargado a uno con la instrucción precisa de recogerlas una vez hubieran llegado a su destino, guárdalas y presérvalas en buenas condiciones hasta que yo regresara. Esto nunca se produjo. Años después tuve información de que las habían negociado en territorio colombiano.

Con armas largas y cortas hicimos unos blancos esa tarde y nos despedimos con abrazos y lágrimas en los ojos. Ya en la distancia volteé a mirarlos y aún permanecían en la misma posición batiendo las palmas de sus manos en señal de despedida, hasta que nos perdimos en la línea del horizonte encandilados sus ojos por los rayos vespertinos del sol de los araguatos.

Chorriaíto, como ganado desgarrado buscando sus comederos, caminando de noche y por travesía para ocultarnos de día, enfilé proa en dirección al Estado Zamora, como gustan decir los habitantes de esa región refiriéndose a Barinas.

Profundos surcos de pesares agujoneaban mi espíritu en aquella travesía. No lo oculto: estaba cansado y quería volver a la vida normal; ya aquella vida, como en las pesadillas, se me semejaba a un túnel oscuro y sin salida.

Guardando las distancias, como Sandino en Las Segovias cuando dijo a sus lugartenientes:

– Voy a Managua: o firmo la paz o me doy un tiro...

Algo parecida era mi determinación cuando me dirigía hacia las tierras de Barinas pero, por otra parte, pensaba: “¿Cómo hacerlo sin caer preso y al margen de una decisión colectiva que no lleve un cargo de conciencia encima a donde vaya?”.

La solución que buscaba, para esos momentos, estaba ya tomada por la Dirección del Partido: con su tesis de Paz Democrática, nuestros Generales habían aceptado la derrota.

Nosotros, por razones que se explicará el lector, ignorábamos el cambio de estrategia. Por eso fue sabia e inteligente aquella medida de pacificación que tomara el Presidente Caldera bajo su gestión de gobernante. No tengo prurito en reconocérselo; la situación mía era la situación de muchos... al menos, de los que no habíamos andado durante ese período largo mamando gallo en nombre de unos principios y de la guerra.

Compadezco a quienes su retirada no la hicieron con honor. No los justifico ni los absuelvo pero, al menos, me lo explico y entiendo. Después de haberlo perdido todo, el honor era lo único que debía y valía la pena salvarse.

Quizás esta decisión in mentis de legalizar y normalizar mi vida aceleró mi caída, como más adelante explicaré.

Lo cierto es que llegamos a las márgenes del Apure, entre los pueblos de San Vicente y Quintero, lo esguazamos en frente de un

sitio llamado El Lunero, una de las fundaciones del hato “Suripá”.

Mes y medio, aproximadamente, duramos merodeando entre los ríos Apure, Canaguá y el Pagüey tratando de hacernos clientes y de conseguir partidarios, con miras a establecer correajes firmes y seguros que nos permitieran llegarle a los centros poblados de Canaguá, San Silvestre, Santa Lucía, Dolores y, a través de ellos, a Barinas y al Centro hasta llegar a Caracas.

No nos fue posible. Actuábamos conservadoramente; estábamos, como quien dice, temerosos. Solamente lo conseguimos hacia la vía de Bruzual y Puerto de Nutrias, a través de pescadores y habitantes ribereños y eso después de mucho esfuerzo.

Por allí logré sacar a Ramoncito con correspondencia a mis superiores y amigos, cuyas respuestas nunca recibí ni se que destino tomaron, pues, cuando él regresó, ya no existíamos: habíamos caído víctimas de una traición el 2 de abril de 1966.

Había dado a Ramón algún dinero para sus gastos y algo más para que se lo entregara a su padre, un inválido que le esperaba en la ciudad de San Cristóbal y único pariente cercano que tenía. También envié algún dinero para los parientes de Simón y me reservé mil bolívares para enviarlos a mi esposa, los únicos que he tomado para mi en toda mi vida de revolucionario.

Nuestra lucha no observaba progresos: “Como el perro que lamía manteca, no se moría pero tampoco engordaba”.

Nuestras acciones repetitivas no eran más que la réplica ampliada de los años pasados, cuando no, una caricatura grotesca en relación a la de los primeros tiempos de la lucha. Y ya eso no me gustaba... aquella forma de vivir me tenía cansado... había perdido todo atractivo para mi...

CAPÍTULO VII

2 DE ABRIL DE 1966

*La traición, captura y muerte
del compañero Simón*

En este pasaje trataré de ubicar los hechos en sus prolegómenos, detalles, presentimientos, casualidades, circunstancias que los precedieron y todo cuanto de esotérico existía en el ambiente físico en el cual estábamos inmersos. Pareciera que hechos de esa naturaleza estuviesen encadenados por una secuencia inexorable de coyunturas que se cumple fatalmente, o es que la mente a posteriori busca y atribuye un sentido que no tendrían esos elementos analizados fuera de contexto, hasta hacerlos que se entronquen armoniosamente como elementos auxiliares en la explicación y justificación de la tragedia o el drama de que se trate.

Había caído un fuerte aguacero días atrás, debió de haber sido entre el 25 y el 30 de marzo o quizás un poco antes. Tales aguaceros marcan el término de la estación de sequía y anuncian el comienzo de la época de las lluvias. Los días subsiguientes a estos primeros aguaceros amanecen grises, tristes y tranquilos, propicios para la evocación, el encanto y el amor. También sirven de acicate al apresto del hombre de trabajo, sea criador o agricultor: se acerca la época de siembra y, por tanto, de preparación de tierras; hay que acomodar el techo de la casa familiar, el caney de los peones y los corrales y chiqueros que esperan a los mostrencos dentro de varias semanas. Se acercan, pues, trabajos de vaquería, los cuales dejarán miles de becerros prisioneros en los chiqueros, preludio de las queseras; miles de toros o novillos fuera de sus querencias y muchísimos toretes y terneros que volverán a la sabana sin testículos, con los cuales esperaban enseñorearse en los rebaños. También quedará un saldo de caballos y llaneros lisiados.

La diferencia entre el explorador y el que huye en los montes estriba en que el primero lo hace por deporte y el segundo lo hace por su vida. No se si a los exploradores, caminantes y al resto de los guerrilleros les sucede igual, pero a mi me encanta perderme cuando no llevo apremio. Esta conducta aparentemente díscola de rumbar por derecho me dio bastante práctica de orientación, tanto en los montes como en la sabana abierta. El que lo intente tiene que

ganarse para la idea de pagar un precio, aún cuando no fuera más que caminar más de la cuenta y dormir dos o tres noches fuera de su campamento.

Si uno lleva el mapa de la zona en la cabeza, domina los puntos cardinales y sabe orientarse por el sol y las estrellas, siempre sale bien y, a cambio de unos ratos de amargura e incertidumbre, gana en conocer otras rutas y caminos. Tantas veces recurrí a esto que casi lo agarré por hobby, cuando no tenía más nada qué hacer. Para el hombre que lleva una vida normal, eso de rumbear le tiene sin cuidado: hace siempre sus desplazamientos por los mismos caminos que conoce.

Un día de aquellos, haciendo una de esas travesías para intentar llegar al campamento por donde nunca lo había hecho, me di la mano con caño en cuyas márgenes se encontraban unos pequeños prados lindos y bellos, de color verde intenso que contrastaba con la vegetación muerta dejada por el verano y las candelas. Pensé que a mi caballo le gustaría echarse unos buenos buchados de esa grama y decidí desensillar y ponerlo a comer suelto. Mientras tanto, me alejé siguiendo las orillas del caño en las que iba encontrando abundantes carapachos de babas. Me entretuve un buen tiempo haciéndole maldades a una colonia de estos animales que se encontraban en un pocito; los había como piedras...

Días después, hice el comentario a unos llaneros describiéndoles el sitio y mi extrañeza por la gran cantidad de babas con que me había tropezado... a lo que un llanero me contestó:

– ¡Ay jodo!... si usted se encontraba en Caño Verde que es la madre ‘el tigre... de casualidad no se lo comieron a usted y al caballo: esa es la hora de ellos salí...

En otra oportunidad hacía una de esas travesías, que me servían de entretenimiento y relax, apelando a ellas para huir de la monotonía del campamento y de la espera que enfermaban mis nervios por

la falta de aventuras y nuevas vivencias. Era una tarde gris y apacible, preludio de las entradas de agua. Desplazábame por uno de esos cañitos secos que son los únicos pasadizos que al hombre de a caballo dejan las montañas intrincadas, cuando de repente me di la mano con varios burros enjalmados y una mula que, acomodados por sus cabrestos, pastaban. Como no vi gente, me dio miedo; a parte de los animales que pastaban, observé un enorme morrocoy que descansaba artísticamente guindado sobre el peto de la rama de un árbol.

Me retiré en forma silenciosa, tal como había llegado; fui en búsqueda de mi camarada Simón para que me ayudara a desentrañar aquel misterio. Hora y media, ida y vuelta, gasté en la travesía. Antes de llegar al sitio, nos encontramos con los dueños de los burros, ahora cargados de morrocayos. En total, llevaban doce sacos con las bocas cosidas que descansaban pegados a cada lado de las enjalmas de los burros. Sentí lastima por el saqueo irracional de aquella rara especie y opté por proponerles que me vendieran el de tamaño y proporciones gigantes:

– ¿Cuánto vale, amigo?... es que quiero regalarlo de recuerdo...

– No vale nada... es suyo... agárrelo...

No sé por qué cargando tanto real, di una miseria de dinero a aquellos humildes cazadores... Ese animal de antología aún existe de recuerdo en un hogar de la ciudad de Barinas.

Uno de esos días, salí solo a hacer un contacto. Me desplazaba por el fondo de un caño sabanero seco, apenas interrumpido por pequeños pozos o bombas, para así no sobresalir por encima de la línea del horizonte y evitar ser visto desde la distancia. Por lo general, cuando se hace este tipo de travesías solo, sin tener con quien conversar para distraerse, uno se deja atrapar por una cadena de pensamientos que se repiten uno tras otro y así sucedería hasta el infinito si algún ruido o factor extraño no nos llamara la atención,

que es cuando volvemos a la realidad. En esta oportunidad, lo que me obligó volver en mí fue la sorpresiva como inexplicable paralización del andar del caballo. Lo aupé y no quiso andar; taloné, tampoco; lo volví a picar y nada que se movía... Me desesperé y di con la rienda una y otra vez y el animal me cogía para los lados con la intención de chacearse y meter mano. Por fin levanté la vista y, para mi sorpresa, en una playita de río como a cuarenta metros de donde fustigaba mi caballo, vi una tigre mariposa que jugaba con dos cachorritos pelando las mandíbulas al igual que lo hace el león de la Metro Goldwing Mayer, pero sin proferir rozidos. Por supuesto, me asusté muchísimo pelando instintivamente por el arma que no llegué a disparar; me dije:

– ¡La pinga, Ernesto!... tú no andas matando tigres... lo mejor es que te regreses...

Y así lo hice.

La no llegada de Ramón y el presenciar la alfombra multiplicadora y millonaria de la semilla germinada y de la fronda enana que cada segundo, minuto, hora y día amenazaba levantándose una fracción de medida más, me exasperaba. Por experiencia sabía que una vez que se produce el brote de la semilla y del rizoma, éstos no pararán y, en cuestión de días, lo que era un campo yermo y desnudo se transformara en un tapiz verde de vegetación espesa e intrincada. Temía, pues, que quedáramos atrapados junto con los animales y las plantas en aquel biotopo mágico, misterioso y encantado. De mi espíritu se apoderó la angustia y un día dije a Simón:

– Cámara... el tiempo que corre es oro y debemos acelerar y multiplicar la iniciativa de contactar gente... cargamos abundante dinero y es necesario establecer ya un correaje con Barinas por la vía de San Silvestre o, cuando menos, hacernos de amigos a través de los cuales podamos adelantar terreno con el propósito de colocarnos en tierras más altas que nos permitan sortear el invierno

en mejores condiciones y no quedar aislados de los centros poblados... así que ahorita mismo vamos a ensillar y a incursionar en dirección del “Hato Callejas” cuyo propietario para ése momento, era el ganadero Eloy Izaguirre.

Así lo hicimos; enfilamos hacia la montaña “Las Maporitas”, por donde se desplaza el río Pagüey. Al tropezar con una carretera de tierra que va a ese hato, en vez de coger y seguir la dirección convenida, decidí agarrarla en sentido contrario, a otro llamado “Buenos Aires” o “Hato Tablantero”, precisamente donde nos montaron la traición días después.

Fragmentariamente, había venido tomando información de los dueños de esta última propiedad: ¿Quiénes eran?, ¿Cómo eran?, ¿Cuál su conducta con los vecinos y demás propietarios? Y así sucesivamente... la respuesta era unánime:

– Esa gente es mala... tengan mucho cuidao... En días pasaos por la pérdida de unos cochinos trajeron la Guardia... hicieron maltratá un gentío...

Me limitaba a escucharlos sin hacer comentarios y, por mi experiencia de los años pasados, me permitía concluir y razonarle a Simón:

– Cámara... no debemos tomar al pie de la letra lo que nos digan estos campesinos sobre estos señores... fíjate quienes lo dicen: unos campesinos arruinados... De repente son unos criadores honrados y trabajadores; éstos van y les comen los marranos y es lógico que ellos recurran a la Guardia en defensa de sus intereses...

Un día uno de los pequeños criadores de la zona nos dio una versión más completa sobre los antecedentes, modo de vida y conducta de esos propietarios que, de haberla procesado con mayor detenimiento, es probable que nuestra conducta y actuación frente a ellos hubiera sido otra...

– Bueno, mire... los hermanos García Tablante eran unos arruinados y se dedicaban a cuatrerear del otro lado del Apure... en una oportunidad los hizo preso la Guardia y los llevaron a Palmarito; de allí se fugó el renco... Claro está, ahora no son pobres ni cuatrecan desde que les cayó una herencia que hasta el presente se la disputan con la tía...

De regreso a nuestro campamento:

– Te fijaste Simón... que fueron cuatrecan... ya sabemos que los cuatrecan nunca han sido malos con los que andan jodíos... hasta tienen una fuga en el pecho...

Afinqué mi razonamiento, para justificar mi posterior actuación desaprensiva en el pasado de esos señores... pero olvidé el presente: ahora no eran arruinados; ahora eran propietarios con todas las de la ley. El antiguo “lame-platos” transformado de la noche a la mañana en rico, sobre todo cuando este cambio de status se opera por la vía fraudulenta, deviene en su antítesis, transformándose en un renegado impúdico, más papista que el Papa, al recordar y renegar de su pasado reciente de privaciones y limitaciones; se horroriza con sólo pensar en volver a ver su imagen virtual en el espejo de otros días.

Caminando en la dirección de nuevo rumbo sorpresiva e imprecisamente tomado, dio por casualidad que a la primera cosa con que nos topamos y en la que nos proponíamos establecer algún tipo de relación y hacer algunas preguntas también un Jeep venía hacia ella, pero en dirección contraria a la que nosotros llevábamos. Cuando se anda en las condiciones en que nosotros andábamos, todo vehículo, sea el que sea, se presume enemigo; más concretamente, del Gobierno. Es la vigencia de la ley de la desconfianza permanente y constante, de la cual el que huye jamás debe apartarse ni dejar de tomarla en cuenta.

– Sigue... sigue... no voltees – dije a mi camarada, cuando el vehículo nos pasaba por un lado.

– Ahora... ya no nos regresemos, Simón... “chivo que se devuelve se esnuca”, vamos en dirección a aquella otra fundación – que se veía en la distancia y a la que tardamos en llegar como una hora...

– Salud...

– Saludo... - respondió un mestizo rechoncho, quien se afanaba en limpiar de pelusas unos patos güires muda-alas y a quien le advertí desde el primer momento que cojeaba de un lado.

– Cámara... ¿cómo se llama esta propiedad y quién es el dueño?...

– pregunté a manera de establecer un diálogo.

– Se llama “Buenos Aires”... y nosotros los dueños...

– Bien... nos gustaría conversar con ustedes... para decírselo de una vez, nosotros somos guerrilleros que andamos por aquí sacándole el cuerpo al Gobierno... cargamos un hombre en estado delicado de salud y tenemos necesidad de sacarlo a la ciudad... ¿no sería posible que ustedes nos hicieran el viaje?... por supuesto, nosotros les pagaríamos...

– Eso no es conmigo... eso es con José Vicente...

– ¿Y no es usted también el dueño?...

– Sí... pero el que manda es él... y ahorita no se encuentra aquí... anda pa’ Barinas...

– ¿Y cuándo cree usted que regrese?...

– Puede que mañana en la noche...

– Dígale que queremos hablar con él... que una noche de éstas, temprano, venimos a visitarlo... Y aquella casita que se encuentra allá... ¿a quién pertenece?... Ibamos a entrar y no lo hicimos porque venía un carro...

– Esa es de una tía de nosotros llamó Albertina... más vale así, que no entraron porque esa es una vieja chismosa... los pudo haber denunciado...

– Muchas gracias por su información... - y nos despedimos de aquel hombre que no me hizo sangre, pero a lo que tampoco le hice cerebro...

En la noche siguiente, regresamos al mismo lugar; ahora lo hicimos directamente al asiento del hato, en busca del mandamás.

La conversación que sostuve con ese sujeto me fue sumamente desagradable, como quizás no la hubiera sostenido nunca con propietario alguno. Como era de noche, apenas si lo recuerdo: sé que era de color moreno, de complexión fuerte, bigotes gruesos y de regular estatura. Delante de su casa estaba parado un carro negro de modelo antiguo, el que asocie con el de una funeraria.

– Simón... quédate aquí... que voy a abordar a este hombre solo... no vaya a ser que frente a los dos sienta temor...

– Buenas noches...

– Buenas noches... - y salió el hombre sin camisa.

– ¿Es usted José Vicente García?

– El mismo...

– Mire, amigo... yo ya había hablado con su hermano y él me remitió a usted... el problema que tenemos es el siguiente... - y se lo planteé.

– ¡Ah!... pero no seré yo ni mi carro quien les saque ese enfermo...

– Está bien, amigo... pero ¿no será posible que usted me lleve una correspondencia al Negro Parra?, es gerente de ACO, una firma comercial muy conocida en la ciudad y mi amigo personal...

– Tampoco.

– Bueno, vamos a hacer un negocio: le compro ese carro de contado, se lo pago ya... e incluso se queda con él hasta que yo encuentre quien me lo maneje...

– Mire, amigo... ya le dije que no quiero ni aspiro ningún tipo de trato o relación con ustedes... no quiero que me suceda como a un grupo de vecinos en la ciudad de Santa Bárbara que se pusieron a colaborar con ustedes y allá están presos en la ciudad de San Cristóbal. Así que no les voy a hacer bien...

Hizo una pausa larga en su discurso, para terminar:

– Claro... tampoco les haré mal.

Me atreví a replicarle:

– Bueno, usted lo ve... de todas maneras, no olvide que yo ando en lo que ando...

Hablamos de otras cosas insustanciales; entre otras, recuerdo se interesó en indagar más acerca de la naturaleza del vínculo que mantenía con el amigo para quien había pedido llevara la carta. Me disponía a despedirme cuando le propuse:

– ¿Usted no tiene comida que nos venda?

– No, no tengo.

– Pero... ¿un pocillo de café sí debe tener?...

– Se acabó el dulce; por eso no se ha tostao...

– Regáleme pues un vaso de agua...

Salió en su búsqueda para regresarse después de haber andado unos pasos en la dirección de la casa:

– Se me había olvidao decile que la suela ‘e la bomba la tengo echá a perdé por eso no hemos sacao agua pa’ bebé...

– Bueno, amigo... muchas gracias...

Y monté mi caballo... Para mi sorpresa, acaso si me había retirado unos pocos metros cuando el hombre me llamó en tono amigable para que me regresara, cosa que hice.

– Usted dirá...

– Haga la carta para su amigo, el Negro Parra, que yo se la llevo... ahora quiero pedirle algo: ¿Cómo hago yo pa’ cogé un ganao que necesito agarrá y que está en la sabana?... ¿no me irán a molestá los suyos a la gente que voy a mandá?...

– Hágalo con toda confianza... le doy mi palabra de que no serán molestados... cuando más, nos limitaremos a observarlos desde nuestros escondites. ¿Cuándo le puedo enviar esa correspondencia y a quién se la entrego?...

– Cuando usted quiera... me la entrega a mí o a Ángel...

Regresé adonde me esperaba Simón, angustiado y ansioso de saber el resultado de mi entrevista con el hombre.

– ¿Qué tal, cámara?... ¿Cómo te fue?... ¿Qué conseguiste con el jodío?

– Me fue mal... muy mal... en los años que llevo en esta vaina, jamás me había encontrado con un sujeto más difícil... ni más claro en cuanto a tener conciencia que hasta darle un vaso de agua a un perseguido implica un compromiso... Ese hombre es un perfecto coño ‘e madre... Con todo, en el último momento me llamó y me dijo que me iba a hacer el favor de llevármele la carta al Negro Parra...

– Coño, cámara... pero entonces no estuvo tan mal la cosa... algo se consiguió.

En cuanto amaneció hice la correspondencia; a falta de tiro o sellotape, la cosí con hilo y dentro metí algunos billetes de a cien con el objeto de que el amigo en su venida, que no era otro el pedimento que le hacía en la carta, me trajera unas botas y algunos metros de plástico porque las lluvias habían comenzado. Aparte de ese pedimento, la correspondencia contenía toda una serie de pasos que mi amigo debía dar, una vez que entrara al cajón de sabana en torno al cual merodeábamos, caso que se dispusiera a hacernos la visita.

Salí en dirección a colocarla en su destino y no fue preciso andar mucho. A poco cabalgar me encontré con los llaneros que andaban sabaneando en busca del ganado, del cual el futuro y potencial traidor me había hablado. Al frente de los hombres se encontraba el renco Angel García Tablante, igual de traidor y bandido que el hermano.

– Tome, entréguesela a su hermano... ¿Cuándo podría volver por la respuesta?

– Bueno... el viene mañana viernes por la tarde...

– Vamos a hacer una cosa para yo andar sobre seguro: dígame que pasado mañana en la tarde voy por la respuesta...

Un detalle y un lapsus de mi parte, son pertinentes de analizar ya que como eslabones de la fatalidad, encajan armónicamente en el desenlace del drama. En el lapso que media entre mi retirada aquella noche cargada de presagios y la llamada inesperada del bandido para que regresara; el traidor concibió su felonía, las dudas que hasta hace poco revoloteaban en su cerebro habían desaparecido, su plan macabro fríamente calculado debía de darle resultado por partida doble, en el supuesto dado que yo mordiera el anzuelo, como en efecto lo mordí brindándole la oportunidad de “matar dos pájaros de un mismo tiro”. De un lado él resolvía su problema que más le preocupaba en ese momento, como era la captura de sus toros sin ningún tipo de inconveniente por las garantías que le había

dado, de que sus llaneros trabajadores no serían molestados. Y en segundo lugar, utilizando como señuelo y pretexto la carta para mi amigo, que para nosotros era vital hacércela llegar y que minutos antes olímpicamente se me había negado a llevársela, él se sobre-aseguraba nuestro regreso para consumir su traición. Todo le salió bien... “él que juega a la ruleta y pierde, no debe echarle la culpa a la ruleta”...

La otra torpeza la cometí cuando di a quien le entregué la correspondencia, la seguridad del día y la hora en que iría por la respuesta. Se juntó, pues, de esta manera, “el hambre con la comía”. Y es que “el que va a morir en lo oscuro, ni que ande vendiendo velas”...

Nunca se me había ocurrido en mis años de bandido decir a nadie ni de donde venía ni hacia dónde me dirigía, a menos que lo hiciera de mentira. Muchísimo menos, decir el día y la hora en que le caería nuevamente de decidirme a hacerlo. Es más, en las oportunidades en que me veía obligado a pedir una orientación, lo hacía de tal manera que al final mi orientador quedaba sin brújula de cuál era realmente la dirección que me interesaba, de las tantas que le había exigido que me precisara hasta en los detalles, en los cuatro puntos cardinales.

A la mañana siguiente, sucedió lo que a continuación diré. Como de costumbre, al amanecer salimos en busca de los caballos para colocarlos bajo los árboles para evitar que nos los ubicaran desde el aire. Buscamos en diferentes rumbos rápidamente y no dimos con ellos; yo salí en dirección al río en donde les dábamos de beber y con el cual nos comunicábamos a través de un caminito de picure que nos habíamos esforzado en no trillar. Para llegar al sitio que teníamos por campamento, debía de atravesarse una ceja de caporunal “jecho”, al que también nos habíamos cuidado en no doblar. Al salir del caporunal al claro, siguiendo el caminito de picure, encontré sobre el suelo un par de cartuchos de escopeta vacíos, tan

cuidadosamente colocados en el suelo, cuyos culos amarillentos de cobre apuntaban en la dirección del campamento. Aquella inesperada como extraña coincidencia no me agradó lo más mínimo.

– ¿Cómo puede ser posible –me decía –que suponiendo que algún cazador furtivo habiendo querido desembarazarse de ese par de cartuchos vacíos, estos hayan atinado a caer tan apareaditos y a la vera del camino y con sus culos amarillentos apuntando hacia el campamento?... la pinga... esa es una coincidencia muy fortuita...

Sin embargo, para no alarmarlo, no hice comentarios a mi compañero sobre el extraño encuentro.

Hallamos los caballos después de mucho tiempo; el sol ya estaba alto.

Al atardecer dije a mi camarada que nos acercáramos a la costa Apure en busca de cualquier información sobre Ramoncito, el que ya tenía mas días por fuera que los que habíamos convenido.

Al llegar a la casa de familia de un amigo de nombre Pedro Tovar, el cual, el día que me lo presentaron, había gozado un puyero cuando extendiéndole la mano le dije:

– Mucho gusto... Ernesto Guerrero...

El me respondió:

– ¿Guerrero?... guerreando anda usted...

Celebrando el retruécano, habíamos reído a mandíbula batiente.

Al hacer la señal convenida, se nos envió un niño con el encargo de decirnos que no entráramos pues, en esos momentos, se encontraba en su casa el Juez de Llano del pueblo de Santa Lucía con un par de policías y que mejor esperáramos un rato.

¡Oh, que casualidad! ¡Quién hubiera sido adivino! A nadie se le hubiera ocurrido pensar que aquel par de policías eran, nada más y

nada menos, Ramón de Jesús Segovia (a) Urdaneta y Carlos Rivero (a) el Cabito, mis amigos y compañeros de correrías en la última etapa de mi vida de guerrillero en el Alto Apure.

Nuestro pueblo, globalmente hablando, ha aprendido mucho: el ciudadano que “menos puja, echa una lombriz”.

Cuando por la delación de un tal Luis Alfonso Natera Martínez y Alfredo Rebolledo, muchos de mis camaradas llaneros, combatientes ocasionales, se desperdigaron en diferentes direcciones: unos lo hicieron hacia Colombia, algunos rumbieron a Zamora por los puntos más deshabitados, otros se emplearon en lo hatos de los grandes propietarios que los protegieron y el resto se metió a los pueblos “como río en conuco”, buscando normalizar sus vidas. Dos de los más buscados, llegaron al pueblo de Santa Lucía y aprovechando que el Prefecto y el Comandante de la Policía buscaban personal para darles plaza, se le presentaron. Requeridas sus libretas militares, se las mostraron cambiándoles su identidad. El Prefecto tenía en su oficina la lista de sus nombres y apellidos legales y la orden para la captura, pero no disponía de fotografías. Se trataban de Ramón de Jesús Segovia (a) el Guate y de Carlos Ribero (a) el Cabito.

Y allí hubieran permanecido indefinidamente los guerrilleros-policía de no haber caído un llanero cobarde, Julio María Segovia, hermano de uno e hijastro del otro, quien portaba el mismo apellido de uno de los solicitados y que tenía el Prefecto empleado en su oficina.

El mismo Prefecto le dio la voz de arresto acompañado de los guerrilleros-policías, quienes eran los realmente buscados. Personalmente los llevó al Comando de la Guardia Nacional en Barinas, custodiado por padrastro y hermano.

Por el camino y aprovechando los descuidos del Prefecto, éstos le rogaban:

– Aguántate, hermanito... no nos vayas a delatá que ya estamos tranquilos y cansaos de juyí... confiamos en ti que aguantarás los planazos sin decí na...

Lo entregaron y se regresaron junto con el Prefecto. El gran carajo cuando le dieron los dos primeros conchazos se quebró:

– Tú no eres ningún Julio María... tú eres Ramón de Jesús y tú debes saber dónde está Carlos... así que vas a cantar...

– ¡Ay!, no, mire señor Guardia... yo le voy a decí la verdá... Ramón de Jesús es mi hermano y Carlos el marido de mi máma... y son el par de policías que me trajeron acompañando al Prefecto...

Enseguida ardió Troya: rodearon el pueblo y los capturaron para sorpresa del Prefecto. De cabeza fueron a dar a la penal del Táchira, donde nos encontramos meses después.

Cuando les referí el cuento del par de policías del pueblo de Santa Lucía que acompañaban al Juez de Llano y que me habían hecho pasar un mal rato, me respondieron:

– ¿Cómo va sé?... ésos éramos nosotros que cansaos de buscalo decidimos empleanos... de habenos topao, allí mismito nos hubiéramos io con usté...

Cansados de esperar aquella tarde que el Juez de Llano y sus dos bandidos-policías se marcharan, optamos por regresar a nuestra madriguera. Era tarde en la noche y los cartuchos de la mañana no habían cesado de martillar mi cerebro; se me vino el presentimiento de que el campamento estaba tomado y nos esperaban. Tal fue mi obsesión en la idea fija, que dije al camarada Simón:

– Cámara... tengo el presentimiento de que algo malo nos ronda... -en esos momentos andábamos sin ametralladoras-, la pinga..., lo que soy yo sin ametralladoras no entro al campamento a estas horas...

Habíamos adquirido la mala práctica de salir sin esos artefactos, pese a que cada uno de nosotros lo tenía por pares. Eso tenía una explicación: de “gancho ciego” aspirábamos pasar por sabaneros; con una manta encima y un arma corta enfundada y su respectiva dotación de balas, pasábamos inadvertidos. De vernos cualquier llanero en la distancia, solamente se le ocurriría pensar: “allá va un par de forasteros”.

Pero si nos veían con armamento, lo menos que se le vendría a la mente y transmitiría:

– Por allá iba una pareja de Guardias o una Comisión de la Guardia Nacional...

Y esto era inconveniente para nosotros...

Craso error que el hombre que huye no debe cometer jamás; cuando se anda resteadado, la conducta práctica cotidiana que se debe asumir debe ser congruente con esta disposición mental. De lo contrario, ese pensamiento y predisposición se transforma en una formulación vacía. Cuando uno dice y se promete:

– Ando resteadado... me agarraran muerto... pero lo que soy yo, vivo no me dejaré agarrar...

Y resulta que teniendo y cargando armas de mejor calidad y rendimiento, incluso granadas, como era nuestro caso, nos aventurábamos a salir comúnmente con armitas cortas; era una mentira piadosa la que nos estábamos metiendo. No basta entonces pregonarlo y quererlo; hay que saberlo implementar en los hechos.

Por fortuna teníamos la previsión de encaletar las armas en la solapa de un barranco, como a cincuenta metros del campamento, en donde no nos era difícil aproximarnos aún en medio de la mayor oscuridad. Allí nos dispusimos a llegar y lo hicimos. Dije a mi camarada:

– Desnudémonos... y lleguemos a las ametralladoras... y algo más: haya o no haya gente, a estas horas levantaremos campamento y nos retiraremos. Con Ramoncito veremos como nos las averiguamos después...

Ese es otro detalle que se suma a los reseñados. Tenía y tengo por norma seguir el impulso de las corazonadas; siempre las interpreté como un mandato y obedecí a ellas. Y todo porque... ¡la pinga!, cuando ando clandestino:

*En los montes soy picure
y en la sabana venao
y en los copos de los palos
soy un gavilán parao...*

No fueron pocas las veces en que de pronto y sin explicación aparente, me levantaba a cualquier hora de la noche, lloviese, tronase o relampaguease y decía a mis camaradas:

– Compañeros... vamos... levántense... y ensillemos... vamos a retirarnos que tengo un pensamiento malo...

– Pero, Ernesto... ¿Qué pasó? ¿Qué loqueras son esas?... tan duro que está lloviendo... ¿Por qué no lo dejamos para por la mañana?...

– Nada, compañero... ya dije que nos vamos. No quiero que nadie me contraríe...

Y marchábamos. Podía suceder lo mismo cuando se trataba de pasar un río o un caño por un paso real obligado y de costumbre; íbamos enfilados derechito en esa dirección cuando de repente decidía, obedeciendo a un presentimiento, buscar otro vado, así nos quedara más lejos. Horas o días después obteníamos la información de que una patrulla del enemigo había caído sobre el campamento que habíamos abandonado o que desde determinadas horas de la noche nos tenían montada una emboscada en el paso de ese caño que habíamos evadido.

¿En qué estriba eso?: vaya usted a saberlo. Siempre he tratado de buscar una explicación a tal fenómeno. Quizás podamos recurrir a las mismas leyes que rigen la programación de las computadoras o los cerebros electrónicos. El que observa o le para bolas a los detalles, va introduciendo en su cabeza un conjunto de datos aparentemente desordenados e inconexos; en el transcurso de determinado tiempo, el subconsciente los procesa, los coteja y saca una conclusión que se transmite al consciente por la vía del pensamiento. La gente ignara llega a la conclusión de que uno es brujo o se encuentra asistido por espíritus superiores cuando se producen estos aciertos.

En la oportunidad que refiero falté a mi autopromesa:

– Cámara... usted dijo que hubiera o no hubiera gente nos retiraríamos...

– No hombre, Simón... ésas son güevonadas mías. Estamos cansados... vamos a dormir...

Al día siguiente temprano, ensillé un caballo ruano ponche crema que no era el mío y dije al camarada:

– Voy sólo a realizar el contacto... en previsión si Ramón llega... quédate aquí y prepárate una comida para el momento que yo regrese.

Llegué a las orillas del río Canaguá; lo encontré ligeramente crecido. Una carga de angustias y de presentimientos se adueñó de mi alma, al extremo de que no pude dar un paso más. Contemplando el raudal crecido vino a mi imaginación aquella copla llanera, muy a propósito de mi estado anímico:

*A las orillas de un río,
a las sombras de un laurel,
me acordé de ti, bien mío,
viendo las aguas correr.*

Regresé al campamento y encontré que mi camarada no había cocinado ni daba muestras de hacerlo. Cuando indagué la razón me respondió excitado:

– Púyote, Ernesto... lo que soy yo de ese pozo no agarro más agua... porque estaba sentado en la pata del matapalo y me entretenía viendo una garza que se había posado, cuando de repente advertí que desapareció y en su lugar lo que brotó fue un rollo lisito como las nalgas de una mujer... así que allí esta enterrado un culebrón de agua muy feo...

Posteriormente, tuvimos que mudarnos. Después de narrarme su percance, Simón se preguntó:

– Cámara... ¿ya fue... que vino tan rápido?

– No, ¡la pinga!, cámara... no sé que me pasó. Preferí dejarlo para la tarde pa' que fuéramos los dos. No vaya a ser que nos toque tirar la última pará juntos...

Juro por mi honor y por lo que pudiera tener de más sagrado en la vida, que así me dirigí a Simón esa mañana.

Aprovechamos el resto de la mañana para lavar nuestras ropas a orillas del Canaguá, cuyas aguas al llegar a esa altura de su recorrido se van haciendo más tranquilas.

De mis antepasados heredé el instinto selectivo de desconfiar de los peligros que se ocultan en las aguas tranquilas de los ríos, caños y lagunas. Cada vez que me acerco a ellas para satisfacer cualquier necesidad, no resistió la tentación de ver hacia todos los lados con desconfianza. Lo que es más, percibo por el olfato la cercanía de algunos de estos animales peligrosos; quizás esto tenga su explicación en que desde mi infancia grabé para siempre el olor característico expelido por muchos de ellos.

En la oportunidad que refiero, el olor a culebra castigó fuertemente mis fosas nasales; no aguanté más y dije a mi compañero:

– Coño, camarada... retírate del agua... que por aquí hay culebra cerca. Trata de ver en dónde está...

Mirando a nuestras espaldas, nos dimos cuenta de que en una solapa a menos de dos metros de donde estábamos, se encontraba una culebra de agua, una de cuyas vueltas salía de la cueva y, como quien asegura con una estranguladora, en estado de sopor sostenía una iguana por la cintura. Dije a mi compañero, más para que le perdiera el miedo que por otra cosa:

– Simón... vamos a agarrarla: cuento tres y simultáneamente jalamos con fuerza...

Ni siquiera la movimos; soltó la iguana y se enterró en su cueva. Venciendo mis escrúpulos de no hacer daño a estos animalitos, para demostrarle a Simón que así se podía proceder y les perdiera el miedo, alcancé a darle algunas cuchilladas.

Como a las cuatro de la tarde:

– Ahora sí, cámara... vamos a ensillar... ya es la hora, no importa que sea todavía temprano... nos vamos a paso ‘e lion...

En el trayecto de buscar los caballos sucedió un altercado entre mi amigo camarada y yo. No sé por qué hice referencia a los tiros que le hizo al compañero Nemesio Venta el dueño del hato “Mata de Pílon” en donde de casualidad aquel compañero no perdió la vida. Rematé mi discurso en una echonería ridícula y desconsiderada para con mi camarada:

– Menos mal que le grité que era Florentino... que hoy por hoy es el nombre más conocido en el Alto Apure...

Mi camarada se detuvo a mirarme y con una sonrisita de ironía, que es el látigo urticante con que los hombres sencillos azotan a los vanidosos, prepotentes y soberbios, me ripostó:

– ¡Ay, sí!... Florentino... el nombre más conocido –y no dijo más...

Aquella respuesta satírica y la forma como la hizo, me taladraron el alma y me sacaron de quicio... surgiendo a flote toda mi arrogancia pequeño-burgués, le respondí:

– Así es, no joda... aunque le duela; usted lo que tiene es envidia... y le digo más: ha sido, es y seguirá siendo mi subalterno, hoy, mañana y siempre...

– No, cámara... yo me siento orgulloso de que usted lo sea, ojalá tuviera yo siempre jefes como usted...

Confieso que aquella respuesta, que no esperaba, me dejó confuso: me sentí avergonzado, aquella criatura me había dado una lección de sencillez y humildad que me caló hasta el alma.

Ensilamos y marchamos; llegados al mismo paso desde donde me había regresado en la mañana, mi compañero me hizo la observación del río crecido y la posibilidad de que le echara por encima, mojándole los falsos...

– Cámara... ese río le echa a este caballo por encima... se me van a mojar los falsos y el fieltro y se me puede pelar el caballo... ¿Por qué no nos vamos por esos caminos de los madereros, más ocultos, que usted dice que descubrió?... todavía es temprano, tenemos tiempo...

Vacilé un rato frente a esa sugerencia pero, como en la noche anterior, me impuse por inercia:

– Cámara... yo voy a pasar primero... si yo veo que le va a echar al mío por encima, me regreso... y entonces nos vamos por el camino que tú dices...

Una condición que era de mentiras, puesto que mi caballo era de mayor alzada que el suyo. Efectivamente, pasé con el agua a punta de coraza y, una vez que estuve del otro lado, le ordené:

– Pase, cámara... seguro que no le echa... - y así lo hizo.

Apenas Simón acababa de pasar, cuando observé una enorme culebra de agua estirada cuan larga era en medio del cauce. Me llamó la atención una protuberancia en la mitad de su tubo cilíndrico; así no las había visto nunca. Me le fui por encima del barranco y con la ametralladora atiné a acertarle un disparo en la cabeza. Aquel animal en sus convulsiones de muerte, daba contorsiones que revolvían el cieno del río que no era tan llano. Al fin se serenó y volteó; por su boca salía una baba en estado de descomposición que expelía un olor fétido.

El encuentro sucesivo con tres culebras de agua ese día, tiene su explicación en el biotopo que se mantenía virgen de las manos del hombre hasta esos momentos; esas tierras son anegadizas y pantanosas con características deltaicas, siendo inhabitable e intransitable para el hombre la mayor parte del año. Son coto ideal para el hábitat de abundante y variada fauna y flora.

Caminábamos apareados, conversando cuestiones sin importancia; de repente, al pasar frente a una mata de árboles frondosos se me puso la piel de gallina y dije:

– Parate un momento, Simón... déjame sacar el revólver que lo llevo muy estrecho entre el bolsillo de este pantalón de torero... no vaya a ser que este viejo hijo ‘e puta... en vez de tenernos panelas y respuestas, lo que nos tenga sea al Gobierno.

Me refería de un señor de apellido Romero a quien le habíamos encargado unas panelas de dulce y en cuya casa había convenido con los traidores recibir las respuestas de mi correspondencia.

Con el sol de los venados, en medio del concierto orquestado por el cantar de los araguatos, guacharacas y el ulular de los sapos, nos dejamos llegar como río en conuco en aquella tarde triste, silenciosa y cargada de presagios.

Llegamos detrás de la cerca marranera que protegía un yucalito;

amarramos los caballos con nudo corredizo y bordeando el cercado nos dejamos llegar hasta el perímetro del alambrado que rodeaba la casucha. No me agradó nada aquel ambiente de muerte: once niños, hijos del señor, había tenido la curiosidad de contar la última vez que había venido, más una jauría y a nadie de ellos veía. Sólo el campesino salió como un autómeta; dio una vuelta y se volvió a regresar. No me atendió pese a haberle siseado y haberme mirado inexpresivamente... Pasamos agachados el alambre y al dar unos cuantos pasos más:

– ¡Alto, carajos!... están presos... dense presos...

Decirnos así y pangán, fueron dos cosas simultáneas; con esos reflejos en punta que nosotros teníamos le hice el primer disparo, un segundo ya de espaldas y por su puesto sin apuntar, en carrera de huida. A partir de ese momento:

– Ratatata... ratatata... ratatata... Quince armas entonaron su canción de muerte sobre nuestras humanidades.

Saltamos la cerca de nueve pelos de alambre y allí cayó mi compañero; yo logré salvarla, pero perdí el revólver y...

– Ratatata... ratatata... ratatata...

Cortaba las plantas de yuca el fuego cerrado que se hacia sobre mi persona, pero no lograron darme... corrí... corrí... corrí... y llegué nuevamente a la cerca por su parte trasera y logré saltarla... escapándome por un banco de sabana limpia. Y como Juan Charrasqueado...

*No tuve tiempo de montar en mi caballo
pistola en mano se me echaron de montón...*

– Pan... pan... pan... schiuio... schiuio...

Lo que sentía era el zumbido de las balas cerca de mis orejas y

de las piernas, y el impacto más “alantico”, más atrasito, pero no lograban darme... Yo sí de verdad que estaba rezao esa tarde... como decía Achaguas en medio del tiroteo de Maporal.

Por fin no aguanté más; eran muchos los meses que no andaba a pie y menos corriendo. Hice un alto con la intención de rendirme; cuando gire para entregarme, observé que los cuatro guardias más cercanos que me perseguían se voltearon y echaron a correr velozmente hacia atrás. No me quedó otra salida que tomar un poco de aliento y seguir corriendo.

Conocedor como soy del relieve de la sabana y sabedor del fenómeno óptico del empequeñecimiento de los cuerpos a nuestra vista cuando se van alejando en la distancia, lo cual es facilitado y acelerado por el declive del terreno, al llegar a la pendiente suave del estero seguí mi carrera agachándome progresivamente y tanto fui bajando que casi corría al paso de la gallina. Logré mi objetivo: perdérmele de vista en la línea del horizonte en tan corta distancia, quizás no más de quinientos metros, en la sabana limpia. De cabeza me lancé sobre un montículo de espinas, el único que había; como las babas, hice el resto, quedando oculto totalmente. Allí hubiera permanecido indefinidamente sin ser advertido, si el renco traidor, hijo ‘e puta Angel García Tablante, por una de esas raras coincidencias del destino no se hubieran detenido un buen rato casi encima del montículo, esperando el regreso de los guardias que ya lo hacían en fila india, resignados y renunciando a continuar en mi persecución.

Cuando los guardias avanzaron tras de mí lo hicieron en abanico, cubriendo una amplia faja del terreno. Uno me pasó cerca de la cabeza y otro casi pisándose los pies. En esa condición y posición maqueteaba mi retiro: “Lo haré entre diez y once... voy y le pongo la mano a la ametralladora Beretta de dos gatillos, cargo las cacerinas, me llevo una ración de balas sueltas, despego una granada, ensillo el caballo ruano, voy donde el señor Trejo sobre la costa de

Apure, lo despierto y a esas horas le propongo que me haga un viaje expreso a Bruzual... amaneciendo voy llegando a Mijagual”...

En el sitio y posición en el que me encontraba, mi cansancio era mucho: mi corazón latía como si hubiera querido salirse por la boca; tan intensa y acelerada era mi respiración que por más esfuerzo que ponía en la dirección de hacerla más suave, rítmica y cadenciosa, no podía lograrlo tampoco pude evitar que salieran por mi boca notas guturales como los acordes de una sinfonía. Esa fisiología era acompañada de intensas emanaciones de sudor, tantas que al juntarse con el polvo de mis ropas dio origen a un líquido viscoso que se me ocurrió sangre y empecé a buscarme la herida. Este movimiento fue advertido por el bandido delator quien llevaba varios minutos, peinilla en mano, a un metro de donde me encontraba, casi montado encima de mí, oteando el horizonte en ángulos de cuarenta y cinco, noventa y más grados pero sin ocurrírsele hacerlo en uno de cero grado. El movimiento lo alertó: lanzó un alarido al aire y se retiró dando un berrido, como si hubiera sentido más bien grima o asco de haberme tenido tan cerca...

– ¡Ay, carajo!... aquí está el hombre... si hubiera sío culebra me muerde.

Y blandía la peinilla al aire, como quien se dispusiera a trozarle el cuerpo a una culebra. Tuve temor de que el bandido lo intentara, pero en medio de mi azoro advertía que en vez de acercárseme daba pasos hacia atrás.

Más rápido que inmediatamente, el grupo de militares me rodeó y...

– Sal de ahí, coño ‘e madre... levántate... hazlo con las manos en alto... más, más alto... avanza hacia acá... avanza coño ‘e madre...

¡Pija, no joda!, verdaderamente que son arrechos esos momentos, saberse vivo y dentro de poquito muerto como un perro, atrave-

sado de perforaciones como las coladoras; no es nada agradable esta imagen de la muerte y mucho menos la de uno. Un rayo de picardía atravesó mi mente y me dije: “Seré oficial del Ejército; muchos han desertado o pasado al retiro en estos años que ya no saben donde andan; eso introducirá un elemento de confusión y de duda que, al menos, los obligará a cerciorarse si soy de verdad un oficial desertor”.

Era el tiempo que necesitaba ganar, al menos para que no me acribillaran allí mismo. Por experiencia, sabía de la solidaridad de cuerpo entre los miembros de la institución armada, al margen de que el antiguo compañero hubiera caído en desgracia.

– Soy el Teniente Guaithero Díaz... y estoy rendido... y los hombres no se matan rendidos...

– Cállate la boca, coño ‘e madre, que nadie te lo ésta preguntando... y camina hacia allá...

Dándole la espalda con las manos en alto, ya sentía la “camá” de balas en el cerebro: no era otra la intención del Sargento Técnico Lozano Otero. Apenas di dos pasos y me volteé. Recorrí con mi vista a vuelo de pájaro los rostros de todo el personal, dirigiéndome a quien el instinto me dijo que era el Oficial Comandante, por su aspecto pulcro y bien cuidado, pese a no llevar hasta ese momento la voz cantante. No solamente atiné a señalar a quien realmente era el oficial, pues ninguno portaba distintivos visibles, sino que también le puse la jerarquía que le correspondía:

– Teniente... así no se mata un hombre... a usted no le enseñaron en la Academia Militar a matar hombres desarmados, rendidos y por la espalda... yo soy un revolucionario, no soy ningún criminal y lo que me sucede en estos momentos le puede suceder a usted mañana...

Tantas balas de aire metidas por un mismo hueco en la conciencia

de aquel militar, le estremecieron la fibra más sensible de su honor y reaccionó:

– ¿Y quién carajo te dijo que yo soy Teniente?...

– Yo lo conozco a usted...

El Sargento:

– Voltea coño ‘e madre y camina...

Lo hice esta vez; ¡de lo que es capaz la mente y la desesperación! Como gata boca arriba me aferraba a la vida, poniendo en juego todos mis recursos y artificios...

Caminé con las manos en alto, mirando los rostros alternativamente del personal en medio del cual me desplazaba; de repente, la vista se me detuvo en uno de ellos y le dije:

– Yo te conozco a ti...

– Yo también... tú eres el hijo del guate Froilán y de Doña Rica... y yo creía que tú eras Doctor y estabas en Caracas... y mira como andas... como un bandolero...

Mi verdadera intención al hacer esa exclamación no era implorarlo por mi vida porque sabía que no podía hacerlo, pero sí mandarle un mensaje a García...

– Tú eres testigo de esta muerte... avísale a mi madre...

Ya llegaban sobre mi cabeza un haz de bayonetas de canto de cuatro o cinco que se disponían a golpearme, cuando en ese instante:

– ¡Alto!... no me maltraten a ese hombre... ven Guaithero Díaz... coño, qué vainas tiene la vida; nunca esperé encontrarte en esta situación... tienes buena memoria: te acordabas de mí... Yo soy el jefe de este Destacamento; te respetaré la vida; no permitiré que

te maltraten mientras estés bajo mi comando... de allí en adelante ya no respondo.

Era la voz del oficial, ahora en tono amistoso y asumiendo plenamente el mando y la jefatura que le correspondían y que hasta esos instantes no había hecho valer, dejándose quitar la iniciativa por un subalterno veterano y avezado. Son cosas de la milicia y de la vida; en determinadas circunstancias la veteranía y la antigüedad prevalecen y se imponen por inercia sobre el rango formal.

El Oficial se llamaba Aular Müller; a decir verdad, no lo conocía y ni siquiera recordaba haberlo visto jamás; mi recurso de la desesperación se impuso. No obstante, él sí me conocía o al menos me reconoció en el acto cuando le refresqué la memoria; era recluta de la Academia cuando yo era aspirante y la imagen que guardaba de mí era la del visitante sempiterno de los calabozos, uniformado de campaña. Por lo demás, había sido condiscípulo de un hermano mío en el mismo instituto, de quien sí se recordaba plenamente y por quien guardaba un recuerdo grato.

– Dime, Guaithero Díaz... ¿dónde está el resto de tus compañeros?

– No hay más... el que cayó allá y yo... éramos los únicos.

– Vamos a hacer una cosa... llévame entonces al campamento.

– Como no, vamos allá...

Y enfilamos; casi anocheecía y teníamos que pasar las correntosas aguas del río Canaguá. Ya nos encontrábamos en su orilla cuando un guardia voluntarioso, por poco se lo lleva la corriente... Eso y la noche que se avecinaban llevó a reconsiderar al oficial su pedimento.

– Guaithero Díaz... confío en tu palabra que no hay más...

– Confíe.

No había dicho mentiras y lo iba a complacer llevándolo a un campamento...

Ya a esas alturas se había desmontado la animosidad de los espíritus, enervados minutos atrás entre la tropa; ahora era objeto de lástima, conmiseración y solidaridad, hasta donde las circunstancias y su deber militar lo permitían. Me agarraron en guindas y me ayudaron a pasar aquellos espinerales de “puya e bagre”. Las plantas de mis pies lucían crucificadas por lanzas punzantes de las espinas que durante la carrera habían ido recibiendo.

Llegados nuevamente al sitio de la emboscada, el bohío del señor Romero, quien nada tenía que ver con la traición, el oficial dijo a sus subalternos:

– Quédense allí con el prisionero...

Enseguida regresó y:

– Guaithero Díaz... tu compañero agoniza...

– Teniente... ¿no será posible que marchemos en seguida... para llevarlo al hospital de Barinas, para ver si le practican una transfusión y le salvamos la vida?

– En eso estaba pensando... pero mis Guardias han ocultado los carros y ahora no encuentran la vía por donde llegarse hasta aquí.

Y se marchó... Minutos después regresó:

– Tu compañero murió...

Un tañido de llanto incontrolable y fugaz se produjo en mí al recibir la noticia y, como la descarga eléctrica de los tembladores, ya no tuve más lágrimas...

– Búsquense unas palas y unas chícuras para hacerle la sepultura...
-dijo el oficial.

– Teniente... ¿no será posible llevarlo hasta la ciudad y entregarle los restos a su madre?...

– ¿Y tú sabes dónde vive ella?...

– Bueno... sí... no... él me había dicho...

A Simón lo conocía de sobra: era mi hermano, mi amigo, mi camarada. A sus padres y hermanos los quería como a los míos; pero ahora ya estaba muerto y los muertos no hablan... había abandonado su cadalso para colocarme yo. De ahí en adelante, él sería mi defensor... Rogelio González, alias Simón, alias Pachanga, era natural de Barinas; pertenecía a una familia de clase media baja; linotipista de profesión, de un valor a toda prueba y de modestia proverbial.

Del informe del Chino a la Dirección del partido, extraje lo siguiente refiriéndose a él:

...En cuanto a Simón, es un camarada muy bueno para la pelea, audaz y valiente, pero muy infantil y sentimental; es un niño grandote y creo que es debido a su enfermedad: es epiléptico y constantemente le dan ataques.

Su máxima aspiración era llegar al grado de Capitán en los Ejércitos Revolucionarios, logrado el triunfo, retirarse y volver a su profesión de linotipista; apenas si estaría cumpliendo los veinte años...

Habiendo caído en una oportunidad en manos de la Digepol, fue sometido a intensos padecimientos. Sus torturadores no lograron hacerlo hablar. De allí se fugó y fue tan grande el trauma que esa caída y la subsiguiente tortura que le habían aplicado le produjo, que había jurado, y periódicamente lo recordaba en voz alta, que más nunca volvería a caer preso: lo agarrarían muerto; vivo no se entregaría. Fue consecuente con su pensamiento fijo, murió en la raya.

La tarde de la emboscada no cayó herido de muerte, apenas si con un pie descoyuntado a la altura del tobillo. Disparó el arma hasta que se le acabaron los cartuchos; aún así, a pedimento del Sargento Técnico para que soltara el arma, la seguía martillando pese a no tener balas. Este se le fue encima con menos aprehensión, en el entendido de que no había peligro. Fue este el momento en que el camarada, en un esfuerzo supremo, le peloteó el arma estableciéndose un forcejeo entre los dos. Más fuerte, el Sargento logró arrebatársela, dio dos pasos atrás y lo crucificó con una ráfaga...

Con otros dos que estaban presentes, se repartieron más de diez mil bolívares que Simón portaba en el bolsillo derecho en una cartera buchona.

Sabía lo que me esperaba. En el trayecto hacía Barinas aquella tarde, me preparé anímicamente para lo peor.

– Llegados al Comando, el Teniente Aular junto con dar el parte a otro oficial más antiguo de apellidos García Schiaffino, le hizo la sugerencia de entregar el cadáver a la familia a pedimento mío. Dicho oficial, en tono agresivo y altanero, se me vino encima y espetó:

– Usted aquí no tiene que opinar... a partir de este momento ya usted no es gente...

Sabía que sería así por lo que comencé a maquetear la estrategia de mi defensa que me permitiera conseguir dos objetivos: salvar el pellejo y, simultáneamente, el honor. En tal sentido, me ayudaron mucho las conversaciones imprudentes y sin recato del personal de guardias en todas sus jerarquías, al hacerme los comentarios más variados acerca del comportamiento y lo que habían dicho el resto de prisioneros en los sucesos pasados. A las pocas horas de mi cautiverio, tenía un cuadro formado acerca de lo que el enemigo sabía de mí y, por descarte, lo que no sabía.

La prueba más terrible por la que puede pasar un revolucionario es la captura y el subsiguiente proceso de interrogatorio. De nada le vale una actuación lúcida y a la altura mientras se mantuvo libre, si en el momento de su captura y los interrogatorios se comporta como una marica y delata. En una guerra esencialmente política como la que librábamos, el jefe, dirigente o líder que cae prisionero tiene mil veces más posibilidades de salvar su pellejo que el combatiente raso. El enemigo lo necesita vivo para continuar su guerra a través de la maniobra política. Por lo demás, si en el país en que se libra la lucha aún queda un resquicio de libertad de expresión para la oposición, como era nuestro caso, existe siempre la posibilidad de que ésta haga sentir su voz en defensa del dirigente capturado. Ese no era mi caso.

Era un combatiente desconocido y sin ningún peso específico en la política; por añadidura, había caído en un paraje solitario y aislado de la civilización, donde no existían los medios de comunicación social. Con ello, quedaba descartada toda posibilidad de que algún pariente, amigo personal o político se hubiera enterado de mi captura. No es fácil dar cumplimiento al deber revolucionario en las nuevas condiciones, cuando uno no se encuentra preparado para ello.

En esencia, no existe ninguna fórmula o directriz preestablecida que nos diga cómo debemos comportarnos para salir airosos en ese nuevo trance. Aquella en que nos instruyeron en los primeros tiempos de la lucha, como es la de que “me acojo al precepto constitucional y no declaro”, se había transformado en una orientación y directriz para mongólicos en las nuevas condiciones y grado de exacerbamiento a que había llegado el enfrentamiento entre los bandos.

¿Qué hacer entonces? ¿Dejarme matar como un pendejo, para pasar a formar parte de la galería de los mártires? ¿O dejarme torturar como los gafos en las primeras de cambio, para emerger después

con una aureola de héroe víctima de la tortura, renco, tuerto o lisiado de cualquier miembro u órgano, cuando ya no sirva para nada? Amén de no saber hasta dónde la puede uno aguantar. Y me dije:

– ¡La pinga!, ni me gusta ese puesto de mi retrato en las galerías de los mártires... ni tengo pasta o madera de los héroes lisiados, por falta de imaginación o un mal entendido de la firmeza revolucionaria... Mientras exista una posibilidad, sin comprometer la dignidad y el honor, de no dejarme fusilar o de evitar ser torturado, la utilizo.

Prefiguré mi trayectoria de guerrillero como una regla escolar numerada del uno al cien. Por las conversaciones informales con mis captores en las primeras horas, me di cuenta de que su conocimiento acerca de mi actuación comenzaba en el número cuarenta de esa escala imaginaria y terminaba en sesenta. Luego concluí:

– Lo que yo diga o reconozca dentro de ese segmento imaginario, no les es ajeno a ellos; por tanto, se los reconoceré... ¿Qué tú eres comunista?... Sí... ¿Qué tú dirigiste la emboscada contra el helicóptero?... Sí... ¿Qué diste un puntapié a un miembro de la Institución?... Sí...

Y sí, sí, sí para todo aquello que les era repetitivo y no desconocido. Mis parámetros tendrían los siguientes límites. No entregar a nadie: personas; no entregar nada; armas, dineros, ni una aguja; no suministrarles información de primera mano que pudiera ser utilizada contra la causa. Fuera de eso, no les ocultaría nada, así contribuyera a agravar mi situación; al fin y al cabo ya estaba preso y sería quien sufriría la pena...

Tenía conciencia de que la ley de las compensaciones era aplicable en mi nueva situación. Siempre hay que sacrificar algo para obtener algo a cambio. Y lo que yo preservaba por esa vía lo era todo... No olvidaba que en mi tierra, en una época lejana, los criadores sacrificaban aguas abajo un garrancho de vaca para llamar la atención del cardumen de caribes y pasar el rebaño ileso. Nada pues en mí, en esas circunstancias, estuvo sujeto al azar...

Era de noche cuando llegó el Capitán Gerardo Ontiveros Paolini, militar que no puede ocultar el porcentaje de sangre de sus antepasados italianos que le corre por sus venas. Inculto en política e ignorante en las leyes que rigen las guerras revolucionarias, ostentaba como el mayor orgullo y satisfacción de su vida el haberle estrechado la mano a un Secretario de Defensa de los Estados Unidos de Norteamérica.

– Estas manos que ves –señalándomelas- tocaron las de Robert Mc Namara, nada más y nada menos que el Ministro de la Defensa de los Estados Unidos, un privilegio que no se le da a todo el mundo...

Su primera pregunta obligada:

– ¿Cómo te llamas?

– Genaro Guaithero Díaz...

De una gaveta de archivo sacó una carpeta y de ésta un par de fotografías a cuerpo entero de mi persona, de regular tamaño, una de frente y otra de perfil; les dio vuelta y leyó:

– 1961... Genaro Guaithero Díaz... Biruaquita... a treinta kilómetros de San Fernando... ¿eres tú?...

– Ese soy yo.

– Pero no te pareces nada.

– No es culpa mía Capitán si los años me han maltratado tanto...

Verdaderamente que el militar tenía razón; en nada me parecía a aquella fotografía que me habían hecho en el Comando de San Fernando, hacía cinco años atrás, cuando fui detenido en una de mis primeras travesuras revolucionarias... ahora apenas si pesaba cuarenta y ocho kilos; los años en el monte me habían maltratado de verdad...

El militar se quedó observando las fotos durante un buen tiempo y paseaba su vista de las fotos a mi rostro y de éste a las fotografías, para terminar diciendo:

– ¡Que va!... éste no eres tú... llámenme a la PTJ para que le tome las huellas dactilares.

Al poco rato, miembros de ese cuerpo se hicieron presentes para regresar poco después a despejar las dudas del militar...

– Mi Capitán... es él; las huellas corresponden a las del archivo...

A partir de ese momento, ese militar comenzó una labor de ablandamiento infantil para conmigo...

– ¿Vas a declarar?... si no lo haces te mando para un Teatro de Operaciones (TO) y ahí... schuasss...

Pasábase el índice por la garganta; sin esperar respuesta se retiraba, para regresar poco después y hacerme la misma pregunta.

Cada vez que escuchaba pronunciar esas dos letras cuyo significado desconocía, un corrientazo de miedo recorría mi cuerpo.

– ¿Qué has pensado?... ¿Vas a declarar?... Tú sabes que en la guerra funcionan los tribunales accidentales de campaña... y yo como la máxima autoridad hago las veces de Tribunal de Apelaciones... pudiendo ordenar tu fusilamiento... esa prerrogativa me la conceden las leyes militares en campaña... y si no, te envío a un TO y allí... schuasss... -repetiendo el mismo movimiento con el dedo...

Tantas veces “a lo pará ‘e tábano” me visitó durante las primeras horas de la noche, sin esperar respuesta de mi parte, que al fin terminó por cansarse y ordenó mi traslado a un cuarto donde se encontraba una litera. Se me colocó un guardia para que me vigilara a menos de un metro de la puerta.

Me tendí boca arriba con la cara en dirección a la puerta, mirando hacia donde guardaba mi custodia. Sumido en mis cavilaciones me mantenía en vigilia, quizás envidiando el puesto de Simón. De ese estado de letargo me sacó el centinela:

– ¿Fuma?...

– Claro que fumo...

Y me pasó un cigarrillo encendido.

– Mire... yo lo conozco a usted...

– ¿A mí?... no puede ser...

– Sí... ¿usted no es sobrino del Perito Silas Bermúdez?...

– Él es sobrino mío... ¿y usted lo conoce?...

– Sí, como no... él es muy amigo mío... yo lo he visto a usted en su casa en las oportunidades en que he ido a quitarle el carro prestado...

– ¿Será posible que usted me lleve un recado... una vez que usted entregue la guardia?...

– Dígamelo.

– Dígale a Silas... que desde el mismo momento que reciba el mensaje telegráfíe a su padre y le informe sobre mi captura...

No lo volví a ver, pero sé que cumplió. Este encuentro inesperado me devolvió un poco la tranquilidad. Ahora pude dormir algo.

A la mañana siguiente desayuné y, si se quiere, obtuve un trato comprensivo y hasta cariñoso por parte del personal de Guardias y Oficiales subalternos. Solamente el Sargento Técnico Lozano Otero, después de haberme regalado una camisa blanca de nylon, me dejó caer las siguientes perlas:

– Te salvaste porque andaba mi Teniente Aular... si no hubiera sido por él, yo te fusilo allí mismo... porque he jurado que guerrillero que me caiga en las manos, guerrillero que asesino... para que cuando a mí me toque, ya me habré llevado unos cuantos...

No decía mentiras; meses después me enteraba de que este Sargento, en sitios y circunstancias diferentes, había matado a dos presuntos combatientes, a sangre fría. Ello le había valido la amonestación del mando en términos más o menos así:

– Mira, Sargento Lozano... has matado a dos hombres malamente... recuerda que ellos también tienen familias que los pueden vengar...

A estos verdugos les sucede como al delator que deviene en traidor en nuestras filas que, dándose las de listo, suministra la primera información al enemigo. Después dice otra, a ésta le sigue una tercera y, cuando se percata, ya no tiene nada que preservar. Su remordimiento de conciencia lo impele a los hechos, pasando insensiblemente de delator a ejecutor de acciones contra sus antiguos compañeros. Como una bola de nieve lanzada desde las alturas, que mientras más abajo cae mayor es su volumen; así el compañero que incurre en debilidades en los primeros momentos, si no tienen reservas humanas, morales y políticas que lo detengan en esa pendiente, rodará al foso, transformándose en un vulgar y asqueroso traidor.

Pasado el desayuno, vino el oficial jefe con su amanuense.

– ¿Vas a declarar?...

– Sí, voy a declarar...

– De lo que declares y cómo lo declares... dependerá que te envíe a un TO o te mande de una vez a la Cárcel del Táchira... donde te seguirá juicio un Consejo de Guerra...

Pensé: “Voy a portarme bien... a ver si evito ser enviado a ese funesto TO con que tanto me amenaza... y que todavía no he terminado de descubrir de que se trata”...

Y declaré y respondí como lo había planificado; de allí en adelante me dije:

– Ni una palabra más... pase lo que pase...

El militar leía y volvía a leer mis declaraciones y como que no le gustaban mucho. Entonces dijo:

– Mucha literatura... no me convencen estas declaraciones; todavía no termino por decidirme si te mando a San Cristóbal o te envío a un TO; pásenlo nuevamente para el calabozo...

En las últimas horas de la tarde de ese mismo día domingo, escuché al oficial García Schiaffino que, en el casino, se dirigía a unas personas en los siguientes términos:

– Póngase por aquí... que les voy a abrir la puerta para que conozcan al asesino de su hijo... tiene la mirada de los criminales natos...

Y acto seguido se abrió la puerta, quedando frente a frente con la madre, la hermana y dos tíos de Simón. Ni un rictus, ni una mueca... mi rostro no les dijo nada, ni los de ellos a mí, pese a que nuestros afectos mutuos era una devoción. Esa actitud me satisfizo en alto grado. Cerraron nuevamente la puerta; me dije en mis adentros: “ahora me toca a mí” y, en voz alta, me dirigí al guardián:

– Dígale al oficial que necesito ir al baño...

– Que pase...

Lo hice lentamente, mirando fijamente al oficial con mis ojos de guache mal rabioso, pues, había advertido que no podía sostenerme la mirada. Hice como quien había orinado, accioné el

bajante y salí. Como a quien lo pica el mal de la demencia, di palmadas en mi estómago y, con una sonrisa de estereotipo, comenté en voz alta:

– Estaba poniendo un telegrama... ya que nadie lo puede hacer por mí...

Mis receptores válidos, la familia de Simón, captaron el sentido y la intención de mi mensaje, hijos de mi travesura y aparente desvarío.

Para el amanecer del tercer día, se me acercó el Teniente Aular y en tono amigable y de satisfacción me dijo:

– Guaithero Díaz... vas al Táchira... yo soy el encargado de la custodia para llevarte... Después de todo has salido bien.

Esa noticia me satisfizo en alto grado; hasta me dieron ganas de joder y de hacer chistes con algunos miembros del personal de tropa. Pero como entre dos y tres de la tarde se me volvió a acercar el Teniente Aular, pálido y demudado. Me espetó a boca de jarro:

– Guaithero Díaz... te jodiste... ya no vas al Táchira... vas al TO3: hay una contraorden... Te pidieron de allá...

Aquello fue para mí un golpe terrible que anonadó mi espíritu; ya no tuve aliento para más nada. De allí en adelante, fueron horas de angustia intensa que ya no cesarían hasta un poco antes de encontrarme en las entrañas del monstruo. Vino la cena y la rechacé: no tenía apetito. Con el desayuno del siguiente día sucedió lo mismo; un Sargento Técnico de Aviación, hijo de buen vientre y que hacía las veces de enfermero, se preocupó más de lo que lo obligaba su deber por enterarse de las causas de mi inapetencia y de mi supuesta diarrea, la que trocaba por mi miedo cervical, continuado e increscendo...

– ¡Ah!, ya sé la causa... -concluyó- eso es que todavía las floras bacterianas no se han adaptado al nuevo tipo de alimentación...

transcurrirán varios días antes que la situación se normalice; por ahora, tómese estos “Enterovioformos”...

Cosa que hice, con el consiguiente deseo de mi pensamiento: “Si sirviera esta verga para quitar el miedo... qué bueno sería”...

Ya como a las doce... hora de almuerzo, se hizo presente el Capitán Ontivero Paolini con un cachorro de oficial de Cazadores, quien se me acercó y en gesto agresivo y con el rostro descompuesto, más para impresionar que por que lo sintiera de verdad, me interrogó:

– ¿Cómo te llamas?...

– Genaro Guaithero Díaz...

– Vente... -dijo el Capitán- te puede caer mal el almuerzo...

De allí en adelante sabía que tenía que mantener pleno autocontrol sobre mi cerebro y mis reacciones: nada de groserías, ni de altanerías, pero tampoco nada de llorar ni de ponerme a temblar, sucediera lo que sucediera, no alteraría aquella línea de conducta que me había trazado. Mis oídos, como el de los venados, se afinaban para no dejar de percibir ni desperdiciar una sola palabra que se pronunciara en voz alta dentro de aquel recinto; mis ojos de águila no perdían de vista un solo movimiento del personal, hasta donde las circunstancias y mi encierro me lo permitían.

– Llévense la camioneta... háganle un chequeo completo... Sí... sí... con máscaras y granadas...

– Esa es la comisión que me va a llevar –pensaba- que sea lo que Dios quiera...

Efectivamente, al poco rato vinieron por mí: me colocaron las esposas de reglamento y chupulún... de cabeza a la camioneta. La comisión estaba a cargo del Teniente García Schiaffino, oficial de elevada estatura y de complexión fuerte, quien no tuvo un solo ges-

to de bondad para conmigo durante todo el tiempo que estuve a su cargo. Parecía que sobre este oficial si habían surtido de verdad, los efectos de los cursillos de adoctrinamiento anticomunista y de guerra psicológica. Cada vez que me miraba, le aleteaban las narices como un burro abordando. Hasta el sol de hoy me pregunto si este tipo de arrechera se experimenta de verdad; puedo entender que se sienta con odio de clase, pero a una individualidad a quien no se halla visto nunca y de la cual no hayamos recibido ningún daño ¿Cómo es que se ha de tener tanta animadversión, como si mediara algo personal?... Francamente, no lo entiendo; aunque admito que estos casos fueron las excepciones, porque ni siquiera fue el Sargento Técnico Lozano Otero que se había trazado aquella línea de conducta de matar todo guerrillero, que le cayera entre sus garras.

Llegamos a un cuartel en la ciudad de Barquisimeto que tenía un nombre así como “Florencio Jiménez”, asiento de una instancia superior de las FAC para los estados centro occidentales. Su jefe, el Comandante Peña, de cabellos plateados y ya entrado en años, al verme exclamó:

– ¡Ah!, otro Libertador... Guardia, entréguelo con oficio al Teniente García... antes, cerciórese bien de las condiciones en que se lo entregamos al TO3... Tóquele bien las costillas y los huesos de los brazos y piernas. Deje constancia de eso... yo no quiero vainas... ni reclamos después. Haga constar que se lo entregamos sano... cualquier cosa que le suceda son ellos...

Caminando por un largo corredor, se me apareó el amanuense, militar también, quien apretando sus idénticos de caribe pincho me dijo:

– ¿Comandante qué?...

– No, combatiente Ernesto...

– Estos coño ‘e madre... una vez que se encuentran aquí son combatientes...

Peló por una carpeta de archivo extraída de una gaveta y, después de darle un ligero vistazo:

– No joda, güevón... ¿Cómo y que no eres Comandante?... si ibas al frente del destacamento “Negro Primero”; además, fuiste el que comandó la acción contra un helicóptero... y mira... mira... maltrataste a un miembro de nuestra institución...

Encontrábame frente a este cañoneo desordenado y loco de preguntas de aquel funcionario, ante las cuales permanecía callado, cuando de repente y desde la puerta me llaman la atención... Era el oficial Pedro Felipe Loaiza Sánchez, paisano llanero, condiscípulo mío de la Academia, quien al escuchar mis apellidos se intrigó y me preguntó:

– ¿Qué parentesco tienes tú con otro de tus mismos apellidos que estuvo en la Escuela Básica por los años 57 y 58?

– Ese soy yo...

– No puede ser... ¿tú eres Genaro?...

– El mismo...

– Coño... pero sí estás acabado...

Esto último lo dijo poniendo una mezcla de cariño y lástima en sus palabras, que cumplieron en mí los efectos de un tónico y terminaron con el interrogatorio ladilla y fortuito de aquel funcionario de inteligencia...

El Teniente Loaiza me hizo otras preguntas familiares y de cortesía, para concluir:

– Qué vaina te has echado... lo lamento de verdad y no puedo hacer nada por ti: vas para una vaina jodida. Lo que te deseo es buena suerte...

Y dirigiéndose al oficial de mi custodia, más antiguo que él:

– Mi Teniente... él fue mi compañero en la Escuela Básica... uno de los Cadetes que estuvo en los mejores puestos en el orden de méritos...

– Bueno... eso fue antes... pero ahora está jodido...

A riesgo de parecer fatalista y se me acuse de xenófobo, voy a tocar un punto que por lo repetitivo, llamó poderosamente mi atención en mis vivencias de prisionero frente a militares y civiles con apellidos raros, provenientes allende los mares, de reciente ubicación en nuestro pasado histórico en el territorio venezolano, y es que esta descendencia en funciones de mando, genera mayor carga de odio y de represión que el equivalente criollo. Como norma general el nativo, cuyas raíces se hunden en la profundidad del gentilicio, cumple con su deber y punto, sintiendo conmiseración y lástima, rayana en una especie de solidaridad tácita para con el prisionero, en cambio el descendiente de musíú remacha con grilletes adicionales el cumplimiento de su deber. Por fortuna no son muchos. Lo que me llevó a sacar una conclusión lapidaria de que: hijo de musíú nace y sigue siendo musíú, con toda la carga genética y cultural de sus antepasados, así lo hayan parido en la Maternidad “Concepción Palacios” de la Parroquia San Juan de Caracas y, seguirán siéndolo hasta que dicho apellido no haya pasado por el purgatorio de haber nacido por lo menos, dos generaciones consecutivas dentro del territorio nacional. Esto trae a mi imaginación aquella copla llanera de que:

*Aunque el cochino sea blanco
y lo lleven a la Villa
y lo laven con jabón
siempre es negra la morcilla...*

Los peones de hatos en nuestros días, cuyos propietarios son musíú para reseñar el fenómeno lo expresan de la siguiente manera: “camarada, usted sabe que musíú no es gente...”...

De estas afirmaciones se desprende como corolario dos conclusiones con implicaciones y consecuencias de alta incidencia en nuestros días: primero, que en nuestra sociedad no existe el odio de clases, tampoco en el seno de la Fuerza Armada, tal como esta lucha se plantea en el resto del continente Latino-Americano. Existirán sí, resacas de lado y lado pero no es la contradicción dominante. En segundo lugar que no es descabellada, contradictoria ni peregrina la tesis de adelantar una “revolución pacífica y sin sangre” en nuestro país, incompatible con la profundidad de las medidas que nos proponíamos en los diferentes planos del quehacer social. No en balde nos matamos entre nosotros mismos durante cien años. Estas guerras fratricidas marcaron su impronta niveladora en la conciencia nacional. Quizá este sea el legado cultural más importante que heredamos de nuestros antepasados y, por carambola fuerza es decirlo, el más importante descubrimiento y mérito del actual mentor y guía de nuestro proceso revolucionario actual: Comandante Hugo Chávez.

Reembarqué en el transporte; era el último trozo de la recta final que me conduciría a mi destino. Teatro de Operaciones 3 en el pueblo de El Tocuyo: “donde se amansan los guapos y lloran los afligidos”. En el último momento, antes de mi salida del Cuartel FAC, aquel oficial llanero, hombre de honor y genuino intérprete de nuestra tradición militar, tomándome las manos me dijo:

– Lo que te deseo es suerte... que salgas bien... Te compadezco: vas para una vaina jodía...

No dejándome más que responderle:

– Bueno... el que se mete a redentor y que tiene que morir crucificado... ese es mi caso...

– Hasta ese momento lo que había recibido eran consuelos piosos que, muy a su pesar y de las intenciones de los que me los daban, sólo contribuían a agravar mi estado anímico de pasión y

muerte en aquel vía crucis. Reviví en esa travesía la tragedia del mártir del Gólgota.

Iba tan ensimismado en mis cavilaciones que logré transmitir, muy a pesar mío a uno de mis custodios más inmediatos quien, en gesto poco usual en militares de baja jerarquía, se expresó en estos términos en voz alta y sin cuidarse de que lo oyeran:

– ¡Coño ‘e la madre!... lo que soy yo pido la baja... no aguanto más esta vaina... diga lo que sepa, compañero, a ver si no lo matan o maltratan...

Sacó una moneda de dos bolívares y me la extendió:

– Tome por si se le ofrece tomarse un fresco...

Por la forma como lo hizo y como se expresó, no admitía dudas acerca de su sinceridad: lo sentía de verdad. Había logrado conmover su espíritu con mi tenso y expectante silencio. Y su sugerencia de que “hablara a ver sin no lo matan o maltratan”, era la solución que él veía para mí salida desde su condición de alma sencilla y sin rollos mentales.

Pocas veces se le presenta a los hombres la oportunidad de confesarse consigo mismo, como en esas ocasiones cuando se siente tan cerca de la muerte; toda su vida, como si fuera una película de largometraje, pasa por su mente y en ella no falta nada: hasta el detalle más insignificante de los hechos y circunstancias relevantes se les hacen presentes. Recuerda, por ejemplo, las malcriadeces que en ciertas ocasiones hizo a su mamá y las fanfarrias de guapetón de barrio, o el golpe y las trompadas que dio a uno más débil; a los camaradas que sin mucho alardear murieron con honor o los trucos y mentiras de que uno se valió, en medio de una trifulca de la naturaleza que sea, para descalificar y salir airoso y así, sucesivamente. Entonces se llega a la conclusión de que fuera de una conducta limpia, recta y rematada con honor, nada más valió la pena.

Después de pasearme por esta serie de recuerdos y de la consideración de que, al fin y al cabo, cuando había abrazado la vida de luchador revolucionario sabía que iba a morir no importando cuando ni de que manera... ¿Qué sentido tenía, entonces, añorar en esos momentos que ésta no se hubiera producido en combate?; de todas maneras, era la muerte. Llegué, pues, a una conclusión firme y definitiva:

– No seré delator... mi esposa no será la viuda de un delator... tampoco mi hijo tendrá por padre un delator y, menos aún, un traidor... fuera de lo que he dicho no digo más nada... y, si el mundo se me pone chiquitico, pediré una entrevista con el jefe máximo del TO pretextando que le diría a él, y sólo a él, todo lo que ellos querían saber de mí... Pero una vez en su presencia, le pediría como gracia y concesión, que me mandara a fusilar... recordándole aquellas palabras de Napoleón Bonaparte de que “a los hombres se les mata, pero no se les ultraja”. Pediré también llevar la voz cantante de: fuego... en el fusilamiento...

Hasta me atreví a cifrar mentalmente un mensaje que enviaría a mi esposa, por si me concedían una última gracia.

Tranquilo y sin nervios, hice pues mi entrada en el TO3; había muchos soldados para el momento de mi ingreso en ese antro: se adelantaba una ofensiva contra los guerrilleros en las montañas de Lara. Se me llevó directamente al oficial de día, como se ventila en estos casos... ¡Oh, sorpresa para mí!... el que hacía de oficial de día en esos momentos era el Teniente maracucho Urdaneta Besón, condiscípulo mío y del mismo curso en la Academia; en su momento, fue el benjamín del curso. Al verme se sorprendió, aunque sin perder la calma que le caracterizaba... y sin preguntarme nombres anotó:

– Guaithero Díaz, Genaro Froilán... ¿y por qué viene? –preguntó al oficial de mi custodia.

– Por bandolero...

– ¿Qué recomendaciones trae del Comando de Barinas?

– Saber qué conexiones tiene con el resto de los bandoleros del país.

Eso me agradó; sabía que sobre ese punto no diría nada, pues hacía muchos meses que no tenía contactos con nadie de la guerrilla o del Partido. Así que en esa dirección estaba descartada cualquier posibilidad de delatar.

– Mira, Guaithero Díaz... ¿para qué te metiste a guerrillero? ¿tú no crees que lo que ustedes quieren lo pueden obtener por la vía del voto?; en cambio, por el camino que ustedes se han lanzado sólo han conseguido un derramamiento inútil de sangre entre venezolanos...

– Oígame, Teniente... verdaderamente, no estoy para estar hablando y discutiendo de política... por la amistad de otros días, yo lo que quisiera es que usted me dijera de una vez como es que me van a matar.

– No, mira Guaithero Díaz... tienes una opinión errada de nosotros... aquí no matamos a nadie... Lo que más puede suceder es que te den unos coñacitos...

– No, ¡la pinga!, Teniente Urdaneta, la información que yo tengo es que el que entra aquí no sale vivo... o sale delator y esto último no lo será yo... prefiero que me maten...

Una sirena interrumpió el diálogo... Se me pasó adentro de las instalaciones, a otra dependencia a cargo de un Mayor:

– ¿Por qué viene el joven?...

– Por guerrillero.

– No... por bandolero... porque eso es lo que son ustedes. ¿Qué pertenencias trae?... regístrese.

Aún me quedaba una minibrújula en el bolsillo de adelante de la cual le hice entrega...

Se me quedó mirando en forma insistente el militar, para terminar exclamando:

– Carajo, muchacho... yo como que te conozco a ti... tu cara me es conocida...

– Yo también lo conozco; usted es Danilo López Vásquez, oficial de la Segunda Compañía de la Escuela Militar con el grado de Teniente, en el año 1957.

– Verdaderamente, tienes razón... ¿pero qué puedo hacer por ti?, si por aquí han pasado hasta familiares míos y no he podido hacer nada por ellos...

Mi situación, pues, no vislumbraba cambios; me había encontrado dos conocidos y el uno me dejó entrever “unos coñacitos” y el otro, con mayor jerarquía, había sido más crudo y tajante. Se me sacó al patio y me daba la impresión de ser un ratoncito en medio de los cientos de soldados que de un lado a otro deambulaban armados en aquel campamento. “Como hormiguero a huesito”, enseguida me rodearon; cada cual decía lo que se le ocurría:

– Este fue el que mató a mi hermano... en tal parte...

– Este fue el que atracó a mi mamá... así me lo pintó ella... pero ya las va a pagar...

Y otro:

– Este estaba en la emboscada del Cepo... yo lo vi cuando huyó... pero ya las va a pagar, coño ‘e madre; te la das de arrechó... uno solo de nosotros basta para hacerte hablar... pero tenemos trece para ti...

Y así, sucesivamente, iban descargando su bilis. De repente

hizo su aparición en el aire un helicóptero de la Fuerza Aérea y se oyó decir:

– El Coronel... el Coronel... que salga el Jeep a buscar al Coronel.

Casi al mismo tiempo se escuchó una sirena.

– Los guerrilleros emboscaron una patrulla...

– Traen compañeros muertos y heridos...

– Con éste nos la vamos a pagar... con éste los vengaremos...

Y yo, para mis adentros: “Coño ‘e la madre, camaradas... en mala hora vinieron ustedes a emboscar esa patrulla... No pudieron haberlo dejado para otro momento... ahora sí es verdad que me jodí”...

Simultáneamente, por sitios diferentes, hicieron su entrada la ambulancia y el Coronel que acababa de llegar. No sé por qué asocié a aquel militar con el Coloso de Rodas; se acercó para indagar a la ambulancia y de repente se retiró haciendo el siguiente comentario:

– Es un soldado de la Cruz Roja... a quien dispararon los compañeros por equivocación...

El escuchar esta información devolvió la tranquilidad a mi espíritu. De aquí en adelante, fui el centro de las conversaciones y miradas entre este oficial de alta graduación, jefe del TO3, y los oficiales subalternos que le habían rodeado, cuyo conjunto asocié con un gabán “golillú” rodeado de garcitas disputándose un pescado y a quienes observaba con el rabo de las pestañas desde mi posición lastimosa, humillante y ridícula en que me encontraba.

– Dejen solo al prisionero... -ordenó el Coronel y, como por arte de magia, desapareció el conjunto de soldados que bastante me importunaron con sus amenazas e imperios.

Por fin me llevaron donde pasaría la noche: un calabozo de dimensiones normales en ese tipo de establecimiento, sobre cuyo piso se encontraba extendido un pingajo de colchón descolorido y malo-liente lo que, no obstante, interpreté como una distinción reservada a los presos de consideración. Como habrá pensado el lector, durante esa noche no dormí; sabía que no había pasado lo peor.

Esa noche recibí una sorpresa; sentí que abrían el candado y me puse en guardia. Al abrirse la puerta apareció el Teniente Ezequiel Rosales, Cadete de curso superior al mío en los tiempos de la Academia, a quien comúnmente se le conocía más por el cognomento del gocho Ezequiel; pese a que se dirigió a mí en los mismos términos de mis tiempos de recluta, con las aprehensiones y reservas del caso, aquella visita de cortesía me satisfizo en alto grado...

– Alas... Guaithero Díaz... pedí permiso a la juperioridá para venir a jalarlo... puta... verdaderamente que usted sí es un hombre incorregible... desde la Escuela usted ya era un comunista... y todavía no se le han quitado esas tochadas de la cabeza... usted ya no se irá a corregí... hombre...

Junto con el amanecer, seguí con mis oídos todo el curso de la vida y rutina del campamento; el entrechocar de los menajes me anunció la hora del desayuno... Pensé: “ya deben venir con el mío”...

Y pasó el tiempo, pasó y pasó... y eso no se produjo. Al fin, terminó el movimiento de comida y no llegó la mía... Nuestra imaginación plástica, bajo esas condiciones, acelera el ritmo de producir combinaciones y de sacar conclusiones:

– Ya está... todo está dicho... no me dieron desayuno porque saben que es una necesidad llenarme el estómago, si de aquí a un rato voy a tener que vomitarla... lo que quiere decir que estos trabajos los hacen ellos con el estómago vacío del cliente... sin embargo, a nosotros nos habían enseñado que al prisionero y al herido había que darles comida y curarlos, así supiéramos que los íbamos a fusilar más tarde. Estos no creen en eso...

Por fin llegó el momento tan angustiosa y resignadamente anhelado; la espera, en esas circunstancias, se transforma en un grillete más de la tortura: lo que ha de pasar hoy, mejor que pase temprano. Primero hizo su entrada un grupo de soldados al mando de un Teniente con bayoneta calada quienes, como si estuvieran efectuando una estocada corta, se me vinieron encima y me las colocaron en diferentes niveles del cuerpo, casi rozándome el pellejo; ejecutada la pantomima, rápidamente se retiraron e hizo su entrada el grupo de oficiales a quienes correspondía el interrogatorio:

– Buenos días... ¿cómo lo ha pasado, señor Guaithero Díaz?... vinimos por aquí a hacerle una visita... -dijo un oficial con voz amanerada y cantarina de tiple a quien por su edad, debía corresponderle al grado de Mayor y que enseguida advertí era el jefe de la comisión. Lo acompañaba otro oficial a quien conocía de vista desde mis tiempos de estudiante en el internado Salesiano de Los Teques; después, lo había vuelto a encontrar en la Academia Militar donde cursaba el último año. Presumía él que yo no lo reconocería pero, tampoco me di por aludido. Pienso que por esa razón, pero también porque tuviera que ver con algunas misiones de combate o de inteligencia que lo hubieran familiarizado con los combatientes y acciones de los guerrilleros en los llanos, había sido introducido allí de “gancho ciego”.

El interrogatorio, que no vale la pena transcribirlo, fue una acción repetitiva de los que me habían hecho anteriormente. Era como lo esperaba y deseaba: cuanto dijera en esa línea no comportaría ninguna delación. Como ejemplo:

– ¿Cómo prueba usted... que no fue una ficha introducida por el Partido Comunista en la Academia?...

– Bueno, yo salí del Llano a los diecisiete años cuando no se hablaba de comunismo... comencé mis estudios de secundaria en un colegio de curas y allí fui monaguillo y de la Juventud Católica...

entré a la Academia en plena dictadura donde no se hablaba de eso... -y así sucesivamente...

– ¿Cómo conoció usted al Comandante Arauca?...

– Bueno, él es Licenciado en Antropología y tiene que ver con la fundación del Centro Indigenista de Riecito... yo soy apureño y allí se le conocía como “El Indiero”...

A todas y cada una de esas preguntas, de las que el otro oficial parecía estar mejor enterado que yo, el Mayor volteaba y éste asentía con un ligero movimiento de cabeza.

Terminado el interrogatorio y ya más seguro de mí mismo me atreví a decirle:

– Mayor... ¿y no me van a dar comida?

– ¿Cómo va a ser? ¿Y no le han traído desayuno?... bueno, mientras anduvo en esos montes ha pasado más hambre... de todas maneras, ya se lo mandaré –y lo hizo, enviándome comida de oficiales.

Antes de despedirse, pregunté al otro oficial:

– Capitán... ¿y qué es de la vida de su hermano?...

– Ja, ja, ja... ¿cómo va a ser?... ¿tú te acuerdas de mí?...

– Claro... usted es el Capitán Borges Vallante...

– ¿Y por qué no me habías saludado?...

– Bueno, Capitán, lo que sucede es que cuando se está en las circunstancias en las cuales yo me encuentro luce inelegante saludar a los interrogadores, eso se interpreta como un pedimento de clemencia y a mí no me gusta dar lástima...

– Tienes razón... Mi hermano está bien... en Madrid... ¿sabes lo que le pasó al caletero Félix Farías?: fusiló a unos cuantos compa-

ñeros suyos en la sierra coriana... incluso a su hermano Juan que se fue herido...

Temió irse más de la lengua y se retiró después de despedirse y desearme suerte. “La montaña había parido un ratón”... tantos y tan grandes habían sido mis temores antes y después de llegar allí, que las cosas resultaron más benignas y menos dramáticas de lo que las había imaginado.

A partir de ese momento, puedo decir con propiedad que se me dio un trato reservado a los generales. Estaba claro para mí que esta no era, ni había sido, la situación de los demás prisioneros. Tenía conciencia de que un conjunto de factores y circunstancias habían hecho posible este trato especial para conmigo, tales como el hecho de haber pasado por aquel instituto militar y de la presencia de muchos de mis compañeros de curso que se encontraban allí destacados, así como parte de la oficialidad superior que habían sido los oficiales de planta de dicho instituto, como el caso de los Comandantes Angel Evelio Rodríguez Corro, quien tuvo la deferencia de sostener una larga conferencia conmigo, y Luis Felipe Párraga Núñez, quien me dio un consejo paternal:

– Pórtate bien, Guaitero Díaz... hágale caso a lo que le ha dicho mi Coronel...

Y también el Mayor Danilo López Vásquez... que aunque no podía hacer nada por mí, es evidente que el solo hecho de haberme conocido influyó en el trato morigerado que se me dispuso.

También pesó de manera determinante una circunstancia política: el hecho de que en esos días se encontraba sobre el tapete y en su punto más controversial la denuncia e investigaciones en torno al asesinato del dirigente comunista Alberto Lovera, cuyo cadáver en estado de descomposición había aparecido en las playas de Lecherías; esto había sensibilizado a la opinión pública y, tanto el Gobierno, los militares como los cuerpos policiales, habían acusado políticamente el golpe de la denuncia.

Finalmente, también pesaron el hecho de haber sido el último mochicano de la guerrilla de los Llanos y la propagación de una especie de infundio que en aquellas circunstancias revirtió favorablemente a mí: se decía que Francisco Prada y el chino Camacho tenían un complot para asesinarme por no ser un hombre de su confianza, según expresaron algunos de los primeros combatientes que cayeron y que se fueron de lengua.

Tal especie motivó al Coronel Camilo Betancourt Rojas, que no era otro el oficial a quien habían asociado con el Coloso de Rodas desde el primer momento que lo vi, a decirme:

– Te das cuenta, Guaithero Díaz... que los comunistas no tenían confianza en ti... y nunca la tendrán... aunque no sea más que por haber pasado por un Instituto Militar... la información que tengo es que Prada esperaba la oportunidad para fusilarte; si no, cómo se explica que con tu experiencia y veteranía nunca te dieron mando y te tenían marginado...

Por supuesto, no estaba para desvirtuar la especie en esa coyuntura. Hablé con este militar largo y tendido en el transcurso de varios días que me mantuvieron allí; de su personalidad saqué la siguiente conclusión: es un hombre capaz de matar por lo que no le gusta y de hacerse matar por lo que cree. Al igual que los anteriormente nombrados, en el seno de la Institución Armada se le conoció y ubicó por su posición institucionalista simplemente, sin veleidades polítiqueras manifiestas: de verdad y sinceramente creían en la institución como un coto cerrado y neutro en política y, puestos a cumplir su deber que le señalan las leyes y reglamentos militares, son eficientes y cumplidos.

– Mi deber es liquidarlos –me decía Camilote- antes que ustedes se transformen en una amenaza y nos liquiden a nosotros... en esa dirección yo he pedido y se me ha dado carta blanca... Así se lo he hecho saber a los políticos que siempre andan complicando las vai-

nas... que aquí la constitución llega hasta aquella reja... que esto es una guerra y que si ustedes triunfan no nos van a regalar flores... y ellos van a ser los primeros que se van a andar escondiendo como ratas... por lo demás, yo los mato a ustedes en combate... porque el que me cae herido se los curo...

En verdad creo que ese militar en su posición era sincero; asumía y personificaba olímpicamente las leyes que rigen la guerra y el combate, sin andarse por las ramas y con rodeos. Hasta me hizo la concesión de permitir que me viera una muela el odontólogo del TO cuya calza se me había caído y me dolía; tal deferencia era algo que se encontraba más allá de lo que podía permitírsele a un prisionero político recién capturado y en un campamento antiguerrillero. Justo en el momento en que el doctor descargaba el aire a presión de su aparato sobre mí carie, en el nervio vivo, obligándome a hacer una mueca de dolor, hizo su entrada este militar al consultorio y, al observar mi reacción espasmódica, soltó el siguiente comentario:

– Por tan poco se queja, quien pretendió ser el Comandante de las guerrillas en América Latina...

A lo que respondí:

– Lo que usted no ignora, Coronel, es que estoy en punto habilitado en donde puedo darme el lujo de quejarme... en otras circunstancias y condiciones, esto no tendría sentido...

– Termínelo, Doctor... que quiero hablar con este hombre.

Salimos a una miniterraza desde donde se dominaba el campo de aterrizaje y un amplio panorama; quizás para impresionarme me señaló una cruz:

– ¿Ves aquella cruz?... allá tengo yo mi cementerio... y no de los que he asesinado después de haberlos capturado vivos o heridos, como los comunistas y Radio Habana dicen de los muertos en com-

bate... Y te voy a sacar para que veas la prueba de los helicópteros Alondra de fabricación francesa... mejores que los americanos, porque ellos vienen artillados y son bombarderos a la vez... con esos aparatos ahora sí se la van a ver feo y, por lo demás, para que tu veas que nosotros también somos antiimperialistas... no aceptamos las condiciones que pusieron los americanos...

Por este mismo militar me enteré por primera vez de la tesis de Paz Democrática y de su contenido. Elaboración teórica del Partido Comunista para ese período que, en esencia, consistía en dar marcha atrás a la lucha armada e ir desmontando progresivamente el aparato guerrillero, con miras a tomar las iniciativas en el terreno político de masas. Para mí, aquello fue una novedad y no me quedó lugar a dudas después de haber visto copia del original del documento firmado por los principales dirigentes del partido.

Basado en eso y quizás pensando en que no valía la pena que pagara tan alto costo por mi aventura, trató de ayudarme y me mandó a llamar. Una vez en su presencia me dijo:

– Te mandé a llamar para proponerte lo siguiente: como quiera que salgo ahorita para Caracas a entrevistarme con el Ministro de Relaciones Interiores, yo puedo arreglarte tu problema que se que no es difícil...

– Vamos a ver qué precio. Coronel...

– Bueno, mira... sin delatar a nadie tú vas a leer una esquelita en televisión que nosotros te vamos a entregar... el contenido es más o menos así: por ella tú te diriges a tus camaradas en las montañas invitándolos a deponer las armas... que ellos se den cuenta de que es inútil continuar con esa lucha... Después de eso, tú saldrás becado para España... yo te la consigo... Aprovecharías y te irías con el doctor Hernán Cortés Mujica, un eminente hombre de ciencias y uno de los mejores traumatólogos del país, a quien tengo preso en el Corpa Huaico y cuyo único delito es

el haberse montado en esas montañas a firmar papeles... porque yo garantizo que Hernán Cortés no matado ni una hormiga desde que se subió a esas montañas...

Creí sinceramente en las sanas intenciones de ese militar al hacerme aquella proposición; lo que él no podía entender era que, en política, yo no era neutro: con claro sentido de la historia tenía conciencia de mi rol. Por ello me atreví a responderle:

– Mire, Coronel... por mis declaraciones y mi prontuario, usted sabe que yo soy un bolsa... un aprendiz de guerrillero... con qué moral voy a dirigirme a hombres que llevan allí tres, cuatro y hasta cinco años combatiendo en esas montañas... hacerlo es no tener sentido del ridículo... a mi no me gusta hacer ese papel... De otro lado, yo estoy muy joven para hipotecar mi futuro... y hacer lo que usted me propone es hipotecarme moral y políticamente y por tanto, rayarme para siempre.

– Bueno... eso lo ves tú; de aquí irás para San Cristóbal... si decides reconsiderar tu actitud me mandas a llamar o me escribes...

– Está bien... le doy de todas maneras las gracias... yo lo voy a pensar...

Ni para qué tenía; pagué mi precio...

En cuanto al Comandante Angel Evelio Rodríguez Corro, cuyo trato conmigo fue en extremo amable, cortés y diferente, tengo que decir que nuestra conversación versó sobre nacionalismo y marginalidad; en tal sentido, me decía:

– Yo me considero un patriota y un nacionalista... estaría dispuesto a acompañarlos a ustedes en una aventura si ésta tuviera como objetivo retomar para Venezuela el territorio de la Guayana Esequiba o las islas de Trinidad, Curazao, Aruba y Bonaire... pero tienes que convencerte que el problema de los pobres y de la marginali-

dad no es un problema de estructuras... es más bien de educación y de cultura... la gente se conforma con pocas cosas y no aspira... No conocen ni dominan los milagros prodigiosos de la técnica...

Después de haberle visto y conocido los bellos y exuberantes cultivos de sorgo y el parque sofisticado de maquinaria agrícola que tiene ese militar, ahora en calidad de retiro, en el Distrito Rojas del Estado Barinas, voy a terminar por creer que en lo último tenía razón.

Debió de haber sido cerca del 20 de abril de aquel año cuando tuve que abandonar aquel campamento antiguerrillero; pero, antes de hacerlo, me permitieron ropas y útiles personales llevados por mi esposa y mi madre, así como una entrevista personal con un cuñado, síntomas de que todo iba bien y de que lo peor había pasado. No obstante, todavía me quedaban algunos tragos amargos.

Con una custodia comandada por el Subteniente García Bello, fui bajado al Cuartel Corpa Huaico donde se encontraban hacinados decenas de prisioneros: hombres humildes del pueblo, en su mayoría campesinos, con barbas sin rasurar de varios días, a quienes les observé la angustia y resignación que reflejaban sus miradas. Allí incorporaron al convoy dos revolucionarios más: el doctor Hernán Cortés Mujica, quien al decir del Coronel Camilo iba rumbo a Europa, y a otro cuyo nombre no recuerdo, con destino al penal de Sabaneta en Maracaibo.

En el mismo cuartel sede del Comando FAC en donde se había dado el toque técnico a mi venida de Barinas nos separaron y, con resignación y pesar, nos despedimos. Aún recuerdo las manazas de oso de aquel médico, que más parecían las de un herrero que las de un cirujano.

– Buena suerte, compañero...

Me recibió el oficial de guardia, Teniente José Pilar Barbela Ramos, llanero como yo, militar heterodoxo y tarambana, a quien en

años recientes le había tocado pagar un carcelazo en el penal de San Cristóbal como castigo a su rebeldía. Sería injusto si no dijera aquí que este militar extremó sus atenciones para conmigo: mandó a limpiar el calabozo en que pasaría parte de la noche y darle un coletazo extra con Pinolin, ordenó meter un colchón con almohada, sábana y cobija y, de paso, me brindó dos frescos de naranja, pese a la fuerte vigilancia a la que era sometido. Parado de espaldas a la puerta del calabozo, y mientras el subalterno trabajaba, el Teniente Barbela, afanoso y reconcomiado despotricaba contra su jefe sin voltear a mirarme, su atención y mirada fija estaban centradas sobre una media pared que nos quedaba en frente, donde sobresalían como babitos en laguna, innumerables medias cabezas de Guardias Nacionales, descansando el mentón sobre los antebrazos y con la mirada fija hacia donde estábamos nosotros:

– Observa Guaithero Díaz – me dijo el Oficial -, aquellos sapos que nos están mirando..., todos son mosquitos cumpliendo órdenes del coño ‘e madre ladrón jefe del Cuartel... - me trancó y se retiró.

Serían como las nueve de la noche, cuando se me apareció nuevamente y adoptando la misma posición de la tarde me transmitió el siguiente mensaje:

– Guaithero Díaz te van a sacar a las dos de la mañana, en la misma patrulla que va a llevar al hijo ‘e puta comandante ladrón hasta Boconoito, lleva dos sargentos asesinos por guardaespaldas y acompañantes, así que ten mucho cuidado... no te despidas de mí... - y se marchó.

Salir a esas horas, fuera con quien fuera, no me agradó nada; permanecí en vigilia esperando la hora. Justo a la hora señalada, sentí que abría el candado, me mandaron a salir y me cancharon las esposas; en el patio esperaba un vehículo con los faros encendidos. Mi tranquilidad volvió al cuerpo cuando vi al Comandante, a quien ya distinguía desde la vez anterior cuando en forma irónica

me llamó libertador; me saludó amablemente y me mandó a sentar a su lado. Iba a Boconoíto, adonde llegaría el Presidente Leoni esa mañana, por razones protocolares o de su cargo. Creo que era barinés, o al menos así entendí por lo de una finca; su grado era de Teniente Coronel y su apellido Peña. Gran conversador, me dijo muchas cosas; entre ellas, una que lo compromete gravemente ante la historia, al prestar su concurso para que se asesinara a un patriota colombiano...

– En 1952 o 1953... siendo Subteniente en el puesto de El Amparo... recibí un mensaje del Coronel Pérez Jiménez, por medio del cual se me ordenaba participar al Gobierno colombiano de la presencia de Eliseo Cheíto Velásquez en la frontera; esa noche pasaron los Chulavitas y lo mataron...

En este último jalón de mi regreso hacia Barinas, tuve la oportunidad de departir con dos oficiales de los tiempos de la Academia, de cursos, Escuelas y jerarquías diferentes. Uno, el Capitán Tovar Díaz del Ejército y llanero de Tucupido, quien me dijo ser discípulo del camarada Juan Vicente Cabezas y con quien deseaba encontrarse para conversar con él. El otro era el Teniente de las FAC Moisés Arrijoa Gómez quien, en gesto que lo enaltecen y poco usual en estos casos, pidió permiso al superior en estos términos:

– Mi Comandante... deme permiso para saludar a este prisionero que es mi amigo...

A lo que el Comandante Peña, de buen grado, accedió y el Teniente me dio un apretón de manos efusivo y con aliento de buen augurio.

Al llegar nuevamente al Comando de Barinas, el Capitán Gerardo Ontivero Paolini mandó que me trasladaran inmediatamente a su oficina; me recibió así:

– Mira, pajarito... tú lo que eres es un perfecto gran carajo: me tuviste todo de embustes... mira lo que tengo aquí... -señalándome

un radiograma enviado por el Comando de Apure, donde se pedía mi traslado porque tenía asuntos pendientes con el Comando de la Guardia de esa entidad.

Continuó el Capitán:

– Resulta ser que tú, Ernesto, eres el mismo Florentino... el que emboscaste a la Guardia Nacional en el Alto Apure, en el sitio de Laguna Hermosa..., el que asaltastes los hatos ingleseros... y que cargabas un poco de llaneros contigo de los cuales ninguno ha caído... es más, debes de tener en tu poder armas largas y buen dinero... nada de eso ha caído... Por tanto, tú me vas a decir cuál es el paradero de esa gente... quiénes son... y, en lo inmediato, vas a ir al frente de una comisión a recuperar esas armas y el dinero... Sargento Lozano Otero, prepárese los carros y un personal para que salgan...

Confieso que se me vinieron las bolas al cuello; mi agitación interna no tuvo límites, pero conservé mi calma y sangre fría:

– Capitán, no se de qué me habla usted... por lo demás, de aquí no salgo... tendrán que hacerlo llevándome amarrado o muerto...

– Es amarrado que vas a salir...

El Teniente García Shiaffino me dijo:

– Guaithero Díaz... yo me comprometo a ir delante de ti... por si tus compañeros quieren tomar represalias...

– Ni así, Teniente... de aquí no salgo yo...

Y el Capitán, con la piedra afuera:

– Vamos a ver quién puede más... por ahora sáquenmelo de aquí... que no quiero verlo en mi presencia...

Mi situación regresaba al punto de partida; como en las primeras

noches, permanecí en vigilia; al amanecer y desde mi calabozo, cacé al Capitán y cuando lo vi:

– Capitán... Capitán... hágame un favor que quiero hablar con usted... -acercándoseme- voy a decir algo para que lo piense... yo sé que usted me quiere eliminar físicamente... y yo interpreto que los primeros pasos que usted dará serán: primero, ponerme fuera de la jurisdicción de este Comando... y segundo, ponerme en manos de personal subalterno... Cuando usted haga una de esas dos cosas se habrá dado el primer paso en tal dirección... le hago responsable entonces de lo que me pueda pasar... y no olvide que vengo de un TO donde el alto mando antiguerrillero me garantizó la vida, a mí y a mis familiares... yo le sugiero entonces que, antes de dar cualquiera de esos pasos, consulte a la superioridad...

Y no dije más. El me respondió:

– Primero, que yo no soy un asesino como lo eres tú... y en cuanto a la sugerencia, está de más porque yo sé lo que debo y me corresponde hacer... -y se retiró.

Con el último vistazo que le eché esa mañana, noté que estaba uniformado con el traje verde oliva de paseo; creo que es el que llaman R-3. En la noche, inesperadamente, me trasladaron a la cárcel y me recluyeron en una sala de máxima seguridad. Allí me encontré a mi compadre atracador Héctor Faría, cuerda floja, preso y mal recomendado, junto con un funcionario de la Digepol de apellido árabe, recluido por la misma causa. Como yo estaba enterado de la condición de soplón de mi compadre por una infidencia imprudente del Capitán, me abstuve de hacerle ningún comentario.

Sería entre la una y las dos de la mañana, cuando sentí chirriar de rejas oxidadas y abrir de candados y a poco un tropel de gente que se precipita:

– Algo pasa –me dije y me puse a observar; empecé a ver rostros

conocidos y conté dieciséis- ...coño, los llaneros altoapureños: los trajeron para reconocerme...

Y el cerebro a millón y el corazón a latir precipitadamente.

Al retirarse los guardias de seguridad y carceleros, reconocí en penumbras a los que encerraron al lado mío...

– Alfredo... Alfredo...

– ¿Qué Alfredo?

– Tú, güevón... ¿quién más va a ser?... oiga bien lo que le voy a decir... al amanecer los van a llevar al Comando para que me reconozcan... dígale a todos los llaneros que al que se le ocurra hacerlo se va a morir... que tengan presente que nosotros somos bastantes... ¿me oyó?: ya lo saben, están advertidos.

Era un recurso dictado por la desesperación; no estaba en condiciones ni tenía capacidad para materializar esa amenaza, pero el hombre de acción debe morir pataleando...

Pensado, dicho y hecho: en cuanto amaneció, una pareja de Guardias me traslado al Comando, a la oficina de mi amigo el Capitán Ontivero, quien plácidamente sonreía reclinado sobre una silla giratoria, en tono persuasivo y cordial me recibió y habló:

– Mira, Guaithero Díaz... estás acorralado... no tienes para donde coger; me he dado cuenta de que eres un hombre con conciencia de lo que haces... en nombre de esa conciencia te pido que me entregues al resto de la gente... Sé que bajo tu dirección nunca serían capaces de comentar actos de bandidaje y tropelías... pero ¿Quién asegura que ahora sin ti no lo harán?... tu buscas el bien de la sociedad... pero esa gente sin tu dirección se transformarían en un peligro para esa misma sociedad por la cual tu luchas...

– Francamente, Capitán... no sé de qué me esta hablando...

El Sargento Técnico que aún no había perdido las esperanzas de acorralarme y rasparme, sugirió al Capitán:

– Mi Capitán... pregúntele a quién pertenecen esos hierros de los caballos que cargaba...

Me apresuré a interrumpirle con la ostensible intención de hacerlo abandonar el tema:

– Sargento, yo no he sido ni soy comerciante de caballos... por tanto me tienen sin cuidado los hierros... de ellos sólo me interesaba el servicio que me prestaban...

El Capitán, pensando que yo ignoraba la existencia de los llaneros presos:

– ¿Llegó la gente?...

– Sí, mi Capitán...

– Mándeme uno para acá.

Me apoltroné en mi confidente; tome aire a todo lo que daban mis pulmones, prendí un cigarrillo y me puse a mirar hacia la puerta por donde entrarían; le clavé mi mirada de guache con mal de rabia al primero que entró y con la normal volteaba a mirar al militar...

– ¿Tú lo conoces?

Y el llanero sudaba, balbuceaba palabras incoherentes y levantaba la mirada hacia mí; yo le correspondía con otra esquizofrénica, donde mentalmente le decía: “Cuidado coño ‘e madre, no te pongas a hablar porque te jodo”.

Volvía a espolearlo el militar:

– ¿Lo conoces o no?... –mirando en un oficio lo que había declarado el prisionero en Apure.

- Sí...
- ¿Por qué nombre lo conoces?...
- Por Ernesto... pero también le decían Florentino...
- Está bien... váyase... mándame a otro...

Y la escena se repitió; trajeron otro y otro y entre ellos una criaturita de dieciséis años llamado Quirino Pastor González:

- ¿Lo conoces?
- No lo conozco.
- Véalo bien... ¿lo conoce?
- No.

Esta criatura tenía raza de los hombres bravos; cuando ya íbamos rumbo al penal de San Cristóbal se me acercó:

- Mire... yo sí lo conozco a usted..., usted fue el que entró aquella vez en mi casa, en el momento en que matábamos un marrano... por cierto que usted cargaba un caballo rucio mosqueado que andaba cansado...

Era verdad y yo no lo recordaba; por su infidencia supe que me conocía y me había negado...

El bandido de Rebolledo, delator del resto y a quien había dado las instrucciones esa noche, cuando lo trajeron frente a mí y le preguntaron:

- ¿Lo conoces?... ¿diga usted si lo ha visto a él?

Balbuzeando y tragando saliva respondió:

- Bueno... él me parece... yo lo vi de noche... pero aquel era un hombre barbucho...

Así terminó aquella parodia de reconocimiento; el Sargento, desesperado, volvió a la carga:

– Mi Capitán... los hierros de los caballos...

El Capitán, irritado y cortante, respondió:

– Sargento... las instrucciones que tengo de la superioridad es mandar a este hombre al penal... y anexarle al expediente todo aquello que le vaya apareciendo.

Partí rumbo al penal de San Cristóbal. Días después de haber llegado se me acercó un pastor evangélico conocido como Beto (Gilberto Nieves), preso por colaborador, a quien desde mi llegada le había notado una actitud un tanto extraña frente a mí; aquel comportamiento me intrigó, porque habíamos sido buenos amigos y en quien yo había puesto todo mi cariño y confianza mientras nos mantuvimos libres; sin embargo, no le hice cerebro.

Un día se me acercó y me dijo:

– Hermano, Ernesto... quiero hablar con usted... porque desde que supe su caída no he tenido paz en mi conciencia...

Pensaba que lo matarían y yo sería el responsable de esa muerte...

– Bueno... ¿y qué pasó, Hermano?

– Mire, hermano... que cuando me estaban torturando sólo pensaba en usted y todo lo que me preguntaron se lo cargué a su cuenta...

– Coño, hermano... ¿cómo me echa esa vaina?... ¿Qué le he hecho yo a usted?... que hasta la dirección de mi mujer en Caracas se la di para que comiera y durmiera...

– Hermano... eso es verdad y es justamente lo que me recrimino... pero el hecho es que cuando yo andaba llevando la palabra del Señor en el Alto Apure, específicamente en la población de Elorza,

tanta gente me hablo de usted y lo hacían con tanta confianza y fe en su habilidad para escapar que llegué a pensar que jamás se dejaría agarrar; en el momento en el que me torturaban me dije: “cualquier cosa que diga de Ernesto no agravará su situación”.

Entendí su explicación y me satisfizo, no le guardo rencor... Este mismo razonamiento, pero con otra variante, lo obtuve de los llaneros que introdujeron a la oficina del Capitán aquella mañana, sudando, temblando y balbuceando; con ligeras variantes, todos me reconocieron, excepto el jovencito.

Como sabía de su afecto hacia mí demostrado en muchos hechos, tomé la iniciativa de interrogarlos uno a uno, para enterarme de las razones recónditas de tan extraña conducta. Todos fueron unánimes en responderme:

– Cuando nos lo presentaron en fotografía en el Comando de San Fernando... decidimos reconocerlo... decí que sí lo conocíamos y en las declaraciones lo hicimos responsable de to’ pa’ evitá que nos maltrataran. Los oficiales nos ofrecieron danos la libertá si deciamos la verdá... nosotros pensamos que como usté tenía maña pa’ ocultase y evitá caé preso... consideramo que to lo que dijerao contra usté... no lo perjudicaría y por el contrario nos salvaría...

Actuaron como quien dice “qué importa que el sol se meta, mañana vuelve a salir”... Dado que sabía de su impreparación para enfrentarse a esa eventualidad, de su honradez y sinceridad cuando decían esas cosas, no les guardé rencor.

Aquel mismo pastor evangélico era un hombre bueno, patriota de corazón y honrado a carta cabal: un verdadero cristiano en el mejor sentido del término, pero que no tenía conciencia de lo serio en que se había metido, y por tanto no estaba preparado mentalmente para enfrentar la adversidad tan negra que le llegó de rampón. Hubo un momento de la tortura en que no resistió más y se le fueron los endebles resortes políticos, morales e ideológicos que hasta ese

momento lo habían apuntalado para seguir negando. Colocado de manos como quien sostiene una pared al lado de uno de sus coreligionarios y que también estaba metido en el asunto, cuando el torturador pegaba indagando sobre el origen y destino de unas cajas, el hermano pastor respondía:

– Esas cajas... se las entregué yo al hermano Benino...

– Ummm... Ummm... Hermano... usted no me ha entregao na'...

– Diga la verdad, hermano... que por la verdad murió Cristo, hermano...

– Pero eso sería el, hermano... pero yo no... déjese de bromas... usted a mí no me ha entregao cajas...

“El que bien vive, bien muere”... dice el refranero popular; así lo he hecho y la vida me lo recompensó en esos momentos. No tuve motivos para quejarme en esta oportunidad. Ya en San Cristóbal, habiéndoseme enviado por el Partido Comunista un abogado para la defensa, éste me sugirió:

– Hay que sacarle el jugo a tu caída... tienes que denunciar las torturas que te hicieron...

Le respondí:

– No voy a denunciar nada... porque nada me hicieron... yo no me presto para la propaganda sobre la base de la calumnia y los infundios...

Como se ve, nada pues de extraordinario en estas notas, solamente me limité a cumplir con mi deber, y hacer honor al compromiso que un día me impuse, hasta donde la experiencia y las contingencias me lo permitieron.

Comenzó así para mí un peregrinar a lo largo de un camino de siete años, como huésped involuntario de las cárceles de Barinas, San

Cristóbal, Isla del Burro, Sabaneta en Maracaibo y Modelo de Caracas. En todas ellas me aguardarían nuevas experiencias, que las dejo para que las cuenten otros. Echar cuentos de presos es muy pavoroso...

Salí en libertad gracias al indulto del Presidente Caldera, el día 24 de diciembre de 1972...

CAPÍTULO VIII

*Informe
del Servicio de Inteligencia
de las Fuerzas Armadas (SIFA)*

Por considerarlo de interés para el tema tratado en estas notas, transcribo textualmente y sin comentarios un informe del agente del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), Flores Aristiguieta (militante de Acción Democrática), sobre la lucha armada en el Apure:

A través de todos estos años de lucha armada, el Partido Comunista y el MIR (abanderados en esta cuestión), han puesto los ojos en esta parte de Venezuela por ser uno de los escenarios guerrilleros más sobresalientes de nuestra historia.

Para incrementar este tipo de luchas han probado innumerables fórmulas, como verán más adelante. Sin embargo, dada las condiciones de los habitantes del medio, han dado al traste con esas apariciones las Fuerzas Armadas de Venezuela. Al declararse la subversión contra el Gobierno en el Estado Apure, los viejos dirigentes regionales que tenían las riendas del PVC no estaban capacitados para este tipo de contienda, por lo cual fueron rápidamente liquidados; ejemplo de ello fue la desbandada de Ariche López, Peña y otros.

El buró político del PVC acordó reemplazarlos inmediatamente y en combinación con el MIR, para la integración del comando que actuaría en nombre de los dos; fueron designados para estas funciones las siguientes personas: Dr. Calilo Gracia García (PVC), Dr. Gustavo Silva Pérez (MIR), Dr. Elio Jaspe (MIR), Dr. Pedro Laprea Sifontes (PVC), Dr. Zoppi (Odontólogo, PVC) y algunos más.

Esta directiva se encargó de reclutar y adoctrinar elementos para las guerrillas rurales y urbanas. Establecieron una red para este asunto desde Calabozo hasta Achaguas. En la primera, figuraban como representantes el doctor Noel De-

canio y su segundo el negro Sánchez y en Achaguas figuraban Reinaldo Magallanes y su segundo Chang (estudiante de Pedagogía en la Universidad Central); las reuniones de este directorio las efectuaban en un bar de la carretera de San Fernando-Camaguán denominado “Samancito”; se discutía todo lo concerniente a las campañas que se llevarían a cabo en todos los sitios arriba mencionados.

Esta política dio como resultado el enrolamiento de un numeroso grupo de jóvenes casi analfabetos que formaron los Comandos Tácticos de Combate; estos camaradas empezaron su labor pegando propaganda subversiva, en la fabricación de bombas molotov y niples, en distribuir en los diferentes pueblos limítrofes la propaganda elaborada aquí y la que venía de Caracas. Más adelante, fueron utilizados para la colocación de niples en puntos estratégicos de la ciudad y dando paso a la ola de terror que se está viviendo (mejor dicho, se sumaron a lo que era una consigna general). En estos menesteres figuraban algunos como: Musiú Aparicio, José Rafael Martínez (a) El Chino, Pancho Campos, Modesto Moya Quintana, Juan Salazar, etc.

Sin embargo, para esta época todavía no se confiaba en la capacidad de la lucha de estos reclutados y decidieron enviar al frente de un contingente de jóvenes de la Escuela Técnica Industrial y la Universidad, a un destacado dirigente que se llamaba Genaro Guaithero Díaz para fomentar la guerrilla rural, el cual cogió como centro de entrenamiento de los importados, un sitio a 27 Kms. Al oeste de esta ciudad denominado “La Morita”, terrenos de la propiedad del padre del mencionado elemento; los enlaces los efectuaba Paco Bermúdez (actual Director del Semanario “El Imparcial”), quien los proveía de los alimentos y cosas necesarias, y Danielito Castillo.

El plan de seguir por esta guerrilla rural era el siguiente: adoctrinamiento del campesinado en el medio donde se iba a abrir su campo de operaciones para que se les facilitara su cometido.

Esta guerrilla tenía todas las garantías, ya que no iba a ser molestada por la Guardia porque el Teniente Fleming Mendoza era para aquella época jefe de Operaciones Antiguerilleras.

Sin embargo, todo esto fracasó por los siguientes motivos:

- 1) Los campesinos se mostraron reacios e impenetrables a esta clase de política; fueron ellos mismos los que denunciaron ante la Gobernación del Estado.*
- 2) Al ser denunciados ante la Gobernación del Estado, esta inmediatamente armó elementos y los puso a la disposición del Prefecto, señor Chicho Acuña y el suscrito, los cuales nos dimos la tarea de contactar con la guerrilla, sin que el Teniente Fleming Mendoza pudiera hacer algo en beneficio de ella. Pero éstos, avisados a tiempo, emprendieron la desbandada por lo cual fueron pocos los prisioneros; el resto regresó a la capital de la República.*

Esta primera derrota no desmoralizó a los Directivos sino que, por el contrario, emplearon a fondo los Comandos Tácticos de Combate urbano al mando de Mirabal (hoy día mocho Mirabal, a consecuencia de haberle estallado un niple cuando estaba colocándolo en la casa del Partido COPEI); éstos comenzaron por poner bombas en la Gobernación y edificios de partidos políticos, el puente y hacer disparos contra Agentes del Orden Público y poniendo en marcha la maquinaria de la guerra psicológica haciendo llamadas telefónicas, amenazando de muerte, voladuras de puentes, edificios, asaltos a bancos de la localidad, etc.

En consecuencia, la Policía Municipal y la Guardia Nacional fueron puestas en estado de alerta; se patrullaron las calles y se organizó una batida general contra los dirigentes y Comandantes de Guerrillas, dando como resultado el encarcelamiento de estos y acabando parcialmente con ella; fueron detenidos en esta ocasión: Efrén Rodríguez, Musiú Siro Aparicio, el Chino José Rafael Martínez, Cándido López. Y el extrañamiento del territorio del Estado a: Calilo Gracia, doctor Gustavo Silva Pérez, Pancho Campos, Elio Jaspe, Genaro Guaithero Díaz y otros más.

La Directiva del Comando Unificado quedó en manos únicamente del Teniente Fleming Mendoza, doctor Zoppi y Laprea Sifontes, en San Fernando; Noel Decanio en Calabozo y Reinaldo Magallanes en Achaguas. Se organizaron nuevamente los elementos extraños a este Estado porque en ese momento se esperaba el Carupanazo. Fleming Mendoza debía tomar la ciudad y entregar la Guarnición al movimiento de Carúpano, pero esto no fue posible por los factores que siguen; éste era sometido a estricta vigilancia, por sospecharse del comportamiento que hacía presumir que estaba mezclado en actividades subversivas; fue mandado a llamar a Caracas por la Comandancia General para que respondiera a un expediente que se le había elaborado por los motivos arriba mencionados; logró salir subrepticamente de Caracas y se unió a los dirigentes de el Carupanazo, donde fue hecho prisionero.

Este otro fracaso no fue decisivo para que abandonaran la lucha en Apure y, por el contrario, se estructuró nuevamente la Directiva con algunos elementos de aquí como: Fajardo, Fernando Bolívar, Antonio (italiano) y otros.

Por recomendaciones de Genaro Guaithero Díaz, se envió al Estado un sujeto de nombre Dámaso Romero (a) Boves

para que levantara un informe socioeconómico topográfico de contacto visual, que permitiera una fórmula que anulara los impedimentos anteriores.

Este elemento, junto con su lugarteniente César Agrinzones Soto (a) Pollo sin Hueso, se adentraron en el llano en las condiciones más inclementes del invierno; siguieron la vía de San Fernando – Achaguas – El Yagual – El Piñal – Mata de Agua – Elorza, o sea la parte Suroeste del Estado; en esta ocasión fue hecho prisionero César Agrinzones, quien se encuentra en San Cristóbal (preso). El informe leído en el Buró Político del PCV fue negativo para esta zona, por lo cual acordó enviar una guerrilla para la parte sureste del estado.

Esta vez se concibió la idea de armar un contingente guerrillero, con personas del medio ambiente que reunieran condiciones superiores a los universitarios, por conocimiento de la zona donde se desarrollarían los acontecimientos. Se seleccionó un grupo de once personas al mando del Sargento Mayor de la Marina Adalberto Orleáns González y su segundo en jerarquía Fernando Bolívar, quien conoce muy bien la región; las armas utilizadas habían sido aportadas por Adalberto Orleáns González al escaparse con ellas de Mamo, mes y medio atrás; comprendían estas armas las siguientes: seis ametralladoras, tres fusiles FAL una ametralladora ZB-30 y armas cortas.

Esta guerrilla salió de este puerto con destino a la isla de Guaricoto, frente a la desembocadura del río Apure en el Orinoco, donde tendría lugar una reunión extraordinaria de Comandantes de Guerrillas para ultimar detalles de su actuación dentro del territorio del Estado Apure y Bolívar.

Esta concentración agrupó unos treinta y cinco guerrilleros durante cuatro días, tiempo que aprovechamos para refor-

zar las posiciones de Caicara del Orinoco y Cabruta, muy próxima ambas al centro de la reunión; con la llegada de un contingente de la VI División de Infantería, se emprendió la ofensiva contra este foco guerrillero, finalizado con las acciones de Río Claro donde se destruyó el último foco, haciendo prisioneros a Adalberto Orleáns González, Fernando Bolívar, José Euclides Landaeta y otros más, capturando tres ametralladoras Beretta, tres fusiles FAL y una ametralladora ZB-30.

Investigaciones posteriores revelan que durante las discusiones de Guaricoto, se trató de abrir un nuevo frente de lucha que aliviaría las guerrillas que peleaban en Falcón hacía más de dos años. Con esta derrota que diezmó los cuadros más valiosos de ambos partidos, se acordó estructurar una nueva dirección que fuera capaz de resolver el caso de Apure; para ello fueron designados los siguientes: Profesor Moreno, Rodríguez Hermoso, Matos, Modesto Moya Quintana; estos señores han venido ocupando desde hace un año y medio puestos claves. Los planes de trabajo que han puesto en práctica son los siguientes. En el campo, para permitir el desplazamiento de grupos armados hacia Portuguesa, Barinas y Apure desde Falcón, han puesto en práctica lo siguiente: para distraer fuerzas en Apure, asaltaban con guerrillas urbanas transportadas por vía aérea, hatos y fundos de compañías y terratenientes; de paso, dejándose ver para que haya evidencia del grupo armado, luego desaparecerán para llegarse a la ciudad a fomentar la guerra psicológica, empleando para ello el teléfono, los volantes y rumores, multiplicando el volumen de los guerrilleros y sus hazañas. Esto lo han conseguido a medias y los grupos desplazados han podido reintegrarse a la ciudad sin peligro ninguno.

Ya conseguido esto han pasado al plano que realmente les interesa; la falta de personal adiestrado que pueda tener prendida la llama de la subversión armada sin peligro para los pocos dirigentes que quedan de estos grupos; decidieron armar a los cuatrereros del Alto Apure y para ello ha habido muchísimas conferencias entre unos y otros para llegar a un entendimiento a través del agente Reinaldo Magallanes en Achaguas, punto de reunión de los mismos, pero debido a la gran batida que está dando la Guardia Nacional contra el abigeato y en la cual han caído ya algunos de los comprometidos, han paralizado momentáneamente estas conversaciones.

En la ciudad la cosa es relativamente más fácil para estos artífices de la tramoyería que, en un tiempo tan corto, se han adueñado de los puntos que les interesa para sus actividades que están desarrollando a todo tren; el PCV no cuenta en el Apure con gente adoctrinada políticamente. Mejor dicho, en Venezuela están escaseando muchísimo y se necesita con urgencia de esos elementos de lucha en todo el país. El primer blanco de ese adoctrinamiento fue la Escuela Técnica Industrial y el Liceo; infiltraron profesores y dirigentes estudiantiles con el fin de reclutar acólitos para sus fines, pero tuvieron un grave contratiempo y fue el siguiente: el ciclo de enseñanza duró solo dos años, tiempo muy corto para estudiantes de provincia sin información ninguna.

Esto había que resolverlo de alguna manera; entonces pensaron que ya tenían a Rodríguez Hermoso en el CVN como directivo y el internado de Biruaca estaba lleno de mentes infantiles propicias para sembrar el comunismo y, como este instituto depende exclusivamente del CVN, pues no había razón para buscar más lejos; había que buscar la for-

ma de enchufar para socavar la estabilidad del puesto del Director de turno para poner en su lugar a uno del grupo; se logró que al profesor de Educación Física de la Técnica Industrial, Luis Felipe Rodríguez, se le diera el mismo cargo dentro del Internado, cosa conseguida a los pocos meses; fue destituido el Director y Rodríguez Hermoso recomendó al profesor Moreno para ese cargo, el cual fue nombrado inmediatamente. Conseguido esto se comenzó a trabajar en las mentes de los niños con ideas socialistas y revolucionarias.

Yo, personalmente, hice algunas investigaciones al respecto encontrándome con que los niños dentro de las aulas y fuera de ellas leen propaganda traída directamente de Cuba y, es más, ya ha calado bastante hondo en las mentes de los niños que normalmente llevan tatuadas en las camisas y pantalones consignas como éstas: YO SOY DEL FALN..., VIVA EL PCV... y otras por el estilo; profundizando más en este asunto, investigué para tratar de establecer responsabilidades y me encontré con el asombroso caso que los responsables ante la ley no eran más que tres o cuatro maestros que ni siquiera tenían nada que ver con la introducción y distribución de propaganda.

Conseguido esto, el grupo trató de fortalecer posiciones y fue cuando se recomendó a Molina como adjunto a Rodríguez Hermoso en el CVN. Se hizo trasladar a algunos más como a Mayos y Moya Quintana, para que asistieran como asesores técnicos al grupo, con la mampara de fundar una Escuela de Artes Plásticas ya que la que habían fundado en Sucre fue desmantelada por el Gobernador al comprobarse actividades subversivas; todo esto fue conseguido con la ayuda inocente del profesor Héctor Saldeño, quien regía los destinos del estado como Gobernador.

Para completar el estrado donde trabajaban, acordaron fundar un periódico que plasmara las ideas del grupo y orientara la opinión pública en sentido de apoyar todo cuanto este grupo hiciera: fundaron el semanario "El Tiempo". Empezando por leer todos los editoriales de los números que hasta la fecha se han impreso y artículos de sus destacados corresponsales, como Luis Felipe Rodríguez, el profesor Moreno y otros, se llegara a la conclusión de que ese periódico es un verdadero foco de insurrección y, para rubricar con broche de oro sus actuaciones, han estado colaborando con "El Imparcial" (que de imparcial no tiene nada) hasta el punto que hoy lo tienen dominado.

Por último, la meta en estos momentos es llevar ese grupo con la dominación de ellos en el IND donde en estos momentos ya han escalado dos posiciones, Luis Felipe Rodríguez Rincones de Coordinador de Deportes y el profesor Moreno como delegado de las Asociaciones en el IND, a pesar de tener en sus haberes un fraude escandaloso. Luis Felipe fue encargado del IND por tres meses con asignación mensual de tres mil bolívares, más cinco mil que el Gobernador donó para el campeonato de lucha y el valor de las entradas, unos nueve mil bolívares, que dan un total de 26.000.00 bolívares; recibió la comisión con una deuda de 800.00 bolívares y la entregó con una deuda de Bs. 11.000.00, además de haber gastado los Bs. 26.000.00; la habilidad extraordinaria con que este actúa le permitió ser nombrado con el cargo arriba mencionado, sin que se le tomara en consideración la mala actuación frente al IND.

Antes de terminar, quiero hacer hincapié en el asunto del internado de Biruaca. Cada niño de esos tiene que permanecer por lo menos cuatro años en ese instituto; al salir de allí van a los estudios superiores y, posteriormente, a la

Universidad. Si a ese niño se le llena la cabeza de ideas en la primaria, lógicamente que irá a la secundaria como un agitador en potencia y si la labor de adoctrinamiento es continuada al final de sus estudios, tendremos en el país en menos de diez años un ejército capaz de cambiar la historia del país democrático por la de país comunista.

CAPÍTULO IX

A manera de Epílogo

Tengo la certeza de que algunas de las personas que lean estas notas, quizás no crean que muchas de las cosas que quedaron dichas en este libro sucedieran en la Venezuela de los años sesenta; ello no es casual, porque de la misma forma que:

*Por debajo corre el agua
y por encima la espuma,
así correría tu fama
pero no tienes ninguna...*

De igual manera, en las sociedades de clases, en tiempos de convulsiones revolucionarias, la lucha política por el control de los resortes del poder se da en dos planos: legal e ilegal, pública y clandestina. En el primer caso, los partidos políticos como expresión de los intereses de las diferentes clases y capas en que se divide la sociedad, por medio de elecciones periódicas, se sortean el derecho a controlar y poner a su servicio por un tiempo determinado el aparato del Estado, eventos que se llevan a cabo en consonancia con el ordenamiento jurídico preexistente, y cuyas incidencias cotidianas es la que recoge y publicita los diferentes medios de comunicación. Simultáneamente y de manera soterrada y silenciosa está la lucha política clandestina, que es la que adelantan los revolucionarios y el pueblo oprimido contra sus explotadores, reflejo y expresión de la lucha de los pobres contra los ricos y que por razones obvias es la que menos se conoce.

El mismo fenómeno se da en la lucha revolucionaria entre los actores del drama; de él se conocen sólo algunos figurones, los que la organización o el aparato partidista están interesados promocionar y proyectar ante la opinión pública. El resto pasa por debajo de la mesa, siendo en la mayoría de los casos los verdaderos artífices de la comedia.

Muchos sufrirán una terrible como extraña sorpresa y decepción al verse retratados en cuerpo y alma en estas páginas; para ellos, mi

respuesta es la misma que dio el mendigo en la Francia Revolucionaria de Robespierre a un noble fugitivo, de quien un día había recibido una limosna, cuando le reconoció en agradecimiento le prestó su solidaridad y ayuda incondicional; intrigado el fugitivo inquirió extrañado del por qué tanta atención y cómo lo había reconocido, a lo que el limosnero respondió: “lo que sucede en estos casos, es que no es la misma mirada la del que da la limosna, que la del que la recibe”. No siempre las impresiones sobre los mismos hechos o vivencias del Jefe y el combatiente raso coinciden.

Por lo demás, como habrá observado el lector, en todo cuanto quedó dicho hubo más miseria que grandeza: no se describen grandes batallas o acciones de guerra porque, sencillamente no las hubo; apenas si uno que otro combate de tiempo en tiempo. Más allá de esta verdad, tendremos que convenir que los riesgos y rigores de la vida en campaña que tuvimos que soportar, fueron los mismos que si hubieran estado presentes todos los implementos de la tecnología de combate de las guerras modernas. Valga decir que el hecho de no haberse suscitado grandes acciones militares, ni desdibujan ni rebajan en lo más mínimo los méritos de los que como yo, el destino, la suerte o la desgracia nos dieron la oportunidad de participar en aquellos sucesos que conmovieron al país en la década del sesenta. Allá los que no lo quieran ver así...

Pienso que el saldo más importante para jefes y combatientes rasos que se batieron en ese período, estribó en el hecho y la posibilidad de haber pasado la “charca sin embarriarse”: de haber salvado el honor aun dentro del error, de haber emergido de la contienda millonarios en crédito moral, político y de reconocimiento a su solvencia y capacidad. Ese es mi caso y, por extensión, el de cientos de camaradas de base y cuadros medios, vivos o muertos, que no fuimos a la lucha en busca de fama o con cualquier otro tipo de pretensión. Fue el caso de muchísimos combatientes que marcharon disciplinadamente a los diferentes frentes de lucha a que se les asignó; no fueron en la búsqueda de un rango, una jerarquía o para

asegurarse eventualmente una elevada posición social a posteriori y, como héroes anónimos, candorosos y sencillos, sin estridencias ni fanfarrias, murieron o mataron en cumplimiento de lo que consideraron su deber. Fueron a la pelea con la misma naturalidad con que lo hacen los pueblos en las grandes ocasiones históricas de crisis social, cuando el llamado toca a sus puertas y los clarines del tiempo tocan a rebato.

Para los muertos, las flores del recuerdo eterno de las nuevas generaciones y los pueblos. Para los vivos, un mensaje de esperanza y una convocatoria en esta hora difícil que vive la República, conjuntamente con mi premonición de que todo no se ha perdido porque, como dice el poeta barinés Alberto Arvelo:

*Lo que se perdió no importa
si está de pie el vencío,
porque el orgullo indomable
vale más que el bien vendío.*

No es hora de llorar ni de arriar banderas; es así de recomenzar... Pero antes de hacerlo, si queremos obtener plantas y frutos nuevos y de mejor calidad, hay que enterrar la soca de los errores del pasado bien profunda. Los que queremos y aspiramos avanzar resueltamente en esta nueva etapa con los trabajadores hacia el gran cambio social, tenemos y debemos desembarazarnos de las secuelas de los errores del ayer, por la vía de una praxis autocrítica y rectificadora.

Por la posición que asumieron frente a la lucha armada y su posterior conducta dentro de ella, a los líderes de la izquierda venezolana de ese período los podríamos agrupar en tres categorías diferenciadas:

Los que desde un principio no participaron ni estuvieron de acuerdo: vieron como una locura descabellada y sin sentido las primeras

manifestaciones de la lucha armada y de violencia; así lo hicieron saber y dejaron constancia para la historia de su disentimiento con esa línea política. La responsabilidad que les cabe o la crítica que se les puede hacer es la de no haberse opuesto, con todos los recursos a su alcance en la dirección de enmendar el error, bien porque fueron rebasados por los acontecimientos o porque, sencillamente, no pudieron o no supieron hacerlo, dejando pasivamente que las cuestiones se cayeran por su propio peso y para que el tiempo les diera la razón. Su pecado fundamental estriba en la omisión e incapacidad de liderazgo. En líneas generales, a estos líderes hoy se les encuentra agrupados en el Partido Comunista.

En el segundo grupo, se encuentran los que atizaron la candela para luego salir corriendo como los niños traviesos: “mataron el tigre y le tuvieron miedo al cuero”. Desconocían aquella máxima popular de que “...si no tiene el jacho listo, no jurungue el avispero”. Al primer choque de su lanza en ristre contra el mudo y frío acero de la realidad, los hizo entrar en razón... y en vez de proceder a una retirada en orden como lo hacen los buenos Jefes, huyeron cobardemente en estampida, en oleadas sucesivas... Este grupo, desvergonzado y cínico, políticamente quedó eliminado para siempre como capa dirigente.

En tercer lugar, está el grupo de los que persistieron: en él podemos encontrar dos subgrupos bien diferenciados:

El de los cómodos; los que despachaban desde sus gabinetes de guerra ubicados en las ciudades nacionales y extranjeras, instalados en lujosas quintas, apartamentos u hoteles; aquellos que en nombre de una aparente y supuesta consecuencia y templanza, lo que hicieron fue trampear desvergonzadamente en nombre de la guerra y de la lucha armada. Este grupo jamás quemó sus naves, lo que suponía cortar con todas las ataduras y amarras en términos de juicios, prejuicios, hábitos y prácticas que les ligaban al estamento social de la pequeña y mediana burguesía del que pro-

venían y dentro del cual se mantenían inmersos. Como los monos, anduvieron y se mantuvieron en suspenso entre dos ramas: con una pretendían agarrarse al futuro, pero ¡pija!... por si las moscas, no se soltaban de la otra que los ligaba y los mantenía unidos al presente y al pasado. Actuaron de modo similar al personaje de aquella copla:

*En la Mata Carmelera,
tuve el primer encontrón:
le tiré un tiro al gobierno
y otro a la Revolución.*

Algo parecido esta pasando hoy, en esta nueva etapa y marco en que se libra la lucha de nuestro pueblo, estamos claros que la dinámica del proceso colocará a cada quien en el sitio en donde debe estar, pero antes de que esto se lleve a cabo, debemos ir internalizándonos, porque así como cada pueblo tiene el gobierno que se merece, cada etapa de un proceso revolucionario debe tener al frente, a todos los niveles y áreas del quehacer social, cuadros políticos-administrativos idóneos en correspondencia con las exigencias y tareas que las circunstancias lo requieran. Y, no siempre esto se da de manera fluida y armónica, pero hay que hacerlo... “llueva, truene o relampaguee”.

Por último, nos encontramos con el subgrupo que se empeñó a fondo, pero que lo hizo muy mal. Con objetivos individuales y grupales estrechos y mezquinos y con miras muy definidas y concretas, aspiraban y querían ser Comandantes de verdad: tenían sed de figuración; ambicionaban rangos, jerarquías o seguridad eventual de una relevante posición social. Terminaron por estrellarse: su inflexibilidad táctica les impidió, por no poder o no saber, insertar sus luchas dentro del marco de la conflictividad social, lo que les hubiera permitido avanzar en dirección de sus objetivos estratégicos. Tampoco pudieron superar las malas prácticas y vicios

que arrastraban desde las ciudades y del medio hogareño en que se habían educado. Esta capa dirigente se encuentra actualmente diseminada en diferentes mini-partidos.

En resumen, los líderes de la izquierda venezolana de ese proceso, con honrosas excepciones, emergieron del mismo con las patas todas quebradas, lo que los inhabilitaba moral y políticamente para conducir en Jefe la etapa de cambio que necesita Venezuela en las nuevas condiciones, a menos, que se autopropongan pasar por un duro y largo período de reeducación, aprendiendo de los productores y del pueblo.

Es en ese pasado oscuro y de miseria moral y política, donde debemos y podemos encontrar la causa y explicación de muchas de las rivalidades, incoherencias, debilidades y diatribas que conforman y dan contenido a la crisis agónica en que se encuentran y debaten las fuerzas de izquierda en nuestros días.

Pongamos un solo ejemplo: el problema de la unidad, para cuyo análisis se impone una interrogante: ¿para qué queremos la unidad? La respuesta dependerá de las aspiraciones individuales de cada dirigente político o agrupación de éstos: ellas darán forma y contenido al tipo de unidad que cada uno conciba.

La unidad analizada en abstracto es un concepto vacío y sin sentido: una entelequia. Ella debe estar referida a unas finalidades concretas y, desde ese punto de vista, sólo puede ser imaginada en dos vertientes: de un lado, la concepción que de ella tienen los oportunistas y vividores de la política, como una suma aritmética de cuantos para lograr ciertos objetivos de carácter burocrático. Por otro lado, como la concebimos y deseamos los trabajadores y los revolucionarios consecuentes: un estadio superior de nueva calidad de su instrumento de lucha, para el logro de objetivos políticos e institucionales.

Desgraciadamente, la unidad de que se habla hoy entre los líderes y dirigentes de la izquierda, con muy pocas excepciones, corres-

ponde a la del primer punto de vista, en la cual muy pocos aceptan “ser la cabeza del ratón”, conformándose casi todos con “ser o parecer la cola del león”.

La falta de grandeza y patriotismo en estos cuadros evidencia cuando la gran mayoría aspira la Unidad hacia adentro, en torno al “yo”, y jamás hacia afuera... descartando toda posibilidad de lograrla por la vía de la disolución, absorción o asimilación de sus pequeñas parcelas, para dar paso a una entidad superior.

Existe un aforismo, descolorido y desgastado por lo trillado en la jerga revolucionaria, que expresa en términos taxativos que los partidos u organizaciones políticas revolucionarias no son fines en sí mismos, sino medios para la consecución de determinados objetivos de cambio social. Está claro que la veintena de partidos y grupos que hoy conforman la izquierda venezolana, se crearon supuestamente para perseguir y lograr dicho cambio. Ahora bien, no todos ellos pueden aspirar a llegar de primero o a servir de centro o hegemón de una unidad eventual; se hace necesaria e inevitable su disolución y posterior afiliación como individualidades al proyecto político más serio y de mayores posibilidades de triunfo entre los existentes, para dar paso a una organización de calidad superior que los englobe a todos y que se imponga y logre el objetivo político común.

A la hora en que el problema se plantea en estos términos, allí se agota el espejismo y la ilusión de la unidad; la explicación es sencilla: está en juego el interés individual o de grupo. Muchos sienten el espantoso temor de perder un liderazgo, si es que puede dársele ese nombre, que hasta el momento vienen manteniendo dentro de una clientela cautiva, aprensión muchas veces infundada. En el peor de los casos y en el supuesto que las cosas sucedieran así:

¿Qué importa nuestro liderazgo personal si como contrapartida, a cambio de la renuncia a él, contribuimos a crear las condiciones

de factibilidad para el logro de los objetivos políticos que a corto, mediano y largo plazo decimos buscar?

Entonces, no son los intereses del pueblo los que están en juego a la hora de plantearse el problema de la unidad: son los intereses individuales y grupales.

Viene a mi memoria en el momento en que esto escribo, la célebre frase atribuida al General Charles de Gaulle: “la victoria tiene muchos padres, en cambio la derrota es huérfana”. Hoy nadie se siente perdedor en la izquierda y, por tanto, capaz de asumir la paternidad de la derrota del movimiento popular de los años sesenta. Esa es la causa por la que el problema de la unidad, se acomete hoy como si fuera una operación comercial, de negocios, componendas y regateos de cargos burocráticos y posiciones políticas entre las cúpulas de las agrupaciones que conforman la izquierda. Se aspira a la unidad por la vía de la complicidad y mendicidad de las alcuotas porciones que los arrogantes y antiunitarios estén dispuestos a conceder. Por esa vía no se conseguirá nada más de lo que hasta hoy se ha logrado.

Si existe algún punto de concertación y de consenso en parte importante de los líderes de la izquierda en nuestros días, es el de no recordar ese pasado reciente con olor a azufre. Como los reaccionarios, puede reñirse por cuestiones baladíes y subalternas, teniendo siempre el mayor cuidado y celo de no lastimarse a fondo, por temor a destapar ese frasquito cuyo contenido fétido puede impregnarlos a todos y es que “caimanes de un mismo charco, nunca mueren tarasqueados”... Nadie se atreve ni se atreverá entonces a “lanzar la primera piedra”. Y para decirlo en versos a través de la pródiga copla llanera:

*Mi madre me dio un consejo
que me repetía mi abuela:
el que tiene rabo ‘e paja
no se arrima a la candela.*

Es, precisamente, ese rabo de paja el que impide a cualquier líder o agrupación de ellos, de los que asumieron el rol de Jefes en el período de la lucha armada, lanzarse hoy al frente de las masas y del pueblo en una cruzada moralizadora, de esclarecimiento y denuncia, a desenmascarar a otros líderes dentro y fuera de sus filas.

En lo que si son finos y relancinos los líderes de la izquierda, especialmente los de la nueva generación, es en la tracalería marruyera: tres de ellos se reúnen y dos se acuerdan para meterle una zancadilla al tercero. Tampoco les regateo sus méritos en el arte de la componenda y el negocio político que le deje dividendos personales o de grupo, lo cual efectúan con el mayor desenfado y soltura en nombre de la dialéctica y los principios. Como los jugadores, los he visto acercarse a la mesa de reunión para tratar los problemas del “pueblo”, y al no más destapar el juego, se les oye decir: “tengo tanto... ¿cuánto me toca?: yo aspiro a tanto”... Y si se trata de coger palco en un presidium, pronunciar un discurso almibarado, recibir una sarta de fotografías o milimetraje en la prensa, se comportan como las protagonistas de la copla que dice:

*Las muchachas de mi pueblo
yo les diré como son:
alegres para un fandango
y tristes para un fogón*

¿Quién le pone, entonces, el cascabel al gato?

De lo que queda dicho se concluye que aquellos seudo dirigentes narcisos y “tecnócratas” de la izquierda venezolana, en su inmensa mayoría, están condenados a vegetar y morir con más penas que glorias, como los dirigentes del pueblo judío durante el éxodo, en el desierto de una oposición estéril, inocua y sin perspectivas de triunfo.

La más vieja dirigencia y, por cierto, también la más respetada, agotó su capacidad de lucha. La que la siguió generacionalmente,

se corrompió muy pronto: no vive como el pueblo cuyo nivel de vida aspira a mejorar; ni viste, ni come, ni se divierte como ese pueblo. Lo que es peor, ni piensa, ni lucha, ni trabaja como él. Tampoco podrá dirigirlo hacia metas superiores de felicidad y progreso porque ni lo conoce en su historia, ni lo entiende hoy y no lo entenderá mañana; no lo interpreta, pues, en sus necesidades y exigencias más elementales.

Por todo lo antes expuesto, afirmo que el peor obstáculo que tienen los trabajadores y el pueblo en general para superar la actual crisis del sistema, globalmente hablando, es la propia dirigencia que en su nombre actúa pero que, en esencia, no lo representa.

Hoy, muy pocos abordan la unidad por la vía de las definiciones ideológicas o la precisión en los objetivos políticos, o sobre la base del aplastamiento y entierro de las concepciones antiunitarias y sus artífices, con su carga de aberración y de veneno.

La unidad debe ser el producto decantado de la confrontación de nuestros puntos de vista, dentro del contexto de nuestra ideología socialista, vertido en el molde de una estructura con funcionamiento orgánico, que cuenta con recursos propios y dotado de una línea política clara y coherente dirigida a la conquista del poder, en el marco de las condiciones objetivas nacionales e internacionales.

La escasa y nula credibilidad de la izquierda viene dada por su desunión e incoherencia, mientras no resuelva sus diferencias, no estará en capacidad de atraer las grandes masas a su lado y, por tanto, de capitalizar políticamente el descontento cualquiera que sea la magnitud de la crisis. Y esto es válido tanto para la coyuntura electoral, como también para cualquier eventualidad extra-constitucional que pudiera presentarse tal como van las cosas. Y todo ello, pese al mejor programa de Gobierno que pudiera presentarle a la Nación.

Mientras no se den esas condiciones, el pueblo se irá tras los partidos del status o de cualquier aventurero que hable duro... y ofrez-

ca... y que al menos le presente la seguridad de estructuras aparentemente monolíticas, equipos humanos medianamente conocidos y programas tradicionales de Gobierno, dejándose llevar por aquella máxima de que “más vale malo conocido que bueno por conocer”.

El pueblo no ve en la izquierda ni la unidad que inspire confianza, ni los equipos humanos y sin ellos, como ya dije, de nada vale cualquier programa de gobierno que ésta presente.

Al respecto, ilustraré con una anécdota sucedida en Turén cuando en una oportunidad un viejo productor, espoleado por la crisis actual del agro, hiciera la siguiente pregunta a un connotado candidato presidencial de la izquierda: Dr. José Vicente Rangel.

– Doctor... ¿dónde están los hombres con quienes usted gobernaría en el caso de que llegara a ganar las elecciones?... Usted será muy bueno... me gusta como escribe; yo lo leo siempre... A quienes no he visto, ni conozco, ni sé cómo piensan o trabajan es a los que formarían su equipo de Gobierno.

Más allá de lo que en tal ocasión respondió este candidato, soy de la creencia que ante un eventual Gobierno de Emergencia Nacional como el que está exigiendo el país en los actuales momentos, parte importante de los políticos profesionales deberán ir a la producción para deslastrarse de esa imagen de parásitos y viceversa: un grueso de productores de todos los niveles y ramas de la producción, deberán ir a los cargos públicos no importando su ideología, aunque sí su eficiencia y honradez. Los políticos aprenderían en la práctica qué y cómo se produce, y los productores a quiénes y cómo se debe gobernar. Ambas categorías de ciudadanos, que tanta incidencia tienen en la vida de la Nación, rápidamente se complementarían en sus nuevos oficios.

Pienso que la regeneración política y moral de Venezuela, en lo fundamental, vendrá de la provincia hacia Caracas: la ciudad infernal, despilfarradora, cosmopolita y sodomita que reparte los

billetes de nuestra riqueza petrolera a manos llenas entre unos pocos, sin atender a los requerimientos, exigencias y necesidades de la provincia. Riqueza que no alivia la miseria, limitaciones y privaciones de que son objetos nuestros productores y pueblos del interior, pero que si sirven para mantener, corromper y domesticar almácigos de doctores y funcionarios que, como langostas, caen sobre los presupuestos de las oficinas públicas.

Y es que nuestro país tiene una suerte envidiable; a la plaga de los generales y coroneles del siglo pasado y primeros cuarenta años de este siglo, le sucedió el ejército de sanguijuelas de los doctores y letrados, más insaciables y dañinos que, como guanotas y aricas, deambulaban en las puertas de los establecimientos públicos.

Cuando me refiero al proceso político, moral e institucional de transformación que está en marcha, no estoy planteando la reedición de un proyecto guerrero, porque en Venezuela no se repetirá otra Guerra Federal; esto lo afirmo con absoluta convicción. Diré el porqué...

Históricamente, ese juicio tiene su basamento en el hecho de que el pueblo venezolano es el único de América Latina, antes de que se dieran los procesos revolucionarios de México, Cuba y Nicaragua, en pasar recibo y llegar a un ajuste de cuentas con las clases opresoras en cada jalón de su devenir histórico.

Primero aprovechó la Guerra de Independencia para ajustarle cuentas a los mantuanos y después a los godos en la Guerra Federal o Guerra de los Cinco Años. Y si no alcanzó la igualdad económica, cosa que históricamente era imposible, al menos jalonó un trecho significativo en la dirección de alcanzar su igualdad jurídica, política e ideológica que conjuntamente con su vocación democrática, ese espíritu igualitario y nivelador que observamos a diario, son orgullo del venezolano y rasgos esenciales del carácter nacional de nuestro pueblo.

La situación política, económica y social de nuestro país tampoco guarda ninguna similitud o relación con la de Colombia, Perú o las Repúblicas bananeras de la América Central ni, por extensión, con las del resto de América Latina en donde las clases dominantes tienen que vérselas con unos pueblos que les pasan un recibo diferido de siglos de explotación cruel e ignominiosa, con toda la carga de retaliación y extremismo que, como intereses acumulados en el tiempo, traen consigo esas cuentas retardadas.

En líneas generales, para que un nuevo proyecto político se imponga, necesita varios requisitos: una línea política correcta, un grupo de cuadros políticos trabajadores, ambiciosos de poder y de gloria que lo echen adelante, un símbolo que lo distinga, un himno, un slogan para un período determinado; pero, sobre todo y por encima de todo, saber a quién caerle encima.

En nuestro caso concreto, ese alguien, desde el punto de vista político, tiene dos vertientes: las cúpulas de la derecha en el plano externo y las cúpulas de la izquierda tradicional en el interno. Valga decir, hay que enterrar, conjuntamente con sus artífices. Las prácticas de esa izquierda.

De mi activar en la política en los últimos tiempos en los barrios y parroquias caraqueñas, así como en las ciudades y pueblos del interior, he llegado a la conclusión de que un nuevo proyecto político se está gestando, más pronto de lo que muchos se imaginan. Apreciación que constato en el surgimiento casi diario de brotes de pimpollos de organismos para la lucha social y política en las comunidades, al margen de los partidos e instituciones oficiales; a mi criterio, son indicios de lo que será un nuevo despertar del movimiento popular, sentado sobre nuevas bases.

En la gente que ha ido conformando dichos núcleos, existe un denominador común: profundización de la democracia y rechazo a los actuales partidos políticos organizados y demás instituciones

u organismos inspirados desde arriba. Eso no es malo; por el contrario, es muy positivo; más allá de lo que piensen los nostálgicos y agoreros de la decadencia, sempiternos usufructuarios de las estructuras partidistas actuales. Por lo demás, el fenómeno no es casual ni nos debe sorprender, si tomamos en cuenta que los partidos políticos actuales en Venezuela, sean de derecha, centro o izquierda, se han encerrado en sí mismos con el transcurrir del tiempo, suplantando por esta vía el interés nacional, de las comunidades, por el de su propio partido, grupo o clientela,

Están dadas las condiciones para proceder a un relevo generacional en la conducción de la izquierda a todos sus niveles. Pero lo que es a esta parcela política de la sociedad, lo es también para el país. Un equipo emergente de líderes y conductores políticos, militares, gremiales, religiosos, artísticos, ha madurado al socaire de sus experiencias específicas. Es hora de asumir ese liderazgo sin dogmatismos, reticencias ni complejos.

La rectificación de rumbos, prácticas, métodos y estilos, así como la posición del nuevo liderazgo, deben asumirse, ganarse o arrancarse por la vía del trabajo y en la acción, dentro del marco de una política que, simultáneamente con la amplitud, tolerancia y comprensión que debe signarla como rasgo dominante, sea capaz de meter en cintura a los vividores, oportunistas y sectarios para que puedan rendir sus buenos frutos. Ellas deben desembocar en la formación de un gran Frente o proyecto orgánico funcional, que se dote de una dirección política con programa, estrategia y tácticas coherentes, dirigidas a la conquista del poder. En dicho Frente tendrían cabida y aceptación todos los sectores sociales y políticos objetivamente interesados en un desarrollo independiente del país.

GLOSARIO

acema. Tipo de pan sin levadura, que en algunas regiones se rellena con mermelada y es de gran tamaño.

aguata(d)o. con características de guate. (Ver guate).

ajustero. Peón que trabaja por ajuste, vale decir por contrato determinado.

alas. Modismo exclamativo de los campesinos andinos.

amarrungar(se). Presentar un estado de ánimo que implica una posición física recogida o encogida, además de un estado depresivo mental o físico.

apeñusca(d)o. Amontonado.

apersogar. Amarrar una cosa a otra, un animal a otro, una persona a otra, etc.

arrebiatar. Atar un animal a la cola del caballo.

atapusar. Llenar; taponar una cueva o cavidad.

atiplar. Afinar una cuerda en un tono elevado; por extensión, los llaneros lo refieren a barriga repleta por exceso de ingestión de comida.

avío. Bastimento.

aytones. Surcos profundos en la roca viva por la acción erosiva.

bagre (Puya e...). Planta semi rastrera espinosa que crece en los esteros secos de la llanura.

bajumbal. Tierra anegadiza cubierta de hierba.

barajuste. Apócope de desbarajuste; en referencia a animales, estampida.

barbasco. Planta que los indígenas utilizan para pescar, machacan-

do los tallos de ella y lanzándolos al agua; un alcaloide de la planta produce efectos paralizantes en los peces, los cuales flotan muertos al poco rato pudiendo ser ingeridos sin peligro.

barinal. Conjunto de plantas espinosas de flor amarilla, comúnmente llamada flor de barinas.

barote. Arbusto de gran tamaño de los llanos.

barquiniar. Corcovear.

batuquear. Aporrear, sacudir.

bemba. Comentario chismoso que corre de boca en boca.

bohío. Rancho rústico.

bordón perdido (a...). Sin tasa ni medida.

borreno. Aditamento de forma cilíndrica y alargada que se amarra por adelante y encima de la silla, que sirve para dar mayor estabilidad al jinete.

braza(d)o. Lote, grupo.

brosque. Bosque, matorral enmarañado.

cachicamo. Aguardiente destilado de panelas en alambiques caseros.

cagaleria(d)o. Pequeños grupos distanciados.

caipe (canoero del...). Leyenda popular que relata la historia de un canoero apureño que, desengañado por Maruja su amada, se embarcó en su canoa y por el río Caipe enfiló hacia el Apure desapareciendo misteriosamente.

cajuiche. Variedad de cerdo salvaje de las selvas de galería. Por extensión, cualquier animal incluyendo al hombre, que no mejora su condición física general.

camá. Camada.

camaroncito. Dormida de poca duración.

combote. Conjunto, enjambre.

cambur (guinda de...). Palo con que se carga un racimo de cambur adelante y otro atrás, utilizando para facilitar su transporte.

candelita. Juego de los muchachos de la llanura que consiste en tocar a otro y pegarle la candelita.

capón. Parte posterior del muslo del caballo.

caporunal. Conjunto de caporunos.

caporuno. Planta anual de bajíos y zonas pantanosas.

carrao. Pequeña ave zancuda sabanera que se alimenta de moluscos y cuyo cantar es lastimero.

casquillero. Atizador, punzador.

cayapa. Trabajo colectivo, de ayuda mutua entre vecinos.

cayapia(d)o. En cayapa.

cicla. Bicicleta.

cimbrapotral. Conjunto de cimbrapotros.

cimbrapotro. Arbusto perenne que crece en las márgenes de los caños y madre viejas de la llanura.

componer. Se refiere al conjunto de labores que se realiza después de sacrificado un animal y que comprende el descuerado, la evisceración, el despresamiento y el salamiento de la carne en lonjas.

conchupancia. Connivencia.

conseja. Leyenda.

coporero. Pescador de coporos.

cotizo. Hasta la década de los años cincuenta la inundación normal de las sabanas del Bajo Apure sobrepasaba los niveles actualmente conocidos. Toda la sabana quedaba bajo un manto de agua, y sólo quedaban pequeños bancos barrosos donde el poco ganado sobreviviente pasaba la época más crítica de la inundación. Evidentemente, en condiciones semejantes de humedad persistente prolongada el ganado perdía las pezuñas. Excepcionalmente, algunos animales conservaban parte o todas sus pezuñas las cuales crecían exacerbadamente hacia delante y arriba simulando zapatos de arlequín. Tales animales eran considerados divinos a las bajadas de agua y, por tanto, respetados por los llaneros. Tal es el caso de un toro que la leyenda conservó con el nombre de cotizo.

cuaima. Especie de víbora.

cuatronariz. Nombre vulgar que se le da a variedades de víboras pertenecientes al género *Bothrops* y se caracterizan por tener fosas termosensoriales además de sus fosas nasales, por lo cual parecen tener cuatro orificios nasales. Son de las especies más ponzoñosas y las más comunes son la mapanare y la tigra mariposa.

cubarral. Conjuntos de cubarros.

cubarro. Planta espinosa de la familia de las palmeras, cuyas espinas, miden entre cinco y seis centímetros, son verdaderas agujas por su dureza y aguda punta.

cubiro. Ave insectívora pequeña, que en bandadas ataca a los gavilanes cuando éstos invaden su territorio. De esa ave y su hábito insectívoro proviene el refrán llanero: “está pasando más trabajo que una tara en el pico de un cubiro”.

culatero. Jinete que en un arreo va detrás del ganado.

Chalequear. Burlarse, mofarse.

Chamiza. Rama seca.

Charrasco. Término que define a una persona de “alante”, de armas tomar, voluntarioso.

chasear. Cambiar súbitamente de rumbo o dirección.

chavero. Se dice del ganado perteneciente al hato propiedad de Carlos Chávez.

chicuaco. Variedad de ave zancuda nocturna de los esteros y caños sabaneros.

chiguete. Pequeño chorro con que se termina el acto de orinar; también se utiliza para el acto de defecar cuando existe un estado diarreico.

chifle. Ganado sin marca que se encontraba en los rebaños del Alto Apure.

chofotero. Persona que se encarga de las labores auxiliares de las casas de un hato, con especial referencia a las de la cocina. Su uso es superlativamente despectivo, cuando se aplica a los hombres que cumplen faenas recias.

chorriá. Chorreada.

chorrosco. Pez de agua dulce, de pequeño tamaño, utilizado en las peceras caseras para mantenerlas limpias, debido a sus hábitos alimenticios. Se caracteriza por tener la boca en posición ventral y largas antenas.

chulavita. Nombre que se le dio a los soldados del ejército colombiano en los llanos orientales de ese país, durante el período de la violencia.

desgarita(d)o. Perdido; sin orden ni concierto.

desmangurrillar. Doblar, aflojar, perder forma, deformar(se).

desparrame (zona de...). Area de desbordamiento del cauce natural de un caño o río; zona deltaica.

diestro (llevar de...). Caminar jalando un caballo por las riendas.

embarbascar. Hacer sentir los efectos del barbasco. Algunos llaneros atribuyen un efecto semejante a una especie de caspa del plumaje del gabán, quien se sacude en las lagunas que las bajadas de agua y la desecación por evaporación van dejando en los bajíos y esteros, en las cuales quedan aislados una gran cantidad de peces. Es más probable que esta observación llanera atribuida a la caspa del gabán, no sea más que un efecto del calentamiento de las aguas estancadas y la falta de oxígeno por la elevada densidad de los peces. Por extensión, se utiliza para señalar a personas que por cualquier causa pierden momentáneamente el juicio.

emborobobar. Bajar la guardia, despreocuparse, adoptar una conducta festiva.

emparamar(se). Mojarse con la fina y persistente lluvia de las sierras. Por extensión se utiliza en sentido amplio de mojarse completamente y por un período largo de tiempo.

empuestar. Ocultar a una persona o a un grupo de personas en un paraje no transitado.

encaletar. Guardar, esconder.

energás. Granada de tiempo, fragmentaria, de gran poder expansivo.

encurrujar(se). Encogerse, encucillarse.

enjalma. Especie de montura que se usa en los burros y bueyes para transportar cargas.

enjaulado. En referencia a la cornamenta de una res, cuando sus cuernos están dirigidos hacia delante, afuera y arriba.

enrejar. Amarrar un becerro a la mano de la madre.

esajornamiento. Acción y efecto de esajornar.

esajornar. Cuartear, agrietar.

escotero. Sin carga.

esguazar. Vadear, cruzar.

esmondar. Pelar, descuerar.

esoberao. En los techos de las casas rústicas de los Llanos, espacio que queda entre fila y fila de palmas.

espaloma(d)o. Decaído, lerdo, bobo.

esponjar. Erizar.

episillar. Hacer pisillo. (Ver pisillo).

esteráita. Que tiene abundancia.

estrasnocho. Derivación de trasnochada.

falsear. Torcer, descoyuntar, luxar.

falseta. Cordel hecho de pelo de animal, especialmente de equino, que se usa para amarrar el caballo.

fárrago. Preocupaciones a cuesta.

fororo. Harina de maíz tostado.

frontino. Caballo que tiene una mancha en la frente.

garrancho. Expresión despectiva que indica flacura, vejez, inutilidad, etc.

gasofiar. Expulsar gases y excrementos como producto de la excitación.

golillú. Garzón soldado, ave zancuda de gran tamaño.

guacabo. Especie de gavián de pecho blanquecino y con franjas negras opacas bien delimitadas.

guachafita. Conducta frívola, deportiva y alegre.

guache. Zorro colmenero.

guaica. Planta rastrera que posee en sus tallos grandes y duras espinas con forma de espolones.

guáimaro. Munición gruesa.

guarracuco. Variedad de buho de aspecto poco atractivo y de canto grotesco, que rota su cabeza completamente en 180 grados sobre su cuello.

guásimo. Arbol forrajero de la sabana.

guate. Término con que denominan los llaneros a los colombianos y, por extensión, a los venezolanos de los Andes.

güergüero. Tragadero, garganta, esófago.

guilindajo. Adorno pequeño.

güinchar. Guindar, colgar.

guillo. Precaución, cuidado.

güire. Especie de pato salvaje sabanero.

hartura. Término para describir el estado de harto, ahíto, satisfecho de comida en exceso. La pronunciación llanera del término es jartura.

hormiguillo. Afección de las pezuñas de los animales, a consecuencia de la permanencia prolongada en suelos anegados o barrocos.

huilón. Evasor, huidor.

jachazo. Hachazo.

jáquima. Tipo de bozal para el caballo, de elaboración más acabada que el bozal común.

jecho. Hecho; formado, adulto, maduro.

jigüao. Estado larval de gran tamaño de una mariposa. Vive en las maderas podridas.

jipato. De color blanco; por extensión, pálido, anémico.

joso (pico e...). trompa similar a la del oso hormiguero.

lambucio. Dícese de la persona que sin tener apetito come a cada momento.

lanchar. Hacer seguimiento vigilante.

lebruno. Tonalidad clara del color del conejo silvestre; por extensión, se utiliza para designar los primeros albores de la madrugada en la llanura.

locho. Variedad de venado de monte, de color rojizo encendido.

llano. Se dice de un caño o río de poca profundidad.

macundal. Conjunto de pertenencias de uso personal tales como hamaca, mosquitero, cepillo de dientes, peine, etc.

machiro. Caballo que desde su doma hasta su muerte tiene mañas incorregibles.

mamantón. Becerro que después de tener la edad normal de destete, sigue mamando.

manirito. Arbusto silvestre de la familia de las anonáceas, de fruto comestible parecido al anón; su corteza se desprende fácilmente en forma de tiras fibrosas resistentes.

manirota. Fruto silvestre semejante a la guanábana, riñón, anón.

mano (meter...). En referencia al caballo, encabritarse, intentar desmontar al jinete.

maquetear. Hacer maqueta; por extensión, prefigurar en la imaginación una situación futura.

maramaral. Conjunto de arbustos sabaneros entrecruzados como bejucos.

matadura. Llaga crónica que hace la silla o la enjalma en la cruz del caballo o del burro.

mata(d)o. Pisoteado; hace referencia a la huella dejada por aplastamiento del pasto o la maleza.

maya. Planta bromeliácea semejante a la mata de la piña, con hojas coriáceas y espinas en sus bordes.

mayal. Sitio donde abundan la maya.

melao. Superlativo de dulce; por extensión, se utiliza para señalar el color del papelón.

menuital. Conjunto de menuítos.

menuíto. Arbol de la sabana.

mijarra. Madero del cual se amarran las yuntas de bueyes al trapiche para dar vueltas los engranajes y prensar la caña de azúcar. Por extensión, grande, enorme, fuerte.

mogote. Brosque pequeño. (Vease brosqe).

mogoyo. Fácil, “mango bajito”.

mostrenco. Que no tiene hogar. Por extensión, animal lactante que ha llevado una vida de libertad y que es sometido a cautiverio por el hombre.

muda-alas. Se dice del pato güire en la época del año en que muda el plumaje de sus alas, proceso natural durante el cual queda imposibilitado temporalmente para volar.

muérgano. Hombre zángano, sinvergüenza, abandonado.

muerganura. Calidad de muérgano. Por extensión se usa para referirse a una cualidad negativa de cualquier cosa.

muleto. Burdégano.

nepe. Figuración utilizada para expresar que algo está lleno más allá de su capacidad normal. El nepe es un afrechillo y los llaneros para expresar que una persona ha comido más de lo normal dicen: “se comió hasta el nepe”.

oripopo. Variedad de zamuro de mayor tamaño y que además se distingue por tener su cabeza desprovista de plumas y de color carne.

palo. Arbol denominado también aceite o copaiba. Del cual se extrae una sustancia aceitosa que posee propiedades cicatrizantes.

pancá. Pancada, acción de pancar.

pancar. Patear violentamente en aguas profundas.

panga-panga. Caballo viejo, manso, sin bríos, utilizados por los niños en los llanos.

paraparito. Criollito, esmirriadito, desmadrado; cuando se refiere al ganado, degenerado.

paujisa. Variedad de tapara de mayor tamaño.

peya. Porción.

piache. Brujo indígena; por extensión, persona que es receptora de las confianzas de un grupo humano.

pica. Sendero sutil hecho en la espesura.

pícaro. (cuarto de...). En algunas propiedades, habitación que tiene una puerta de salida en direccional monte.

picatón. Planta urticante que crece en forma de liana.

picuriao. Calidad de picture; por extensión, se aplica a las personas que se fugan o huyen de los trabajos en la selva.

piernas (en...). Se dice de un rancho rústico levantado sobre horcones, sin parales.

pijoleta. Pija muy grande; por extensión, todo aquello cuyo tamaño es mayor que lo normal.

pijotero. Molesto, desagradable, fastidioso; por extensión, despectivo para referirse a los muchachos en el Alto Apure.

pincho. Variedad de caribe, de tamaño pequeño.

pipurria. De poca monta.

pisillo. Carne machacada en pilón.

pitón. Detonante utilizado en las viejas escopetas de avancarga.

poyata. Playa pequeña en las corrientes de aguas llaneras, donde usualmente desovan terecayes y galápagos y se asolean los caimanes.

puyón. Variedad de zancudo de gran tamaño.

queresa. Huevo que una especie de mosca deposita en la carne.

rampar. Arrastrarse.

rejender. Abrir camino con dificultad al nadar.

relancino. Hábil, vivaz, que toma la delantera.

rochela. Rebaño de ganado salvaje.

rompón. De súbito, de pronto, repentinamente.

rosa furtiva. Chozo y conuco recién construidos en sitios prohibidos por ser reservas forestales y que se encuentran muy ocultos en el corazón de la selva.

roznido. Rugido, ronquido del tigre y del puma.

ruana. Manta.

sancochamiento. Proceso patológico que sufren los pies al permanecer por tiempo prolongado en condiciones de calor, falta de aire y humedad excesiva.

sebornal. Carga excedente.

segurantal. Miembro de la Seguridad Nacional, policía política del dictador Marcos Pérez Jiménez.

socato. Mustio.

sorocho. Poco elaborado. Refiriéndose a una fruta, poco madura.

sudadero. Cubierta amortiguadora que se coloca en el lomo del animal, para protegerlo de la silla o de la enjalma.

suelta. Especie de seguro que fabrican los llaneros con cuero de res, para amarrar las patas de los caballos. Usualmente se dice suerta.

suelteado. Amarrado con sueltas. (Vease suelta). Usualmente se dice sorteado.

sueltear. Amarrar la mano de un caballo con la pata del mismo lado con una suelta, para impedir desplazamientos extensos y obligarlos a permanecer en las cercanías. Usualmente se dice sortear.

supia. Sustancia, esencia.

supiritar. Sobresalir.

sute. Animal huérfano de madre y criado artificialmente. Por extensión, se aplica también a los niños.

sutera. Cualidad de sute.

tacamajaca. Tacamahaca; populismo usado para expresar en grado superlativo una cualidad de una persona.

tarabitear. Agarrar un animal mediante un procedimiento que utilizan los llaneros en la sabana abierta en donde no hay corrales. Consiste en amarrar un caballo manso a un árbol (si el animal que se desea agarrar es un caballo), esconderse una persona entre sus ramas, esperar que la madrina de caballos se acerquen y proceder a enlazar el animal deseado desde arriba.

tatareto. Tembloroso.

tejo. Compartimiento interior de la casa del avispero, en el cual las avispas depositan la miel y los huevos; conjuntos de celdillas interiores en la casa del avispero.

TO. teatro de Operaciones de los Batallones del Cuerpo de Cazadores. Area geográfico-militar en que se dividió el país para enfrentar el movimiento subversivo. Por extensión, se utilizaba para señalar el asiento de la Comandancia del Batallón y centro de reclusión de los prisioneros durante el período del interrogatorio en la primera etapa de sus capturas.

toche. Modismo exclamativo de la gente tachirense.

toletear. Tratar de capturar a un animal, golpeándolo con una maceta.

toñeco. Preferido, mimado; muñeco de material casero que no tiene ninguna consistencia en la postura.

tramojo. Especie de bastón provisto de una cuerda en uno de sus extremos, usados para amarrar un perro y mantenerlo a distancia prudencial de la persona que lo sostiene. “No me dijo perro, pero me enseñó el tramojo”.

traquear. Término proveniente onomatopéyicamente de “trac”, soniso queda.

ÍNDICE

Dedicatoria.....	5
Agradecimientos.....	7
Recuerdos de las gerrilleras..... A guiza de presentación.....	9
Palabras del autor.....	17
Palabras para un libro.....	21
Capítulo I <i>Año 1961</i>	25
Capítulo II <i>Año 1962. En las sierras corianas</i>	51
Capítulo III <i>Año 1963. En las sabanas del alto apure</i>	115
Capítulo IV <i>Año 1964. En las sabanas de barinas y del alto apure</i>	157

Capítulo V

*Año 1965. Alto y bajo Apure
sabanas y selvas de Barinas.....*233

Capítulo VI

*Finales del año 1965 y meses de Enero,
Febrero y marzo de 1966.....*321

Capítulo VII

*2 De abril de 1966
La traición, captura y muerte del compañero Simón.....*383

Capítulo VIII

*Informe del servicio de inteligencia
de las Fuerzas Armadas (SIFA).....*455

Capítulo IX

*A manera de epílogo.....*467

Glosario.....483

Esta edición de 5 000 ejemplares
se imprimió durante el mes de julio
del año 2012, en los Talleres
de Game Vial C.A.,
en Caracas, Venezuela

El Fondo Editorial del Ipasme siente especial complacencia en poner en manos del pueblo bolivariano y de nuestro pueblo docente el libro del viejo amigo Genaro Guaithero, *Yo, el Bandolero*, una de las tres obras que forman parte de la segunda entrega de la *Colección Contra el Olvido*.

El libro de Genaro es un monumento contra la desmemoria, muy bien recreado en las sabanas llaneras de Apure, y ambientado en lo cotidiano de la difícil vida en la montañas, y entre haciendas y ríos, siempre enriquecido con el estilo particular del singular guerrillero.

En sus páginas el pueblo bolivariano se reencontrará con una época de persecuciones, de torturas, de desapariciones forzadas de personas, de presos políticos en tiempos de los gobiernos de Betancourt, de Leoni, de Caldera, de Carlos A. Pérez, y que Genaro los reconstruye de manera excepcional.



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



corazón
VENEZOLANO



*“Podrán cortar
todas las flores,
pero nunca
detendrán
la primavera”*

Pablo Neruda

**DISTRIBUCION
GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA**